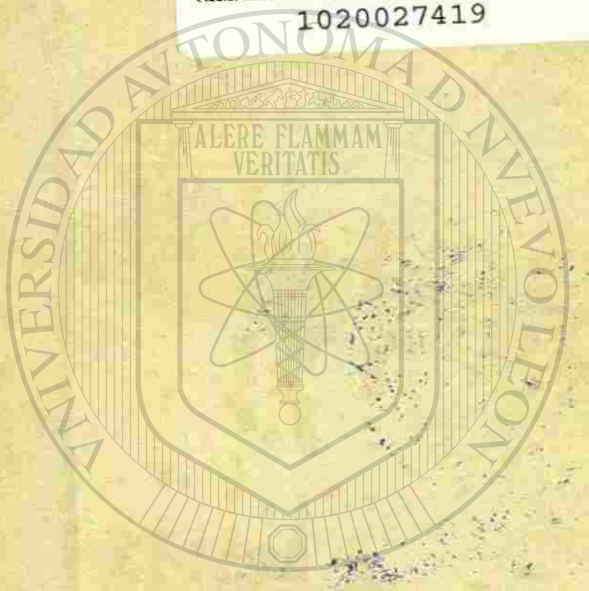
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

SINUÈS

ISABEL

PQ6567
.S5
I7

1020027419


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

CAPILLA ALFONSINA
UANL
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MARÍA DEL PILAR SINUÉS

ISABEL

ESTUDIO DEL NATURAL

Cada casa es una historia.
(*Opinion de todos.*)

100531

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ADMINISTRACION
OLIVAR, 6, PRINCIPAL
MADRID

33871

823
S

CAPILLA ALFONSINA
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ6567
N5
I7

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad de la autora.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID.—Imp. de los Hijos de J. A. García, Campomanes, 6

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ISABEL

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. S6H2
Núm. Autor
Núm. Adq. 33871
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

OBRAS DE LA MISMA AUTORA

	Pesetas
Un libro para las jóvenes, un tomo.	3'50
La dama elegante, un tomo.	4
Combates de la vida, un tomo.	2'50
El angel del hogar, dos tomos.	6
Verdades dulces y amargas, un tomo.	3'50
El alma enferma, dos tomos.	7
Dramas de familia, dos tomos.	8
Una herencia trágica, un tomo.	4
Narraciones del hogar, dos tomos.	8
Hija, esposa y madre, dos tomos.	8
La vida real, un tomo.	4
Mujeres ilustres, tres tomos.	9
Páginas del corazon, un tomo.	4

DE TEXTO

La Ley de Dios, un tomo.	1'50
A la luz de una lámpara, un tomo.	1

Los pedidos de estas obras, se dirigirán á la administracion, calle del Olivar núm. 6, principal, Madrid.

Se halla próxima á publicarse la novela, original y nueva, cuyo título es

MORIR SOLA

que está terminando la autora, y á la que acompañará un bello retrato de la misma.

Á MIS LECTORES

No es este libro obra escrita en la actualidad: hace ya algunos años se agotó una pequeña edicion que se hizo de él con el título A RIO REVUELTO... La venta fué rapidísima, sin elogios ni anuncios, reclamos que, gracias al cielo, jamás he necesitado emplear para los modestos hijos de mi pobre ingenio.

La nueva edicion ha sido cuidadosamente corregida en la forma; pero en el fondo no he variado nada: las dolencias morales son siempre las mismas. Madres que no saben serlo, producen hijos ingratos y rebeldes; hombres egoistas y ambiciosos, son engañados en sus propósitos de enlaces opulentos; mujeres que solo sueñan la riqueza y el placer, llegan á la pobreza y al aislamiento.

Ahora, como al escribir este libro, el camino más seguro, si no el más fácil, es el del deber: el deber sigue siendo severo; pero cumpliéndolo, alcanzaremos la sola dicha de la tierra: el estar contentos de nosotros mismos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿A qué pensar en variar lo que es invariable, lo que es eterno, porque es la verdad? Solo aspiro á que en el fondo de vuestro pensamiento digais, despues de leer estas páginas, que las habeis hallado, si no bellas, saludables y escritas con buena intencion.

MARÍA DEL PILAR SINUÍ

Madrid y Diciembre de 1877.

PARTE PRIMERA

La primavera del amor trae á la memoria el esplendor caprichoso de un dia de Abril, en el que el sol nace con toda su hermosura, para ocultarse despues detrás de una nube negra!...

(SHAKSPEARE: *Los dos nobles de Verona.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

Qué bellas, qué apacibles, qué puras y tranquilas son las noches del estío en el campo!

Toda la naturaleza parece que vela y que descansa de los rigores del calor, en aquellas horas silenciosas: el pajarillo canta en la copa de los árboles: las flores entonan un himno suave y melodioso sobre su tallo: las ranas sacan su parda cabeza de las aguas del arroyo: miran con ojos atónitos en derredor suyo, y dejan oir su chirrido seco y burlon: las estrellas brillan silenciosamente al rededor de la luna, que luce como una inmensa perla en el azul del firmamento.

Este bello espectáculo miraban, en una calurosa noche, dos personas sentadas en la azotea ó terrado de una hermosa casa de campo situada en el término de Montañana en el reino de Aragon, y no muy lejos del camino real que lleva á Barcelona.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La una de estas dos personas parecia más ocupada en respirar el aire fresco de la noche, que dilataba sus pulmones, que en contemplar el espectáculo de la apacible naturaleza: la otra, por el contrario, no separaba sus ojos de las aguas de un estanque que ocupaba el centro del jardin, á donde daba el terrado, y en cuyas aguas reflejaban las estrellas.

Serian como las once: la casa de campo, propiedad de la señora viuda de Megía, no podia ser más bella: grandes olivares y viñedos, todos propiedad suya, la circundaban: y en medio de aquel verdor y de aquella exuberante naturaleza, se levantaba el lindo y pequeño palacio, como una tórtola de su nido.

La señora de Megía tenia una hija llamada Aurora y un hijo nombrado German. Madre é hija eran las que se hallaban sentadas en la azotea de su casa.

Tenia Doña Bibiana cincuenta y ocho años, y el genio más violento y dominante de la tierra.

Su marido, no pudiéndola sufrir, tomó el partido de dejarla como Sócrates á Xantipa: pero aquella señora, que no podia vivir sin regañar, discurrió tantos motivos de rencillas,

que al cabo el esposo murió de una afeccion al corazon, promovida por sus contínuos disgustos.

Aurora se quedó sola á sufrir todo el peso de la cólera materna, cuando contaba diez y seis años, pues su hermano apenas estaba en casa.

Viendo que con la humildad sacaba poco partido, y que su madre, cuanto más sufria, se irritaba más, tomó la determinacion de encolerizarse y de responderle ásperamente, para ver si la intimidaba, ó quizá por exigirlo así su propio irascible carácter.

No hablaba la hija una palabra, á la que la madre no hallase un torrente de injurias que oponer: y no sentaba la madre una proposicion, á la que la hija, con un atrevimiento muy digno de reprension, no motejase amargamente.

—Vete á acostar, Aurora, dijo con aspereza Doña Bibiana á su hija.

—No tengo sueño, respondió ésta bruscamente.

—Vete, pues, sin sueño.

—¿Acaso incomodo á Vd. aquí?

La madre, distraida sin duda por algun otro pensamiento, no respondió nada, y la hija siguió contemplando las estrellas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El ruido de un timbre, que tocaba su madre, le hizo volver la cabeza.

Una criada se presentó al punto.

—Llama á la señorita Isabel, dijo Doña Bibiana.

—¿Para qué la quiere Vd.? preguntó Aurora.

—Porque me hace falta.

—¿No estoy yo aquí?

—No te necesito á tí.

—¿Quiere Vd. incomodarla á ella, no es cierto?

—¿No te callarás?

La llegada de Isabel interrumpió la disputa.

La oscuridad de la noche no dejó ver las facciones de la recien llegada: pero su figura hubiera parecido esbelta y bonita al que hubiera fijado en ella la atencion.

—Tráeme el chocolote, le dijo ásperamente la señora.

—Tia, respondió la llamada Isabel con suavidad, aún no está hecho; pero lo haré al instante.

—¡Cómo aún no está hecho!

—No, señora: como á Vd. le gusta muy claro, le dije á Joaquina que no lo hiciera.

—Pero ¿quién te mete á tí...

—Perdon querida tia, dijo Isabel con acento sumiso, pero muy sereno.

—¡Qué perdon, perdon! ¡y luego haces todo lo que quieres, sin cuidarte de que me incomode ó no!

—Desde que la está Vd. entreteniendo, ya podia estar aquí el chocolate, observó Aurora.

—¡Reventabas si hubieras callado! repuso su madre.

—Pues tengo razon.

—Es fuerte cosa que en todo has de meter tu cucharada.

—Ya sé yo desde hace tiempo que las verdades amargan á Vd.

—Pues cállalas.

—No sé.

—¡Calla por Dios prima mia! murmuró Isabel con acento suplicante.

—¿Por qué he de callar? repuso la indómita jóven. ¡Callaré para que me ponga mi madre como un trapo, cuando ni aun hablándole récio me deja vivir!

—¡A ver si vuelas por el chocolate! gritó Doña Bibiana á su sobrina: ¿aún estás aquí con esa calma?

Isabel salió sin replicar una palabra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Luego que hubo desaparecido, la viuda se volvió á su hija con airado semblante, y le dijo:

—Un dia no me voy á poder contener y te estrello por insolente.

—¿Quiere Vd. que aguante cuanto le dé la gana de decirme?

—Sí, por cierto; porque ese es tu deber.

—¿Por qué no me deja Vd. en paz?

—¡Sin huesos te dejaré yo!

—¡Qué bonito y qué fino es eso! dijo irónicamente Aurora: ¡amenazar con golpes!

—No son amenazas, sino realidades, gritó la viuda: y arrojándose hácia su hija, descargó sobre su mejilla una tremenda bofetada.

Aurora, en vez de llorar, gritar ó quejarse, guardó silencio, y permaneció inmóvil durante algunos instantes buscando sin duda el modo de mortificar más á su madre.

Conoció que este era el de darle á entender que despreciaba su correccion, y se hechó á reir.

—¡Ah! ¡ah! exclamó: ¿creerá Vd. que me ha hecho daño, verdad? ¡pues el daño se lo ha hecho Vd. á sí misma, porque se ha rebajado á mis ojos más de lo que estaba!

—¿Y qué me importa á mí de eso?

—¡Tanto mejor para Vd.: á mí me importa ménos: pero tenga Vd. entendido que si no la respeto, es porque no la estimo, y que cuanto ménos la estime, ménos la respetaré!

En aquel momento la doncella de la casa é Isabel, entraron en el terrado.

Joaquina llevaba un plato en cada mano.

El uno contenía una tacita de cristal llena de dulce de almíbar.

El otro una jícara de chocolate con un bollo.

Isabel traía una pequeña lámpara en una mano, y en la otra, otro plato con algunas servilletas.

Las últimas palabras de la atrevida respuesta de Aurora á su madre, las pronunció estando ya las dos jóvenes que traian la colacion dentro de la azotea; al oir á su hija, fué tal la cólera que se apoderó de Doña Bibiana, que tomó la jícara de chocolate, y la arrojó al rostro de Aurora.

Esta, deseando volver ultraje con ultraje, y no atreviéndose á tirarla á su madre, arrojó contra la pared la tacilla que le habian servido con el dulce.

Despues de estas dos hazañas, Doña Bibiana salió de la azotea sofocada de ira.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aurora fué á apoyarse despechada en la barandilla de piedra.

Su traje, de muselina de la India, estaba horrorosamente manchado de chocolate.

—¡Otra tacita de cristal de roca, y otra jícara de porcelana de ménos! dijo suspirando Joaquina, en tanto que recogia los fragmentos del destrozo.

Y luego añadió mentalmente:

—Y otro lindo traje el que lleva la señorita, que arreglaré para mí; con ese son cuatro, en quince dias los inutilizados por la misma causa: adelante, y á vivir, tropa.

—¿Te ha hecho daño tía, Aurora? preguntó Isabel acercándose cariñosamente á su prima.

—No, respondió la jóven con ira: déjame.

—¿Te ha dado en la cara?

—No.

—Conozco que te molesto y lo siento, dijo Isabel: ¿pero nada puedo hacer para consolarte?

—Nada: déjame; pronto se acabará todo.

—¿Qué quieres decir?

—Que me casaré.

—¿Con el guardia?

Sí, para dar en la cabeza á mi madre.

—¿Pero no ves que no es á ella á quien le

das, sino á tí misma? Tú sola eres quien le ha de sufrir.

—Pues le sufriré, que más sufro ahora.

—Calla, que oigo á German subir la escalera.

En efecto: un instante despues entró en el terrado un jóven de gallarda presencia, pero con las trazas de calavera más acabadas que se pueden ver en un hombre.

Tenia cerca de treinta años: un elegante traje de campo, de hilo, compuesto de pantalon y casaquilla inglesa, formaba su atavío; una corbata de seda, color de cereza, hacia parecer más animados sus negros ojos y su tez morena: en sus mejillas se ensortijaba un fino bigote negro: un gorrillo hecho de seda oriental, y trabajado con muchísimo primor al crochet, sujetaba mal sus cabellos, que eran espesos y rizados. Era alto y de graciosa figura, pero esta gracia se eclipsaba bajo un aire de vulgaridad casi grosera.

—Buenas noches, dijo al entrar; ¿qué viento corre por aquí? muy malo, segun costumbre, ¿no es verdad?

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, se tendió en un cómodo divan que ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bia en la azotea, y se puso á sacudir sus piés que traia llenos de polvo.

Aurora, que no queria sufrir las bromas de su hermano, muy importunas para ella, ni esponer su vestido manchado á las miradas de German, salió del terrado seguida de Joaquina, que no queria perder de vista el vestido.

Isabel quedó sola con su primo.

—¿Hubo borrasca? preguntó éste.

—Se han incomodado un poco, respondió Isabel.

—¿Un poco, eh? algun poco de los de costumbre.

—Sí...

—¿Y por qué ha sido?

—Por casi nada: ni me acuerdo!

—Primita, dijo German mirando con sorna á Isabel: eres lo más disimulado que he conocido; con más reserva que tú, no hubo ningun inquisidor.

—¿Y qué quieres que te diga?

—Nada, nada; en boca cerrada no entran moscas: tú estás bien con todos.

—¿Y qué conseguiria con estar mal?

—Poca cosa, está claro: así consigues mucho más.

—Vivir en paz.

—Y lo que no dices.

—No te entiendo, repuso Isabel: y como no tengo ganas de descifrar logogrifos, me voy á acostar.

—Oyeme antes.

—Habla, pero pronto.

—¿Tanto sueño tienes?

—Mucho.

—No me sucede á mí lo mismo: que no duermo pensando en tí.

—¿Y es eso todo lo que querias decirme?

—Eso; y que te quiero cada dia más.

—Buenas noches, dijo Isabel.

Y salió de la azotea dejando solo á su primo.

—¡Cáscaras! se dijo éste: ¡es más dura que una roca! ¡quién lo habia de decir, de una chiquilla de diez y siete años! Nada, ¿la regalo? no quiere admitirme ni un dulce: ¿la hablo? no me responde: ¿le echo flores? no hace caso: ¿qué haré para ablandarla?

German, pensando en ésto, se levantó del divan chupando con furor un cigarro puro, y empezó á pasearse por la azotea sériamente preocupado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Dos ó tres minutos hacia que la cruzaba á grandes pasos, cuando se acercó al timbre, y llamó, presentándose al instante la doncella.

—A ver tú, cara de rosa, si me traes café, dijo German á Joaquina, que lejos de tener cara de rosa, era bastante fea.

—Voy allá, respondió la jóven dando una media, vuelta que enseñó con arte un pié pequeñito y la entrada de una bonita pierna.

German vió ambas cosas, y cuando ya iba á salir Joaquina, le dijo:

—Oye.

—¿Qué manda Vd.? repuso esta.

—Que oigas, acércate.

—Aquí estoy.

—Trae café para tí y para mí, y le tomaremos juntos.

—¿Qué dice Vd.? preguntó haciendo remilgos Joaquina, que sabia mucho y podia dar muchas lecciones á su señorito.

—Que traigas dos tazas de café.

—¿Y si la señora lo sabe? ¡con su génio!...

—¿Qué ha de saber? Ya duerme.

Y German añadió para sí:

—Si no hubiera habido jarana, no me atreveria yo á convidar á esta buena alhaja para que

me hiciese compañía: pero ya que mi madre no está, ruede la bola, y que tome tambien café.

A las dos de la mañana aun estaban German y Joaquina tomando café y bebiendo algunas copitas de rom de Jamaica y marrasquino, pues de ambas cosas habia buena provision en casa de la viuda de Megía.

Mientras los dos jóvenes se solozaban en alegre conversacion á la luz de la luna y de la lámpara colocada en el velador donde ellos tomaban el café, en una salita contigua donde hacian labor la camarera é Isabel, se hallaban reunidos los demás criados murmurando de lo que sucedia en el terrado.

—¡Qué desórden! ¡Qué escándalo! decia Martina la vieja cocinera.

—La verdad, que se me resiste guardar la cortesía á esa desvergonzada de Joaquina, decia un criado.

—De todo esto tiene la culpa la señora, añadió Doña Ursula, el ama de llaves, mujer formal y de entendimiento despejado.

—¿La señora? repitió el jardinero: ¿por qué?

—¿No vé Vd., Antonio, que con su mal génio está la casa en un perpétuo desórden?

—La señorita es la que la incomoda.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ®

—Y ella la que se incomoda por todo.

—Vaya, vaya, Doña Ursula, que raya en manía el empeño de Vd. de defender á la señorita contra viento y marea, observó el ayuda de cámara de German: y todos, y Vd. la primera, conocemos que le falta al respeto á su madre á cada dos por tres, y una madre no debe consentir eso á su hija.

—Por eso la señora no lo consiente, observó el jardinero.

—Es el resultado que aquí la una se falta á la otra, y de este desórden nace el que tiene lugar en la azotea: si reinase armonía, buen órden y miramientos, no sucederian más de cuatro cosas... porque la verdad es que tambien nosotros tiramos un poco.

—Cuidado, observó Doña Ursula, que yo no tiro...

—Ya lo vemos, señora, dijo el jardinero; pero concluirá Vd. por tirar, que *á rio revuelto...*

En aquel momento salió German tambaleándose—habia bebido diez ó doce copas—y dijo con ronca voz:

—¡Una luz... pronto! ¡tunantes!

Su ayuda de cámara le dió una bugía.

—No llevas tú mala luz en el cuerpo, dijo á

media voz al verle alejarse con paso vacilante.

Joaquina, temiendo las pullas de los demás criados, se quedó haciendo como que recogia el servicio del café.

Luego tomó la lámpara, que habia estado alumbrando, y se metió en su cuarto.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

A la mañana siguiente y á las seis de la misma, ya se hallaba en pié Doña Bibiana.

Su primera diligencia fué tirar del cordon de la campanilla: pero nadie acudió á su llamamiento.

Volvió á llamar más fuerte, y se presentó doña Ursula toda azorada.

—Señora, dijo, acabo de llegar de misa, que fuí á la iglesia de Villamayor, y subiendo por la escalera la oí llamar á Vd. por la primera vez: dispense Vd.

—No es á Vd. á quien llamo, dijo Doña Bibiana incomodada: es á Joaquina.

—Creo que no se ha levantado todavía, murmuró Doña Ursula.

—¿Cómo? preguntó Doña Bibiana no pudiendo dar crédito á lo que oia.

—Que no se ha levantado aún...

—¡Señora, Vd. está sin juicio como de cos-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

A la mañana siguiente y á las seis de la misma, ya se hallaba en pié Doña Bibiana.

Su primera diligencia fué tirar del cordon de la campanilla: pero nadie acudió á su llamamiento.

Volvió á llamar más fuerte, y se presentó doña Ursula toda azorada.

—Señora, dijo, acabo de llegar de misa, que fuí á la iglesia de Villamayor, y subiendo por la escalera la oí llamar á Vd. por la primera vez: dispense Vd.

—No es á Vd. á quien llamo, dijo Doña Bibiana incomodada: es á Joaquina.

—Creo que no se ha levantado todavía, murmuró Doña Ursula.

—¿Cómo? preguntó Doña Bibiana no pudiendo dar crédito á lo que oia.

—Que no se ha levantado aún...

—¡Señora, Vd. está sin juicio como de cos-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tumbre! Si son las seis y media, y tengo mandado que á las cinco estén á la labor ella y mi sobrina!

—La señorita Isabel está cosiendo.

—¡Vaya Vd. á ver donde está la otra, y que venga enseguida!

Doña Ursula salió, y fué á la cocina á preguntar por Joaquina.

—No le hemos visto el pelo, respondió Martina: estará durmiendo la trasnochada y las copitas.

—¡Santo cielo! ¡cómo se va á poner la señora! exclamó el ama de llaves: voy á llamarla.

—La tonta es Vd., en meterse á redentora, repuso el jardinero, que andaba regando el patio: el que la hace que la pague.

—¡Pero hombre, si la va á despedir!

—Que la despida: ¿le hemos de estar haciendo la capa los demás?

—Es que, despidiéndola á ella, la carga viene sobre mí: porque vaya Vd. á buscar camarera que se quiera venir á esta soledad.

—No diga Vd. eso: la carga mayor irá sobre la pobre señorita Isabel, que pasa aquí el purgatorio.

—No digo que no: pero algo me tocará á mí.

—Y vamos á ver, Doña Ursula, preguntó la cocinera saliendo al patio y tomando parte en la conversacion: ¿cómo es que la señora está rica y la señorita Isabel está recogida aquí por caridad?

—¡Toma! respondió Doña Ursula: por una razon muy sencilla: miren Vds.: el marido de la señora, D. Francisco Megía, y el padre de la Isabelita, D. Cárlos, eran hermanos: ¿lo entienden Vds?

—Poco tiene que entender, porque ya lo sabíamos.

—¡Buena cosa nos dice Vd.!

—Paciencia, y sigan oyendo con atencion: los dos eran militares: pero D. Francisco, á los cuarenta años, se retiró de la guerra con una mano de ménos y se casó con la señora, mucho más jóven que él, y además hija sola de un contratista del ejército, que habia hecho más doblones que pesaban el padre y la hija: la señora era además una real moza: alta, gruesa, fresca: algo ordinaria, sí, para su marido, que era fino y elegante como el que más: ¿pero qué no allana el dinero? Novia buena moza, con doblones y como una Venus, no era regular que la esperase un Capitan retirado y manco.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Ciertamente.

—Se casaron, pues; D. Cárlos siguió en el ejército: era más jóven que su hermano, y murió con el grado de Capitan, dejando á Isabel de solo ocho años de edad y sin más amparo que seis reales de orfandad y una madre muy fina y bonita, pero que iba para tísica á pasos de gigante, y que adelantó mucho terreno para el cementerio con el disgusto de la muerte de su esposo. A los nueve años, vino la niña al lado de su tía: y en tanto vivió D. Francisco, éste, aunque acobardado con el genio de su mujer, consiguió que se mirase á la niña como cosa propia, á pesar de que servía como de criada á Aurorita, que tenía un año más que ella, y era como un sol: pero desde que murió Don Francisco, la pobre huérfana pasa la pena negra.

—¡Trabajando noche y dia, y nunca se les figura que hace bastante!

—Yo deseo que se case.

—Y yo: aquí no será fácil: pero si vamos á Barcelona al invierno, como dice la señora, allí hallará pronto un marido.

—Yo creo que la quiere el señorito.

—Pues no era mala boda para ella.

—¿Qué habia de ser mala? le debia admitir á piés juntillos.

—¡Pero si es mas calavera! él juega, él bebe, él está lleno de belenes!... ¡si su padre viviera!

—Pues su madre, con ese génio de hierro que tiene, ya le podia sujetar.

—Esos génios de hierro no sirven para los muchachos calaveras.

—¿Qué dice Vd., señora?

—Que no sirven para los chicos calaveras: ¿y sabe Vd. por qué? porque éstos, ó se rien de las furias contínuas que ocasionan, ó gritan más ellos: y es sabido que á un carácter alborotado, le domina otro que alborote más: lo que necesitan los chicos como el de casa, es una firmeza con apariencia de suavidad y siempre igual: y además hacer la vista larga á ciertas cosas de poca importancia que á veces, por tirar demasiado de las riendas, saltan...

—*¿Qué demonios de carnicerías tienen Vds. que arrendar?* gritó Doña Bibiana, desde lo alto de la escalera: ¡pues me gusta!

—¡Jesús, qué ordinaria es la señora! dijo detras del grupo la voz de Joaquina, que bajaba coquetamente vestida de mañana.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1525 MONTERREY, MEXICO

—¡Mujer, pues si por tí está así! exclamó Doña Ursula.

—¿Por mí?

—Es claro: ¡te ha llamado dos veces y sabes que debias estar cosiendo desde las cinco!

—¡Bah, bah! muchos deben y no pagan.

—Pues ya verás que contenta la tienes.

—¿Y cuándo lo está? con estos génios, tanto pones tanto pierdes.

—¿Subirás, desvergonzada? gritó Doña Bibiana dirigiéndose á su camarera.

—Voy en este instante, señora, replicó Joaquina empezando á subir la escalera con lentitud, y empleando el lenguaje altisonante y redicho, como vulgarmente se llama el que se emplea con una ridícula afectacion.

—¡Si no tienes sentido! gritó Doña Bibiana: ¡nada te importa el incomodarme! ¿ahora te levantas?

—En este momento, señora.

—¿Y no te da vergüenza de confesarlo?

—La vergüenza debia padecerla el sueño, que me dominó de un modo tan imperioso.

—¡No me vengas con tus letanías, gazmoña! gritó furiosa la viuda.

—¿Y qué quiere la señora que le diga?

—¡Nada, quiero que te calles! y ten entendido que si vuelves á hacer lo que hoy, te despido.

Doña Bibiana y Joaquina entraron en la habitacion de la primera, que se sentó delante de un espejo y entregó su cabeza á las manos de la doncella.

—¿Dónde está mi hija? preguntó la viuda.

—Lo ignoro, señora.

—¿No te he dicho que no quiero oir palabrotas retumbantes?

—¿Pues cómo he de responder?

—No lo sé: y se acabó.

—Sin embargo, señora, yo he servido dos años á la señora Marquesa de C... y siempre le oia responder, hasta cuando se dirigia al señor Marqués: lo ignoro.

—Pues yo no quiero hablar como las marquesas, estamos? yo estoy muy bien y muy contenta con ser Bibiana Lopez, y con tener buenas pesetas: esas señoras no tienen mas que bambolla y trampa.

Joaquina se mordió los labios para no soltar la risa: su ama la vió por el espejo, y le dijo:

—¿Y á qué viene ponerte gorrita al levantarte como si fueras una señorita de forma?

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Pues qué, no tengo yo formas? preguntó Joaquina remilgándose y mirándose al espejo.

—¡Sí, como un palo!

—¡Pues señora, las formas abultadas son muy ordinarias! exclamó picada la camarera.

—Eso lo decís las que pareceis lagartijas.

—¡Qué, señora, si la señora Marquesa por que le parecia que empezaba á engordar, se bebia todos los dias un vaso de agua tibia detras de la comida!

—¿Y enflaquecía?

—Sí señora: ¡vaya!

—¡Qué majadería! ¡No hay mejor espejo que la carne sobre el hueso!

—Pues mire Vd., yo estoy consternada de no tener la misma opinion que Vd., pero...

—¡Déjate de palabrotas, te digo, y revienta con el pero ó la manzana!

—¡Pues bien, señora: á mí me parece un elogio aplastante para una mujer el llamarle buena moza!

—¿De veras, bachillera? exclamó la señora, herida en lo más vivo de sus pretensiones de belleza.

—¡Uf ya lo creo! *buena moza!* eso es sinónimo de ordinaria, de tosca, de grande.

—¿Cómo has dicho? *¿simónimo?*

—¡Sinónimo señora, sinónimo!

—¿Y qué significa eso?

—Significa que el decir buena moza, es decir, mujer gigante, ordinaria, colorada, tosca!

—Mira, chica, me vas *reventando* con tus pullas y tus bachillerías, dijo la viuda, que no era tonta: ¡Canastos! ¡aunque solo vieras que soy alta y gorda!...

—Señora, no puedo ser hipócrita.

—¿Cómo?

—Que no sé hablar al revés de lo que siento.

—Pues mira, al buen callar llaman Sancho.

—¡Qué ordinaria cosa es decir refranes, señora!

—¡Dále con la ordinariez! cuida de lo que haces, y pónme el pelo más alto; ya sabes que me *carga* llevarlo bajo, porque se manchan los vestidos, los mantones y todo.

—¡Pues el pelo alto hace unas cabezas de huevera, que ya está bonito!

—¿Qué tiene que ver una huevera con una cabeza?

—Quiero decir, que el pelo alto hace parecer á las que lo usan vendedoras de huevos, no hueveras de loza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Acaba y vete con mil de á caballo! gritó la viuda poniéndose carmesí de cólera: y á coser, que hoy se han de acabar esas sábanas que haceis mi sobrina y tú.

Joaquina, no atreviendose ya á proseguir con sus desvergüenzas, salió de la habitacion, riéndose solapadamente.

Cuando ya se hallaba cerca de la puerta, volvió á llamarla su ama.

—Cuando bajes, le dijo, encarga á mi hijo que suba al momento.

—Está muy bien, respondió la camarera.

Y muy contenta, porque podía sin temor de ser regañada por su ama, gastar un rato de conversacion con German, se dirigió presurosa á su cuarto.

Pero en la puerta y como un centinela formidable, se halló al ayuda de cámara, Gregorio, que le cerró el paso.

—Quítese Vd. de ahí grosero, dijo Joaquina muy enfadada.

—Váyase Vd., señora relamida, porque no pienso dejarla entrar en la habitacion del señorito, respondió Gregorio.

—¿Y por qué? ¿se puede saber?

—Porque si hago la vista larga á ciertos escándalos, no quiero ni puedo autorizar otros.

—¿Qué dice Vd?

—La verdad, y Dios me entiende, yo me entiendo y Vd. tambien.

—Déjeme Vd. entrar para dar al señorito un recado de la señora.

—Démelo Vd. á mí.

—No me da la gana.

—¡Mire Vd. la que se la echa de fina!

—¡Si Vd. es capaz de sacar de sus casillas á un santo!

—¡Miren la santa! canonizada á pedradas.

—¡Deslenguado!

—¡Poca vergüenza! ¿no se le pone á Vd. la cara como un tomate delante de mí?

—¿Por qué?

—Porque sé muy bien lo que pasa con el señorito.

—¿Qué pasa?

—Que le está Vd. esplotando de una manera escandalosa.

—¿Es envidia ó caridad?

—Cómo se entiende...

—¿Qué es eso? ¿Qué sucede? preguntó una voz dulce y femenil asomándose á una puerta cercana á donde se hallaban los dos contendientes.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Qué ha de ser, señorita Isabel? respondió el criado; que esta graja se empeña en entrar al cuarto del señorito.

—Porque me lo ha mandado la señora, observó Joaquina.

—¡Mentira! la señora no ha podido mandar eso, dijo Gregorio: y si lo ha mandado, es porque no sabe de la misa la mitad.

—Gregorio, dijo Isabel: no está bien que sea Vd. insolente con una mujer: el hombre se rebaja abusando de su fuerza. Joaquina debe dar á Vd. el recado de mi tía, y Vd. debe respetarla, y oirla con buen modo cuando le hable.

—Yo no le daré á él el recado, dijo Joaquina con fiereza.

—Pues aquí no entrará Vd., añadió Gregorio.

—Dígame Vd. á mí lo que quiere, Joaquina, opinó Isabel.

—¿Para decírselo Vd. al señorito? preguntó la camarera mirando con rencor á la jóven, de la que estaba no poco celosa: no, señora: ó se lo digo yo, ó no se lo dice nadie.

Isabel, ante aquella insolente negativa, no respondió una palabra, y se entró de nuevo en la sala de labor.

—No haga Vd. que salga la señora y le cuente yo ciertas cosas... murmuró Gregorio, dirigiéndose á la camarera.

—Ya está aquí la señora, dijo la voz de bajo de Doña Bibiana: ¿qué sucede?

—Vámos á ver, señora, ¿es justo que yo la deje entrar en el cuarto del señorito? ¿Es decente, hallándose él acostado, y durmiendo? preguntó Gregorio.

—¿Qué ha de ser decente? ¡que se pruebe á ello! gritó la viuda: ¡pues me gusta la desfachatez!

—¡Ahí tiene Vd! exclamó Gregorio envalentonado: ¿pues querrá Vd. creer, señora, que le dijo la señorita Isabel que le diera á ella el recado, y respondió que no queria? Pero no tiene ella la culpa, sino el señorito, que es demasiado bueno: ¡si no le diera franquezas!

—¿Qué franquezas son esas? preguntó Doña Bibiana.

—¡Franquezas! repuso éste: anoche estuvo tomando café con él.

—¿Tomando café con mi hijo?

—En la azotea, despues que Vd. se fué á la cama.

—¡Si no hablase Vd., reventaba! dijo Joaqui-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

na: pero no importa: yo desde este momento me doy por despedida: no quiero nada con gente chismosa.

—¡Qué vergüenza! exclamó Doña Bibiana: ¡qué escándalo! ¡y que esto pase en mi casa sin saberlo yo! ¡German, German!

—¿Quién me llama? respondió la voz del jóven desde la cama.

—¡Levántate al momento, al momento! y tú, pícara...

—Abur, dijo Joaquina con su natural frescura é insolencia: dentro de poco me voy para alcanzar el tren de Barcelona.

La criada dió media vuelta, y se metió en su cuarto.

—German, dijo Doña Bibiana, levántate en segida y sube á mi cuarto que te quiero hablar.

—Allá voy, respondió el jóven volviéndose del otro lado: espéreme Vd. sentada: ahora voy yo á esperar la borrasca con la cabeza baja.

—Tú, Gregorio, prosiguió la viuda, dirás al ama de llaves que ajuste la cuenta á esa buena alhaja.

Y se subió, con la majestad de una Juno, para esperar á su hijo y preparar la rociada de injurias con que pensaba regalarle.

III

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Daban las siete en el reloj colocado en el comedor de la casa de campo de Doña Bibiana, cuando Isabel entró en la habitacion de Aurora y abrió las maderas del balcon, para que su prima despertarse.

La jóven dormia con el sueño apacible de su edad: su lujoso lecho de acero y bronce estaba adornado con bellas colgaduras y ropas de gran precio.

Aurora era muy linda; pero la costumbre continua de irritarse, habia señalado en su frente algunas arrugas prematuras y esparcido en sus facciones una expresion dura y violenta.

Su cuarto estaba ricamente amueblado, pero con el gusto recargado que regularmente ostentan todas las gentes que, nacidas en pobre y humilde cuna, llegan á poseer grandes riquezas.

No era propio, por ejemplo, de un lecho de

33871

na: pero no importa: yo desde este momento me doy por despedida: no quiero nada con gente chismosa.

—¡Qué vergüenza! exclamó Doña Bibiana: ¡qué escándalo! ¡y que esto pase en mi casa sin saberlo yo! ¡German, German!

—¿Quién me llama? respondió la voz del jóven desde la cama.

—¡Levántate al momento, al momento! y tú, pícara...

—Abur, dijo Joaquina con su natural frescura é insolencia: dentro de poco me voy para alcanzar el tren de Barcelona.

La criada dió media vuelta, y se metió en su cuarto.

—German, dijo Doña Bibiana, levántate en segida y sube á mi cuarto que te quiero hablar.

—Allá voy, respondió el jóven volviéndose del otro lado: espéreme Vd. sentada: ahora voy yo á esperar la borrasca con la cabeza baja.

—Tú, Gregorio, prosiguió la viuda, dirás al ama de llaves que ajuste la cuenta á esa buena alhaja.

Y se subió, con la majestad de una Juno, para esperar á su hijo y preparar la rociada de injurias con que pensaba regalarle.

III

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Daban las siete en el reloj colocado en el comedor de la casa de campo de Doña Bibiana, cuando Isabel entró en la habitacion de Aurora y abrió las maderas del balcon, para que su prima despertarse.

La jóven dormia con el sueño apacible de su edad: su lujoso lecho de acero y bronce estaba adornado con bellas colgaduras y ropas de gran precio.

Aurora era muy linda; pero la costumbre continua de irritarse, habia señalado en su frente algunas arrugas prematuras y esparcido en sus facciones una expresion dura y violenta.

Su cuarto estaba ricamente amueblado, pero con el gusto recargado que regularmente ostentan todas las gentes que, nacidas en pobre y humilde cuna, llegan á poseer grandes riquezas.

No era propio, por ejemplo, de un lecho de

33871

soltera el ostentar una colcha de terciopelo granate, y ricos encajes en las sábanas y almohadas.

La chambra y gorro de cama de Aurora eran asimismo de gran valor: en sus orejas, pequeñas y blancas como el marfil, reian locamente dos gruesos brillantes, que no habia tenido humor de quitarse, y con los que se habia acostado, despues de su disputa con su madre.

Un mechon de sus cabellos negros, desprendido de su peinado, bajaba en espiral por su garganta, formando un grueso rizo.

Aurora tenia muy hermosos ojos negros, segun podia conocerse aun estando cerrados: guarnecíales una franja de pobladas pestañas negras tambien: su tez era blanca y rosada: su boca pequeña y del color del coral: su nariz bonita y delicada.

El mueblaje del aposento, que consistia en una sala bastante grande, era dorado, con tapicería de seda carmesí: un enorme espejo de cuerpo entero, asimismo con marco y pié dorados, se encontraba colocado delante del balcon.

Una mesa con tocador adornada de muselina blanca de la India, un elegante velador y

un costurero maqueado completaban el adorno de aquella habitacion.

El aspecto de Isabel hacía con aquel lujo el contraste más extraño.

La jóven era el tipo más opuesto que pudiera buscarse de su prima.

Era rubia, pero sus cabellos tenian un color tostado bastante oscuro para quitar de su rostro el aspecto helado de las mujeres excesivamente blondas, y bastante claro, para ostentar un armonioso matiz con reflejos dorados y brillantes.

Eran sus ojos azules, pero tampoco tenian el color apagado y casi blanco de la porcelana, sino un matiz oscuro y dulce, á la par que abrillantado.

Largas pestañas de seda casi negra y cejas del mismo color les adornaban.

Su tez era tan blanca, que se descubría en ella con facilidad el lindo tejido de sus venas azules.

Tenia la frente despejada, sin que ostentase una deforme anchura: la nariz, algo roma y levantada, era, quizá por ésto, la más linda faccion de su rostro.

Su barba redonda y suave, sus megillas que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ostentaban la frescura de los diez y siete años, su talle derecho y gracioso, su esbelta figura, su bonita mano y su pequeño pié, hacian de Isabel, si no una belleza, una de las más encantadoras muchachas que se pudieran imaginar.

Su traje era pobre más que modesto: un vestido de percal de fondo blanco sembrado de pequeñas violetas: un delantal de tafetan del color de las flores, y una corbatita de encaje negro que sujetaba un cuello de tela de hilo liso, componian su atavío, que parecia hecho expresamente para su figura cándida y poética.

—¿Aurora? dijo moviendo suavemente á su prima.

—¡Déjame! respondió la dormida sin abrir los ojos y volviéndose al otro lado con muy mal humor.

—Mira que son las siete: la hora en que me encargaste que te llamase, observó con dulzura Isabel.

—Bien, déjame: ahora tengo más sueño.

—¡Pero ya sabes que tu mamá quiere que te levantes á las siete!

—¡Déjame con mi mamá! ¡Contenta me tiene!

—Así se incomodará otra vez: ¡si vieras hoy

de qué mal temple está! ha regañado tanto con Joaquina, que ésta se marcha.

—¡Cielos! ¿qué dices? exclamó Aurora, que se incorporó en la cama al oir esta noticia: ¿qué se va Joaquina?

—Sí: eso ha dicho: ahora le está ajustando la cuenta Doña Ursula.

—¡Y llevamos en dos meses siete doncellas! exclamó Aurora con ira: es claro, no quiere estar ninguna en este desierto: y ésta, que duraba...

—Ésta duraba por una razon bastante mala, observó Isabel: ya lo sabes.

—¿Qué sé? lo que tú me has dicho: ¿que le hacía cocos mi hermano? ¡vaya un mal muy grande!

—Ya pasaba de cocos.

—¿Por qué no le haces tú caso? Es capaz de casarse con ella por vengarse de ti.

—Hará muy mal, porque él será quien lo pague, y no yo, que viviré lejos de él.

—¿Pero no te gusta mi hermano?

—Para marido, no.

—¿Pero qué faltas tiene? posee un capital regular, es jóven y buen mozo, ¿qué más quieres, y qué puedes tú esperar?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Quiero algo más que eso, y espero conseguirlo.

—Tú te las prometes siempre muy felices.

—No tal; pero no me casaré si no hallo lo que deseo y creo merecer.

—¿Y qué es ello?

—Tal vez no me comprenderás aunque te lo diga.

—¿Me tienes por tan tonta?

—¡Nada de eso; pero pensamos las dos de tan diferente manera...

—No importa; dilo.

—Alla vá pues; quiero casarme con un hombre laborioso y bien educado.

—Mi hermano no es lo primero, porque no necesita serlo; pero en cuanto á lo segundo...

—No lo es tampoco, y lo necesita mucho.

—¿Y á qué llamas tu tener buena educacion? preguntó Aurora, cuyo entrecejo se iba frunciendo como el de Júpiter Tonante.

—Llamo buena educacion, respondió Isabel con calma y dulce gravedad, á lo que debe llamarse; á la cultura en los modales, la compostura en el traje, la dulce cortesía en el trato; nada de eso tiene German; y tal vez yo no sabria conocerlo á no ser porque viví algun tiempo

entre gentes de educacion perfecta y esmerada.

—¿Dónde?

—Cuando tú pasaste una temporada en un colegio en Madrid, y tu mamá y hermano vivian allí, y yo con ellos, habia en el cuarto principal unos vecinos, á los que por niña pequeña hacía gracia, y que siempre querian tenerme á su lado; eran padre, madre y dos hijas, la una de doce años y la otra de diez y seis; no te puedes imaginar dos jóvenes más amables y más encantadoras; la mayor tenía novio, y se casó; recuerdo tambien á aquel jóven, que no podia ser más galante y más amable; yo creo que aquella gente tenía tambien sangre y nervios; pero su sangre y sus nervios estaban subordinados á las reglas de la buena educacion. Cuando volvia al lado de tu mamá y de tu hermano, y les oia disputar entre ellos y con los criados, me parecia que una sombra fúnebre me iba envolviendo poco á poco, y mi corazon se oprimia y ansiaba que llegase la hora de volver á ver á los vecinos; como ves, no puedo por mi modo de pensar corresponder á la afeccion que tu hermano me manifiesta; lo siento, pero no me es posible remediarlo.

—¿De modo que todos nosotros te somos an-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tipáticos, no es esto? preguntó Aurora con ironía; ¡buen modo de agradecer el pan que comes!

—Prima mia, repuso Isabel con entereza, el pan que como, es mio; tengo seis reales diarios de pension que cobra tu madre, y seis reales dan para pan por mucho que comiese, y ya sabes que yo como muy poco; no me sois antipáticos, sino muy queridos; ¿dónde irá el alma á refugiarse si desdeña los afectos de la familia? Yo quiero estar al lado de la mia; lo que sí me sucede, es que sufro, y mucho, al ver que tu madre y tú estais en continuo disgusto, por no tener cada una un poco de tolerancia, con la que todo se podría arreglar.

—Mira, repuso Aurora; déjame de tolerancias; lo que voy á hacer, es casarme cuanto antes.

—¿Con Agustin?

—¿Con quién ha de ser?

—Pero Aurora, observó la jóven, ¿qué prisa te corre casarte? ¿acaso eres vieja, acaso te han de faltar otros partidos?

—No lo sé; solo sé que quiero salir lo antes posible del lado de mi madre, cuyo génio no puedo sufrir.

—¿Y si te toca un marido que lo tenga peor?

—No puede ser.

—Tal vez si podrá ser; y aquello es mas duro, porque no deja esperanza; al paso que ahora tienes la de salir un dia ú otro de esa tutela; además, Agustin es calavera, jugador, y criado en una villa que, aunque grande y rica como lo es Egea de los Caballeros, al fin es un lugaron.

—Mejor, así no sabrá de mundo.

—¡Ay, prima mia, el hombre debe conocer el mundo! exclamó Isabel: bueno es que la mujer lo ignore todo; pero ¿y si lo ignoran los dos, si no saben manejarse ni manejar á su familia?

—En la ocasion se aprende.

—No lo creas, no se aprende en la ocasion: á lo ménos á mí así me lo parece.

—Tú todo lo quieres saber: pero ¿por qué discurres tanto en aconsejar á los demás y tan poco en tu propio interés? ¿por qué no te casas con mi hermano?

—Ya te he dicho que no me conviene.

—¡Siendo rico!

—Espero ser más feliz con un pobre.

—¡Qué disparates!

—No son sino verdades, ó mejor dicho, la expresion de lo que siento: ya sabes que siempre he vivido en la pobreza: así es que la amo como á una amiga, segun diria mi madre: me

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

parece que la opulencia me estorbaria y que solo me seria grata una tranquila prosperidad, á la que yo misma contribuyese.

—Pues yo no pienso así: una de las razones por lo que me gusta mucho Agustin, es porque es rico y dueño de su fortuna.

—Te equivocas: aún vive su padre.

—¿Y qué? él la maneja toda.

—Pero no toda es suya: dicen que su padre le pide cuentas, y si él se las da, ya ves...

—Ya veo que es porque quiere, y que no debia dárselas.

—¿Qué dices!

—¿No es mayor de edad?

—Jamás lo debe ser un hijo para su padre.

En aquel instante, una voz aguda y burlona dijo á la puerta de la habitacion de Aurora:

—Con Dios, señoritas.

—¿Qué, se va Vd. al fin? exclamó Isabel.

—Al fin, repitió con descaro Joaquina, zarandeando un lio que llevaba debajo del brazo: al fin me voy; y á fe que Vd. no lo sentirá mucho que digamos.

—Yo no siento que Vd. se vaya en efecto, repuso Isabel: es Vd. una persona extraña, y además poco agradable por su carácter áspero:

ha servido, se le ha pagado, se marcha usted, buen viaje.

—¿Y Vd. queda dueña del campo, es verdad?

—¿De qué campo?

—Toma, ya sabe Vd. de cuál: ya no le haré sombra con el señorito.

Isabel volvió la espalda á la insolente muchacha, con supremo desden, y dijo á su prima:

—Me voy mientras esta mujer esté aquí: cuando se haya ido, volveré.

—No te vayas, repuso Aurora, porque es ella la que se va: Joaquina, aquí estás muy demás.

—¡Si ya me marcho! dijo la camarera: pero tambien es cierto que me han de llorar ustedes más de dos veces y más de cuatro: ¡pues no, que habrá otra tan tonta, y que sepa hacer tan poco agosto, como Joaquina Ruiz! Si en esta casa todos se deben echar la cuenta de que á *¡rio revuelto ganancia de pescadores!* como jamás hay paz, ni hay órden para las cosas, cada uno tirará por donde se las sepa, y hará para su bolsillo el mayor beneficio que pueda.

—Esa será la cuenta que tú hayas hecho, observó Aurora.

—No señora, porque dejando á un lado diez vestidos que Vd. ha tirado y que yo he recogido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

manchados ó rotos por la mano de la señora, y algunos encajes destrozados en mangas y pañuelos por las furias de Vd., nada más saco: y bastante dinero podia llevarme; que muchas veces, enfurecidos, se dejan los cajones abiertos, pero no soy de esas; no, señora.

—¡Malo es que lo pienses! dijo Aurora sonriéndose de la cólera de su camarera.

—Más malo es hacerlo.

—Es que quien lo piensa, lo hace.

—¡Quiá, quien lo dice no lo hace! lo que yo haré será otra cosa: y ello sonará: con que vaya, abur y divertirse: que otra les sirva á ustedes, que yo puede que antes de mucho les dé la mano de igual á igual.

—¡Esta mujer se ha vuelto loca! exclamó Isabel: ¡qué tono, qué modo de hablar!

—Ya he dicho que lo que fuere sonará.

—Anda, anda con Dios: dijo Aurora, cuyo adusto y habitual ceño se habia desarrugado con una risa franca y burlona.

—No sé por qué me causan miedo el acento y el aire de desafío de esa mujer, dijo Isabel: nunca hasta hoy me habia parecido mala, sino fátua: hoy, sin embargo, me parece una malvada y temo que venga á casa algun mal por ella.

IV

German subió al cuarto de su madre, así que se envolvió en su bata, y se caló su gorro de terciopelo verde. Era un gallardo jóven, como queda dicho, y que ya habia concluido en Madrid su carrera de abogado.

Hijo de un padre débil y de una madre, no débil, pero sí ignorante y vulgar, German no habia conocido en el mundo otra ley que su capricho ni otra autoridad que su gusto.

Acabada su carrera, no habia tenido más remedio que marchar á Barcelona, y al lado de su madre, no porque deseara el cariño materno y la vida doméstica, sino porque Doña Bibiana era muy mujer para no enviarle un cuarto, como en efecto lo hizo.

La viuda vivia entonces en Barcelona, y no fué del todo mal á German, pues su vida se pasaba en el café, en el casino, ó de caza, y la noche en los bailes ó en cenas alegres.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

manchados ó rotos por la mano de la señora, y algunos encajes destrozados en mangas y pañuelos por las furias de Vd., nada más saco: y bastante dinero podia llevarme; que muchas veces, enfurecidos, se dejan los cajones abiertos, pero no soy de esas; no, señora.

—¡Malo es que lo pienses! dijo Aurora sonriéndose de la cólera de su camarera.

—Más malo es hacerlo.

—Es que quien lo piensa, lo hace.

—¡Quiá, quien lo dice no lo hace! lo que yo haré será otra cosa: y ello sonará: con que vaya, abur y divertirse: que otra les sirva á ustedes, que yo puede que antes de mucho les dé la mano de igual á igual.

—¡Esta mujer se ha vuelto loca! exclamó Isabel: ¡qué tono, qué modo de hablar!

—Ya he dicho que lo que fuere sonará.

—Anda, anda con Dios: dijo Aurora, cuyo adusto y habitual ceño se habia desarrugado con una risa franca y burlona.

—No sé por qué me causan miedo el acento y el aire de desafío de esa mujer, dijo Isabel: nunca hasta hoy me habia parecido mala, sino fátua: hoy, sin embargo, me parece una malvada y temo que venga á casa algun mal por ella.

IV

German subió al cuarto de su madre, así que se envolvió en su bata, y se caló su gorro de terciopelo verde. Era un gallardo jóven, como queda dicho, y que ya habia concluido en Madrid su carrera de abogado.

Hijo de un padre débil y de una madre, no débil, pero sí ignorante y vulgar, German no habia conocido en el mundo otra ley que su capricho ni otra autoridad que su gusto.

Acabada su carrera, no habia tenido más remedio que marchar á Barcelona, y al lado de su madre, no porque deseara el cariño materno y la vida doméstica, sino porque Doña Bibiana era muy mujer para no enviarle un cuarto, como en efecto lo hizo.

La viuda vivia entonces en Barcelona, y no fué del todo mal á German, pues su vida se pasaba en el café, en el casino, ó de caza, y la noche en los bailes ó en cenas alegres.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

German, que tenia una figura bella y distinguida, era, en su lenguaje y maneras, el jóven más ordinario y más tosco del mundo.

Es muy cierto que el trato con las damas hace á los hombres delicados y corteses: los casinos, el hábito de ir al café, ha hecho desaparecer aquella galantería que recuerdan nuestras madres, y que ya no se emplea con nosotras, como si no fuéramos capaces de apreciarla.

German se habia acostumbrado á estarse todo el dia con el trage con que se levantaba de la cama: porque para estar entre sus amigos, tanto le daba, como él decia: fumaba en pipa, bebia cuanto queria, jugaba y no hacia nada de provecho en todo el dia, llegando el caso de olvidársele el escribir una carta.

Un año hacia que tenia el birrete de abogado, cuando su madre compró la bella quinta de Montañana, donde se fueron á pasar el primer verano, y donde les hemos conocido.

German regañó bastante del antojo maternal, y declaró que él se quedaba en Barcelona, y que aun no se habia propuesto ser hermitaño.

—Eres dueño de quedarte si quieres, dijo

su madre: pero no te dejaré ni te enviaré un cuarto.

—No importa; aquí me quedo, repitió German.

Y se quedó.

Dos dias despues, empeñó un soberbio solitario que tenia para prenderse la corbata. Despues la cadena del reloj, al que puso una cinta: poco tardó en empeñar el mismo reloj. Cuando ya hubo empeñado tambien toda su ropa, se fué al lado de su madre y hermana.

Al empezar esta historia, hacia pocos dias que habia llegado: su prima Isabel, que le parecia en extremo linda, al verla de nuevo despues de mucho tiempo, volvió á parecerle mucho mejor, y esto, tanto como la falta de dinero, le decidió á quedarse en la casa de campo.

Puede suponerse de la manera que aquella madre tosca y furiosa recibiria á su hijo, más tosco y más propenso á la cólera.

No se escasearon los improperios por parte de la madre, ni las réplicas insolentes de parte del hijo: y á tanto llegaron unas y otras, que Isabel, avergonzada, salió de la sala con un leve pretesto.

El solaz que German esperaba hallar en su prima, no lo encontró; repugnábanle á Isabel

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus maneras bruscas, su carácter violento, su lenguaje libre y sus hábitos holgazanes: y preferia mil veces morir soltera, á casarse con su primo, rico y buen mozo.

Siguiendo éste sus inclinaciones bajas y sus depravados gustos, empezó á obsequiar á la camarera, en primer lugar, creyendo dar así celos á su prima, y en segundo, persuadido de que se divertiria más con la alegre Joaquina que con la prudente Isabel.

Tal era el estado de las cosas. Joaquina, prevaliéndose de las alas que le daba *el señorito*, no hacia nada, abusando de un modo vergonzoso de la paciencia de su ama; al paso que Isabel, deseando evitar rencillas y disputas, tomaba sobre sí todo el peso de los quehaceres de la casa, y era la verdadera doncella de su tia y de su prima.

Su honrado y buen corazon veia con un dolor profundo de qué modo desaparecian de casa todos los objetos que los criados podian llevarse.

Su tia, avara, pero desordenada, no sabia lo que tenia, y por no incomodarse, no queria saber lo que pasaba: decia que bastante paciencia perdia con sus hijos, y que no queria más disgustos.

Joaquina hacia desaparecer, con un raro primor, los pañuelos, las medias, los cuellos y las corbatas de las señoras: Aurora no queria tampoco mirar por la casa: decia que su madre no agradecia nada de lo que se hacia, y que, lejos de eso, reconvenia por todo: y se pasaba la noche durmiendo, y el día paseándose por el jardin.

Doña Bibiana se incomodaba, y con justicia, con esta culpable indiferencia: pero de nada servian las reflexiones, ni las amenazas: Isabel acudia á todas partes: cosia lo que no cosia Joaquina: limpiaba la casa: vestia á su tia y á su prima, y cuidaba de todo con una actividad é inteligencia admirables.

En vano fué que German repitiera sus protestas de cariño, y que Aurora le dijese que su madre miraria con gusto esta union. Isabel sabia ó presentia lo contrario, y además todos los ruegos del mundo no la hubieran decidido á aceptar á su primo para marido.

Su tia la trataba con el despego insultante que empleaba con todos los que dependian de ella: habia tenido la ruindad, desde el primer dia que fué su sobrina á su lado, de cobrar la corta pension de ésta, y solo le compraba ves-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tidos tan modestos que rayaban en humildes.

—Pero, señora, ¿por qué trata Vd. á Isabel como á nuestra doncella? preguntó un dia Aurora á su madre.

—¿Y á tí qué te importa? respondió la viuda.

—Me importa, porque se pone Vd., y me pone á mí en berlina: ¡Vea Vd., una sobrina carnal!

—Que no tiene donde caerse muerta.

—Verdad es: pero no por eso se debe abusar...

—La que abusa eres tú, que te tiendes á la bartola, mientras ella lo hace todo.

—Como Vd. me enseña á faltarle al decoro...

—¡A ver si te callas! y lo que te encargo es que no me juegues al escondite con Agustin.

—¿Por qué dice Vd. eso?

—Ya lo sabes tú: miren el hijo del *guardia*, que le llaman *guardia* tambien.

—¿Y qué mal hay en eso?

—¿Qué mal hay? es hijo de un guarda-bosque: y cualquiera creerá que lo es de un coronel de la guardia real.

—Bastante le importará á nadie.

—Me importa á mí.

—Lo mismo que á los demás.

—Eso lo veremos.

—Por visto: no he de hacer caso, aunque me prediquen San Pedro y San Pablo.

Doña Bibiana tenia razon: difícilmente pudiera hallarse un hombre más holgazan y de ménos vergüenza que Agustin el hijo del guarda-bosque.

Tenia bastante hacienda, procedente de haberle caido la lotería á un hermano de su padre, y de haber empleado éste toda aquella suma en la compra de fincas rústicas de la mejor calidad.

Poco despues de haber empleado su dinero, le sorprendió la muerte, y todo lo legó á su hermano, que dejó de ser guarda-bosque, se vistió de señor, y envió á su hijo á estudiar á Madrid, donde, cansado al poco tiempo del aula y del estudio, se dedicó á holgar y á jugar, hasta que su padre le hizo volver á su lado, á la rica villa de Egea de los Caballeros.

Habia hecho muchas calaveradas con German, del que era muy amigo: y mientras este permanecia en la quinta de Montañana, no habia ni en las aldeas vecinas, ni en las casas de campo, jóven bien parecida, ya fuese casada ó soltera, que se viese libre de la persecucion de aquellos dos Tenorios lugareños.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Agustin era alto, rubio, y tenia la cara bastante insípida: largos bigotes de color de lino, acusaban sus veinte y siete años: sus ojos azules, ó no decian nada, ó decian cosas perversas: su risa hubiera sido bella á ser más inteligente; pero la expresion brutal, que resaltaba, en ella, y además, lo quemado por el tabaco de su pequeña dentadura la destituian de todo encanto, y la hacian más bien repugnante que otra cosa.

Vestia, como German, con lujo: pero sus trajes eran siempre churriguerescos, y adoptados con tan poco tino, que se ponian uno negro para las primeras horas de la mañana si se les antojaba, y uno de lienzo de hilo para ir de baile por la noche á casa de algun hidalgo rico de los contornos.

Los dos corrian grandemente, y en cuanto podian *la borrasca*, como ellos decian: eran dos *vagos* como el pueblo llama, en su enérgico lenguaje, á los desocupados ricos, y hubieran sido dos bribones si hubieran tenido pocos medios de fortuna.

Aurora no amaba á Agustin; le hacía caso solo por tres razones: la primera porque no le gustaba á su madre; la segunda porque era rico;

la tercera por no estar, á los diez y ocho años, *sin un mal novio.*

El talento de Aurora, si no era tan escaso que se pudiera llamar nulidad, era á lo ménos tan vulgar que no daba luz sobre sus pensamientos, siempre vagos, indecisos, y á veces extravagantes.

Con una poesía natural en el alma, su educacion en un convento de religiosas no podia bastarle teniendo que vivir despues al lado de una madre tan poco digna como era la suya.

Todo lo bueno, justo, religioso y noble que habian sembrado en su alma las buenas religiosas, desapareció: las excelentes doctrinas que le habian inculcado, fueron ricas semillas que cayeron en una tierra seca, por la borrasca contínua que promovia aquel déspota con faldas que se llamaba la viuda de Megía.

¡Cuán ópimos frutos hubieran dado si Aurora, en la tierna edad en que salió de la pension, hubiera sido puesta bajo la vigilancia de la madre de Isabel!

Nada hay más cierto que la influencia de la mujer en el corazon de sus hijos, y, sobre todo, en el de sus hijas; y buena prueba de esto eran

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las inclinaciones, los modales, el modo de ser, en una palabra, de Aurora é Isabel.

Ambas habian nacido bonitas, ambas dotadas de talento, de sentimientos generosos, de altivo y noble modo de pensar: y sin embargo, en aquella, tantas bellas cualidades se habian ido ocultando bajo una apariencia fiera y llena de grosería, como un rosal entre las espinas y la maleza de un inmenso zarzal.

Isabel, por el contrario, tenia ya afirmadas en el alma, á la muerte de su madre, todas las hermosas creencias, las afecciones delicadas, el instinto de lo bello, en una palabra: y como la desgracia y la soledad maduran el entendimiento, era, á los diez y siete años, de tan sólido juicio, que solo podian compararse su mesura y prudencia á su dulzura y gracias exteriores.

No cesaremos de recomendar á la mujer la moderacion y el respeto al decoro: hay una valla en las consideraciones humanas que no se puede traspasar impunemente: esta valla existe: entre padres é hijos, entre el esposo y la esposa, entre hermanos y entre amigos; la forma el mútuo respeto: y una vez hollada, las contiendas y las injurias se suceden sin cesar y son cada vez más acerbas.

En la casa de Megía, cada uno tiraba para sí: solo Isabel miraba y trabajaba por todos: solo Isabel no se quejaba nunca.

Respecto de los demás, sin esceptuar á los hijos y á los criados, cada uno hacía su agosto: German sacaba dinero de donde podia para sus vicios; Aurora hacía lo mismo, y los criados no se descuidaban por su parte en imitarles.

Doña Ursula era la que más se habia resistido á aumentar el despilfarro general; pero un dia en que no tenia dinero para tabaco, se dijo:

—Si yo no me lo llevo, se lo lleva el bribon de Gregorio ó la desvergonzada de Joaquina: con que á ello.

Y del cajon, donde guardaba la suma que se dedicaba al gasto de todo el mes, tomó cuatro duros.

Abierta ya aquella brecha en su conciencia, poco costó hacerla mayor: cada dia hallaba Doña Ursula algun nuevo motivo para sisar algo: y á tanto llegó, que su bolsa fué tomando colosales proporciones, en tanto que Doña Bibiana, aunque rabiando, tenia que dar cada dia más dinero, sin saber cómo remediar este mal, que por momentos se iba haciendo más grave.

En resúmen, en aquella casa nadie estaba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en su sitio: y la viuda de Megía pagaba, en vida y de un modo muy amargo, la mala educacion que daba á sus hijos, y el ejemplo de vulgaridad y ordinariez que constantemente les presentaba.

V

German entró en la habitacion de su madre, todo encogido, como si tuviera frio, con el gorro calado, las manos metidas en los bolsillos de su pantalon, y chupando un cigarro puro.

Dejóse caer en un sillon murmurando un *buenos dias* como mascado con el tabaco, y esperó á que su madre le dijese para qué le necesitaba.

Aquella actitud de desafío hizo ya subir la sangre á la cabeza de Doña Bibiana: esta se puso roja de cólera; y tantos eran los denuestos que se agolpaban á su mente, que no sabia de qué modo darles paso.

En fin, se puso en jarras, y mirando á German exclamó con voz ronca y agitada:

—Diga Vd., señor hijo: ¿es esta hora de levantarse?

—Todas lo son, respondió German contemplando el humo que salia de su cigarro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Pues yo le digo á Vd. que no! gritó Doña Bibiana ronca de furor.

—Sea en hora buena: no me gusta contradecir, repuso German con flema.

—¿Y está bien lo que hicíste anoche?

—¿Qué hice? ¿Es tambien delito el tomar café?

—El tomar café á aquellas horas, lo es: y es además tener muy poca vergüenza el tomarlo con la camarera!

—¡Bah! ¡Bah! madre, yo soy ya mayor de edad; con que así déjeme Vd. en paz, dijo German con una grosería increible: ¿por qué vivimos aquí? ¿por qué se empeña Vd. en que he de estar en un desierto? Déjeme Vd. vivir en Madrid, ó por lo ménos, en Barcelona!

—¿Y de qué vivirás, animal? gritó enfurecida Doña Bibiana: ¿qué eres tú? ¿qué ganas?

—Usted déme mi legítima y no se meta en otra cosa: ¿no soy demasiado bueno en no haberla pedido todavía?

—¿Y qué harás con ella?

—Eso es cuenta mia: una vez que la reciba, no le pediré á Vd. nada, aunque me muera de hambre; pero ya que hemos llegado al caso, voy á hablar á Vd. clarito: quiero lo mio.

—¡Infame, mal hijo! gritó Doña Bibiana con toda la fuerza de sus pulmones, que no era poca: ¿te atreves á desmembrar la hacienda de tu padre?

—Para el paso que lleva... repuso German sin dejar de fumar su cigarro: cada uno tira de lo que hay, segun le parece: ayer vendió mi hermana dos cahices de trigo de flor.

A esta noticia, Doña Bibiana se puso morada de ira: sus ojos saltaban hinchados y enrojecidos: en el extremo de sus labios, asomó una espuma rabiosa: su hijo, en vez de conmoverse con aquellas muestras ostensibles de sufrimiento, se echó á reir y se puso á pasear por la estancia.

—¿Cuándo y á quién ha vendido Aurora ese trigo? gritó Doña Bibiana.

—¿Cuándo? ya le he dicho á Vd. que ayer: ¿á quién? ella la dirá: vino á buscarlo, con unos burros, un hombre... así, como criado.

—¿Pero dónde estaba yo?

—En misa pidiendo perdon á Dios de las rabietas que hace Vd., y del veneno que nos hace tragar á todos: madre, desengáñese Vd., Aurora tiene que robar á Vd., por que Vd. no le da un cuarto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Para qué quiere el dinero la gran pícara?

—Para pagar á los que llevan sus cartitas á Agustin: ¿cómo pregunta Vd. esas cosas? ¡lo mismo haria Vd. en su caso!

—¡Ya le daré yo el Agustin y las cartitas!

—Eso es lo que debe Vd. hacer: dar á mi hermana, con su dote, á Agustin; darme á mí lo mio, y Vd. se queda en la gloria solita, en este nido de águilas, porque yo me voy á Madrid al instante.

—¡Qué hijos! ¡qué hijos!

—¡Señora, nosotros nos debiamos quejar de usted!

—¿Vosotros?

—¡Claro! ¡no nos da Vd. ni un céntimo! pero yo ya me canso de los andadores, y si no me da Vd. lo mio, le pongo pleito.

—¡Pues pleito me pondrás, pero yo no te daré nada, bribon, mal hombre! que demasiado sabes tú que estando viva la madre, todo es suyo.

—No sé semejante cosa, sino muy al contrario; sé que mi abuelo dejó mandado que así que yo fuera mayor de edad, si la queria, se me diese mi parte; dejó mandado tambien que Aurora se casara á su gusto, y que el dia que lo hiciera, que se le diese su dote limpio de *polvo y paja*.

—¿Es decir, exclamó Doña Bibiana, que tú me pides tu parte para gastar á tus anchas con la bribona de Joaquina, eh?

—Madre, no la llame Vd. *bribona*, porque no lo es; ¡qué furor de insultar á todo el mundo!

—¡Sí, defiéndela, todo eso pierdes; porque ya no está aquí!

—¡Que no está aquí Joaquina! repitió German, cuyo semblante se demudó.

—¡Cabales; la he echado yo! ¿lo entiendes? ¡yo!

—¿Y por qué ha sido eso?

—Porque me ha dado la gana; ¿estamos?

—Pues no sabe Vd. lo que ha hecho, dijo German, despues de haber fijado en su madre una iracunda mirada.

—Lo sé muy bien.

—Le digo á Vd. que no lo sabe, y que ha de ver cosas que la harán quejarse de mí con razon.

—¡Zopenco! ¿que harás tú? ¡hablar!

—Vea Vd. lo que haré, dijo German, cuyo orgullo de hombre se sublevaba contra los bajos dicterios de su madre; me iré donde se vaya Joaquina; si la hubiera Vd. tenido en casa, me

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

hubiera estado aquí; pero como la ha despedido Vd. para darme mal rato, se lleva chasco, y el mal rato se volverá contra Vd.

—La he despedido, porque no hacía nada y robaba con la mayor desvergüenza, dijo la madre convirtiéndose de tirano en víctima; no por darte á tí en la cabeza; además, ¿no andas tú que bebes los vientos por Isabel?

—Isabel no me puede ver; y para darla en la cabeza, hacía yo extremos con esa chica que, en medio de todo, ha llegado á gustarme.

—¿Y solo porque te gusta te has de ir detrás de ella?

—Porque me gusta, y por dar en las narices á Isabel, que, siendo una pobretona, me desprecia, soy capaz de casarme con ella.

—¡A eso podíamos llegar! ¿no te avergüenzas de decirlo?

—No, señora; ni tampoco me avergonzaré de hacerlo.

—Con que te has empeñado en matarme á pesadumbres?

—No, señora; sino en hacer mi gusto. Con que llame Vd. al Escribano, y á ver si se separa lo mio, y se me entrega; es un millon; lo sé de sobra; en el término de ocho dias, quiero los

títulos de propiedad de las tierras que son mias y el dinero contante y sonante; he dicho.

German, así que pronunció estas palabras, salió de la estancia dando un portazo y dejando á su madre ébria de furor y exhalando gritos ahogados.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI

Entre los muchos volúmenes que hemos dado al público y que éste ha recibido con tan extremada benevolencia, hemos diseñado varias clases y tipos de madres; tales son, la madre tierna, y previsora; la madre que hace preferencias entre sus hijos y que adora á los unos y maltrata á los otros; la madre indolente, la madre severa, y la madre débil; empero, la madre que hace á sus hijos una guerra sorda; que se empeña en avasallar hasta su pensamiento; que busca, para herirles, las palabras más duras; que les veja, les mortifica y les contradice de todas las maneras imaginables, aunque la conocíamos, no nos habíamos atrevido á copiarla del original, temiendo que se calificase de inverosímil nuestra pintura.

No obstante, al pensar el presente libro, esta madre es la primera figura que se apareció á nuestros ojos; y nos hemos dicho que,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puesto que existe, es locura no dar á conocer el tipo en toda su rara monstruosidad.

Doña Bibiana empezó por no amamantar á sus hijos, diciendo que no queria destruirse por ellos.

Cuando fueron á su lado, los recibió como á enemigos de su reposo y comodidad, á cuyas cosas era en extremo aficionada, y los entregó á sus criados, con los que dormian, paseaban y comian.

Aurora, así que su edad lo permitió, fué puesta en un convento: su madre iba á verla raras veces, y cuando lo hacia, era de mala gana, para estar poco rato y para regañarla sin cesar.

La niña, que, como ya se ha dicho, estaba dotada de talento y de instintos delicados, comparaba la figura grotesca y el carácter duro de su madre, con la figura y el carácter de las madres de sus compañeras, y hallaba que la suya no se parecia á ninguna, y que, en la diferencia, toda la desventaja estaba de parte de Doña Bibiana, que tenia facha y voz de tambor mayor.

Conforme iba Aurora creciendo, crecia tambien aquella especie de sorda antipatía de su

madre, quizá porque la niña era bella y prometía eclipsar las gracias toscas de Doña Bibiana, con las que ella estaba en extremo envanecida. Aurora presentaba ya un tipo, en extremo bello y delicado, y un carácter altivo é independiente: dos razones poderosas para que se conquistase la animadversion de su madre.

Con la mira de dominarla, se la llevó á su lado cuando acababa de cumplir catorce años: y la pobre Aurora empezó á cruzar una senda erizada de espinas, y á perder toda la tranquilidad y toda la dulzura de ánimo que siempre la habian distinguido.

Viéndose ofendida injustamente, se rebeló contra la injusticia: respondia insolencias, cuando le decian insolencias: desaparecieron el pudor y la dignidad de la jóven, ante los miserables ultrajes de la madre: y aquella degradacion moral y mental la llevó hasta apreciar el amor de Agustin, el hijo *del guardia*, á quien, si hubiera seguido siendo lo que era al salir de su colegio, jamás hubiera escuchado.

No podemos atrevernos á asegurar que la viuda aborreciese á sus hijos: la naturaleza se subleva contra semejante creencia y aun contra semejante pensamiento: pero su mal carác-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ter y su afan de dominio, ahogaban su amor.

Los hijos, hostigados por la madre, se hicieron fuertes; y se dijeron que, si cedian, estaban perdidos, por lo que determinaron no ceder en nada ni un ápice de su voluntad.

El ruego les hubiera desarmado.

La fuerza les hacia crueles, casi brutales.

A los gritos de su tía, Isabel fué la sola que acudió. German salia de allí, y no quiso volver. Aurora preguntó qué tenia su madre, á lo que su hermano respondió riéndose:

—Déjala: ¡grita de rabia, y es capaz de comerte!

—No entro, pues, repuso Aurora, hasta que se le pase.

Isabel habia corrido hácia su tia, y su primera diligencia habia sido desabrocharle el vestido y el corsé, porque parecia ahogarse.

Doña Bibiana presentaba el aspecto más horrible: sus ojos estaban inyectados: sus mejillas, su frente y hasta su cuello se vistieron de color de violeta.

Una respiracion ahogada levantaba su pecho, que parecia no poder contener su furor.

Isabel, así que la hubo desahogado de su opresor corsé, la sentó en un sillon y llamó con

fuerza á la campanilla para que trajesen un vaso de agua, no atreviéndose á ir á buscarle ella misma.

Pero en vano esperó dos ó tres minutos, y luego hasta diez, creyendo que alguno acudiria: nadie llegó en su ayuda.

Doña Ursula tenia dias de estar muy torpe del oido, y aquel era uno de ellos.

Joaquina se hallaba esperando la hora de ponerse en camino, en una de las salitas de la planta baja de la quinta.

Aurora y German no querian ir.

—¡Dios mio! se dijo la pobre Isabel angustiada: ¡qué terrible es la guerra doméstica!

Y colocando á su tía como mejor pudo, salió ella misma á buscar el agua.

A pesar de la dolorosa preocupacion de su ánimo, no pudo ménos de indignarse del estado del comedor y de la cocina: en aquel se hallaba aún la mesa sin alzar, despues de la última comida: la vagilla súcia estaba extendida por el mantel: los gatos se habian subido sobre este último, habian sacado los huesos de las aves servidas en la comida, y los habian diseminado, no solo por la mesa, sino tambien por el pavimento: el hedor de comidas detenidas se no-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

taba allí, y reinaba además el triste aspecto de la incuria y del desórden.

Isabel halló una botella de agua, pero vacía: los gatos, al pasearse sobre el mantel como en terreno propio, habian derribado las copas y vasos, y hécholos pedazos.

Isabel fué á la cocina, temblando por la larga soledad en que tenía que dejar á su tía, y allí se encontró con un desórden todavía más grande.

La vieja cocinera, al ver que nadie se cuidaba de lo que hacía, se pasaba el dia en comer y dormir, ó bien en tomar polvo sentada en un cómodo sillon de baqueta, que se habia hecho colocar en la cocina.

El fogon se hallaba desamparado y sin comida puesta, aunque eran ya cerca de las diez de la mañana; todo el vidriado estaba sin limpiar. Isabel tuvo que lavar un vaso de los más ordinarios y llenarlo de agua de un jarro de barro, único que encontró, y que estaba destinado á los usos más comunes.

Conseguida por fin el agua, se fué al lado de su tía, que ya se habia recobrado algun tanto de su parasismo, y se hallaba incorporada en el lecho.

Isabel le presentó el agua, rogándole que la bebiese y se calmase.

La viuda la bebió, en efecto, y luego dijo, con voz que procuraba hacer reposada, pero que temblaba de cólera:

—Mira qué hora es en el reloj.

Isabel salió á la sala que precedia al gabinete de su tía: miró un magnífico reloj de sobremesa que habia en una de mármol, y dijo á la viuda:

—Son las diez ménos algunos minutos, tía.

—Pues á las diez en punto te vas á marchar á Madrid.

—¡Dios mio! ¿qué dice Vd. tía? exclamó aterrada Isabel: ¡Marcharme yo á Madrid! ¡Será posible!

—No soy reloj de repeticion.

—¿Pero qué es lo que yo he hecho? ¿por qué me despide Vd. así? ¿en qué la he ofendido?

—¡Nada, nada! ahorremos razones: no te quiero más en casa: quiero quedarme sola con mis hijos para hacerlos andar derechos.

—¿Pero acaso incomodo á Vd. para eso?

—Me incomodas: porque Aurora se fía en tí y no hace nada: y en fin: ya te he sufrido bastante tiempo, y voy á descargarme de cuidados

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ajenos: sobrina mía no eres, que lo eres de mi marido: él ni te encargó á mí ni cosa ninguna, con que así, te buscas tu madre de Dios.

—¡Tía! exclamó Isabel sollozando: ¡eso es una crueldad! ¿á dónde voy yo sin conocer á nadie, sin un cuarto?

—¿Y á mí qué me cuentas? ¡bastantes *belenes* tengo yo en mi casa!

—¿Pero no soy yo de su casa de Vd.?

—Nada tengo que ver contigo: *el que quiera nabos, que se los cave.*

—¿Con que decididamente me arroja Vd. de su casa?

—¿Cuántas veces te lo he de decir? Estamos á principios de mes: te daré los nueve duros de tu orfandad, y te arreglas con ellos: hija, ya se acabó el hacer la señora, y el dar mal ejemplo con *tus finuras* á mi hija, y hasta á la doncella: te pones á servir, *que no te se caerá ninguna venera*: ea, anda, anda, y no me sigas gimoteando.

—Está bien, señora, dijo la pobre huérfana enjugando sus ojos: Dios no falta á nadie: Vd. me abandona: pero en él confio, y él no me desamparará.

—Anda, anda, y déjame de letanías, dijo Doña Bibiana: que con los otros yo me compondré.

Isabel salió: pero á pesar de la fortaleza que habia aparentado, el llanto la ahogaba y el más hondo dolor despedazaba su corazon.

Dirigióse al humilde cuartito que ocupaba, y se puso á arreglar su equipaje, que, más que modesto, podia llamarse mísero: constaba de dos vestidos de percal de fondo blanco y de otros dos de lanilla, para el invierno, desechados ya por su prima.

Su ropa blanca no era tampoco mucho más escogida: y la pobre niña se vió acosada por esos miserables dolores de la vida, que consisten en no tener, ni el abrigo más modesto en el invierno, ni la prenda de verano más humilde pero cuya hechura sea adecuada á circunstancias dadas y especiales.

Los trajes de Isabel de verano estaban hechos para llevarlos en la casa: por tanto, no tenia ni una manteleta, ni un chal que echarse sobre los hombros para subir al carruaje que debia alejarla de aquella casa, que siempre habia mirado como suya.

No obstante el temor de aparecer ridícula ante los otros viajeros, la acosó por pocos instantes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todo lo que su corazon podia sentir y llorar le era poco para lamentar el abandono que la amenazaba.

Cuando ya tuvo hecho su humilde lío, entró Doña Ursula y le puso en la mano un paquetito, que, por su peso, conoció Isabel contenia los nueve duros, muestra magnífica de la generosa esplendidez de su tía.

La vieja ama de llaves le entregó tambien una deteriorada cartera, y le dijo con voz alterada por el llanto:

—Aquí están, señorita Isabel, la fe de defuncion de su señor padre, y la fe de bautismo de usted por si le hace falta para cobrar su pension en Madrid.

—Gracias, Doña Ursula, dijo Isabel tomando ambos objetos, que guardó en el bolsillo de su traje.

—Y ahora, señorita, prosiguió el ama de llaves, que amaba sinceramente á Isabel, permítame Vd. que añada yo algo á ese miserable donativo de la señora: aquí hay mil reales: tome Vd. este bolsillo y haga uso de él con toda franqueza.

—Gracias, Doña Ursula, repitió la joven rechazando el bolsillo: esto que Vd. llama un donativo, no lo es: esto es mio, es decir, una mensualidad de lo que la Reina me tiene señalado por los servicios de mi pobre padre: yo agradezco la buena voluntad de Vd.; pero esto me basta: nada más necesito: sé trabajar, y Dios me abrirá camino, porque yo espero en él con toda la fe de una cristiana.

—Sin embargo, señorita: yo no me consuelo de que se vaya Vd. así... y hasta que halle en la Babel aquella trabajo ó colocacion, ¿qué hará?

—¡Dios proveerá! repuso Isabel, alzando al cielo sus ojos con la sublime fe que moraba en su alma.

—Pues mientras provée, la voy á encaminar á Vd. á una casa: á casa de mi hermano: tienen tienda de comestibles en la calle de Toledo: y allí no le faltará á Vd. una cama y cubierto en su mesa, hasta que Vd. piense lo que debe hacer: aquí van dos letras mias, que le pongo, para que sepa quién es Vd.: mi hermano es un hombre muy bueno, y su mujer es mejor, si cabe, sin más defecto que el de adorar á su hijo Anastasio que ya está acabando la carrera de leyes.

—Esto sí que lo acepto, dijo Isabel tomando

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la carta que le presentaba Doña Ursula: lo acepto, y con mucha gratitud, porque á la verdad, jamás he estado en Madrid: ahora, Doña Ursula, le pido á Vd. otro favor: mientras que yo me despido de mi prima, envíe Vd. á Gregorio para que me tome el billete: la diligencia va á pasar.

Diciendo ésto, sacó Isabel el envoltorio que contenia su dinero, y lo fué á presentar á Doña Ursula: pero al pensar en que no bastaba aquella suma, una palidez mortal cubrió todas sus facciones.

Sin embargo, su valor superó á su confusion: pareció tomar una resolucion definitiva, y dijo al ama de llaves:

—Que ponga Gregorio lo que falte: de aquí á Madrid ha de tomar el billete: yo le satisfaré el exceso del precio antes de marchar: encárguele Vd. que lo tome de la rotonda.

—¡Cómo! ¿De lo más malo?

—Sí, Doña Ursula: soy pobre, y como tal debo viajar.

VII

Isabel se fué al cuarto de su prima.

Era una linda sala, cuya ventana daba al campo; la puerta estaba cerrada por dentro. Isabel llamó, y no le respondió nadie.

Temblando, porque iba á pasar la diligencia, volvió á llamar y tampoco obtuvo contestacion.

Temiendo que Aurora se hubiera puesto mala, aplicó la vista al agujero de la cerradura, y vió á su prima asomada á la ventana, y muy inclinada hacia afuera.

Un instante despues, oyó su voz aunque confusamente; al parecer, hablaba con alguna persona que se hallaba en el campo.

Isabel creyó oir confusamente estas palabras.

—Está preparado; German y yo lo estamos tambien.

Isabel vió á su prima separarse de la ven-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la carta que le presentaba Doña Ursula: lo acepto, y con mucha gratitud, porque á la verdad, jamás he estado en Madrid: ahora, Doña Ursula, le pido á Vd. otro favor: mientras que yo me despido de mi prima, envíe Vd. á Gregorio para que me tome el billete: la diligencia va á pasar.

Diciendo ésto, sacó Isabel el envoltorio que contenia su dinero, y lo fué á presentar á Doña Ursula: pero al pensar en que no bastaba aquella suma, una palidez mortal cubrió todas sus facciones.

Sin embargo, su valor superó á su confusion: pareció tomar una resolucion definitiva, y dijo al ama de llaves:

—Que ponga Gregorio lo que falte: de aquí á Madrid ha de tomar el billete: yo le satisfaré el exceso del precio antes de marchar: encárguele Vd. que lo tome de la rotonda.

—¡Cómo! ¿De lo más malo?

—Sí, Doña Ursula: soy pobre, y como tal debo viajar.

VII

Isabel se fué al cuarto de su prima.

Era una linda sala, cuya ventana daba al campo; la puerta estaba cerrada por dentro. Isabel llamó, y no le respondió nadie.

Temblando, porque iba á pasar la diligencia, volvió á llamar y tampoco obtuvo contestacion.

Temiendo que Aurora se hubiera puesto mala, aplicó la vista al agujero de la cerradura, y vió á su prima asomada á la ventana, y muy inclinada hacia afuera.

Un instante despues, oyó su voz aunque confusamente; al parecer, hablaba con alguna persona que se hallaba en el campo.

Isabel creyó oir confusamente estas palabras.

—Está preparado; German y yo lo estamos tambien.

Isabel vió á su prima separarse de la ven-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tana, dichas estas palabras, y volvió á llamar con más fuerza.

Aurora se dirigió á la puerta y abrió.

—Prima mía, dijo Isabel, sintiendo que las lágrimas volvían á sus ojos con más ímpetu, vengo á despedirme de tí...

—¡Cómo! ¿pues á dónde vas? dijo Aurora.

—A Madrid; tu madre me despide.

—¡Te despide!

—¡Sí!

—¿Y por qué causa?

—No sé... dice que quiere quedarse sola con vosotros.

Aurora soltó una carcajada; luego, sin dejar de reir, dijo á su prima:

—Luego sabrás por qué me río: pero, díme, ¿es de veras que te vas?

—Sí; solo espero que pase la diligencia.

—De esta suerte, iremos juntas.

—¡Juntas! ¿qué dices, te vas tú tambien?

—¡Sí por cierto, y German!...

—¿Tambien German?... ¿abandonais á vuestra madre?...

—Sí, la abandonamos; la abandonamos muy contentos; nos marchamos, y Agustin con nosotros.

—¿Y á dónde vais?

—A Madrid.

—¿Y tu madre no sabe nada?

—¡Ni una palabra! ha sido pensado y hecho.

—¿Y el padre de Agustin?

—Tampoco sabe nada; cómo van á rabiar ¿eh, qué te parece?

—¡Pero eso es inícuo, cruel; á su edad dejarles así!

—¿Qué quieres, hija? cada uno ve las cosas á su modo; ¿tú serás aun capaz de acusarme porque dejo á mi madre, verdad? ¡y eso que acaba de despedirte!

—Y eso, ¿qué tiene que ver? ¡yo no soy su hija!

—Mi madre es una hiena para tí y para todos; se ha cansado de tí, y te echa; German y yo nos hemos cansado de sufrirla, y nos vamos; estamos iguales: pasa la diligencia; ya está avisada la casa de postas; nos metemos en ella, y nos vamos los cuatro; yo voy de conversacion con Agustin; tú te avienes con German, y hacemos el viaje divertidos en toda regla; qué, ¿no te acomoda?

—¡No! respondió Isabel; ¡no me iré con vosotros! ¡no quiero que tu madre crea que, llevada de enojo ó deseando vuestro amparo, os

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

he inducido á abandonarla; aquí me estaré hasta que halle otro medio de marcharme!

Aurora miró estupefacta á su prima.

—Te creía tonta, le dijo, pero no tanto; anda, deja escrúpulos de monja, y vente con nosotros; ¿qué miramientos ha tenido contigo mi madre?

—Eso no es cuenta para que yo no los tenga con ella.

—¡Verás que vida nos damos!

—Yo no deseo otra que la del trabajo.

—Pues ya verás que bien te va con ese modo de pensar; pero no quiero discutir más contigo; obra como quieras; ¿necesitas dinero?

—No, dijo Isabel despues de un momento de vacilacion.

—¡Mira que tengo! le he cogido á mi madre quinientos pesos, y German mil.

Isabel volvió los ojos con un gesto de repugnancia.

—Prefiero, dijo para sí, deber algun dinero á Gregorio, que no llevarme de ese que han robado á mi tía.

En aquel instante se oyó el rumor de un carruaje pesado, que venia á larga distancia.

Era la diligencia, que llegaba de la casa de

postas de la aldea vecina, y que solo distaba un cuarto de legua.

Pasó por delante de la quinta, y se detuvo breves instantes en una revuelta del camino.

—Adios, dijo Aurora á Isabel estrechándole la mano: búscame en Madrid, en la fonda donde se detienen las diligencias de esta carrera, ya que eres tan tonta que no quieres venir.

Isabel, sola ya, se acercó á la ventana, y vió subir á una mujer al carruaje: por la portezuela asomó una mano para ayudarla, que reconoció ser la de German: en el traje y en el aire erguido y lleno de pretensiones, reconoció á Joaquina la camarera despedida.

—¡He aquí la noble proteccion que mis parientes me ofrecian! murmuró amargamente Isabel: ¡ocupar el sitio de esa pobre camarera! Si yo hubiera querido seguirles, ella se hubiera visto forzada á quedarse aquí; ¡vayan con Dios, y él les ayude, que lo necesitan más que yo!

Mientras la jóven reflexionaba así, otra mano salió del carruaje; Aurora se apoyó en ella, y subió con ligereza, sin derramar una sola lágrima, sin enviar una tierna mirada de despedida á la casa materna, que dejaba acaso para siempre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La pesada diligencia partió con estruendo, é Isabel salió del cuarto que habia ocupado su prima, y que ahora quedaba vacío y solitario, como la jaula de que ha volado el pajarillo.

Halló en la puerta á Gregorio, que llegaba en su busca.

—Señorita, dijo: no hay billete para esa diligencia, que se hallaba toda tomada, desde anoche, por un señor.

—¡Por Agustin! se dijo Isabel: ¡oh! ¡qué infame cosa es la huida de dos hijos de la casa de su madre!

Gregorio le devolvió sus nueve duros, que Isabel tomó maquinalmente.

—Dentro de una hora, prosiguió Gregorio, pasa otra diligencia, y en esa sí que se puede Vd. marchar, señorita: pero por no saber si querria hacerlo, no le he tomado ya el billete; ¿quiere Vd. que vuelva?

—No, dijo Isabel pensativa: gracias: en otro caso, ya se lo diré á Vd.

—¡Abandonar á mi tía en su soledad, en su dolor! se dijo la jóven: ¡Oh, eso es imposible para mí: y, á no ser que me lo vuelva á mandar de un modo terminante, no me voy!

En aquel momento sonó la campanilla de la

viuda, é Isabel corrió á su habitacion, deseando consolarla en los primeros instantes de su aflicion.

Cuando entró en el cuarto de su tía, se hallaba esta arreglando, delante de un espejo, los lazos azules de una vistosa papalina que cubria sus cabellos llenos de pomada: alzó los ojos, y al ver á su sobrina, le dijo duramente:

—¿Aún estás aquí? llamo á mi hija.

—Tía, repuso Isabel con voz trémula: mi prima no está, y yo no me he marchado ya por si acaso me creia útil...

—¿Qué no está Aurora?

—No está, tía mia.

—¿Pues á dónde ha ido?

—Yo no sé.

—¡Que la busquen al instante! tendrá alguna cita con el bribon de Agustin.

—No señora.

—¿Tú qué sabes?

—Aurora se ha ido con German y con Agustin: además, Joaquina los acompaña.

—Pero ¿á dónde, á dónde?

—No lo sé tía, han subido á la diligencia que va á Zaragoza.

—¡Cómo! ¿qué dices, miserable criatura? ex-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

clamó la viuda que se ahogaba: ¿qué estás diciendo? ¿te has vuelto loca?

—¡No, señora... tía! yo siento dar á Vd. este disgusto: pero ¿cómo habia de dejar que le dijese todo esto un extraño?

—¿Y se han ido? habla pronto: ¿se han ido de veras?

—Desgraciadamente, sí, señora: me han dicho que á Madrid.

—¡Infamia, picardía, bribonada como ella! ¿con que ellos se van y tú te quedas? ¡Si eso es alguna *urdidumbre tuya!*

—¡Dios mío! ¿qué escucho?

—Tú has inducido á mis hijos á dar este paso para quedarte sola conmigo, y sacar partido de su falta! ¡para envenenarme quizá y heredar todo lo que hay en mi casa!

—Tía, dijo Isabel con tristeza, veo que el dolor le ha trastornado á Vd. el juicio, y no lo extraño: si estoy aun aquí, es por consolar á Vd. y acompañarla en el abandono de sus hijos: si no he encargado aún mi billete para la diligencia que ya debe pasar dentro de media hora, es porque pensé que me querria Vd. detener á su lado: ahora que veo que me juzga con tanta injusticia, me voy, sintiendo en el alma dejar

á Vd. sola, pero comprendiendo tambien que no lo puedo evitar: quede Vd. con Dios, y él la consuele, que es el supremo consolador, en el que tambien espero.

Isabel, dicho esto, salió y envió al instante á Gregorio á la sala baja en busca de su pequeño lío, volviéndole á darle su dinero y rogándole pusiera, si algo faltaba, para el precio del billete, préstamo que ella satisfaria así que le fuera posible hacerlo.

Gregorio corrió á cumplir su encargo: é Isabel, no queriendo permanecer un instante más en una casa de la que la arrojaban despues de juzgarla capaz de los crímenes de asesinato y robo, se sentó en uno de los bancos de piedra que habia á cada lado de la puerta.

Poco tardó en volver Gregorio: dió el billete á Isabel, y le dijo:

—Vamos, señorita, que llega detrás de mí: hoy viene con algunos minutos de adelanto.

—¿Qué debo á Vd., Gregorio? preguntó Isabel al ayuda de cámara de su primo, en tanto que la cocinera, el ama de llaves y el jardinero salian á la puerta para despedirla, sin cuidarse para nada de los gritos de furor que lanzaba la viuda.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Yo soy, respondió Gregorio, el que debe á Vd. el placer de haber podido servirla: ya me lo pagará Vd. en Madrid, á donde yo iré muy en breve: no me voy en esta diligencia, porque como la señora tiene esa lengua de hacha, era capaz de decir que se habia Vd. marchado conmigo: pero no tardaré un mes en ir allá: de esta casa me voy hoy mismo: porque no estando ya el señorito, se acabó mi quehacer.

—Doña Ursula dirá á Vd. á dónde voy á parar, que es por ahora en casa de su hermano.

El estruendo de un pesado carruaje puso fin á esta conversacion.

Isabel estrechó con lágrimas la mano de cada uno de los criados, y dijo á Doña Ursula:

—Satisfaga Vd. mi deuda á Gregorio, amiga mia, y yo daré la cantidad que sea á su hermano de Vd.

—Vaya Vd. descansada, querida señorita, dijo el ama de llaves enjugándose los ojos.

El mayoral instó á Isabel para que subiese al coche: ella ocupó su asiento en la rotonda, y el carruaje partió al escape del brioso tiro, llevándose á la pobre huérfana á la vista de sus amigos.

FIN DE LA PARTE PRIMERA

PARTE SEGUNDA

Los escépticos se detienen ante la virtud con una especie de sentimiento religioso, como el viajero se detiene ante las montañas inaccesibles cubiertas de nieve y resplandores.

TACKERAY.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

Los cuatro alegres viajeros, Aurora, Joaquina, German y Agustin, no quisieron detenerse en Zaragoza, y siguieron corriendo hasta Madrid, á donde tenian ánsia por llegar lo antes posible.

Debe decirse, en honor de Aurora, que muchas veces pensó en su madre, en la soledad en que la dejaban, y en el delito de robo de que ella y su hermano eran culpables para con aquella infeliz mujer: pero la voz de los remordimientos era sofocada al instante por la del resentimiento: su madre, en el arrebato de sus frecuentes enojos, decia á su hija, con una espresion de verdad que habia quedado profundamente impresa en el alma de la jóven:

—¡Cuándo te perderé de vista! ¡cuándo te me quitarás de delante! ¡cuándo me librará de tí un tabardillo!

Aurora, acostumbrada á la mansedumbre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cristiana de las religiosas, sintió en un principio, al escuchar estas cosas, herido su corazon por un dolor punzante: despues se dijo que, puesto que su madre la aborrecia y se lo manifestaba, debia hacer poco caso de lo que decia, y vengarse con la única arma que estaba en su mano: con la indiferencia.

En tanto que el coche corria hácia Madrid, se consolaba diciéndose que ya podia su madre estar contenta, supuesto que la habia libertado de su vista, y que, lejos de culparla por haber cumplido su deseo, se lo debia agradecer.

Sentados cómodamente en la berlina del carruaje, trataron de lo que debian hacer, y German fué el que propuso.

Se convino en que éste y su hermana se quedarian, con Joaquina, en la misma fonda de las diligencias: y en que Agustin buscaria habitacion en una casa de huéspedes próxima.

La boda de Aurora y Agustin debia llevarse á efecto al instante.

De la de German nada se trató, ni Joaquina, á pesar de su descoco natural, se atrevió á insinuar una palabra.

Llegados á Madrid, tomaron un cuarto para Aurora y su doncella, pues Joaquina no habia

pasado á más alta categoría, y otro para German, pidiendo enseguida el almuerzo en el cuarto de las primeras.

Joaquina padeció la mortificacion de no sentarse á la mesa y de comer en otra colocada á un lado de la estancia, despues de haber servido á sus señores.

Este desaire, como ella decia en su interior, la desazonó tanto, que, á pesar de las miradas amorosas que German le dirigia de cuando en cuando, apenas almorzó de corage.

Pero aún le quedaba el rato peor que pasar: acabado el almuerzo, que los dos caballeros remojaron con sendos tragos de buen vino, dijeron que se iban á dormir un rato, y la camarera quedó sola con su jóven señora.

—Retire Vd. todo esto, dijo Aurora al criado de la fonda: y despues váyase Vd., cerrando la puerta, y sin volver por aquí hasta que yo llame con la campanilla ó envíe á mi doncella á avisar que necesito algo.

Al oir la palabra *mi doncella*, la aludida frunció el ceño de una manera espantosa.

Aurora lo vió muy bien: pero hizo como que no lo reparaba.

Así que el criado salió, se acomodó en una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

butaca, y dijo á su camarera con acento grave, y que no admitia réplica:

—Joaquina: no creas que porque te hemos admitido en nuestra compañía para el viage, piense mi hermano nada sério contigo, ni trate yo de consentirle cosa que le comprometa: yo me casaré con Agustin, que es mi igual, á quien amo y que me ama: pero tú no te casarás con mi hermano,—al ménos como yo lo pueda impedir—porque es de una clase muy superior á la tuya, y porque solo te ama por pasatiempo: ten esto entendido, y mira si te conviene seguir á mi lado como camarera, ó si piensas buscarte otro acomodo, lo que te será fácil, porque tú eres de Madrid, y ya has servido en él muchos años, para lo cual quedas en completa y absoluta libertad.

Despues de esta perorata, que dejó yerta de espanto á Joaquina, Aurora se quedó tan séria, jugando con los cordones de seda de su bata.

—Por cierto, dijo al fin Joaquina, que no esperaba yo eso de Vd., señorita, y que si lo hubiera sabido, hubiera mirado un poco más lo que me hacia.

—¿Qué quieres decir?

—Que no me hubiera comprometido viniendo con el señorito German.

—¿Dónde está el compromiso? ¿no venia yo tambien?

—Mejor me hubiera venido sola: pero yo creí que Vd. veia en mí algo más que una criada adocenada.

—Algo más veo: tienes inteligencia y sagacidad: pero te confieso que, si me acomodas para mi servicio, jamás he podido ver en tí á la futura esposa de mi hermano.

—Pues bien, señorita, repuso Joaquina, haciendo, como vulgarmente se dice, *de tripas corazon*; seguiré á su lado de Vd. como hasta hoy, y me pagará el mismo salario que ganaba, si le parece.

Joaquina, al avenirse á este arreglo, queria, ante todo, no perder de vista á German, al que contaba atraer con sus provocativas coqueterías, y en cuya mala cabeza y caprichos confiaba, así como otras jóvenes confían en el talento de sus novios y en sus buenas prendas.

—Arreglada, pues, tu venidera posicion, dijo Aurora, y conviniéndote á ella, saldré contigo á buscar casa, puesto que conoces á Madrid: está preparada temprano para que me vistas;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pienso decidir á mi hermano á que ponga pleito á mi madre para sacar nuestros bienes, y persuadirle tambien de que debe abrir un bufete de abogado, lo que dicen que en Madrid proporciona grandes ganancias.

En efecto, al dia siguiente Aurora tuvo con German otra séria conferencia: ella era el alma de aquella pequeña sociedad, y cada uno, á lo ménos en la apariencia, se doblegaba en todo y por todo á su gusto.

German se avino al instante á las dos pretensiones de su hermana: esto es, á entablar un pleito con su madre, y á abrir su despacho de abogado en la casa que ella eligiese para vivir los dos.

Poco tardó ésta en ser elegida: amueblóse con lujo, porque estaba decidido que aquella misma casa fuese la habitacion conyugal de Aurora y de Agustin, de los que no se separaria German.

Todas las diligencias de la boda se arreglaron en seguida: porque Aurora era la depositaria de los mil quinientos pesos arrebatados á su madre, y los prodigaba cuando lo creia necesario para satisfacer sus caprichos ó secundar sus planes.

Todo dispuesto ya, una noche, á últimos del mes de Agosto, Aurora y Agustin recibieron las bendiciones nupciales en la iglesia de San Martin: la casa que Aurora habia buscado y alhajado á su gusto se hallaba situada á poca distancia.

La vida se abria para Aurora, bella, risueña y tranquila.

En sus ratos de soledad, formaba los más hermosos sueños para el porvenir.

—Tengo diez y siete años, se decia: soy bella, mi marido me adora, tengo la esperanza fundada de ser rica y él lo es tambien; ¿qué falta más á mi dicha? ¿quién no me envidiará?

Pero aquella ventura, aquellas risueñas esperanzas, tenian por base el abandono y el despojo de una madre, y debian venir al suelo como el castillo de naipes que forma la mano inexperta de un niño.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

II

Isabel, desde Zaragoza á Madrid, llevó la mejor compañía que pudiera apetecer; en los otros tres asientos de la rotonda, iban sentadas tres hermanas de la caridad que venian de Barcelona á los hospitales de la corte.

La dulzura y modestia de la jóven, interesaron á las buenas señoras; una de ellas llegó á conocer con poco trabajo que aquella pobre niña iba enteramente exahusta de recursos.

Como Isabel nada dijo, nada se atrevieron tampoco á preguntarle; pero cualquiera de las hermanas hubiera asegurado que era un ángel de virtud y de honradez.

A la hora en que la diligencia paraba para la primera comida, Isabel se excusó de bajar, diciendo que ella llevaba algo, y que le bastaba.

Poco despues de la comida, y estando las hermanas sentadas, se durmió; las buenas mujeres conocieron en la agitacion de su sueño y

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en la palidez que vestía sus mejillas, la existencia de una gran necesidad, y la miraron con una conmiseracion profunda.

—¿Dónde llevará sus provisiones? preguntó á sus compañeras la de más edad: ¡no lleva *cabás* ni saco de noche!

—¡Es verdad! eso debe haberlo dicho porque no tenía dinero para pagar la comida, y por huir del bochorno consiguiente.

—¿Y será posible que esté sin comer en todo el dia?

—Claro está!

—¿Cómo haríamos para hacerle tomar algo?

—¡Yo no lo sé!

—A mí se me ocurre una idea: á la noche, en vez de bajar, que nos traigan aquí unos pollos y frutas, y le daremos como por cortesía.

—¿Y si no lo toma?

—Si tiene necesidad, lo tomará: y en fin, nuestro deber es probar y auxiliarla por todos los medios posibles.

Isabel siguió mucho rato en su pesado sueño.

A las nueve de la noche, despertó, y á la luz débil y triste de los faroles del coche, distinguió las blancas tocas de sus compañeras de viaje.

Llevó á la cabeza sus manos con expresion de sumo y agudo sufrimiento, y murmuró:

—¡Qué sed tengo!

—Ved aquí un frasco que contiene agua de naranja, hija mia, dijo una de las religiosas: beba Vd. con confianza que yo misma la hice: y aunque la apure toda, no importa, que ya llegamos á la posada donde se cena.

Isabel, á pesar de su pudorosa reserva, dejó escapar un suspiro al oir la palabra *cena*.

¡Tenía hambre, mucha hambre!

Su pecho se abria de dolor, y le zumbaban las sienes de un modo espantoso.

El calor de aquella noche de estío, mucho más sofocante por hallarse dentro de un carruaje cerrado; el polvo del camino, seco y árido por una larga carencia de lluvias, todo esto contribuia á secar la garganta de Isabel y á aumentar su fatiga y su malestar.

Reclinó la cabeza en el carruaje, y se resignó á sufrir en silencio, ofreciendo á Dios lo que padecia.

Un sopór benéfico la embargó, como una hora, al cabo de la cual, el pesado vehículo se detuvo á la puerta de un meson.

—¡Una hora para cenar, señoras! gritó el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mayoral: voy á la mesa para que tengan Vds. tiempo de elegir lo que gusten.

—Hermanas, dijo la de más edad de las religiosas; yo soy de opinion de que no bajemos: una de nosotras puede ir á buscar algunas provisiones, y esta señorita participará de nuestra modesta cena, la que haremos aquí con más confianza que en la mesa.

—¡Ah señora! exclamó Isabel, que se ahogaba: ¡un poco de pan me bastará, y yo se lo agradeceré todos los dias de mi vida!

Este grito que se escapó del pecho de la pobre niña, dió á conocer á las religiosas la verdad amarga de aquella necesidad, y las tres se miraron con los ojos arrasados en lágrimas.

Una de ellas, se apeó, entró en el meson, y poco despues volvió con una servilleta llena de provisiones: subió al coche, y la abrió sobre su falda.

Contenia un pollo, un trozo de asado y algunas frutas.

—Comamos, dijo: voy á servir á esta señorita.

Cortó un trozo del asado y lo presentó á Isabel con un pedazo de pan.

La pobre niña lo tomó con avidez: en vano

habia querido ocultar las angustias del hambre: aquel hambre habia sido más fuerte que ella.

Comió con ánsia: con un ánsia indescribible y en extremo dolorosa.

—Mi pobre niña, dijo la más anciana de las religiosas, cuando hubo terminado: ¿por qué no bajó Vd. á comer? ¿hay alguna deshonra en ser pobre y en carecer de recursos? ¿no le ha inspirado confianza nuestro traje, que es el de la pobreza y el distintivo de la caridad?

—Señora, respondió Isabel, me daba vergüenza de decir á Vd. mi triste situacion, y no sé por qué; yo no la he provocado ni la he merecido... Dios ha cambiado mi suerte...

—Bendiga Vd., pues, su paternal voluntad, hija mia, dijo la religiosa, y no se queje de ella.

Luego, como viese que Isabel callaba, añadió:

—¿Va Vd. á Madrid?

—Sí señora, repuso la jóven.

—¿Pero sola?

—Sola, señora: soy huérfana: no tengo ni hermanos, ni parientes... solo una tía con la que he estado desde que me faltó mi madre, y que ahora me arroja de su lado.

Algunas lágrimas brotaron de los ojos de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Isabel al decir estas palabras: las religiosas, creyéndolas hijas del arrepentimiento de alguna falta, la miraron llenas de la mayor compasion: porque la caridad es tan bella y generosa, que multiplica su interés segun son las culpas.

Sin embargo, Isabel observó la expresion de esta mirada, y un noble rubor encendió su frente.

—Señoras, dijo: no tengo ninguna culpa de qué acusarme, ni que pueda haber influido para que mi tía me haya arrojado de su lado: yo no era sobrina suya, sino de su esposo: me dijo que se queria quedar sola con sus hijos: que yo llenaba las obligaciones de mi prima, y que era preciso que su casa tomase otra marcha.

Hablaba Isabel con tal acento de verdad, que no era posible poner en duda lo que decia: las religiosas se dijeron, con una mirada, que allí habia una gran desgracia y un gran dolor: pero no un crímen, ni aun una falta.

—¿Y qué piensa Vd. hacer, pobre niña? dijo una de las religiosas á Isabel.

—Yo misma no lo sé, señora, respondió la jóven: á nadie conozco: con nadie cuento: pero creo que será lo mejor para mí el ponerme de doncella en una casa decente, y en la que pueda ganar un sueldo regular.

—Tiene Vd. razon, dijo otra de las religiosas: todo se puede hacer en el mundo, llevando por norte la honradez, y por guía una conciencia pura: únicamente la culpa es lo que envilece: el trabajo es honrado, y Dios mismo lo santificó.

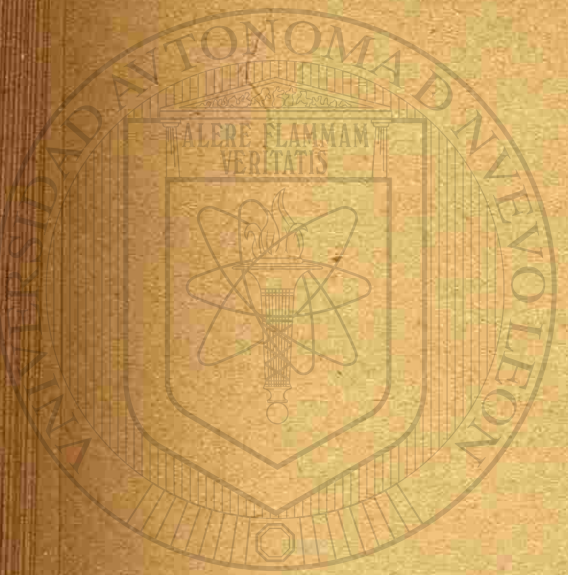
—Algunas veces he pensado, dijo Isabel, si podria vivir sola en un cuartito cosiendo, modesta, pero libremente: ¡debe ser tan hermoso tener un nido, aunque sea muy pequeño!

—Pues bien, querida mia, dijo la anciana religiosa; piense Vd. bien el partido que le conviene tomar, y cualquiera que sea, yo la ayudaré: puedo muy poco, porque nosotras vivimos de la caridad: pero mis consejos y mi cariño no le han de faltar.

—¡Ah, señora, qué buena es Vd.! exclamó Isabel: ¡solo la religion puede inspirar interés por una persona desconocida! ¡solo ella da al alma esa generosa piedad que todo lo perdona, y que todo lo compadece.

La cena de las hermanas y de Isabel tocaba ya á su fin: la anciana la exhortó á que reposase algunas horas, y ella misma se recostó en los almohadones de la diligencia, imitándola sus compañeras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



III

Los alaridos de furor que lanzaba Doña Bibiana al saber la huida de sus hijos, se apagaron con un fuerte parasismo nervioso que la privó del sentido.

Largo rato permaneció sola, pues los criados, preocupados con la partida de Isabel, no se acordaron de ella para nada.

Cuando partió el carruaje, Doña Ursula fué la primera persona que se acordó del estado en que aquella madre desgraciada debia quedar, y corrió á su socorro.

Doña Bibiana, tendida en el suelo, respiraba apenas: la sangre, arrebatada á la cabeza, vestía su rostro de un encarnado de púrpura, sus ojos estaban rodeados de círculos oscuros: sus labios azulados, dejaban escapar una espuma por sus extremos.

Doña Ursula, asustada, llamó á Gregorio, y entre los dos pusieron sobre la cama á la viuda.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Vaya Vd. al instante á llamar al médico, dijo el ama de llaves: yo me quedaré con el jardinero, y vuelva Vd. al momento para prestarle algun auxilio, porque se nos puede morir.

Gregorio que no tenía mal corazon, echó á andar hácia la aldea para traer al facultativo.

Encontróle en su casa, y le decidió á que le siguiese á fuerza de ruegos.

Cuando el médico entró en la alcoba, aun no habia recobrado la viuda los sentidos: tendida en su lecho, se asemejaba á una masa inerte, y solo dejaba oir una respiracion entrecortada.

El médico sacó un estuche, y abrió por sí mismo la vena de la mano izquierda de Doña Bibiana, que empezó á reanimarse despues de un rato.

Quiso hablar, pero no pudo: la sangre la ahogaba aún y se agolpaba en grandes olas á su pecho.

El médico recetó una bebida calmante y una tisana, pero al marcharse, no ocultó á Doña Ursula que no llevaba ninguna esperanza de salvacion.

El ama de llaves, verdaderamente afligida, buscó las de la gabeta de su ama á fin de sacar

dinero para las medicinas; pero no halló un cuarto.

Todo el metálico se lo habian llevado Aurora y German.

Doña Ursula, compadecida de la infeliz madre, sacó de su bolsillo lo que hacía falta, acordándose de que tambien habia pescado en aquel revuelto rio, y no pudiendo avenirse á la idea de abandonar á la pobre señora en tan triste situacion.

Los medicamentos no surtieron ningun efecto: Doña Bibiana solo recobró por algunos instantes el uso de la palabra, y fué para preguntar por sus hijos.

—Se han marchado, señora... respondió temblando Doña Ursula.

—¡Ah, sí! exclamó la viuda, con un suspiro hondo y amargo: ya lo recuerdo... ¡me han abandonado!

—¿Quiere Vd. que les escriba, señora?

—¿Sabes dónde viven? ¿donde están? ¿dónde han ido á parar? exclamó Doña Bibiana con ánsia.

—¡Ay no señora¡ ¡no me acordaba de que no se lo pregunté! contestó el ama de llaves, diciéndose que los jóvenes habian huido sin decir dónde iban á parar en Madrid.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Imbécil! murmuró la enferma.

Luego dijo entre dientes:

—¡Y yo que he despedido á Isabel! ¡Dios me castiga!

—Esa sí que puede volver, se apresuró á decir Doña Ursula: sé donde está.

—¿Lo sabes?

—Sí, señora: como la pobre no tenía á dónde ir, le dí una carta para mi hermano.

—¿Para tu hermano? ¿y qué es tu hermano?

—Tiene tienda de comestibles en la calle de Toledo.

—Cuando ella reciba la carta y pueda volver, ya no será tiempo, dijo Doña Bibiana.

—¿Por qué, señora? Vd. se mejorará muy pronto.

—¡No, repuso la viuda: yo moriré, y moriré sola, y sin ver á ninguno de mis hijos; Dios me castiga! ¡bendita sea su santa voluntad!

La viuda, cuyo carácter fiero parecía haberse ablandado hasta la sumision en presencia de la muerte, cerró los ojos, y de ellos se escaparon algunas lágrimas.

El médico volvió al cerrar la noche, y advirtió á Doña Ursula que iba á empezar el delirio muy en breve, y que no se asustase.

En efecto: la pobre enferma empezó á ser atormentada por crueles visiones: veía danzar ante sus ojos figuras fantásticas y pavorosas: gritaba que le librasen del puñal con que le amenazaba su hijo, y al mismo tiempo decia que veía reir á su hija á carcajadas: pedia perdon á los dos, de sus injurias, de su carácter dominante, de todos aquellos defectos, en fin, de que la habia acusado su conciencia, y luego derramaba abundantes lágrimas, quejándose de la ingratitud de sus hijos, á los que aseguraba haber amado siempre con todo su corazon, á pesar de sus modales ásperos para con ellos.

Doña Ursula y Gregorio fueron los únicos que pasaron aquella noche terrible al lado de la enferma, cuyas fuerzas se agotaron al amanecer.

—¡Qué diferentes muertes hay en el mundo! decia el ayuda de cámara de German á la vieja ama de llaves.

—¿Por qué dice Vd. eso? preguntó Doña Ursula: ¿acaso piensa Vd. que la señora se muere?

—Tan muerta es como el yeso: y esta agonía terrible me recuerda otra muy dulce, que yo presencié tambien: se moria la madre de mi amo el Marqués de V... excelente señora, y tan ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ritativa y buena cristiana, como amable con todos: habia criado á sus hijos con miel y no con hiel: y estos la amaban tanto como la respetaban: todos estaban al rededor de su cama cuando espiró, y de todos se despidió con afectuosas y sentidas palabras: esta desgraciada muere sola, y muere asesinada por la ingratitud de sus hijos.

—¡Qué empeño en que ha de morir! exclamó Doña Ursula: yo espero en Dios que sanará.

—Yo no, dijo Gregorio: y si no, aquí está el médico, y verá Vd. lo que dice.

El médico se aproximó al lecho, y meció la cabeza con aire triste.

—No hay remedio, dijo: avisen Vds. al instante á la parroquia.

Doña Bibiana oyó estas palabras: entreabrió pesadamente los párpados, y dijo:

—¡Sí, sí! ¡un sacerdote! ¡un sacerdote!

—¿Se encuentra Vd. muy mal, señora? preguntó Doña Ursula, inclinándose sobre la almohada.

—¡Muy mal, repitió la enferma: si, muy mal! me muero, Ursula, y solo á tí te debo el no espirar sola y abandonada de todos: por lo tanto, quiero recompensarte en lo posible... mira,

toma esta llave... y así que se vaya el médico, y salga Gregorio á buscar al párroco, abre aquel armario pequeño, y saca un cofrecito que hay en él... lo traerás aquí... sobre mi cama, y yo dispondré de su contenido!...

—Está muy bien, señora; dijo Doña Ursula: será Vd. obedecida en todo.

—Ya no queda aquí nada que hacer, dijo el facultativo, separándose de Gregorio, con el que habia estado hablando: solo son necesarios los auxilios de la religion: lo que padece es un ataque cerebral que ha adelantado mucho en pocas horas, y que la medicina no puede cortar: volveré al medio dia, pero es probable que entonces ya haya muerto.

El médico echó sobre la enferma una última y triste mirada: la de la ciencia que se vé vencida por Dios, y salió de la habitacion.

Gregorio salió con él.

—¡Pronto, pronto! exclamó la viuda: ¡trae el cofrecito, Ursula!

La buena mujer se apresuró á obedecer.

Abrió el armario y sacó un cofrecito bastante pesado que se hallaba sobre la tabla superior, llevándolo al lecho de la moribunda.

La viuda señaló una cinta que ceñia su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuello y de la que pendia una llavecita de plata, haciendo señal al ama de gobierno la tomase y abriese con ella la caja.

Doña Ursula obedeció con mano trémula, abrió el cofrecito y aparecieron algunas pilas de monedas y algunos paquetes de billetes de Banco.

—Aquí no hay mucho, dijo la moribunda: pero estoy segura de que ascenderá la suma á cinco mil duros: darás mil á Gregorio para recompensarle por haberte acompañado durante mi agonía, y por haberme asistido como tú: de los otros cuatro mil, dos son para tí, y los otros dos para mi sobrina Isabel, á la que buscarás por todas partes si ya no se hallase en casa de tu hermano: vive con ella y sírvela de madre y de amparo, ya que de ambas cosas se vé privada en el mundo.

—Así lo haré, señora, dijo Doña Ursula enjugándose las lágrimas.

—En cuanto á mis hijos, prosiguió la moribunda, nada te digo, porque todo es suyo... solo te encargo que si les ves les digas que les he perdonado y que pediré á Dios por ellos.

La pobre madre, ya no habló nada más: recibió los últimos sacramentos, y dando muestras de verdadera contricion, espiró tranquilamente.

Doña Ursula se arrodilló á los piés del lecho, y rezó entre lágrimas con verdadero é íntimo fervor: el cofrecito había quedado sobre la mesa del cuarto de la difunta, sin que la compasiva anciana pensase más en él.

Así pasó toda la tarde: el cadáver debía ser conducido al dia siguiente á la iglesia parroquial, y Doña Ursula, poseida de un verdadero dolor, se propuso dos cosas: pasar velándole toda la noche, y emplear en misas aquellos pesos duros que había tomado de las cantidades que la difunta le daba para el gasto de la casa.

La vieja cocinera, aprovechando el desórden, estaba desde el dia anterior solazándose en la aldea con alguna de sus conocidas.

Doña Ursula se levantó, y fué á la cocina en busca de una luz, para encender con ella algunas bujías que alumbrasen el cadáver: pero apenas habíá salido de la estancia mortuoria, entró en ella otra persona que estaba acechando sin duda aquella ocasion.

Esta persona era el ayuda de cámara de German.

Entró con paso vacilante: ya no penetraba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por los cristales de la ventana más que la débil luz del crepúsculo; pero esta luz bastaba aun para dejar ver el cadáver sobre el lecho, cubierto con la sábana que Doña Ursula había echado sobre sus facciones.

Por un exceso de descuido inconcebible, el cofrecito tenía la llave puesta: Gregorio alzó la tapa, y lo acercó á la ventana, brillando en su semblante un rayo de alegría.

—¡Dinero! murmuró: ¡no me había equivocado al ver el cofrecito! ¡dinero! no será para esa vieja llorona: aquí no hay nadie... la señora ha muerto abandonada de sus hijos... ¡á rio revuelto, ganancia de pescadores! ¡si se lo había dejado á la vieja, antes soy yo!

Gregorio desapareció con el cofrecito, tomando el camino que conducia á la ciudad.

Preciso es decir que su conciencia no estaba inquieta en lo más mínimo: no creía haber despojado á Isabel, sino á Doña Ursula, suponiendo que ésta se habia apropiado aquella respetable cantidad.

Cuando la anciana volvió, colocó las velas sobre una mesa á la cabecera, y otra á los piés: luego su primera mirada fué para buscar el cofrecito.

El respeto que el aspecto de la muerte le inspiraba, fué lo que ahogó en sus lábios un grito de espanto al ver que había desaparecido.

Salió de allí para buscar á Gregorio por todas partes; y el viejo jardinero, que se hallaba asomado á la puerta, le dijo que le había visto ir hácia la ciudad.

La pobre é irresoluta mujer no supo hacer más que llorar: volvió al lado del cadáver, y se deshizo en llanto, lamentándose de su triste suerte.

Por fin, la vista del cadáver calmó su aflicion: no hay nada que nos hable del poder de Dios, como la muerte fria é inexorable, ante la cual todo cede y se doblega, y se vuelven tan mezquinas todas las consideraciones del mundo.

La rica viuda de Megía fué enterrada de limosna en la parroqtia de una aldea, y el virtuoso Párroco que sufragó todos los gastos, tranquilizó á Doña Ursula, que no podía consolarse de ésto, diciéndole que ya se cobraría de los herederos cuando fuesen por allí.

El ama de llaves, despues de rezar sobre la sepultura de su señora, salió en una modesta galera, de paso para Madrid, cuyo conductor se encargó de llevarla á la corte por una retribucion muy módica.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

IV

Aurora no amaba al hombre á quien se habia unido, con esa afeccion necesaria para ser felices y para marchar con valor por la áspera vía del matrimonio: le profesaba una inclinacion tierna, acaso por ser la primera que en su vida habia sentido: pero esto no era bastante para ocultarle los groseros defectos de que aquel hombre adolecia, y que son insoportables en la vida íntima.

Apenas se preparaban los dos hermanos á entablar á su madre el pleito por medio del cual trataban de despojarla, cuando supieron por el Párroco, que escribió al Notario que la familia tenia en Madrid, la muerte de aquella madre infeliz.

El severo Sacerdote no usaba de rodeos, y decia al Notario que él, en su conciencia, tenia por los asesinos de la viuda de Megía á sus dos hijos.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

IV

Aurora no amaba al hombre á quien se habia unido, con esa afeccion necesaria para ser felices y para marchar con valor por la áspera vía del matrimonio: le profesaba una inclinacion tierna, acaso por ser la primera que en su vida habia sentido: pero esto no era bastante para ocultarle los groseros defectos de que aquel hombre adolecia, y que son insoportables en la vida íntima.

Apenas se preparaban los dos hermanos á entablar á su madre el pleito por medio del cual trataban de despojarla, cuando supieron por el Párroco, que escribió al Notario que la familia tenia en Madrid, la muerte de aquella madre infeliz.

El severo Sacerdote no usaba de rodeos, y decia al Notario que él, en su conciencia, tenia por los asesinos de la viuda de Megía á sus dos hijos.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aurora quedó aterrada con esta carta: su marido, que era de cortos alcances, y que no tenia tampoco la educacion necesaria para ostentar buenas formas, se rió de lo que él llamaba homilías del Cura, y Aurora se resintió profundamente de aquella indiferencia.

Para probar el poco caso que hacía de todo aquello, Agustin entabló una demanda judicial contra su padre: pero el antiguo guarda-bosque era hombre de gran aplomo y que no se sofocaba por poca cosa: así fué que terminó muy pronto el asunto, escribiendo á su Abogado lo siguiente: «que viéndose abandonado por su hijo, solo en el mundo, con cuarenta y seis años de edad, y, á su parecer, con una figura muy pasable aún, se habia vuelto á casar con una linda muchacha de su pueblo, con la que lo pasaba muy bien: que siendo todos los bienes suyos, como que los habia heredado de su hermano, nada tenia que dar á su hijo, puesto que su primera esposa y él mismo, eran en extremo pobres cuando Agustin vino al mundo: y finalmente, que hiciese entender á éste, que hasta despues de su muerte no tenia derecho á nada, y que, si no mudaba de opinion, lo que es por entonces, no pensaba darle un cuarto, pues-

to que no merecia otra recompensa el haberle abandonado del modo que lo habia hecho.

En vista de esta carta, el Abogado aconsejó á Agustin que desistiese de pleitear, porque no sacaria nada en limpio.

Agustin quedó, pues, sin oficio ni beneficio y teniendo que comer y que vestir á costa de su mujer, lo que no le era muy agradable, pues estaba lleno de vicios y de pretensiones.

Con la muerte de su madre, los dos hermanos quedaron en completa posesion de su pingüe fortuna, y no queriendo ir á la quinta donde habia muerto, y que debia despertar crueles remordimientos en su alma, dieron órden al Notario de venderla.

Aurora ansiaba los placeres y las diversiones para ver si conseguia ahogar dos sordos dolores que la martirizaban: el de la muerte de su madre, y el de haberse casado con Agustin.

Un mes despues de verificado su casamiento, se sentia ahogada por el nudo que formaba como si fuera su dogal.

—¿Qué he hecho yo? se decia: ¿á qué no podria aspirar hoy rica, bella, y viviendo al lado de mi hermano, en una libertad completa? ¡qué partidos hubiera tenido! ¡qué dichosa podia ser,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y ahora héme aquí atada á un hombre indigno de mí, á un hombre pobre, que no tiene en el mundo posicion alguna, que no es ni será nunca nada, y al que no amo, ni he amado jamás!

Aurora, cansada de lamentarse sola, empezó á lamentarse á su hermano, quien, llevado de la grosería de sus instintos, y cansado por otra parte de oirla, solo supo responderle:

—Busca el modo de divertirte por tu lado.

—¿De qué modo? preguntó la jóven.

—Del modo que te parezca: ¿te faltarán adoradores?

—¿Pero crees tú que yo debo divertirme así?

—Creo que el que se muere de fastidio, como tú dices que te sucede, debe divertirse de cualquier modo que sea: por otra parte, tu marido es un bruto que no merece nada.

Aurora desechó aquel consejo, como malo, diciéndose que era peor el remedio que la enfermedad: su corazon no palpitaba por nadie, y era más bien un pajarillo jóven que dormia en su nido.

Su marido y su hermano hacian una vida igualmente disipada, si bien de distintos modos.

German tenia amigos en la aristocracia, iba al casino, y paseaba á caballo: daba y recibia

grandes comilonas, y obsequiaba siempre á alguna actriz del circo ecuestre, ó á alguna partiquina de la ópera.

Agustin iba á los toros, merendaba en los figones, jugaba al billar en un café ahumado, y se paseaba por el mercado para ver á las cocineras cuando iban á la compra, sin dejar de echar á la de su casa, y aun á Joaquina, la doncella de su mujer, todas las flores y galanterías que habia aprendido, que eran pocas y vulgares.

Sin embargo, todas sus dulces palabras se estrellaban en la seriedad de Joaquina, que estaba aun segura de la conquista de German.

Una tarde que se hallaba cosiendo en la sala de labor, entró German en ella, se sentó en el sofá y encendió un cigarro.

Joaquina dejó la labor y fué á sentarse á su lado haciendo arrumacos.

—Joaquina, no te canses, le dijo su antiguo adorador: no estamos ya en la casa de campo, no me gustas aquí como allí.

—¡Vaya! ¡que está Vd. galante! murmuró ella poniéndose roja, como una amapola, de ira.

—¿Pues qué quieres que haga, engañarte?

—Eso seria algo más generoso, repuso Joaquina, que la echaba de sentimental.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Pero hija, si me mueles con tus gestos y tus miraditas, y cuanta más gente hay delante, mejor lo haces... ¡Me diste ayer un almuerzo!... ¿qué dirian mis amigos?

—¡Que le quiero á Vd.; y eso á mí nada me importa!

—¡Pues á mí sí! justamente el uno era el Marqués del Prado, con cuya hermana desean que me case.

—¿Quién lo desea? ¡será Vd. acaso! exclamó Joaquina, que se puso aun más roja que lo que estaba.

—Lo desea mi familia.

—¿Qué familia? ¿acaso tiene Vd. familia?

—¿Quién es, pues, mi hermana?

—¡Ah! es la señorita Aurora la que desea esa boda.

—Claro está.

—¡Y Vd. la desea más!

—Yo creo que me conviene: Camila es jóven, bonita y muy rica.

—¡Pues, para Vd. será!

—¿Qué sabes tú?

—Por sabido: buscarán otro Conde ó Marqués.

—No te metas en historias: lo que te encargo, es que me dejes en paz, porque ya te digo que ahora no es aquel tiempo, en que, no sabiendo qué hacer, te galanteaba: ahora me falta el tiempo para todo.

—¿Luego yo era un pasatiempo para Vd.?

—¡Sí por cierto!

—¡Vaya una infamia!

German, cansado ya de disputar con aquella mujer porfiada, tomó el partido de marcharse.

—¡Ah! exclamó la camarera así que se vió sola: ¿con que es su hermana la que le quita de la cabeza el que se case conmigo, eh? ¡yo me vengaré, y no he de tardar! solo deseo que llegue la ocasion para aprovecharla, ¡y pobre de ella! no la dejaré escapar.

Joaquina, animada de tan perversas disposiciones, redobló sus atenciones para con Aurora, y afectó desistir de sus miras acerca de German, quien, por su parte, huia de encontrarla, y jamás le dirigia la palabra cuando pasaba por su lado, ni le pedia nada para su servicio.

Entre tanto, Aurora, aquella Aurora odiada por Joaquina, olvidada por su marido é indiferente para su hermano, vivía sola, y cada dia más infeliz: no podia salir con su hermano, que jamás la convidaba á ello; ménos con su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

marido, á quien ella no hubiera querido acompañar: pasábase los dias sumida en la inaccion, y las noches sola en su cuarto, durmiendo algun rato en un sillon, y otros aburriéndose, y hasta atormentada por visiones que forjaba su imaginacion acalorada y enfermiza.

Tal situacion era mortal para una jóven de diez y ocho años, y ella misma se dijo, comprendiéndolo, que no podia durar, y que debia poner los medios para que terminase.

Una noche se hallaba sola en su cuarto y dormitando en un sillon, cuando llamaron á la puerta.

El criado de la antesala abrió, y Aurora oyó una voz varonil que preguntaba:

—¿Está en casa German?

—Creo que no, señor Marqués, repuso el criado: pero está la señora, y ella podrá decir á Vd. donde se halla.

—Me alegraré, repuso el Marqués, pues es cosa urgente para lo que le necesito.

—Pase Vd. pues, caballero.

Aurora no tuvo tiempo para más, que para acercarse al espejo, alisar un poco las hermosas madejas de sus cabellos, y ajustar algun tanto el cordon que ceñia su delicado talle.

Aun se hallaba de pié delante de la chimenea, cuando entró un jóven de bella y elegante presencia, y vestido con gran distincion.

Era el tipo opuesto á Agustin, y aun German se quedaba tan por debajo de él, que hubiera, parecido ordinario hasta para ser su ayuda de cámara.

—Señora, dijo al ver á la jóven: ¿es á la hermana de mi amigo Megía, á la que tengo el honor de hablar?

—Sí, caballero, respondió Aurora: la misma soy.

—Por esta vez, la fama no ha mentido, dijo con galantería el recien llegado.

—¿La fama se ocupa de mí? preguntó Aurora con extrañeza.

—Si señora.

—¿Y qué dice?

—Que es Vd. bella.

—¿Nada más?

—Y buena como un ángel: y que está Vd. dotada de gran talento.

—¡La fama es galante! repuso Aurora con aire de dulzura y de admiracion.

—Por esta vez, señora, solo es justa: ¿pero dónde se halla su esposo de Vd.? quisiera saludarle.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Mi esposo, caballero, no está en casa en este momento.

—¿Y vendrá pronto?

—Creo que no: á lo ménos, no es esa su costumbre.

—Le compadezco, dijo el Marqués del Prado con galantería, como compadezco tambien á German.

—¿Y por qué, caballero? preguntó Aurora con coquetería.

—Porque dejan el lado de Vd.

—Acaso será para ir á buscar alguna distraccion, que les sea más agradable que mi compañía.

—Precisamente si es esa la razon de no estar en su casa, les compadezco más: me parece que en ninguna parte del mundo pueden ser más dichosos que disfrutando de la dulce compañía de Vd.

—Eso es pensar con galantería, repuso Aurora; pero no es pensar como hermano ni como marido: cuando Vd. lo sea, hará lo mismo que hacen German y Agustin.

—No sé si me casaré algun dia, señora, dijo el Marqués: pero si tengo la suerte de llamar esposa á una mujer que se parezca á Vd., seguramente no me separaré de ella.

—¡Ah! exclamó Aurora; eso es mucho asegurar.

—Tengo en mi abono ahora la asídua compañía que hago á mi hermana, dijo el Marqués: amo tiernamente á Camila.

—Y no es Vd. solo, pues creo que mi hermano, al que Vd. culpa por no estar conmigo, halla tambien encantadora á la señorita Camila, á cuyo lado quizá se hallará en este instante.

El Marqués se quedó algo cortado con esta contestacion, por dos razones.

La primera, porque no le agradaban en manera alguna los amores de su hermana con German.

La segunda, porque veia á Aurora enterada de estos amores.

—Yo no sé, dijo procurando eludir la cuestion, si German se hallará ahora en mi casa: á él debo disculparle, porque, al fin, el cariño de hermano tiene un carácter especial de templanza: yo mismo dejaria mil veces á Camila por venir al lado de Vd.

—Señor Marqués, dijo Aurora con coquetería, no tengo yo la presuncion de creer lo que Vd. me dice: pero si alguna vez quiere venir

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á acompañarme en mi soledad, yo se lo agradeceré mucho.

El Marqués conoció la debilidad de aquella plaza, y se dijo que le costaría muy poco ganarla; pero como Aurora era realmente muy bonita, y él no tenía ningun quehacer, continuó la conversacion despues de inclinarse en silencio, ante el imprudente ofrecimiento de Aurora, sin contestar á él ni una sola palabra, y volviendo á anudar la cuestion en el sitio que le parecía más interesante.

—Decía, señora, prosiguió, que perdono á German, pero que hay otra persona á la que no puedo perdonar por dejarla á Vd. sola.

—¿Otra persona?

—Sí por cierto: su marido de Vd.

—¡Ah, caballero! ¿quién se admira de lo que hace un marido? exclamó Aurora con una alegría á través de la cual se veía mucha amargura: un marido hace todo lo que quiere, sobre todo, si lo que quiere incomoda á su mujer.

—Soy en esto de la opinion de Vd., dijo el Marqués, quien, en efecto, era enemigo de los maridos y muy aficionado á las esposas jóvenes y bonitas: no hay nadie más injusto que un marido; y como no deseo volverme arisco y

odioso, tardaré á serlo todo el tiempo posible.

—¿No ama Vd. á nadie?

—Hasta hoy, no.

—Sin embargo, viviendo en esa sociedad, que pasa todas sus horas entre fiestas y placeres...

—¡Ah, señora! exclamó el Marqués, esta vez con acento de verdad y de profunda conviccion, ¡si Vd. supiera lo que es esa sociedad que tanto deslumbra á los que la ven desde lejos... toda farsa, mentira y desorden! ¡si Vd. supiera cuánto fatigan esos bailes á los que las mujeres van á ostentar diamantes que deben quizá al joyero, á los que los hombres van á lucir una banda ó una gran cruz, á disimular un fastidio mortal, ó á estrechar la mano de una persona que aborrecen, pero á la que les es forzoso adular!...

—Veo, dijo Aurora, que es preciso que todo el mundo se queje, así los que tienen razon como los que están faltos de ella.

—¿Y me cree Vd. á mí de los primeros ó de los últimos?

—Del número de los que no la tienen.

—¿Luego me cree Vd. á mí dichoso?

—Creo, á lo ménos, que deberia Vd. serlo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Rico, noble, amado de su familia, como lo será, ¿qué falta á su felicidad?

—Yo mismo no lo sé, respondió el Marqués elevando al cielo sus ojos, como si no hallase en la tierra lo que faltaba á su dicha: algo me falta, porque hay dentro de mí un inmenso vacío: nuestras fiestas me aburren: nuestros convites me cansan.

—¿Y ese hermoso paseo que ostenta por las tardes todo lo más bello y elegante que hay en Madrid?

—¿La Fuente Castellana? haga Vd. cuenta que es un salon al aire libre: un baile que tiene lugar con la luz del dia: la misma atmósfera helada y maligna se respira allí, que en un gran sarao: el mismo aire envenenado por los miasmas de la envidia: el mismo tiroteo de pullas y de ódio disfrazado con sonrisas: las mismas feroces pasiones de celos y de venganza: yo envidio, señora, á la modesta familia de la clase media, que se pasea á pié por una de las alamedas laterales, llevando delante á sus niños, que corren y juegan contentos y llenos de inocencia: veo en el rostro del padre la pura y grave satisfaccion del hombre honrado y pundonoroso: en el de la madre, la santa alegría

de la esposa amada: entre nosotros, señora, si existen los santos afectos de la familia, están amortiguados, ó debilitados al ménos, por otras pasiones, por otras aficiones, por el ócio y el hastío, enfermedades mortales que nos corroen el alma.

El Marqués hablaba con el fervor de la conviccion: mas á pesar de esto, y de que Aurora no era falta de talento y de penetracion, estaba tan arraigado en su alma el afan de brillar y de penetrar en los salones, que no podia convencerse de que no fuese la alta sociedad un delicioso Edén.

El Marqués, por su parte, pareció como que volvió en sí despues de un penoso sueño: dejó su actitud animada, y de su fisonomía desapareció la expresion de hastío que resaltaba en ella...

Arrepentido tal vez de haber descubierto á los ojos de una mujer tan superficial como parecia serlo Aurora, aquel pliegue de su alma, volvió á dirigirle galanterías con la mirada y con la palabra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V

Era el Marqués del Prado un jóven que acababa de cumplir veinticinco años.

Su padre, severo y algo chapado á la antigua, le habia dado, así como á su hermana Camila, ocho años más jóven que él, una educacion sólida y cristiana.

La Marquesa, tan afable y bondadosa cuanto duro su marido, habia suavizado el yugo de la autoridad paterna con su amor y sus dulces consejos, casi siempre envueltos en caricias.

Los dos jóvenes eran hermosos de cuerpo y alma: de Camila tendremos ocasion de hablar más adelante, y ahora describiremos, siquiera sea ligeramente, la figura y los sentimientos de Fernando, que éste era el nombre del Marqués.

Veinte años tenía este cuando su padre bajó al sepulcro, siendo aún jóven: jefe de familia, y heredero de un título desde una edad tan temprana, Fernando hizo todo lo contrario

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de lo que tantos otros hacen en su caso: dedicóse por completo á conservar y aun á aumentar su patrimonio, en vez de amenguarlo con gastos excesivos: se revistió de gravedad, pensó y meditó no poco, y se dijo que él era el único apoyo de su madre y de su hermana, y el que llevaba la responsabilidad de aquel gran nombre y aquella gran fortuna.

Pidió á su madre parecer acerca de una idea que se le habia ocurrido algunas veces, y que consistia en dar á su casa algun grado más de esplendor del que tenía en vida del Marqués, que, como ya queda dicho, era algo devoto, y un mucho severo.

La Marquesa, que sin dejar de ser muy prudente y de estar dotada de las más relevantes prendas, era señora de exquisito gusto, y que tenía amor á todo lo bello, aprobó las mejoras que su hijo pensaba hacer, y suscribió á ellas con la mayor complacencia.

Por consiguiente, los grandes y pesados carruajes de los dias de gala, de viaje y de paseo, fueron sustituidos por dos ligeros y elegantes, uno para la Marquesa y Camila, y otro para el Marqués, el que pensó, y con razon, que cuando viajasen, en vez de hacerlo en carruaje

propio con un ejército de criados á coste y costa, podrian hacerlo con mayor comodidad y economía por el ferro-carril.

Muchos criados inútiles, que se mantenian en la casa, fueron despedidos.

Las antiguas vajillas, para cuya conservacion se pagaban dos servidores, que las dejaban ennegrcer en el fondo de los cofres, fueron fundidas, y por la mitad de su valor se hizo una elegante, que se puso al cuidado del ama de llaves, en el inventario de la casa.

La casa señorial de la calle de Segovia se vendió, comprándose un elegante y pequeño palacio situado al final de la calle de Alcalá, al que se llevaron toda clase de comodidades.

Fernando, ocupado en proporcionar á su madre y á su hermana el mayor bienestar posible, y en los cuidados que ordinariamente pesan sobre el jefe de una familia, sintió que su carácter se hacía grave, sin que pensase en oponer á ello resistencia alguna.

Disgustábale la frivolidad de las gentes de su clase: y atormentado muchas veces por una vaga necesidad de amar, se preguntaba:

—Pero, ¿á quién? ¿quién me comprenderá? ¿Quién hará conmigo la vida solitaria que de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

seo? ¿quién podrá ser la fiel compañera de mis dias, y la buena madre de mis hijos?

En vano pasaba revista á todas las jóvenes que conocía: no podia negar que fuesen bellas y ricas: pero ninguna tenía las condiciones que juzgaba indispensables en la que deseaba para esposa suya.

Cansado de pensar gravemente, acudia á todas las fiestas y bailes de la nobleza, anhelando distraerse: pero en ninguno conseguia otra cosa que aburrirse.

Esto no era un obstáculo para que viviese, como se suele decir, *á la moda*: tenía excelentes caballos; abono en el teatro Real y en el Casino, y galanteaba á cuantas mujeres veía, riéndose despues en su interior de las que tomaban por lo sério sus palabras de amor, que él empleaba como por costumbre.

En el Casino fué donde conoció á German, quien, empeñado en hacer papel en la alta clase, se mostraba con él obsequioso hasta la pesadez.

Consiguió por fin su objeto el flamante Abogado, que fué introducirse en casa del Marqués: habia esperado lograrlo con afan indescribible, desde que supo que el jóven tenia una hermana

soltera, á la que contaba desde luego con dedicar sus obsequios, para darse tono, como él decía un dia á su cuñado Agustin.

—¿Y si es fea? le preguntó éste: mira que hay señoras en la aristocracia lo mismo que cocos.

—¿Qué importa? respondió German: es hermana de un Marqués, y basta.

—Para mí no bastaría eso.

—Para mí sí; ¿hay acaso algun necio que esté enamorado de su mujer? La mujer propia solo se quiere por razon de conveniencia.

—Así digo yo, chico; apoyó el zanguango de Agustin: la mujer propia cansa pronto: ya ves que Aurora es linda: pues mira, me gusta ya más la doncella.

—¿Quién, Joaquina?

—La misma.

—¡Buena alhaja es! Esa no anda más que en busca de casaca, y á tí no te hará caso por dos razones.

—¿Qué razones? preguntó Agustin, muy amoscado al ver que su cuñado ponia en duda el que pudiese conquistar á Joaquina.

—La una es que ya estás casado.

—¿Y la otra?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Que no tienes un cuarto.

—Pues con esas dos razones y todo, me hace cara.

—¡Qué ha de hacer, hombre!

—¡Canario! ¿seré yo tonto?

—Creo que ahora sí; pero en fin, si ha variado de modo de pensar, lo que no extrañaré, porque así pensará darme en las narices, aprovecha la ocasion.

—¿Y si lo sabe mi mujer?

—Que lo sepa; ¿ahora te andas con esos escrúpulos? Chico, en este mundo solo se saca lo que se saca á diente.

Estas conversaciones, que se repetian con frecuencia, daban una idea aproximada del valor moral de aquellos dos hombres.

Agustin siguió los consejos de su hermano y antiguo amigo, y divirtió sus ócios y su vida de vago galanteando á Joaquina, que por dar en la cabeza á su anterior é ingrato amante, y además por vengarse de los malos consejos que, á su parecer, daba Aurora á su hermano para que no se casase con ella, *le hizo cara*, como decia él, y le sacaba todo el dinero que aquel ganaba en el juego, al que era tambien en extremo aficionado.

Pero el axioma de que en esta vida solo se aprovecha lo que se divierte cada uno, que observaba y defendia German, no da generalmente los mismos resultados en el hombre que en la mujer.

Esta suele jugar con fuego, y queda quemada á veces mortalmente, como la pobre mariposa que consume en la llama sus alas de colores.

Aurora, despues que el Marqués, agotado el caudal de sus usuales galanterías, salió de su casa, quedó meditabunda y triste.

Le pareció que se ahogaba en aquel reducido espacio, y que, como una cadena pesada, la separaba de aquel hombre cuyas maneras eran tan escogidas, cuya figura era tan bella, cuya conversacion, aun en el terreno más frívolo, era tan interesante.

Acometióla el sueño y se alegró, diciéndose que así se libraria de los pensamientos que la molestaban y la entristecian: porque la pobre jóven le parecia que se ahogaba en la atmósfera de prosa en que vivia, y en la cual habia existido toda su vida, pues aun era mucho más densa la bruma que la envolvía cuando vivía su madre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sus ojos se cerraron: pero cinco minutos despues despertó sobresaltada.

Oía al Marqués.

Le veia delante con su gallarda estatura, sus hermosos ojos negros, su cuerpo esbelto y elegante, sus rizados cabellos y su sonrisa inteligente y un tanto triste.

Levantóse despavorida: miró en derredor suyo, y se rió de sí misma al convencerse de que estaba sola.

Volvió á sentarse: la soledad la abrumaba: casi tenia miedo: por la primera vez sintió la angustia de no oir su voz, de no tener con quién hablar, de la soledad forzosa, que es uno de los más terribles tormentos de las almas ardientes, de las naturalezas espansivas: volvió á llamar al sueño en su auxilio, y se volvió á dormir.

Pero este reposo duró poco tambien: tornó á ver al Marqués, que moraba en las regiones de su pensamiento: volvió á oir su voz, que resonaba en sus oidos como una música melodiosa.

¿Por qué no recurria á la oracion, remedio supremo de las enfermedades del alma, calmante de todas las borrascas?

¿Por qué no pidió á Dios el olvido de aquellos sueños culpables, el alivio de aquella fiebre voraz?

Porque su alma estaba cubierta por una sombra más negra que la de aquella pasion naciente: porque en su alma aparecia la densa mancha del remordimiento, que no dejaba penetrar los rayos de la fé.

¿Qué más podemos decir? Aurora amaba.

Amaba por la primera vez de su vida á un hombre digno, noble, pero que jamás podria corresponderle, por lo mismo que él entendia el amor de una manera muy elevada.

¿Qué paz, que órden, qué alegría podia haber en aquella casa, en la que el cabeza de ella solo pensaba en culpables y groseros devaneos, en la que su esposa se entregaba á los delirios de un amor culpable é imposible, y en la que el hermano de ésta era un huésped importuno, ó un déspota al mandar á sus criados?

La contestacion es fácil, y se la dará todo el que sepa que la base de la prosperidad y del buen órden de la familia son la paz y la cordialidad entre sus individuos.

Joaquina tuvo ocasion de repetir cien veces lo que decia en casa de su difunta señora, la viuda de Megía: *A rio revuelto, ganancia de pescadores.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

VI

Pasemos desde el revuelto piélago de pasiones groseras que acabamos de atravesar, al puerto de paz y de esperanza: desde el desierto al oasis lleno de verdura y cruzado por arroyos murmurantes.

Isabel, al llegar á Madrid, fué de nuevo interrogada por la anciana religiosa acerca de sus designios.

—Si no cuenta Vd. con ningun asilo, hija mia, le dijo, en mi celda hallará una cama, hasta que tome su determinacion, y en la mesa de nuestro hospital hallará tambien su cubierto: esto se lo ofrezco con la mejor voluntad.

—Gracias, señora, repuso Isabel besando con respeto y gratitud la mano que la religiosa le tendia: aquí traigo una carta para el hermano del ama de gobierno de mi tía: creo que en su casa podré estar dos ó tres dias, hasta que halle una decente donde pueda entrar de camarera,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI

Pasemos desde el revuelto piélago de pasiones groseras que acabamos de atravesar, al puerto de paz y de esperanza: desde el desierto al oasis lleno de verdura y cruzado por arroyos murmurantes.

Isabel, al llegar á Madrid, fué de nuevo interrogada por la anciana religiosa acerca de sus designios.

—Si no cuenta Vd. con ningun asilo, hija mia, le dijo, en mi celda hallará una cama, hasta que tome su determinacion, y en la mesa de nuestro hospital hallará tambien su cubierto: esto se lo ofrezco con la mejor voluntad.

—Gracias, señora, repuso Isabel besando con respeto y gratitud la mano que la religiosa le tendia: aquí traigo una carta para el hermano del ama de gobierno de mi tía: creo que en su casa podré estar dos ó tres dias, hasta que halle una decente donde pueda entrar de camarera,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que es, á mi parecer, el partido más prudente que puedo tomar: solo desearia qne si Vd. conoce á alguna señora que quisiera recibirme, me recomendase á ella.

—Una conozco, respondió la buena religiosa; una excelente señora, que tiene una hija como un angel; en su casa estaria Vd. apreciada como se merece, y no como criada, sino como amiga: yo la veré, no hoy, porque aún no sabe Vd. los quehaceres que tengo, puesto que tampoco sabe quién soy.

—Sé que es Vd. buena como una santa, y eso me basta, dijo Isabel.

—Soy además, dijo la religiosa sonriéndose, la superiora de las hermanas de la Caridad de los hospitales de Madrid, y tengo por Vd. una verdadera simpatía: yo acompañaré á Vd. á la casa donde va, y Vd. no deje de avisarme y de verme cuando se le ocurra algo.

En efecto, así que se apearon de la diligencia, entraron en el comedor de la fonda, y la superiora pidió chocolate, que hizo tomar á Isabel; luego las otras hermanas se fueron al hospital, y la superiora acompañó á Isabel como se lo habia ofrecido.

La tienda del hermano de Doña Ursula estaba hácia la mitad de la calle de Toledo; era una tiendecita muy pequeña y miserable, pero limpia y aseada.

Detrás del mostrador, habia, sentada, una mujer de edad, algo rechoncha y de fisonomía agradable.

Sobre el mostrador, y colocado en un jarrito de loza, se veia un ramo de flores cuidadosamente hecho; al otro lado dormitaba un grueso gato de piel rubia, con el pecho y las patas blancas.

Al ver á la religiosa y á la jóven, la mujer se levantó cortésmente.

—Señora, dijo Isabel, traigo una carta de Doña Ursula para su esposo de Vd., pues supongo que es á la señora de la casa á quien tengo el gusto de hablar.

—En efecto, señorita, repuso la mujer con el tono algo frio de la persona que ha sido engañada muchas veces; yo soy la señora de la casa, mi esposo no está; por consiguiente, tenga Vd. la bondad de darme la carta, y yo me enteraré de ella despacio.

Hablando así, echaba miradas recelosas sobre el pobre atavío de Isabel; sobre su cabeza, que no tenía sombrero ni abrigo alguno, y lue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

go dejaba aparecer de nuevo en su cara, llena como la de la luna, una expresion muy pronunciada de descontento.

Despues de leida la carta, dijo con más frialdad todavía:

—Mi cuñada sabe que esta casa es muy pequeña para huéspedes; pero en fin, mi marido no está, y no quiero que diga que por hallarse fuera no hago yo caso de la carta de su hermana; quédese Vd., aunque será por poco tiempo.

Isabel, encarnada, trémula de vergüenza, bajó los ojos sin saber qué responder.

La pobre niña no se atrevió ni aun á dirigirlos á la religiosa, temiendo comprometerla á que la llevase consigo.

—No me parece bien que, sin estar el esposo de esta señora, se quede aquí, hija mia, dijo la hermana de la caridad indignada contra aquella mujer; vengase Vd. conmigo hasta mañana.

—Señora, en mi casa mando yo, ¿estamos? exclamó la gruesa señora muy enojada.

—Lo creo así, repuso la religiosa con alguna ironía, sin embargo...

—Sin embargo, yo deseo que se quede, y espero que no se empeñará Vd. en llevársela contra mi voluntad.

—Creo que lo mejor será quedarme, dijo Isabel; yo iré á ver á Vd., señora; y le ruego que no eche en olvido lo que le he dicho.

—No lo olvidaré, hija mia; antes bien, miraré mañana mismo si le conviene á Vd.

La religiosa se dirigió al ama de la casa, y se despidió de ella, pero antes de salir, le rogó que la oyese aparte dos palabras.

La tendera fué de muy mala gana hasta la puerta de la calle, y le preguntó qué era lo que se la ofrecia.

—Señora, dijo la religiosa; esta pobre criatura no tiene ni un maravedí, permita Vd. que pague yo el gasto que ha de hacerle en los dos dias que ha de estar aquí.

—¿Solo va á estar dos dias?

—Espero, al cabo de ese tiempo, colocarla yo.

—Tanto mejor, repuso la comercianta; pero sepa Vd. que mi casa no es posada, y que no tiene que pagar lo que coma.

—Presumo que será muy poco, repuso la religiosa sonriéndose con tristeza; más á pesar de eso, yo quisiera remunerar á Vd.

—Y yo no admito nada.

—En ese caso, señora, dijo la hermana, solo tengo que dar á Vd las gracias por Isabel, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

buscar á ésta pronto una colocacion para que deje de molestarla.

Aproximándose luego á la jóven, que no podía reprimir sus lágrimas, la abrazó con efusion.

—Adios, hija mia, le dijo adoptando una tierna familiaridad; hoy nada tienes, nada posees, pero la Providencia no desampara jamás á los que confían en ella; ya sabes dónde estoy; si tardo en venir á verte, es que mis ocupaciones no me lo permiten, ó que me lo impiden algunos tristes deberes de mi estado; entonces ven á verme al hospital general, y en aquél asilo de la desgracia adquirirás tal vez valor para soportar tu destino, por amargo que éste sea.

Volvió á abrazar á la jóven, y salió de la tienda despues de saludar con la cabeza á la dueña de la casa.

Esta la siguió con una mirada un tanto desdeñosa.

Era una mujer que rayaba ya en los cuarenta y ocho años: su cara, más ancha que larga, era colorada, y la parte más saliente de ella, sus abultadas mejillas, rojas como dos tomates maduros.

Sus ojos, negros y muy pequeños, tenian una expresion maligna, que no por eso dejaba de

ser alegre y retozona: su peinado, lleno de postizos, pues sus cabellos eran muy escasos, estaba lleno tambien de pretensiones: aquella cabeza presentaba una inmensa cantidad de rizos, trenzas, cocas y *bandeaux* en todos sentidos y en todas direcciones.

Su traje no era ménos recargado y coqueton, á pesar de componerse de cosas muy usadas: llevaba un vestido teñido, de tafetan color de lila, que por su especial matiz y su absoluta carencia de lustre, más bien parecia percalina: el escote del traje, aunque era bastante alto, dejaba ver algo más de lo que la decencia permitia, pues la excesiva gordura de la pobre mujer se oponia á todas las leyes del decoro, y podia llamarse *culpable*.

Su enorme talle, tan apretado que parecia una morcilla atada, estaba embutido en un alto y emballenado corsé, y cubierto despues con el cuerpo de su vestido tres dedos más pequeño de lo que necesitaba ser, y por un pañuelo de tul blanco bordado á cadeneta.

Isabel, tímidamente retirada en el ángulo en que se habia quedado cuando se marchó la religiosa, echaba de cuando en cuando una mirada furtiva hácia la tendera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Una de aquellas miradas resbaló sin saber cómo, hasta el frontispicio de la tienda, en el que leyó:

Ciriaco Maestre.—Géneros ultramarinos de Madrid y del extranjero.

A pesar de su tristeza, Isabel no pudo ménos de sonreirse al pensar qué géneros ultramarinos se criarian en la coronada villa.

Luego volvió á mirar el colorado rostro de la tendera, y se dijo que aquellas facciones, á través de su petulancia y de la expresion de mal humor que tenian en aquel instante, respiraban cierta bondad, ó, á lo ménos, cierta alegría que le parecia de buen agüero.

Visto que nada le decia la tendera, se atrevió ella á dirigirle la palabra, aunque con voz que temblaba.

—Señora, le dijo: ¿quiere Vd. mandarme alguna cosa de la casa? ya que no pueda recompensar la generosa hospitalidad que Vd. me concede, pues estos favores solo alcanza á pagarlos una eterna gratitud, ¿no tendría Vd. en qué ocuparme?

—En verdad no sé en qué pueda ocupar á Vd., repuso secamente Doña Escolástica, pues este era el nombre de la tendera.

—¿No tiene Vd. nada de costura que darme? ¿algun bordado? ¿una calceta siquiera?

—No, señora, repuso Doña Escolástica: solo me hacia falta hoy quien desempeñase la cocina, porque he despedido á la criada, y yo, como ya estoy vestida...

Y la señora echó una mirada de complacencia, y casi de admiracion sobre su vestido lila.

—Yo sé algo de cocina, observó Isabel, y me tendré por dichosa en poder descansar á Vd.

—¿Sabe Vd. de cocina?

—No mucho: pero algo, si señora.

—¿Pues no es Vd. sobrina de la rica viuda de Megía en cuya casa está mi cuñada?

—Así es en efecto: pero si mi tía es rica, yo soy muy pobre.

—No entiendo eso, dijo la gruesa señora.

—Yo se lo explicaré á Vd.: el esposo de mi tía y mi padre eran hermanos, y pobres los dos; la rica era mi tía: el hermano de mi padre enriqueció por su matrimonio: mi padre quedó siendo capitan de ejército; y de capitan murió, dejándome por únicos bienes una orfandad de seis reales diarios.

—¡Ah! ¿luego Vd. disfruta pension? pregun-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tó Doña Escolástica mirando á Isabel con ménos ceño.

—Sí, señora: de seis reales, como he tenido el honor de decir á Vd.

—No es mucho, dijo la tendera; pero es algo.

—De eso poco pagaré yo á Vd. el hospedaje que me concede, así que cobre la primera mensualidad.

—Ya he dicho á la hermana, repuso muy picada Doña Escolástica, que esto no es posada: ¿pero cómo es que Vd. sabe de cocina, siendo hija de un capitan y sobrina de la viuda de Megía?

—Porque conociendo yo que era pobre, y recordando que mi buena madre me decia muchas veces que era muy útil saber de todo, me acercaba á la cocina, siempre que me era posible, para ver confeccionar los guisos á la cocinera, y algunos se me han quedado en la memoria.

Al oir estas palabras, los pequeños ojos de la esposa de D. Ciriaco Maestre brillaron de alegría.

Uno de sus grandes placeres era la glotonería: pero era al mismo tiempo tan sumamente económica, que sus cocineras, aun las más hábiles, no podian complacerla, porque siempre se estaba quejando del gasto excesivo que la originaban sus habilidades.

Creia que todas le sisaban, y acaso no le faltaba razon.

Mientras hablaba Isabel, pensaba ella de esta suerte:

—Esta es una chica fina, que no sabrá robar, y además depende de mí los dias que esté: así es que regalará mi paladar á poca costa.

—Y bien, querida mia, le preguntó: ¿sabe Vd. hacer pastelillos de manzana?

—Al ménos, señora, los he visto hacer: respondió sonriendo Isabel: ¿pero quién los llevará al horno?

—Por eso no hay que apurarse: la portera de aquí junto, á la que doy la comida que sobra: yo iré ahora mismo á comprar lo que haga falta y no haya en casa: hágame Vd. la lista.

Isabel pasó al lado del mostrador, y tomando pluma y papel, que le daba la tendera, escribió la lista de las cantidades y de los artículos que entraban en los deseados pastelillos.

—¡Cáspita! ¡qué linda letra! dijo. ¡Qué buena forma! veamos, veamos..., de todo esto hay en casa... solo faltan dos ó tres cosas que iré á buscar ahora mismo.

Doña Escolástica se inclinó, y sacó de un estantito que habia al lado del mostrador y con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tenia sus libros favoritos y su calceta, un velo de tul liso, y se lo puso; enseguida abrió el cajon y tomó algunas monedas, dejándole despues cerrado con llave, como si temiese que Isabel le robase algun dinero.

La jóven advirtió esto, y una triste sonrisa se dibujó en sus lábios.

Doña Escolástica salió de su tienda, y pasó á la casa de al lado: asomóse al ventanillo que daba á la oscura portería, más parecida á una covacha que á una habitacion humana, y llamó:

—¡Felipa!

—Aquí estoy, Doña Escolástica, respondió una voz.

Y una mujer enfermiza, desgreñada, y de mísera traza salió al umbral de la puerta.

—Mira, Felipa, dijo la tendera, pásate á mi casa, porque tengo la tienda sola en poder de una chica que no conozco.

—¿Qué dice Vd.? ¿y quién es esa?

—Una jóven que mi cuñada nos recomienda hasta que halle acomodo: y como no está Ciriaco, no he querido echarla á la calle.

—¡Tonterías de Vd., Doña Escolástica! ¿no era más fácil que la echara Vd. sin estar su marido que estando?

—¡Sí, pero mujer, ya ves que podia decir ella que me valía de la ocasion!

—¿Y qué que lo diga? ¡Dios sabe quién será! ¡mire Vd. su bendita cuñada! ¡siempre habrá enviado á alguna pícara de las que se meten en todas partes para quitar el pan á los verdaderos pobres!

—¡Mujer, yo no me admiro de que estés más seca que un palo! exclamó Doña Escolástica: ¡siempre renegando! ¿qué te ha de quitar á tí esa chica? Lo mismo te daré que te daba...

—¡Bastante es! pensó Felipa: ¡no reventaré de harta con ello, á buen seguro!

—¡Pero vé, mujer, que está la casa sola con ella, y aunque tiene cara de humilde y buena, no hay que fiarse... anda, anda!

Felipa volvió á su covacha, tomó en los brazos á un niño de pecho, y se fué á casa de su protectora.

Isabel, sin atreverse á pasar detrás del mostrador, se hallaba sentada á la parte de afuera, llena de vergüenza, porque cuantos pasaban por la puerta de la tienda, y sobre todo los vecinos, se quedaban mirándola, extrañando la presencia de tan linda criatura en la tienda del feo matrimonio.

Permanecía con la cabeza inclinada y las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

manos cruzadas sobre las rodillas, cuando entró Felipa con su chiquillo en los brazos, sentándose con muy mal humor en una silla colocada al otro lado de la tienda.

¿Queria Vd. algo, buena mujer? le preguntó Isabel con dulzura.

—Con Vd. nada, respondió Felipa.

—¿Quiere Vd. que le diga algo á la señora cuando venga?

¡Dále! ¡que no quiero nada con Vd.! repuso ásperamente la portera.

Isabel calló, y volvió á su actitud abatida y triste.

Felipa la miraba con una curiosidad hostil.

—¿Cuándo ha llegado?... le preguntó al cabo de un rato de silencio.

—Aún no hace una hora, respondió Isabel.

—¿Y va Vd. á estar aquí mucho tiempo?

—Creo que no, respondió la jóven.

—¿Cómo? ¿no lo sabe Vd. á punto fijo?

—No, señora.

—Mucho, no podrá ser, observó Felipa: pronto vendrá D. Ciriaco, que ha ido á comprar una huerta á Toledo, y ya verá Vd.!

—¿Qué he de ver? preguntó Isabel con una triste sonrisa.

—¿Qué ha de ver Vd.? ¡Ya sabrá pronto qué genio tiene! Si Doña Escolástica es una malva comparada con él!...

—Verdaderamente, Doña Escolástica me parece muy buena, dijo Isabel con sinceridad: y luego, para separar la conversacion del terreno en que se hallaba, añadió:

—Tiene Vd. un niño muy hermoso.

—¡Es el quinto! dijo Felipa suspirando, y poco sensible, al parecer, al elogio que se hacia de la belleza de su hijo.

—¡Cómo! exclamó Isabel con pena: ¿tiene Vd. cinco hijos, pobre mujer?

—Cinco, y á mi marido baldado, que no me gana un cuarto.

—¡Qué desgracia, Dios mio! ¿pero de qué viven Vdes.?

—De lo que dá de si la portería.

—¡Que será bien poco, sin duda!

—Diez reales al mes cada vecino, y son cuatro.

—Es decir, que recoje Vd. dos duros al mes solamente?

—Eso es lo fijo, con el cuartito en que vivo, que me lo da el casero de balde.

—¿Y no tiene Vd. ningun otro recurso?

—La comida que sobra en las casas de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vecinos, y que me la guardan, lo mismo que Doña Escolástica, y algun recado que ésta me manda hacer.

—¡Pobre mujer! exclamó Isabel, por cuyas mejillas cayeron dos lágrimas cristalinas y puras como su alma: ¡pobre mujer, y pobres niños! y ¿qué era su marido de Vd.?

—Carpintero: un dia serrando, se le cayó la herramienta sobre un muslo, y se hirió de modo que se lo tuvieron que cortar: á resulta de la larga enfermedad que tuvo despues, se quedó baldado completamente: de esto hará como dos años, y ya estaba yo en cinta de este niño.

—Buena mujer, dijo Isabel, yo no tenia idea de desgracias como ésta: yo procuraré aliviarla con lo muy poco que tengo, y además interesando en su favor á las buenas almas, que las hay en el mundo, de lo cual no puedo dudar.

Felipa iba sin duda á contestar á estas palabras: pero se lo impidió Doña Escolástica, que entraba toda sofocada con un cabás lleno con su compra.

—Ya está aquí lo que falta, dijo dejándose caer sobre una silla: ¡uf, qué pastelillos de manzana! si los como, caros me cuestan de dinero y de pasos! y luego, sabe Dios como saldrán!

Hablando así, la obesa señora se habia quitado su mantilla y la doblaba cuidadosamente, mientras Isabel, humillada y afligida con sus palabras, apenas alzaba los ojos del suelo.

Volviéndose luego la tendera á Felipa, le dijo:

—Ya te puedes ir: que ahora ya estoy yo aquí.

—Queden Vds. con Dios, dijo la pobre mujer: y muchas gracias, señorita, por sus buenos ofrecimientos y sus caritativas palabras.

—¿Qué, te ha ofrecido algo Isabel? exclamó riéndose la tendera: ¡vaya una cosa chusca! ¿qué te dará si está más pobre que tú?

Felipa no respondió, y salió de la tienda.

—Vamos, vamos; suba Vd. conmigo, dijo Doña Escolástica: le enseñaré la cocina, luego hará Vd. los pasteles, y yo volveré á bajar, por si hay alguno á quien despachar.

Isabel siguió á Doña Escolástica hasta el piso superior, que era el que habitaba en compañía de su esposo D. Ciriaco.

La habitacion constaba de dos salitas, de la cocina, la despensa, y de un cuarto para la criada: dentro de la cocina, habia un pequeño departamento destinado, sin duda, al hacer la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

casa, para comedor, pero á la sazon lleno de trastos viejos y de ropas de invierno hacinadas unas sobre otras.

La cocina se hallaba en el más lastimoso desórden: el vidriado, extendido aquí y allá, estaba sin fregar; las mesas cubiertas de manchas de aceite: en el fogon solo se veian cenizas apagadas.

—¿Habrá aquí guerra tambien? se preguntó Isabel, que pensaba que donde habia desórden no podia morar la paz; ¿reñirá este matrimonio? ¿cómo pensará esta buena señora en pasteles, si no tiene comida puesta?

—Esto está hecho una jaula de locos, dijo la tendera: la criada que tenia era tan sucia, que me ví obligada á despedirla, y hasta que haya otra...

—Hasta que haya otra, yo lo arreglaré, dijo Isabel con dulzura.

—¿Vd. sabe barrer, limpiar la casa, y andar en la cocina?

—Yo sabré todo lo que sea preciso para complacer á Vd., señora.

—De ese modo, la estancia de Vd. aquí me vendrá muy bien, y podré buscar una criada regular, tomándome tiempo.

—Tómese Vd. todo el que necesite.

Doña Escolástica se mostró, desde aquel instante, mucho más humana, y miró á Isabel con una especie de complacencia.

—Yo, como estoy tan gruesa, prosiguió la buena mujer, apenas puedo hacer nada. Ciriaco, que tiene el genio vivo y es muy escrupuloso para el aseo, porque todo le parece poco, no hace más que regañar: y como estas pícaras criadas para nada sirven, no tengo un dia de sosiego: así es que tú, hija mia... pero perdone Vd. Isabelita... se me ha escapado llamarla de tú...

—¿Y qué importa, señora? mucho más contenta estaré si me llama Vd. de tú, que si me llama de usted; porque creeré que me quiere más.

—Pues eso es más cómodo para mí, y así te trataré de tú: con que vamos, ¿me necesitas? si no, me voy abajo, que estoy con cuidado por si entre gente.

—Váyase Vd. descansada.

—Mira, no hay nada dispuesto para almorzar, y yo solo he tomado chocolate: ¿has almorzado tú?

—No, señora.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pues, hija, has de ver de hacer algo para las dos: en la despensa hallarás huevos, tocino... haz cualquiera cosa... aunque sea una tortilla, entiendes?

—Descuide Vd., y váyase tranquila, que yo la llamaré así que esté.

—Bien está, bien está: en tí descanso; porque creo que eres despachada; hasta luego.

La obesa señora se dirigió á la escalera, é Isabel quedó sola.

Bien pronto se entregó á una meditacion profundamente triste.

—¡Dios mio! pensaba: ¿qué va á ser de mí, y por qué, si he de seguir siendo tan desgraciada, no me llevais al lado de mis padres? Heme aquí siendo la criada de esta mujer grosera, despues de haber sido la camarera, ó mejor dicho, la esclava de mi tía y de mi prima; y despues de mis padecimientos allí, ¿cuál ha sido mi recompensa? ¡ser arrojada á la calle, sin amparo y sin que hayan tenido por mí lástima ni consideracion alguna! ¿cuál será aquí mi suerte? ¡la de guisar la comida, asear la casa, ser, en fin, una criada! ¡y si me hicieran bajar á la tienda y ponerme á vender como ellos! ¡oh no, no, eso jamás! ¡será soberbia mia, pero creo que

nunca podré vencerme á eso! ¡Dios mio, eso es imposible para mí! todo lo que me manden haré dentro de la casa: les serviré, trabajaré hasta que me rinda el cansancio... pero bajar á vender detrás del mostrador... ¡no, eso jamás!

Isabel, agobiada con esta idea, se dejó caer sobre la sucia y polvorienta silla, única que se veia en la cocina, se cubrió el rostro con las manos y salieron de sus ojos dos raudales de lágrimas.

Habia en aquella jóven algo de pudoroso y de altivo, que le hacia mirar con repugnancia ciertas cosas, á las que no estaba ni habia estado jamás acostumbrada, ni pensaba poderse acostumbrar nunca.

Poco rato permaneció así: la infeliz niña no tenia ni aun la libertad de afligirse y llorar: pensó en que tenia que ganar el pan que le diesen, y en que solo podia ganarle con su trabajo.

Enjugó sus ojos, recogió con alfileres la falda de su vestido sobre su blanca enagua, y se puso á asear algun tanto aquella cocina, que más parecia una cueva de bandidos, por su desórden y la extrema suciedad, que resaltaba en ella.

Empezó por quitar las cenizas del fogon, por

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

limpiarlo, y por encender fuego con pajuela: no hallando con qué soplar, tuvo que hacerlo con la boca.

Nos detenemos en todos estos detalles, por más que parezcan pueriles, porque son tambien en extremo dolorosos, y porque sin duda lo comprenderán así muchas mujeres que se habrán visto en el caso de Isabel.

La pobre niña sintió muy pronto su cabeza desvanecida con el tufo del carbon: acosábala un mareo doloroso, zumbaban sus oidos, y su estómago se levantaba asqueado ante aquellos cuidados repugnantes: pero, en medio de su angustia, oia una voz que le decia incesantemente:

—¡No tienes más remedio que ganar tu pan!

Isabel, al oir aquella voz terrible, volvió á su faena: queria hacerse superior á su fatiga, á su malestar, y aunque algunas veces conseguia engañarse, era por muy breve tiempo.

La infeliz jóven habia pasado toda su vida en la servidumbre: pero la servidumbre á que la sujetaban su tía y su prima, era mucho ménos dura que la que se le presentaba en casa de Doña Escolástica: aquella se reducia á coser, bordar y asear habitaciones.

Esta era la más penosa de todas, pues se reducia á desempeñar los oficios más bajos.

Ese buen ángel que Dios envía siempre para que vierta en el alma el bálsamo del consuelo, le dijo que no hay estado que la virtud no ennoblezca, y que Dios prueba más á los que más ama: y, más consolada y más tranquila, decidió animarse en lo posible, y continuar sus tareas.

¿Pero dónde y de qué modo podia buscar alivio al malestar que sentia?

Solo de uno: abriendo la ventana de la ahumada cocina y exponiendo su cabeza acalorada á la impresion del aire.

Al mismo tiempo elevó al cielo, que empezaban á vestir negras nubes, sus ojos fatigados, invocando á Dios en una fervorosa plegaria.

—¡Oh, Dios mio! exclamó: ¡dadme fuerzas y valor! ¡domad esta rebelde delicadeza de mi espíritu! ¡sujetadle á la paciencia, á la resignacion con el ejemplo de lo que sufrísteis por nosotros!

La oracion fortaleció su ánimo abatido, como sucede siempre, y volvió hacia el fogon para preparar el almuerzo de su gruesa protectora.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Como si Dios en su paternal bondad, hubiese hecho avivar el fuego por la boca de algun ángel, aquel presentaba el aspecto de una roja granada por todos lados.

Isabel apenas habia comido en la noche anterior: tambien habia dormido muy poco: dos horas de descanso la hubieran regenerado: pero ¡ay! ¡la pobre criatura no tenia la libertad de descansar!

Llena de valor y con el propósito de no desmayar, sino confiar en la bondad de Dios, padre de los huérfanos, buscó lo necesario y se dedicó con asiduidad á confeccionar el almuerzo de Doña Escolástica, y el suyo propio, pues ya empezaba á sentir de nuevo las angustias del hambre.

VII

Pocos dias despues de la visita del Marqués del Prado á casa de Aurora, visita que, como sabemos, la motivó el deseo de hablar á German, se hallaban solos la Marquesa, su madre, y su hermana Camila en el saloncito de confianza de la primera.

Era una dama, que aun conservaba señales de una belleza muy correcta y muy pura.

Su estatura, más bien alta que pequeña, estaba llena de una graciosa majestad: era delgada, blanca, pálida, con un talle perfecto, y que aun ostentaba restos de una gracia juvenil.

Su cabello negro, que llevaba recogido en gruesas trenzas, apenas tenia algunas hebras de plata; sus ojos negros, de dulce y altivo mirar, eran grandes y rasgados; sus manos, de dibujo perfecto, ostentaban una exquisita distincion, y eran blancas y afiladas.

En el semblante, en la figura, y hasta en las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Como si Dios en su paternal bondad, hubiese hecho avivar el fuego por la boca de algun ángel, aquel presentaba el aspecto de una roja granada por todos lados.

Isabel apenas habia comido en la noche anterior: tambien habia dormido muy poco: dos horas de descanso la hubieran regenerado: pero ¡ay! ¡la pobre criatura no tenia la libertad de descansar!

Llena de valor y con el propósito de no desmayar, sino confiar en la bondad de Dios, padre de los huérfanos, buscó lo necesario y se dedicó con asiduidad á confeccionar el almuerzo de Doña Escolástica, y el suyo propio, pues ya empezaba á sentir de nuevo las angustias del hambre.

VII

Pocos dias despues de la visita del Marqués del Prado á casa de Aurora, visita que, como sabemos, la motivó el deseo de hablar á German, se hallaban solos la Marquesa, su madre, y su hermana Camila en el saloncito de confianza de la primera.

Era una dama, que aun conservaba señales de una belleza muy correcta y muy pura.

Su estatura, más bien alta que pequeña, estaba llena de una graciosa majestad: era delgada, blanca, pálida, con un talle perfecto, y que aun ostentaba restos de una gracia juvenil.

Su cabello negro, que llevaba recogido en gruesas trenzas, apenas tenia algunas hebras de plata; sus ojos negros, de dulce y altivo mirar, eran grandes y rasgados; sus manos, de dibujo perfecto, ostentaban una exquisita distincion, y eran blancas y afiladas.

En el semblante, en la figura, y hasta en las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

maneras de la Marquesa, resaltaba una tristeza profunda; tristeza que se comprendia fijando la vista en su hija Camila.

Esta jóven, que apenas llegaba á los diez y siete años, dejaba conocer fácilmente que se hallaba atacada de una de esas enfermedades que diezman á la juventud y que no hay medio de curar, porque la ciencia es impotente para ello.

Camila padecia del pecho.

Así lo aseguraban su cuello largo, sus pómulos un tanto salientes y sonrosados, y el fuego sombrío que se advertia en sus grandes ojos negros.

La pobre niña era muy hermosa; en sus facciones distinguidas, parecia haber agotado la naturaleza la magia de su pincel; su nariz recta y delicada, su boca pequeña, su frente noble y serena, las líneas puras y acabadas de toda su fisonomía, presentaban, á pesar de los estragos que ya habia hecho en ella la enfermedad, el modelo de la más perfecta hermosura.

Como sucede muchas veces, ó por mejor decir, como sucede siempre, Camila ignoraba su dolencia; su carácter dulce y apacible la libertaba de distracciones bulliciosas, y ya se sabe que el leer, el pintar, el tocar el piano y bordar

no fatigan; lo que podia haberle sucedido, si hubiera sido aficionada á correr ó á jugar al volante.

Su mismo hermano no veía la mano destructora de la enfermedad; solo los ojos de la madre descubrian el descarnado dedo de la muerte señalando al pecho de su hija.

Esta conviccion acibaraba todos los instantes de la vida de la Marquesa.

—¡Pronto me quedaré sin ella!

Este amargo pensamiento, que acudía sin cesar á su imaginacion, era mucho más doloroso cuando veia á Camila divertida y alegre.

Algunas veces, en medio de una fiesta y en presencia de las gentes extrañas, prorrumpia en llanto, y era tal la certidumbre qee tenía de su desgracia, que no rogaba al cielo la separase del camino de su vida, sino que le pedia fortaleza para soportarla cuando llegase.

El mayor cuidado de aquella madre infeliz, era el de ocultar sus sufrimientos á la vista de sus hijos; tanto temía que se apercibiese de ellos Fernando como Camila.

Madre é hija se hallaban sentadas al lado de un velador, sobre el que ardia un quinqué de bronce y porcelana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El saloncito era un modelo de gusto y elegancia, en medio de la sencillez que resaltaba en su mueblaje. Habia en su adorno algo del gusto inglés, en que se advierte cuánto se prefiere en aquél ilustrado país la comodidad á la ostentacion.

No hemos entrado en una casa de Lóndres sin que hayamos comprendido cómo se ama allí la vida de familia, y hasta qué punto son estimados los goces de la casa. En Francia, la mujer se educa para los saraos; en Inglaterra, se educa para el hogar doméstico.

La Marquesa del Prado era inglesa; y en su casa resaltaba la grata, suave y sencilla poesía de las damas y de los hábitos de su país.

Decoraban y guarnecian las paredes algunos silloncitos de tela de lana y seda azul, con borlas y flecos, además de otros cuatro más grandes y cómodos para las personaa de edad avanzada, ó para las personas de la familia que deseasen el reposo.

Sobre la chimenea, cubierta con una pantalla delicadamente bordada por Camila en felpillas sobre fondo de raso blanco, habia dos hermosos ramos de flores que exhalaban un delicioso y fresco perfume, y que eran el diario regalo de Fernando á su madre.

En cada una de las rinconeras de acajú con remates de bronce, lucía otro jarro con otro ramillete de flores.

Algunos cuadros sencillos, obra casi todos ellos de Camila, decoraban las paredes, vestidas de tela de seda azul oscuro.

En el centro, una mesa cubierta de un tapete azul, sostenía el quinqué, y al lado de aquella mesa, se hallaban sentadas la Marquesa y su hija; ésta bordaba, y aquélla la miraba con una ternura en la que habia no poco dolor.

Camila era bella, con esa hermosura dulce y suave que parece aspirar al cielo: bajo la blanca piel de su cuello y manos, se veía correr su sangre: sus grandes párpados, inclinados sobre su labor, proyectaban en sus mejillas la densa sombra de sus negras pestañas, largas y rizadas como dos franjas de seda.

Sus cabellos, negros como los de su madre, se enroscaban en gruesas trenzas detrás de su cabeza con una gracia y una sencillez infinitas, y enteramente exentas de pretensiones.

Llevaba un vestido blanco y un cinturon azul, bastante ancho, que se enlazaba en su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

costado izquierdo, y descendia despues en largos cabos.

Sobre el escote de su traje, volvía un encaje, que hacía resaltar la blancura y delicado dibujo de su garganta.

La Marquesa vestia un traje de seda negro, liso, pero admirablemente hecho. Aun era elegante su talle, y estaba dotada además de esa suprema distincion contra la cual son ineficaces los años, pues nada consigue destruirla. Llevaba los cabellos, que aún eran hermosos y abundantes, trenzados lo mismo que su hija y recogidos además con una larga flecha de brillantes de gran valor.

—Hija mía, dijo á Camila, ¿por qué no dejas ya la labor? ¡son cerca de las nueve! en este tiempo no es bueno atarearse tanto: vamos, descansa un poco hasta la hora del té.

—¡Ay, mamá! repuso Camila: ¡cuando recuerdo que ya faltan solo muy pocos dias para el cumpleaños de Amelia, quisiera no dormir para terminar este almohadon!

—Siento, mi querida Camila, que te dés tan malos ratos por esa jóven, repuso la Marquesa con gravedad no los merece, hija mia: no te ama!

—¡Dí más bien, mamá, que tú eres la que no la amas á ella, repuso Camila, y yo bien sé por qué!

—Porque tiene mal carácter porque es altiva, egoista, petulante... no te pareces á ella en nada, gracias al Cielo.

—Mamá, dijo Camila, clavando la aguja en su bordado y tomando tiernamente la mano de su madre: ¿me permites que te diga una cosa?

—Segun sea... cuidado, señorita, que temo mucho á las malicias de Vd.

Diciendo ésto, la Marquesa amenazaba á su hija con el dedo.

—No temas, mamá, repuso la jóven: te prometo no enfadarte: en cambio, tú me dirás si es verdad lo que creo.

—Veamos.

—Pues bien; no amas á Amelia, y la encuentras tantos defectos, porque debe casarse con mi hermano... ¿he acertado?

La Marquesa tardó algunos instantes en responder: luego, haciendo un esfuerzo, dijo:

—Te equivocas en parte, Camila, y en parte tienes razon; escucha: siento que esa jóven, á pesar del título de Duquesa que ha de llevar un dia, y de sus grandes riquezas, se case con tu

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hermano: eso no lo niego; pero lo siento precisamente á causa de sus defectos.

—Fernando se los corregirá.

—No, hija mia, un esposo puede modificar ciertos hábitos y hasta algunos defectos, segun tú dices; pero los de Amelia no son de esa clase: son hijos de su carácter, que es malo: de sus sentimientos, que son duros: ya sabes que yo no juzgo jamás á la ligera.

—Por eso me admiro de tu severidad para con la pobre Amelia: ¿no sabes que no ha tenido madre? ¡desgraciada amiga mia! huérfana casi del todo, pues su padre apenas ha pensado en ella, no ha sido amada de nadie más que de mí.

—El que no se hace amar, no es amado jamás: pocas veces nace el cariño de una espontánea simpatía: y solo las bellas prendas del corazon y del carácter, es lo que despierta en los que nos rodean afecto y consideracion.

—¡Ni aun Fernando la ama!

—Tienes razon: no la ama, y ese es uno de mis mayores pesares! Si la amase, sería ciego para algunos defectos suyos: así, los verá todos!

—¡Qué no se case, pues, con Amelia! ¡Dios mio, debe ser horrible cosa el casarse sin amor!

—¡Ah! si no estuviese resonando en mi oido el expreso mandato de tu padre, no dejaría yo, Dios lo sabe, que se llevase á cabo esta union: pero él mandó, y á tu hermano y á mí nos toca obedecer.

Camila no pudo contestar: en tanto que su madre hablaba, se habia detenido un coche á la puerta, y, abierta despues la de la escalera, se oyó el roce de un vestido de seda y la voz del lacayo de la antesala que anunciaba:

—La señorita Amelia de San Mauro.

Camila se levantó y fué á abrazar á su amiga, á la cual seguia una dama de edad avanzada.

Amelia era una hermosísima jóven: su tez, blanca como el nácar, estaba alumbrada por dos grandes y rasgados ojos negros: su cabellera castaña se agrupaba en gruesos rizos sobre su frente de alabastro: tenia el talle de una ninfa, de una diosa: su boca, un poco grande, era una gruta de coral y perlas: su nariz recta, sus cejas, que parecian dibujadas con un delicado pincel, sus largas pestañas negras, la hacian un modelo de belleza.

Su traje era magnífico, en demasía acaso para una jóven que acababa de cumplir diez y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siete años. Llevaba un vestido de grueso raso azul celeste, y una manteleta de encajes negros, medio caida en el talle, cuya perfeccion era admirable.

Un sombrerito de blondas blancas, contenia apenas su soberbia cabellera hecha rizos.

La dama que la seguia era su abuela, y parecia pasar algun tanto de los sesenta años: era de imponente y elevada estatura, delgada y de maneras nobles y dignas, si bien en extremo altaneras.

Amelia abrazó á su amiga, y se sentó á su lado, en tanto que la anciana Duquesa lo hacia al de la madre de Camila.

—¡Siempre bordando! exclamó Amelia con desden; pareces una tapicera.

—¿Qué quieres? esto me divierte, repuso Camila procurando ocultar su almohadon de los ojos de su amiga.

—¿Te divierte? repitió Amelia en tono de duda burlona: ¿eso te divierte?

—Sí, por cierto: respondió Camila con sencillez.

—A mí me aburriria.

—A mí lo que me aburre es el no hacer nada.

—Pues yo no hago nada jamás: ¿para qué? que trabajen los pobres.

¡Qué vulgaridad! pensó Camila: luego, alzando la voz, prosiguió, deseando cambiar de conversacion:

—¿Has ido á paseo?

—Sí: sola con mi abuelita, y me he fastidiado.

—¿No has paseado á pié?

—¿Yo á pié? jamás; hace más de un mes que no doy un paso en la calle.

—¡Ay, Dios mio, me asusto de oirlo!

—¿Sigues aún paseando á pié?

—Todos los dias.

—Pues eso es muy plebeyo.

—¿Qué importa, si me gusta?

—Sin embargo, hay ciertas cosas que por más que gusten, no se deben hacer.

Mientras tanto, la Duquesa hablaba con la madre de Camila, y le decia:

—Esta noche he venido, amiga mia, para pedir á Vd. un consejo.

—¿Un consejo! repitió la Marquesa.

—Sí, acerca de una camarera.

—¿Pues no tiene Vd. dos, querida amiga?

—Sin embargo, Amelia tiene poco con una.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Poco con una?

—Sí, por cierto: Vd. no se puede figurar lo que es la niña; cada dia la visten y desnudan cuatro ó cinco veces, hasta de ropa blanca: sombreros, le compré ayer diez.

—¿Diez sombreros!

—¡Si hay dias que se pone tres!

—¿Y para qué?

—Uno por la mañana, otro por la tarde y algunas veces otro por la noche: pero en fin, volviendo á la camarera, me la ha proporcionado la hermana María: la que, como Vd. sabe, me cuidó en mi última enfermedad.

—¿La superiora del hospital general?

—Justamente.

—No puede ménos de ser buena.

—Dice que es una señorita, lo que me disgusta un poco.

—¿Por qué?

—No sé; no tiene una libertad para mandarles.

—A mí me parece lo contrário: creo que es mucho más cómodo tener en casa á una persona de buena educacion, que no una ordinaria.

—¡Ay, amiga mia, son tan exigentes! creen que todo se les debe de justicia: quieren que

se las mime además de pagarlas, y yo trato muy mal á los criados.

—¿Les trata Vd. muy mal? ¿por qué razon?

—Porque los detesto; son nuestros más encarnizados enemigos, y yo les pago del mismo modo.

—¿Y esa camarera que le han propuesto á Vd., es bonita?

—Dicen que es muy linda.

—¿Jóven?

—Cuenta solo diez y siete años.

La Marquesa se encogió de hombros, y dijo:

—Será una buena compañera para Amelia: una jóven dulce, prudente y de agradable figura, la enseñará mil habilidades y cosas curiosas.

—¿De cocina? ¿de repostería? ¡oh! eso no lo necesita para nada; ó por mejor decir, de nada necesita siendo tan rica como es: lo que yo quisiera es que esa chica fuese primorosa en el peinado y en el aplanchado, para lo cual es Amelia muy delicada.

—Yo creo, dijo la Marquesa, que esa camarera es preferible á cualquier otra.

—¿Lo dice Vd. de veras?

—Sí, por cierto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pues la tomaré.

—Yo lo haria desde luego, y además, puede Vd. ver cómo le va.

—Es verdad: y ¿dónde se halla Fernando? hoy no le hemos visto, y tampoco se halla aquí.

—Estará en el teatro.

—¿Sin ir nosotras?

—Tal vez pensaría que iban Vds. hoy.

—Yo no sé lo que pasa ahora á Fernando, dijo la Duquesa: está con nosotras frio y taciturno, lo que es muy extraño no conozca Amelia con su talento.

La Marquesa guardó silencio.

—¿No sabe Vd., amiga mia, continuó la anciana señora, si su hijo tiene algun devaneo por ahí, de esos que los jóvenes toman por pasatiempo? Si lo tiene, no trate Vd. de ocultármelo, porque yo no me espanto de esas cosas: lo que importa es que no lo sepa Amelia, que, como niña falta de mundo, pudiera tomarlo por donde quema.

—¡Pues qué, señora! ¿Vd. podria mirar con serenidad que mi hijo amase á otra mujer, próximo como está, á casarse con su nieta?

—¿Por qué no? ¡eso es moneda corriente!

—Jamás lo será para mí, y creo que para él no lo será tampoco.

—Es cierto que Vd. piensa de muy distinto modo que yo, que no veo en eso un gran mal: casi todos los hombres de mundo y de fortuna, estén casados ó no, tienen caprichos, y lo mismo sucede á las mujeres.

—Podrá ser, dijo la Marquesa: pero yo no perdonaría esos caprichos al hombre á quien amase.

—Porque Vd. piensa aún á la antigua, querida mía: pero tan á la antigua, que siendo mucho más jóven que yo, hallo extraño su modo de ver las cosas.

—¿Y qué remedio, señora? así me han educado: no comprendo caprichos en punto al amor: creo que se puede amar á una persona ó no amarla: si se la ama, ha de ser á ella sola, y en este caso no caben caprichos: si no se la ama, lo más prudente es separarse de ella para siempre.

—¡Pues seria cosa divertida el matrimonio en ese caso! ¿tampoco concede Vd. á las mujeres la libertad de recibir galanterías?

—Solo hasta cierto punto, señora.

—En fin, mi querida amiga, dijo la Duquesa, como si no quisiera gastar su tiempo y emplear

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus razones con la madre de Fernando: una cosa he venido á rogar á Vd.: y esta es que haga saber á su hijo que así Amelia como su padre y como yo, nos hallamos sumamente disgustados con su conducta: porque si bien mi hijo y yo tenemos bastante mundo para excusar cualquier capricho que pudiera divertirle, le exigimos tambien, aunque solo sea por amor propio, que no prescinda del todo de Amelia, que la acompañe alguna vez: en fin, que la sociedad vea que se va á casar con ella: de lo contrario, que no se extrañe si mi nieta le despide, pues hay muchos que solicitan sus menores preferencias.

—Pero señora, si ella le ama...

—Ella no ama aún á nadie, y le hago la justicia de creer que no se casará por amor, porque eso es ya tan plebeyo como ridículo.

—De esta suerte, señora, conozco demasiado á Fernando, y creo que no se casará con una mujer que no le ame, repuso la Marquesa: pero dejemos ya esta conversacion, y permítame usted le pregunte si no salen este año de Madrid, segun habian pensado.

—No salimos hasta dentro de dos meses, que iremos á París: Amelia prefiere esto á ir á tomar aguas, porque está muy buena: ¡pero qué veo!

prosiguió la Duquesa sacando su reloj guarnecido de brillantes: ¡son cerca de las diez! ¡y la Marquesa de C. da un baile á los rezagados aquí... para el que estamos convidadas! ¡ni á la una llegamos allá! vamos niña; ¡ya estará la modista esperando en casa para vestirte!

—¡Cómo! dijo Camila; ¿vas al baile?

—Sí con mi abuela; llevo un traje precioso y un aderezo de perlas que le ha costado trescientos duros, y que me regala.

—¡Ir á un baile en este tiempo, con tan excesivo calor! á mí me sería imposible.

—Pues á mí me gusta; ya ves, yo, como soy soltera, solo llevo perlas y turquesas; el buen gusto destina á las casadas los brillantes, las esmeraldas y los rubíes; pero mis adornos de soltera llaman la atencion de todos; tanto, que el otro dia decian unas señoras en un palco del teatro que ocupaban al lado del nuestro:

—La Duquesa de San Mauro está arruinando la casa con su excesivo lujo—pero en fin, cuando esté arruinada del todo, no faltará crédito para hallar quien nos preste; y además, mi abuela es muy vieja y ya vivirá poco; y yo me casaré con tu hermano que es rico, y podré seguir gastando.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y tu padre?

—¡Ah! ¡es verdad! ¡mi padre! pero ¡ah! mi padre ya se cuida de sí... él gasta poco, y tiene sus tierras que se guarda y administra. ¡Adios amiga mia! que sigas bordando entretanto que yo bailo; cada uno se divierte á su modo. Vamos abuelita.

Amelia salió con la Duquesa.

—¡Dios mio! ¡qué cabezas tan vacías! exclamó Camila, ¡y cuánto las compadezco!

—Quiera Dios, dijo la Marquesa, que Amelia sea quien se canse y quien rehuse á tu hermano para esposo suyo; esa sería una dicha para todos nosotros, hija mia.

VIII

Aurora habia concebido por el Marqués una pasion voraz: un primer amor lleno de vehemencia, de ilusiones y de sueños.

Preciso es decir que todo la empujaba hácia el precipicio; su marido se habia entregado á la más miserable y vergonzosa vida; no salia de los garitos, de los ahumados cafés de los barrios bajos, y de las casas de los toreros y mozas de rumbo, que eran las que escuchaban todas sus galanterías y para quienes él guardaba la parte más selecta de sus agudezas y chistes.

Como no tenia un cuarto, ni lo ganaba, jugaba con trampas, y su vida estaba pendiente de un hilo, puesto que tenia segura una desastrosa muerte el dia en que sus compañeros de desórdenes advirtiesen que no les ganaba, sino que les robaba el dinero por malas artes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y tu padre?

—¡Ah! ¡es verdad! ¡mi padre! pero ¡ah! mi padre ya se cuida de sí... él gasta poco, y tiene sus tierras que se guarda y administra. ¡Adios amiga mia! que sigas bordando entretanto que yo bailo; cada uno se divierte á su modo. Vamos abuelita.

Amelia salió con la Duquesa.

—¡Dios mio! ¡qué cabezas tan vacías! exclamó Camila, ¡y cuánto las compadezco!

—Quiera Dios, dijo la Marquesa, que Amelia sea quien se canse y quien rehuse á tu hermano para esposo suyo; esa sería una dicha para todos nosotros, hija mia.

VIII

Aurora habia concebido por el Marqués una pasion voraz: un primer amor lleno de vehemencia, de ilusiones y de sueños.

Preciso es decir que todo la empujaba hácia el precipicio; su marido se habia entregado á la más miserable y vergonzosa vida; no salia de los garitos, de los ahumados cafés de los barrios bajos, y de las casas de los toreros y mozas de rumbo, que eran las que escuchaban todas sus galanterías y para quienes él guardaba la parte más selecta de sus agudezas y chistes.

Como no tenia un cuarto, ni lo ganaba, jugaba con trampas, y su vida estaba pendiente de un hilo, puesto que tenia segura una desastrosa muerte el dia en que sus compañeros de desórdenes advirtiesen que no les ganaba, sino que les robaba el dinero por malas artes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aquella transformacion de un muchacho tonto en un calavera de mal género, se habia verificado rápidamente, y no habia, por cierto, cosa que fuese más natural: no tenia Aurora lo que se necesita para retener y hacer bueno á un marido: no era amable, ni distinguida, ni tenia el talento doméstico, que es el más difícil, porque es el más prosáico y el más necesario de todos: además, para que se cuidase de atraer á su marido, era indispensable que le hubiera amado, y á los ocho dias de casada conoció que, no solo no le habia amado nunca, sino que tampoco podia amarle jamás.

Poco á poco, la indiferencia de la jóven se fué convirtiendo en una aversion profunda; y esta aversion se hizo invencible cuando conoció al Marqués, al que volvió á ver alguna vez en el teatro y aun en su misma casa, á donde fué acompañado de su hermano.

Agustin, por su parte, deseando entretener su breve estancia en casa, hacia á Joaquina el objeto de todos sus obsequios: y esta hallaba muy agradable que le regalasen vestidos, dulces y brazaletes falsos, y aun algunos de oro de buena ley.

A tanto llegó el hastío de Aurora para su

marido, que ni se lastimaba su amor propio por sospechar su intimidad con la camarera: era para ella Agustin un mueble del todo inútil y que miraba con el mayor desprecio.

Joaquina era una de esas mujeres perversas, que no dejan escapar la ocasion de la venganza; echaba la culpa á Aurora de que su hermano no se hubiera casado con ella, y, por lo mismo, queria herirla de dos maneras; en su reputacion y en su amor propio: del primer modo, protegiendo su naciente pasion por el Marqués: del segundo, distrayendo todo lo posible al incauto y obtuso Agustin, que iba ciego al lazo que le tendia.

La casa de los hijos de Megía estaba más revuelta aún que en vida de su madre, y habia más ganancia para todos. Aurora, embebecida en los sueños de una pasion que era imposible, pero en la que ella tenia puestas todas sus esperanzas, para nada se cuidaba del gobierno interior de su casa, que se hallaba completamente en manos de Joaquina, y esta se aprovechaba grandemente de aquella confianza, pagándola del modo más lucrativo para su bolsillo.

Agustin, que se comparaba al caracol, que todo lo lleva encima, hacía el mismo caso de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hacienda que si nada tuviera, y se cuidaba solo de tomar lo que Joaquina sisaba, y le daba, segun ella decia, para sus diversiones.

Aquel dinero, robado á la esposa para el esposo, servia algunas veces para ponerlo á una carta, y no pocas para perderlo, aunque otras daba de sí para centuplicarse y para hacer á Joaquina algun regalito de su gusto, cosa que se repetia con frecuencia.

Por su parte, German se cuidaba, sobre todo, de solicitar la mano de Camila, y despues de hacer la vida de gran señor calavera, lo que le ocupaba todo su tiempo.

El bufete no se habia abierto, y su título de abogado permanecia encerrado en un cajon sin que le sirviese de nada.

Aurora se habia enflaquecido mucho: ocho dias despues del en que vió al Marqués por la última vez, decidió hacer algun esfuerzo para acercarse á él, ya que él parecia no comprender su pasion, y resolvió interesar á su hermano para que la llevase á su casa, dándole la esperanza de hablar á Camila en favor suyo.

—¿Cómo quieres que te lleve allí sin tu marido? preguntó German á su hermana el dia que le hizo su peticion: la Marquesa es rígida, como

buena inglesa, y no ha entrado aún en las reglas del gran mundo en esa parte.

—¿Y eso qué importa? preguntó Aurora; diremos que Agustin está ocupado en sus asuntos, y que no visita á nadie.

—¿Pero bajo qué pretexto te presentaré yo? dijo German mordiéndose las uñas: en verdad que no lo sé.

—Iremos los dos esta tarde, dijo Aurora: dices tú que has salido á paseo conmigo, y que, teniendo que decir una cosa al Marqués, has subido, tomándote la libertad de que yo te acompañase tambien.

—No, no, dijo German: es una familia muy respetable y del todo opuesta á nosotros.

—¿Qué dices?

—Hermana mia, prosiguió German: nosotros vivimos con mucho desórden: tú no te cuidas para nada de la casa, y cambiamos muchos criados: todo el mundo lo sabe: los que salen, nos desacreditan: los nuevos hacen lo que quieren, y, al marcharse, nos desacreditan tambien: no sé como esto podrá seguir así: tu marido, por otro lado, hace la vida del perdido, y entre tanto nuestros bienes disminuyen de un modo lastimoso: si así seguimos, dentro de poco seremos pobres.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

—¿Y qué remedio? preguntó Aurora.

—¿Qué remedio? que te cuides tú algo más de las cosas de la casa: ¿no has oido decir que el ojo del amo engorda al caballo?

—Pero me parece que tú tampoco haces nada, dijo muy picada la jóven.

—Yo hago más que tú: que es buscar un buen casamiento.

—Que no lograrás.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie, pero yo lo sé: no te casarás con la hermana del Marqués: y tal vez lo conseguirías si yo me hiciera amiga suya.

—¿Tú, amiga suya? ¡imposible!

—¿Por qué?

—Porque sois muy opuestas en todo: Camila es una especie de pensionista, muy tímida, muy delicada... luego, su madre no le consiente amigas... vamos, lo veo imposible.

—A mí me parece la cosa más fácil del mundo: si tú quieres, seremos amigas y ganarás en ello.

—¿Y qué puedo yo hacer para conseguirlo?

—Traérmela á casa, ó llevarme á mí á la suya.

—Lo pensaré, dijo German, pensando, en efecto, que tal vez su hermana podia ayudarle á conquistar la mano de Camila.

Dos dias despues, dijo á su hermana que estaba decidido á presentarla á la Marquesa y á su hija, y que se preparase de una manera conveniente para ir con él á su casa.

El corazon de Aurora latió violentamente de alegría al oir la decision de German.

¡Iba á casa del Marqués! podria volver cuando quisiera, y verle á todas horas!

Este pensamiento la llevó á otro muy natural: al del traje que deberia ponerse.

Llamó á Joaquina, á fin de encargarle que fuese á ver á su modista; pero la camarera no estaba en casa sin duda, porque no acudió al llamamiento de su ama.

Aurora tiró con más fuerza del cordon, y nadie acudió tampoco.

Irritada hasta lo sumo, salió para buscarla, y la cocinera, lo mismo que el criado, le dijeron que no la habian visto.

Aurora, más incomodada todavía de lo que estaba, se dirigió al cuarto de la camarera, que se hallaba junto al suyo: al llegar cerca de él, oyó hablar y creyó reconocer la voz de su marido.

—¡Esto ya es demasiado! murmuró: ahora mismo la voy á despedir!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Levantó el picaporte, pero se resistió á sus esfuerzos, porque se hallaba sujeto por dentro.

Aurora, furiosa, sacudió la puerta, y oyó dentro exclamaciones como de susto, y la risa burlona de su marido.

—Abre al instante, gritó Aurora.

La puerta se abrió.

A los ojos de la irritada esposa, apareció su marido recostado en un ancho sillon, que sin duda habia él regalado á Joaquina, y chupando un largo y grueso cigarro habano, con gran calma y serenidad.

Joaquina, á pesar de su descaro natural, parecia confundida: retirose á un lado de la estancia, que era bonita y decentemente adornada, y permaneció con los ojos bajos y las mejillas encarnadas.

Aurora apenas podia hablar: la cólera habia echado un nudo á su garganta: la presencia y la actitud de su marido la irritaban de manera que no sabia ni dónde se hallaba ni lo que decia: por fin su rabia se abrió paso, y gritó con ronca voz:

—¡Infame mujer...! ¡sal al instante de mi casa!

—Ahora mismo, dijo Joaquina muy contenta

de huir de aquel lance, que la tenia algo asustada.

Abrió el cajon de su cómoda y tomó su mantilla que se echó al instante en la cabeza.

Luego pasó por delante de Aurora, diciendo entre dientes:

—Enviaré á por mi equipaje.

Los esposos quedaron solos: Aurora encarnada como un fuego: Agustin frio y desvergonzado.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IX

—¡Y á Vd. tambien le arrojo de mi casa! dijo la jóven mirando á su marido con aire de desafío: le arrojo á Vd. de ella porque no quiero mantener parásitos.

—Me iré tambien, repuso Agustin levantándose y dando dos pasos hácia la puerta con su imperturbable flema.

—¡Dios mio! exclamó Aurora arrojándose desecha en llanto sobre una silla: ¡qué desgraciada soy!

—¿Por qué, señora? repuso Agustin: me dice Vd. que me vaya, y me voy; ¿qué más quiere Vd.?

—Quisiera no estar casada con Vd., caballero: ¡quisiera ser libre!

—Y yo siento mucho que Vd. no lo sea: porque tambien lo seria yo.

—Es que Vd. no ha hecho más que ganar con nuestro casamiento.

—Y Vd. se casó creyendo ganar tambien.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Yo? ¿de qué modo?

—Primeramente, creyendo que seria mia la fortuna de mi padre: y despues comprando su libertad.

—No tenia necesidad de Vd. para ser libre, teniendo á mi hermano.

—Pero tenia un pretexto para dejar á su madre, á la que no queria sufrir.

—Bastante pretexto era el irme con mi hermano: en cuanto á la fortuna de Vd., ya vé que se ha reducido á que yo le mantenga.

—Usted no esperaba eso: pero en fin, si ha sucedido, no como nada que le pueda doler: antes bien me debia agradecer que la ayudase á desembarazarse de un dinero tan mal adquirido.

—¿Mal adquirido?

—¡Está claro! como que lo ha adquirido usted primero robándolo á su madre, y luego con la muerte de esta.

—¡Es Vd. un malvado! exclamó Aurora, que se ahogaba de furor: váyase Vd. ahora mismo de mi casa, y no vuelva á ponerse jamás delante de mí.

—¡Pues hasta que Vd. me llame! dijo Agustin: ¡viva la libertad!

Y salió de la casa.

Aurora quedó confundida.

Agitábanla mil pensamientos diferentes: por un lado, le parecia que se sentia mejor y más libre sin su marido para entregarse á las quimeras de su amor.

Por otro se le figuraba que se abria en derredor suyo un vacío espantoso.

Que se hallaba sola y sin amparo en el mundo, y que aquella misma triste libertad seria un obstáculo insuperable para que se acercase á la Marquesa y sus hijos.

Entonces conoció cuánto se habia equivocado al abandonar la casa materna para contraer aquel enlace fatal, y se dijo que, al amparo de su madre, quizá hubiera podido inspirar al Marqués una pasion santa y legítima.

—¿Qué me faltaba para conseguirlo? se decia: yo soy jóven, bonita, rica: mi familia es noble por mi padre, ¿por qué no hubiera yo podido ser la Marquesa del Prado? y así, ¡héme aquí encadenada á un yugo que en vano quiero romper, pues solo el aflojarlo es una falta ante las leyes de la decencia y del bien parecer!

Sumergida en estas reflexiones, pasó toda la tarde; ya cerca del anochecer, salió de aque-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lla habitacion, cuya puerta cerró con una especie de horror doloroso.

Se fué á las habitaciones interiores, y al pasar por el comedor, se sorprendió al ver que no estaba la mesa dispuesta, á pesar de ser muy tarde.

—¿Dónde está mi hermano? preguntó al criado que se presentó á recibir sus órdenes.

—El señorito no ha comido en casa, respondió el doméstico.

—¿Y no avisó que comia fuera?

—No, señora; no sé que se haya recibido ningun aviso ó recado.

—Está bien; repuso Aurora, resentida de aquella falta de atencion, porque en un espíritu herido todo hace mella; comeré sola, sírvame Vd. al instante.

—Es el caso, señora, dijo el doméstico vacilando, es el caso que...

—¿Qué, vamos?

—¡Que no sé si habrá comida!

—¡Cómo! ¿y la cocinera?

—¡Se marchó!

—¿A dónde?

—A esperar á una hermana suya, que dijo que venía de fuera; queria haber pedido á usted permiso, pero como se estuvo toda la mañana encerrada, y se le pasaba la hora...

—¡Se marchó! ¿no es verdad?

—¡Justo!

—Vaya Vd. á buscarme la comida á una fonda y sírvala Vd. al instante; en cuanto á esa mujer, le dirá Vd., cuando vuelva, que no la quiero ya en mi casa.

—Está muy bien.

—Le entrega Vd. lo que se le deba, y que se vaya.

—Así lo haré.

—Y mañana temprano va Vd. á buscar otra cocinera y otra camarera.

—Cumpliré las órdenes de Vd.

El criado salió diciendo no sabemos qué, porque hablaba entre dientes, pero creemos que decía:

—*A rio revuelto, ganancia de pescadores.*

Poco despues, servía á su señora una suculenta comida, que apenas tocó.

Así que Aurora se levantó de la mesa, se retiró á su cuarto, y tomó un libro, poniéndose á leer para esperar á su hermano.

A las tres de la mañana llegó éste, abriendole la puerta el criado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aurora se asomó á la de su cuarto, y le llamó.

German, sorprendido, entró en la habitacion de su hermana.

—¿De dónde vienes tan tarde? le preguntó ésta.

—Del Casino repuso él.

—¿No has estado en casa de la Marquesa?

—Sí, hasta las doce, y eso á riesgo de ser importuno, porque salí el último; esta noche se quejaba sin cesar Camila de hallarse mala, y las pocas personas que van, se retiraron temprano.

—Yo te he esperado para decirte que ha habido en casa grandes novedades.

—¿Y cuáles son?

—He sorprendido á mi marido en el cuarto de la camarera, y la he despedido.

—¿Nada más?

—He despedido á él tambien.

—¿Y se ha ido? exclamó German.

—Sí; despues de un violento altercado, en el que ha dejado ver tanta insolencia como grosería, se ha ido, á lo que creo, para no volver.

—Pues eso es un grave mal, observó German con enojado acento; eso es una locura que te

pesará mucho; eso es un obstáculo á mis proyectos respecto á Camila, porque su madre no concibe los matrimonios separados; lo sé, me consta.

—No podia sufrirle, repuso Aurora devorando la humillacion que estas palabras le causaban; ¿no sabes lo desgraciada que era con él?

—No sé lo que pasaba entre vosotros, contestó German, que se hacia de repente, y solo para mortificar á su hermana, el moral y morigerado; solo sé que te tenía más cuenta el sufrir á tu marido que el separarte de él.

—¡Pero Agustin era un perdido, no hacia nada, le manteníamos nosotros!

—A eso te espusistes al casarte con él; pero ya casada, debias haberle sufrido con paciencia, que era el partido más decente que podias tomar.

—¿Me culpas acaso?

—Sí, te culpo: no quiero que digan nunca que soy el cómplice de tu desacierto: la mujer casada no tiene otro remedio decoroso que sufrir á su marido: todos los demás medios son peor que el mal.

German, dichas estas palabras, se dirigió á la puerta: su hermana le detuvo por el brazo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Escucha, le dijo: antes de que te vayas debemos fijar definitivamente nuestra respectiva posicion: ¿es decir, que te desentiendes de mí?

—Casi debo decirte que sí: renuncia desde luego á que te presente en ninguna parte, y si quieres que te dé un buen consejo, óyelo: procura reunirte de nuevo á tu marido, ó sepárate de él de un modo definitivo.

—¡Reunirme á él, jamás! respondió Aurora, que se habia acostumbrado ya á la idea de ser libre.

—Entabla, pues, enseguida la demanda de divorcio.

—¿Qué importa que me divorcie ó no?

—Importa el que tengas una posicion conocida y aceptada: ahora no tienes ninguna: pasarás por una mujer abandonada por su marido: nadie puede saber qué causas dará á su salida de casa, que si bien ha tenido orígen en haberle tu despedido, puede pasar por una huida: todo esto recae sobre mí, y te lo repito: ó te reunes á él, ó entablas tu demanda de divorcio, ó me separo de tí: tal posicion puede ser un gravísimo inconveniente para mis planes con Camila, que subsisten como antes.

El más profundo silencio siguió á estas palabras.

Aurora se preguntaba si era aquel el hermano á quien ella amaba, con el que habia contado siempre como con su mejor apoyo, y en el que habia creido hallar consuelo cuando sufriese; todo el soñado consuelo le faltaba ahora, y caia por su base el edificio de su felicidad.

El recuerdo de su madre acudió á su memoria entre las sombras del remordimiento: algunas lágrimas salieron de sus ojos: se volvió á su hermano, y le midió con una ojeada de desprecio.

Luego, con un ademan imperioso, le señaló la puerta, por la que German salió, silbando una cancion.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARTE TERCERA

Imita á la madera de sándalo, que embalsama el hacha que la hiere.

PROVERBIO ÁRABE.

La gracia, separada de la hermosura, hace conquistas que nunca haría la hermosura por sí sola, separada de la gracia.

ANÓNIMO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

Isabel acabó, aunque con sumo trabajo, todos los que la buena y cómoda Doña Escolástica habia confiado á su cuidado.

Aseó la cocina, aderezó el almuerzo, y despues de poner la mesa en el revuelto comedor, desembarazado por ella del modo mejor que le fué posible, sirvió la tortilla á Doña Escolástica, que empezó á trincharla con el rostro rebosando satisfaccion y alegría.

—Siéntese Vd., querida, dijo á Isabel la tendera: justo es que coma con descanso lo que tan bien ha hecho.

Isabel se sentó, y la glotona señora le sirvió un trozo de tortilla, que la jóven comió casi con hambre, pues su pobre estómago desfallecia desde hacia largo rato por falta de alimento.

—Está exquisito esto, dijo Doña Escolástica: ¿y los pastelillos? ¿estarán para la hora de comer?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Espero que sí, señora, contestó Isabel.

—¿Cuidará Vd. tambien del puchero?

—De lo que Vd. me encargue.

—¡Ah! mire Vd., querida: ahí en ese cuartito oscuro que está á espaldas de Vd... ¿vé usted la puerta?

—Sí, señora.

—Pues bien: ¡ahí tengo un canasto de ropa de dos ó tres semanas sin repasar ni aplanchar, porque estas picaronas de criadas se han puesto de modo que no quieren hacer nada! y bien podia Vd. escoger la que no tenga que coser, y acercando á la lumbre dos planchitas irla estirando, en tanto que cuida del puchero y de los pastelillos.

—Señora, repuso Isabel sonriendo tristemente de la inteligente avaricia y del egoismo de la tendera: lo que es por hoy no podré aplanchar, porque los pastelillos necesitan un cuidado incesante.

—Bueno: humedezca Vd. la ropa que esté sana, y mañana la aplanchará: con eso esta noche podrá repasar otra poca allá abajo en la tienda con la magnífica luz del quinqué, que alumbra como un sol.

—Está muy bien, repuso Isabel.

—¡Son unas veladas agradables las que pasamos allí, prosiguió Doña Escolástica: ¡ahora, como el tiempo está tan hermoso! mire Vd., viene el Sr. Antonio, que es el zapatero de enfrente, con la señora Petra su mujer, y el guarnicionero de la esquina, con su madre: es un muchacho rico y buen mozo, que no pierde una corrida siquiera, y que rasguea la guitarra que la hace hablar: si Vd. cantara un poquito, la fiesta seria completa.

—No sé cantar, señora, dijo Isabel, cuyo corazon se oprimia al pensar en la tertulia de la noche.

—Vamos, eso será modestia, observó la tendera, que leia novelas y empleaba á veces frases bastante escogidas.

—No, señora, respondió Isabel: es la verdad.

—Pues es lástima: porque aquí se adiestraria un poco cantando alguna habanerita y algunas coplas, y enseguida tenia Vd. un ajuste para la Zarzuela con doce ó catorce reales: aunque solo fuera para corista; principio quieren las cosas: la criada de una amiga mia ha sido ajustada sin más que por haberla oido cantar desde la calle uno de los empresarios: pero tenia una excelente voz, y se acabó: Vd. con esa figurita,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que, aunque pequeña, es linda, podia hacer mucha suerte.

Isabel calló, no sabiendo qué contestar á la verbosidad de su huéspeda.

—A mí me gusta la Zarzuela *con delirio*, prosiguió la obesa señora: en la ópera me duermo: como no entiendo lo que cantan ni cosa ninguna, me aburro: pero lo que es en la Zarzuela, me divierto á las mil maravillas, y no falto ningun domingo: ahora iré más á menudo, porque Vd. se quedará en casa, siendo, como es, una muchacha de confianza: por eso la siento á usted á comer conmigo, que con ninguna otra lo he hecho.

Isabel miró atónita á Doña Escolástica.

Era indudable que contaba tenerla por criada.

—Señora, dijo: yo no podré estar largo tiempo en su compañía de Vd.: he de buscar otro acomodo donde gane más de lo que Vd. me dará.

—Yo le daré á Vd. cincuenta reales cada mes: y luego, como Vd. tiene ya su sueldecito... en fin, allá veremos.

Isabel calló: conoció que tenia que dejarla con aquella esperanza, pues de lo contrario podia echarla de su casa y no tenia otro abrigo.

Despues del almuerzo, Isabel levantó la mesa, se llevó el servicio á la cocina, y se ocupó activamente de limpiar el vidriado, poniéndose en seguida á arreglar la masa para los pasteles que tanto ansiaba comer Doña Escolástica.

La jóven conoció en aquella ocasion cuán útil es saber hacer todo lo que se necesita en una casa: entonces comprendió tambien la verdad de aquel refran que dice:—más largo es el tiempo que la fortuna.

—¡Perdon, Dios mio! exclamó alzando al cielo los ojos, á través de la pequeña ventana de la cocina que se hallaba abierta: ¡perdon por haberme quejado de mi suerte! En tanto que dais la salud y el valor como dones inestimables de vuestra mano providente, ningun mortal debe llamarse infeliz: ¡conservad mi fortaleza para que no desmaye, y es todo lo que necesito hasta que envieis un rayo de sol á la oscuridad de mi desgracia!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

Isabel sirvió la comida á su hora, y los pasteles, que salieron, en verdad, deliciosos.

Felipa vino para llevarlos al horno, y se esperó para traerlos cocidos.

Doña Escolástica se comió docena y media, y con la boca llena alababa á más y mejor á Isabel, diciéndole que no saldria de su casa aunque tuviera que darle cada mes tres duros de salario, pues los merecia por su habilidad.

Como la buena señora era tan glotona, aunque comió á las tres, hubo que prepararle cena para las once: Isabel aprovechó la velada para buscar la ropa, de que le habia hablado, prefiriendo esto á bajar á la tienda á formar parte de la tertulia, y á oir las árias del zapatero.

Doña Escolástica halló su cena bien hecha y servida con una pulcritud á la que no estaba acostumbrada.

El mantel limpio: los platos lavados y bri-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

Isabel sirvió la comida á su hora, y los pasteles, que salieron, en verdad, deliciosos.

Felipa vino para llevarlos al horno, y se esperó para traerlos cocidos.

Doña Escolástica se comió docena y media, y con la boca llena alababa á más y mejor á Isabel, diciéndole que no saldria de su casa aunque tuviera que darle cada mes tres duros de salario, pues los merecia por su habilidad.

Como la buena señora era tan glotona, aunque comió á las tres, hubo que prepararle cena para las once: Isabel aprovechó la velada para buscar la ropa, de que le habia hablado, prefiriendo esto á bajar á la tienda á formar parte de la tertulia, y á oir las árias del zapatero.

Doña Escolástica halló su cena bien hecha y servida con una pulcritud á la que no estaba acostumbrada.

El mantel limpio: los platos lavados y bri-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llantes de aseo: los usados cubiertos de plata centelleantes por el esmero con que habian sido frotados: los vasos con la más pura claridad: todo esto constituia un conjunto agradable y elegante, que deslumbró á la tendera.

Segun ella dijo, comió mucho más á gusto que lo habia hecho nunca, y eso que toda su vida habia tenido un apetito voraz.

Acabada la cena, Doña Escolástica se acostó.

Isabel recibió la órden de buscar sábanas y almohadas para su cama entre el inmenso monton de ropa blanca que habia lavada de dos ó tres meses, y de arreglarse un catre de tijeras con un colchon, dentro del gabinete donde dormia la señora.

—Mira, querida, le dijo ésta, que le hacia el honor de tutearla desde que habia *probado* sus pasteles; déjame arregladita la lamparilla, y vete si aún tienes algo que hacer: yo me dormiré descansadamente, porque tengo en tí mucha confianza: hago lo que nunca he hecho con nadie, que es fiártelo todo: ya ves que esto es de agradecer.

—Yo se lo agradezco á Vd. mucho, señora, repuso la jóven: duerma Vd., y me voy á arreglar la ropa para aplanchar mañana: cuando

venga á acostarme, procuraré no hacer ruido.

Cinco minutos despues, dormia Doña Escolástica, roncando de una manera prodigiosa.

Isabel estuvo para acabar sus quehaceres hasta más de la una.

Luego entró, y se acostó quedito, á la débil luz de la lamparilla.

Pero no pudo hallar tampoco el reposo, de que tanto necesitaba, en el pobre lecho que le habia conquistado su duro trabajo: los ronquidos de Doña Escolástica incomodaban sus delicados nervios de una manera indescribible, y solo cerca ya del alba la rindió el cansancio como una media hora, pasada la cual se levantó.

El calor hizo salir del lecho á la tendera al poco rato: así que se sentó en el comedor, Isabel le presentó el chocolate.

—¿Quién ha ido á buscarme los buñuelos? preguntó Doña Escolástica, que tenia al derredor de su jícara una batería de una docena.

—Felipa, que vino á ver si ocurría algo.

—Bueno, hace en eso su deber, pues si no fuera por mí ya se hubiera muerto de hambre: mira, en vez de agua, tráeme un vasito de leche.

—No la hay, señora, respondió Isabel, que se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puso pálida como un cadáver al solo temor de si la obligaria á ir por leche su *señora*.

—¿No la hay? pues ve por ella.

—¡Eso es imposible! murmuró dolorosamente Isabel: dentro de casa haré lo que Vd. me ordene, por duro que sea: pero las cosas de la calle nunca las hice, ni sé...

—¿Y qué tiene eso que saber? ahí, á la esquina la venden.

—¡Me es imposible complacer á Vd., señora! exclamó Isabel trémula y sofocada.

—¿Con que tienes toda esa vanidad? ¡miren la mosquita muerta, quién lo habia de decir!

—Yo no tengo vanidad, señora: tengo dignidad.

—¿Y si esa dignidad hace que yo te eche á la calle?

—¡Me iré! repuso Isabel sin saber muy bien lo que decía, pues realmente no tenia á dónde ir.

No sabemos lo que hubiera contestado Doña Escolástica: pero no le dió lugar á ello el haber oido dos golpes á la puerta de la casa, que aún estaba cerrada.

La gruesa señora dejó su silla, y se asomó á la ventana.

—¡Una hermana de la Caridad! exclamó muy admirada.

—¡Ah, bendito sea Dios! murmuró Isabel: ¡bendito sea, que no me desampara!

—¡Eh, buena hermana! ¿qué se le ofrece á usted? preguntó Doña Escolástica desde la ventana: ¿comprar alguna cosa? pues vuelva usted, que me estoy desayunando, y ahora no estoy para nada: dentro de una hora estará abierto mi establecimiento.

—¿Está en casa la señorita Isabel Megía? preguntó la hermana: á ella es á quien busco.

—Sí, señora, está en casa: ¿y qué, es usted quien la trajo ayer?

—Sí, señora.

—¿Y necesita Vd. verla ahora? ¡Vaya una embajada! ¿Lo ha soñado Vd. esta noche?

—Suplico á Vd. que me deje ver á la señorita Isabel, pues me es absolutamente indispensable.

—¡La señorita Isabel! Pues me gusta, más pobre que las ratas, y señorita acá, señorita allá! ¡anda, mujer anda! prosiguió volviéndose á la jóven: que pareces un santo de palo; baja á ver lo que te quiere esa santa mujer y dile que no vuelva á estas horas con esas sonajas.

Isabel bajó la escalera precipitadamente:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

descorrió los cerrojos y las barras con mano trémula de alegría, y se arrojó en los brazos de la Superiora de las hermanas de la Caridad, que la recibió en ellos.

—Entremos, hija mia, le dijo; porque tengo que hablar á Vd. largamente: ayer, así que llené mis primeras obligaciones, me ocupé de usted, cuya suerte me tenía tan inquieta: entremos, y le diré todo lo que he conseguido.

Las dos entraron en la tienda: la religiosa tomó asiento, y la jóven se colocó á su lado preparándose á escuchar con toda la atencion de que era capaz.

—Cuando ayer acabé mis principales quehaceres, hija mia, comenzó la buena señora, salí pensando solo en Vd.: sabía que se hallaba en una casa desconocida, sin dinero y sin amparo: así es que una inquietud indecible me devoraba; nunca pensé poder lograr para Vd. otra colocacion mejor que la de camarera de alguna casa grande: pero esto no me parece ni indecoroso ni inadmisible por ningun motivo: jóvenes conozco de excelente educacion que han hallado una suerte casi feliz en este estado.

—Yo no lo rehuso de ningun modo, madre mia, contestó Isabel: soy una pobre muchacha

sin apoyo en la tierra, y seré dichosa si hallo alguna casa donde ganar honradamente mi subsistencia.

—Yo creo que ese sería uno de los partidos más prudentes que pudiera Vd. tomar: pero veamos antes otro: ¿no estaría Vd. bien viviendo sola con su pensioncita, y ayudándose con labores de costura?

—¡Ay, señora! ¡vivir sola es tan triste! dijo Isabel: ¡yo soy tan medrosa! y además me exponía á tantos peligros! Señora yo no soy buena para vivir así, y prefiero la mayor sujecion á esa triste libertad.

—¡Usted es un ángel, hija mia! repuso la religiosa estrechando cariñoramente las manos de Isabel: pocas jóvenes harían lo que Vd., pero la que ama el peligro, perecerá en él: y Vd. que lo huye, no lo debe temer.

—¿Acaso era la pregunta de Vd. para probarme? dijo Isabel á la religiosa.

—No, hija mia, respondió ésta: nunca dudé de Vd.; pero hubiera sentido mucho que adoptase aquél partido, que era, sin embargo, deber mio proponerle: ahora tengo una grande alegría en anunciarle que le he hallado una casa.

—¿Una casa?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sí, una casa buena: como yo la deseaba: una casa donde no hay jóvenes ni debe haber tampoco mucho trabajo, puesto que hay otras dos doncellas: Vd. será más bien una señorita de compañía para una jóven de su misma edad: la familia se compone además del padre de esta señorita, y de su abuela, señora anciana, pero muy elegante, y que vive muy en el mundo: esa dama hace á los hospitales algunas limosnas, que tiene el gusto de entregarme á mí: además, en una ocasion en que se hallaba enferma, fué una de las hermanas á asistirla, porque decia que en ningun otro criado tiene tanta confianza: creo que es una familia bastante orgullosa; pero me mueve á llevar á Vd. allí, lo primero, el que, segun le he dicho ya, no hay jóvenes: y despues, el que se habla muy bien de la moralidad de esa casa.

—Podemos, pues, marchar cuando Vd. quiera, dijo Isabel: solo siento el no hallarme equipada de otra manera... ¡si á lo ménos tuviera una mantilla!...

—Aquí hay ocho duros, querida Isabel, dijo la religiosa dando un bolsillo á su protejida: son del fondo de limosnas, no se avergüence Vd. de aceptar por Dios lo que necesita.

—Lo acepto, madre mia, repuso la jóven: Dios es el mejor fiador, y Vd. es una santa al amparar tan generosamente á quien ningun amparo tenía: él le pagará todo el bien que me hace.

—Vamos á pedir permiso á la señora de la casa para que venga Vd. conmigo, dijo la religiosa levantándose, é iremos á comprar la mantilla.

—¡Isabel! gritó una voz en aquel instante.

—¡Ay Dios mio! ¡me llama! exclamó la jóven yendo hácia la puerta.

—¿Quién la llama á Vd.?

—La señora.

—Espere Vd., creo que baja, dijo la religiosa, quien en efecto, oia un paso muy pesado por la escalera.

—¿Hasta cuándo dura la visita? exclamó la gruesa tendera asomando de repente su rostro lleno y colorado por la puerta que daba á la trastienda: ¡pues ya han podido Vds. hablar bastante!

—Ahora íbamos á ver á Vd., señora, repuso la hermana con humilde dulzura.

—¿Y para qué queria yo verla á Vd.? ¿me podrá Vd. decir?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Usted para nada, yo era quien deseaba ver á Vd.

—¿Y con qué objeto?

—Para pedir á Vd. permiso á fin de que dejara salir conmigo á Isabel durante una hora.

—¿Y á dónde van Vds.?

—Vamos á comprar una mantilla.

—¿Para Vd.? preguntó socarronamente Doña Escolástica.

—No, señora, para ella.

—Lo que va á hacer ella ahora mismo, repuso la tendera, es ir á buscar mi leche: ¡vaya! pues no faltaba más, sino que yo me quedase sin ella!

—No se quedará Vd. sin ella, dijo la religiosa: porque iré yo á buscarla.

—¡Usted, señora! exclamó Isabel.

—Yo, hija mia: yo que estoy acostumbrada á todo: Vd. no, y se le hará más penoso: vamos, señora, déme Vd. un jarrito, é iré por la leche.

—¿Es decir, exclamó la tendera, que á Vd. le parece muy natural que esta muchacha no quiera ir á buscarme la leche?

—Sí señora, lo hallo natural: ¡como que jamás lo ha hecho!

—Pues ninguna criada mia ha rehusado ir á comprar lo que ha hecho falta.

—Es que esta señorita no es una criada.

—Es peor: es una pordiosera, á la que tengo de favor en mi casa.

—Señora, dijo gravemente la religiosa: la salida de casa de esta jóven no tiene otro objeto que el de ir conmigo en busca de otra casa, donde podrá ganar su vida honradamente, dejando la de Vd., aunque le agradezco en el alma que la haya acogido Vd. en ella.

—¡Cómo! ¿qué dice Vd.? ¿que va á salir ahora Isabel de casa? ¿y á dónde? ¿y por qué?

—Ya he dicho á Vd. que va conmigo á una casa donde espero colocarla bien.

—Pues yo le digo á Vd. que no saldrá de la mía.

—¿Y por qué, señora?

—Porque no me da á mí la real gana.

—¿Pero Vd. quién es para...

—¿Yo? nadie: pero ella trae una carta para mi marido; mi marido no está, de modo que yo respondo: y así, hasta que él no venga, no sale de mi casa.

—Es Vd. dueña de hacer lo que guste en esa parte, dijo la religiosa, que se habia quedado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pensativa: pero si Vd. mortifica demasiado á esta jóven, exigiéndole cosas que no debe, á falta de otro asilo, tiene mi celda.

—Adios, hija mia, prosiguió volviéndose á Isabel: te dejo ahora, pero volveré tódos los dias á saber de tí.

—Pues como no sepa Vd. por la rendija de la puerta, dijo Doña Escolástica, no sé por donde podrá Vd. saber.

La religiosa no contestó: miró á Isabel, le señaló el cielo con el dedo, y se marchó con paso mesurado y majestuoso.

—Ya he bebido agua, dijo Doña Escolástica, para que no te incomodes en ir por leche: pero á ver si el planchado va vivo y bien hecho.

Isabel, sin volver ninguna contestacion, se fué á la cocina para preparar las planchas á fin de dejar arreglado lo que le encargaba aquella déspota señora.

III

German, al decir que Camila se sentía algo indispuesta, habia dicho la verdad.

Habia estado él á ver á la Marquesa y á su hija despues que salieron de allí Amelia y su abuela; Camila, que habia vuelto á tomar su bordado, se quejaba de un fuerte dolor de cabeza: y este pareció aumentarse de tal suerte, que la jóven se vió precisada á dejar su labor.

La Marquesa, asustada, corrió á ella, y German se despidió no bien la jóven pareció algo aliviada á beneficio de una bebida que su madre usaba para los ataques nerviosos que padecia.

Camila pasó la noche muy agitada.

Su madre y su hermano no se separaron de su cabecera.

Por la mañana tuvo un pequeño vómito de sangre; y luego, ignorando ella misma el riesgo en que se hallaba, se puso á hablar con su ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dre, á sonreir y á formar proyectos para lo venidero.

Esto sucedia en la misma mañana en que la religiosa estuvo á ver á Isabel.

—Mamá, decia Camila reclinada sobre algunas almohadas que su madre habia colocado á su espalda: ¡yo quisiera ir á Valencia!

—Iremos, hija mia, repuso la Marquesa haciendo esfuerzos para reprimir sus lágrimas.

—¡Qué hermosa es aquella ciudad, y cuánto deseo volverla á ver!

—Así que te halles mejor, iremos.

—¿Y tú vendrás tambien? preguntó Camila á su hermano.

—No me será posible por ahora, respondió Fernando: pero iré á buscaros á mamá y á tí.

—¿Y por qué no podrás venir ahora?

—Porque he de atender á un negocio muy desagradable, hermana mia.

—¿Qué negocio?

—Uno de los parientes de nuestro padre, ha puesto un pleito á nuestra casa, por el que nos disputa casi todos nuestros bienes.

—¿De modo que si lo gana...

—Nos quedaremos muy pobres.

—¿A cuánto se reducirá entonces nuestra fortuna? preguntó Camila sin la menor emocion.

—A la renta que nos dé una casa que ha comprado nuestra madre, y que es lo único que tenemos libre: todo lo demás es vinculado.

—¿A cuánto ascenderá esa renta?

—A diez y seis mil reales lo más.

—¡Ah! ojalá se perdiera el pleito, exclamó Camila ingenuamente.

—¿Por qué dices eso?

—Porque debe ser muy bonito el ser pobre, el arreglarse uno su casita... ¡el coser y repasar las ropas!

—¿No es mejor ser ricos?

—¡No por cierto! á mí me fastidia ya ver tantos criados en casa: me cansa el no salir nunca á pié, el no tener nada que hacer, el estar rodeada de camareras; ¡oh! ¡los pobres viven más felices que nosotros!

—Ese es el mundo, hija mia, dijo la Marquesa: los ricos se cansan de serlo, los pobres se quejan de serlo tambien; nadie está contento con su suerte: por mi parte me será igual que Dios acorte nuestra fortuna, ó que la haga mayor; solo deseo veros buenos y dichosos.

Camila se durmió poco rato despues: sin em-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bargo, su madre y su hermano permanecieron á su lado contemplando ávidamente su semblante.

La inquietud devoraba á la Marquesa: apenas podia separar sus ojos del semblante de su hija, y, sin que se apercibiera de ello, algunas lágrimas se deslizaban á lo largo de sus mejillas.

—¿Por qué lloras, madre mia? le preguntó su hijo una vez: ¿acaso el estado de mi hermana te causa tanta alarma? Esa sangre puede ser de la cabeza, de la garganta.

—Hijo mio, dijo la Marquesa, hace ya largo tiempo que veo desarrollarse en tu hermana una enfermedad mortal: la perderemos muy pronto, no lo dudes.

—¡Qué tristes pensamientos, madre mia!

—Más vale que los tenga, que no que luego nos sorprenda un dolor inesperado.

—Pero, y si esto es una dolencia leve... pasajera?

—¡Mírala! repuso la Marquesa, alzando con trémula mano una de las cortinas de la cama: mira esas mejillas socavadas en tan pocas horas: esos ojos hundidos: ese aliento agitado, y dime si puede haber esperanza.

Fernando miró, en efecto, á su hermana: luego dejó escapar un ahogado suspiro.

—¡Ya lo ves! ¡no hay esperanza! repitió su madre: ¡cuántas lágrimas he derramado en la soledad de mi habitacion! ¡cuánto tiempo hace que veo cernerse á la muerte sobre la inocente cabeza de tu hermana!

—Pues bien, madre mia, repuso Fernando: no pretendo alucinarte con esperanzas vanas; á ello se opone además tu claro talento, que no me creeria: pero si Dios la llama á sí no me exijas que me case: permite que viva á tu lado para acompañarte... que jamás me separe de tí.

—¿Y los deseos de tu padre?

—Si Amelia ve que me entibio, ella misma renunciará á mí.

—Y eso será lo mismo que negarte tú á casarte con ella: ¿qué más tiene que le des motivo para que se canse de tí, ó que le digas que no quieres llevar á efecto la proyectada union?

—Madre mia, repuso Fernando: te aseguro que, si no mediase la voluntad de mi padre moribundo, no me casaria con Amelia, con la que creo ser muy infeliz: yo tengo mis ideas acerca de las mujeres; ideas muy opuestas al modo de ser, al carácter y á la educacion de esa jóven:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡no es así como yo desearia á la compañera de mi vida!

—Ya lo sé, hijo mio, dijo tristemente la Marquesa: sé que no es esa jóven la que te conviene, y tampoco es así como yo desearia la mujer á quien debes unir tu destino: ¡pero paciencia! tu padre fué quien así lo dispuso, y solo él puede, desde el cielo, desatar el nudo con que te enlazó á Amelia, y que para tí debe ser sagrado: no hagas tú nada por tu parte para romperle, hijo mio: tu deber es respetarle... no faltes jamás á tu deber; porque si el cumplirlo te causa pesares alguna vez, si le encuentras rudo y amargo, á lo ménos te dejará una satisfaccion que nadie ni nada podrá arrebatarte: la de tener la conciencia tranquila y pura de toda mancha: ese es el mayor de todos los consuelos: la más positiva de todas las dichas de la tierra: obra bien, ¡y sea lo que Dios quiera!

—¡Gracias, madre mia! exclamó Fernando besando la mano de la Marquesa: ¡bendita sea tu palabra, que me consuela y me sostiene cuando mi valor desfallece: tú eres, no solo mi mejor amiga, sino tambien mi ángel tutelar!

—Soy, hijo mio, dijo la Marquesa, una buena madre, y nada más.

IV

Las cuatro de la tarde serian del dia que siguió á la noche en que Camila se vió obligada á acostarse, y en que tuvo lugar cerca de su lecho la conversacion precedente entre su madre y su hermano.

Doña Escolástica se hallaba pomposamente sentada detrás de su mostrador, ataviada con su traje lila y su pañuelo de tul blanco.

El ramo de flores habia sido renovado, pues una florera que se ponia á la esquina con su cesto de ramilletes, sabia que debia llevar cada tres dias uno nuevo.

Imposible parecerá á mis jóvenes lectoras que una mujer que amaba las flores fuese tan egoista y tan dura: pero es el caso que Doña Escolástica amaba todo lo que le era agradable, y las flores no tenian para ella otro mérito que regalarle el olfato y la vista.

Isabel, sentada en una silla baja, se hallaba en el comedor repasando la ropa atrasada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡no es así como yo desearia á la compañera de mi vida!

—Ya lo sé, hijo mio, dijo tristemente la Marquesa: sé que no es esa jóven la que te conviene, y tampoco es así como yo desearia la mujer á quien debes unir tu destino: ¡pero paciencia! tu padre fué quien así lo dispuso, y solo él puede, desde el cielo, desatar el nudo con que te enlazó á Amelia, y que para tí debe ser sagrado: no hagas tú nada por tu parte para romperle, hijo mio: tu deber es respetarle... no faltes jamás á tu deber; porque si el cumplirlo te causa pesares alguna vez, si le encuentras rudo y amargo, á lo ménos te dejará una satisfaccion que nadie ni nada podrá arrebatarte: la de tener la conciencia tranquila y pura de toda mancha: ese es el mayor de todos los consuelos: la más positiva de todas las dichas de la tierra: obra bien, ¡y sea lo que Dios quiera!

—¡Gracias, madre mia! exclamó Fernando besando la mano de la Marquesa: ¡bendita sea tu palabra, que me consuela y me sostiene cuando mi valor desfallece: tú eres, no solo mi mejor amiga, sino tambien mi ángel tutelar!

—Soy, hijo mio, dijo la Marquesa, una buena madre, y nada más.

IV

Las cuatro de la tarde serian del dia que siguió á la noche en que Camila se vió obligada á acostarse, y en que tuvo lugar cerca de su lecho la conversacion precedente entre su madre y su hermano.

Doña Escolástica se hallaba pomposamente sentada detrás de su mostrador, ataviada con su traje lila y su pañuelo de tul blanco.

El ramo de flores habia sido renovado, pues una florera que se ponia á la esquina con su cesto de ramilletes, sabia que debia llevar cada tres dias uno nuevo.

Imposible parecerá á mis jóvenes lectoras que una mujer que amaba las flores fuese tan egoista y tan dura: pero es el caso que Doña Escolástica amaba todo lo que le era agradable, y las flores no tenian para ella otro mérito que regalarle el olfato y la vista.

Isabel, sentada en una silla baja, se hallaba en el comedor repasando la ropa atrasada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La pobre jóven nunca habia sido feliz: pero desde hacia algunos dias se sentia tan desgraciada, que solo tenía fuerzas y pensamiento para rogar á Dios que se apiadase de ella.

Habia enflaquecido de una manera increible: rodeaba sus ojos un círculo amoratado, producto del excesivo y fatigoso trabajo á que habia tenido que entregarse sin descansar de su viaje.

Humillada su dignidad por la precision de estar allí, no sabia qué hacer, y meditaba tristemente sobre su suerte, cuando oyó la voz de la tendera que gritaba:

—¡Ciriaco! ¡tú aquí ya! ¿cómo has vuelto tan pronto?

—Como que ya acabé mi negocio, respondió ásperamente una voz que nada tenia de dulce.

—¿Y lo acabaste bien ó mal?

—No ha podido ser peor.

—¡Pues ha sido bien empleado el viaje!

—Mira, ahora déjame de letanías, y lo primero, que me dé la criada chocolate y un vaso de agua de naranja.

Doña Escolástica fué bruscamente á la puerta de la escalera, y llamó:

—¡Isabel!

—¡Qué! ¿ya hay otra criada? preguntó Don Ciriaco: mujer, tú las mudas como camisas.

—¡No, que aguantaremos que no sepan dónde está su mano derecha! dijo la tendera, que tenia muy mal humor.

Isabel apareció en aquel momento en la puerta que daba á la tienda.

—Muchacha, dijo el esposo, házme el chocolate: y como la mirase al mismo tiempo, se quedó estupefacto y lleno de asombro:

—¡Qué! dijo á su mujer: ¿es esta la criada que has buscado?

—No por cierto, respondió Doña Escolástica: es una que te ha enviado tu hermana.

—¿A mí?

—Justo: hé aquí la carta que trajo: ¿pero tú qué haces aquí? ¡anda á hacer el chocolate!

Si Don Ciriaco se habia quedado admirado á la vista de Isabel, cuya belleza y distincion eran tan notables, ésta no lo quedó ménos al ver la extraña figura del amo de la casa.

Era un hombre muy alto, muy flaco y muy pálido: su cara parecia, por lo delgada, cortante: sus ojos se escondian casi del todo bajo unos gruesos párpados: su boca enorme llegaba casi

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á las orejas y estaba enteramente desprovista de dientes y muelas.

Algunos cabellos grises caian muy pegaditos sobre su frente y sienes: era, en fin, en todo y por todo, el reverso de la medalla de su esposa, cuya gordura la convertia en una bola de campanario, y cuya boca estaba armada de una igual y bien conservada dentadura.

En tanto que Isabel volvía á subir sonriéndose, á pesar de su tristeza, al recuerdo de la figura del recien llegado, éste se habia calado sus espejuelos, y leía atentamente la carta de su hermana Ursula, la antigua ama de llaves de la pobre Doña Bibiana.

—Y bien, dijo el tendero: aquí solo dice mi hermana que la tengamos hasta que busque su acomodo: ¿desde cuándo está?

—Desde ayer.

—¿Y no ha buscado nada aún?

—No por cierto: á ella la han buscado.

—¿Quién?

—Una hermana de la Caridad, á quien creo ha conocido en el viaje, porque acompañada de ella vino aquí.

—Pues, hija, es preciso que se vaya: lo que presté no me lo han devuelto, ni esperanzas: es-

tamos muy mal, y no podemos mantener bocas.

—Pero hombre, repuso la tendera: si ella ha de ir á servir á otros, justo es que se quede aquí, porque yo necesito una criada que haga las cosas.

—Pues yo no sé cómo será: esa de ningun modo nos conviene, porque tiene trazas de muy señorita: yo te digo que estamos muy mal.

—¿Entonces de qué te sirve traer mal género para darlo tan barato?

—De nada: porque la gente no viene.

—¡Claro está! ¡ese es tu gobierno! primero dando dinero á troche y moche á gente que no sabes si te lo devolverá, y que no te lo devuelve: ¡y luego quieres andar con miserias!

—¡No me quemes la sangre! ¡porque si suelto la lengua!...

—¡Habla, habla! ¿qué tienes que decir de mí, hombre sin cabeza?

—Muchas cosas; y entre ellas, que solo piensas en regalarte y en hacerte la señorona.

—Para eso traje mi buen dote.

—¡Gran dote! ¡veinte mil reales que te dió tu padre el zapatero!

—¡Grande ó pequeño, tú lo has malversado,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que entiendes tanto de negocios y de medrar, como yo de celebrar de pontifical!

—Tú gastas en comer cuanto se gana: pero es en comer tú sola.

—¡Y tú das el dinero á quien quieres y á quien yo sé!

—¿Qué quieres decir?

—Que has prestado á la carnicera de Toledo ocho mil reales: ¡á la buena moza! ¡qué! ¿crees que lo ignoraba? Si yo como, tú...

—¡Escolástica!

—¡Y despues traes el género peor; y en vez de ganar lo perdido, la gente se va á otra parte, y hace bien! ¡si más valia echarse á un pozo que casarse con ciertos hombres! ¡ay, mi posadero de la calle de Segovia!

—¡Mira, Escolástica, que voy á hacer una barbaridad!

—Nunca haces otra cosa.

—¿Pues y tú, qué haces de bueno? Vivir á lo señora, siendo solo la hija de un zapatero remendon y la mujer de un tendero de ultramarinos: pagar una criada cara y lujosa, que nos roba para comprarse galas, y sostener peinadora y costurera: estarte todo el dia sentada, pensando en qué golosina idearás para que te la

hagan para comer, y freirme la sangre cada domingo, hasta que voy á buscar billetes para la Zarzuela.

—Es que ya me he cansado de ser tonta, y de trabajar en casa para que tu derroches, y lo des por ahí.

—¿Trabajar tú? ¿sabes acaso?

—Más de lo que debia.

—En fin, acabemos la cuestion: esa jóven se va hoy mismo con la música á otra parte.

Al mismo tiempo que el esposo decia estas palabras, Isabel entraba en la tienda llevando en un plato una jícara de chocolate para el recien llegado.

Este, al verla, le dijo:

—Jóven, esta misma tarde saldrá Vd. de mi casa.

—Está muy bien, caballero, repuso Isabel, en cuyos ojos brilló una ráfaga de alegría.

—¿Quién la trajo á Vd.?

—La superiora de las hermanas de la Caridad del hospital general.

—¿Y cómo se le avisará? porque basta que haya Vd. venido recomendada por mi hermana para que yo no consienta que haga Vd. de criada en mi casa, ni he de dejarla ir sola por ahí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Eso sería imposible, caballero, repuso la jóven: nunca he estado en Madrid, y no sabría...

—Pues aviese Vd. en un momento; voy á buscar un coche, y yo mismo la llevaré en busca de esa hermana.

—¡Eso es lo que tú querías! exclamó exasperada Doña Escolástica: ¡si en ver á una mujer te vuelves loco! ¡coche! ¡como si la señorita no pudiese ir á pié!

—¡Por mí, á pié iremos! dijo Isabel, colorada como una grana, de vergüenza.

—Niña, deje Vd. á mi mujer que está loca: Vd. es recomendada de mi hermana, y como á tal la trato: además, veo que no lleva mantilla: ¿no la tiene Vd.?

—No señor, respondió Isabel: en casa de mi tía me ponia una de mi prima...

—¡No serán mala tía y mala prima! gruñó Doña Escolástica.

—¡Mujer, cállate, por Dios! vamos, ahora mismo vuelvo.

Don Ciriaco salió, é Isabel se acercó á despedirse de Doña Escolástica, empezando á expresarle su gratitud por todos los favores que le debia.

—Déjeme Vd. en paz, repuso la tendera de

muy mal humor: mi marido no la quiere en casa porque presume quizá que Vd. merece otra posicion más...

—¡Señora, que dice Vd.! exclamó Isabel.

—¡Sí, sí, hágase Vd. la santita!

—¡Ea ya estoy aquí! dijo la voz de Don Ciriaco al mismo tiempo que se detenia el coche á la puerta: suba Vd., niña.

Isabel, que ya tenia su paquete bajo el brazo, subió al carruaje que partió al instante.

—Yo no sé como le sufro estas cosas al bribon de mi marido, exclamó Doña Escolástica, que, en pié en el umbral de la puerta, gesticulaba furiosamente.

—¿Qué sucede, señora? preguntó la zapatera de enfrente: ¿ha llegado Don Ciriaco?

—¡Ojalá no hubiera venido!

—¿Pues qué sucede? ¿llegó malo?

—Sí, de alma: ¡á bien que esa jamás la tuvo buena, sino atravesada!

—¿Pero qué dice Vd.?

—¡No lo sé: porque estoy sin juicio! ello es que se ha ido con la chica que tenia en casa.

—¿Don Ciriaco? ¡Ave María! ¡él que parecia tan bendito y tan inocente!

—¿Bendito? ¿él bendito? gritó furiosa la ten-

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dera: ¡lo que él es un valiente taimado, eso sí! luz de la casa ajena y oscuridad de la propia! estos son los peores: ¡todo se lo gasta malamente! y pudiendo estar como el pez en el agua, estamos poco ménos que por puertas.

—Poco más, murmuró una de las vecinas: esa casa va á dar un trueno.

—¡Ea, mujer! repuso otra: ¡no será lo que dice!

—Es más; como dice el dicho, á rio revuelto ganancia de pescadores: lo mismo debe pasar entre estas gentes iguales á nosotros, que entre los grandes señores: á rio revuelto ganancia de pescadores, y no hay quien me saque de ahí.

—¿Pero qué pescadores ganan aquí? ¿me lo querrás decir?

—¿Qué pescadores? Las personas á quienes el marido da ó presta: los tenderos, á los que la mujer compra las galas que no debia llevar, y las golosinas que no debia comer: porque como no hay paz, ni se quieren, ni viven como Dios manda, cada uno hace lo que le da la gana, y la casa lo paga.

—Lo que es eso es verdad: no habiendo paz, nadie medrará.

—Como que de la union nace la fuerza, opinó Antonio el zapatero, que era muy liberal, como suelen serlo todos los zapateros.

—¡Ay, Dios! ¡que podian estar estas gentes nadando en pesetas! dijo su mujer: solitos, sin hijos: si tuvieran cinco, como los cinco diablos que yo tengo, ¿qué habian de hacer?

—Doña Escolástica se pierde por la manía de echársela de señora: tiene una criada cara, planchadora, costurera, y todo lo que hay que tener: y como jamás da vuelta á ver lo que hacen, cada una tira por su lado: y ella es la que paga, ó por mejor decir, su casa: á los criados no se les puede dejar de la vista, porque se valen de la ocasion.

Los vecinos, despues de estas juiciosas reflexiones, cansados ya de hablar, se metieron cada uno en su casa: entonces la tendera viéndose sola, se entró en la tienda, y, para distraerse, tomó una novela sentimental de Alejandro Dumas, hijo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V

Aurora sola, abandonada de su marido, al que ella habia despedido de su casa, como ya sabemos, olvidada por su hermano, que andaba ocupado en proyectos de un brillante enlace, á merced de criados venales y corrompidos cuando apenas contaba los diez y ocho años de su edad, buscó el mundo con su loco bullicio y sus diversiones, y lo encontró.

En la misma casa que habitaba, vivia tambien una jóven de rara belleza, viuda, segun decia ella, y separada de su marido, segun decian otros.

Matilde, que éste era su nombre, era una de esas mujeres peligrosas, que no creyendo en nada, á nada temen tampoco: modernas discípulas de Epicuro, ó mejor dicho, esclavas é idólatras del becerro de oro, al que sirven y acatan donde quiera que lo hallen.

Contaba Matilde veinte y cuatro años, es decir, seis más que Aurora, y los bastantes para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ser maestra en el arte del coquetismo, y para seducirla y arrastrarla hasta el cieno cubierto de flores en que ella vivia.

Aurora era bella: pero su vecina, sin serlo tanto, era mucho más seductora.

Apenas habia en su rostro una faccion que se pudiera llamar verdaderamente hermosa; y sin embargo, el conjunto presentaba un encanto al que era difícil resistir.

Su tez era fresca, suave y blanca como las hojas de una azucena, añadiéndose á su encanto natural el que le prestaban los mejores perfumistas de Madrid.

Nada más hermoso que sus abundantes cabellos de color castaño oscuro, que, mirados á cierta luz, tenian espléndidos reflejos dorados y brillantes, y que se rizaban en ondas sedosas y naturales.

Sus ojos negros, rasgados y llenos de ternura, sabian retratar sin embargo las más violentas pasiones, y eran más peligrosos porque, además de hablar, pensaban: tenia la boca de gracioso dibujo y adornada de una magnífica dentadura, que, segun decian las envidiosas, no era suya, pero que lo parecia, gracias á lo perfecto de su colocacion.

Su nariz era fina y bonita, pero ligeramente levantada, lo que daba á su rostro un encanto picaresco é indefinible algunas veces por su misteriosa expresion.

Tenia la frente bastante ancha para que hablase en favor de su talento, y bastante angosta para que fuese muy graciosa: pues es sabido que una frente ancha, con exceso, perjudica mucho á la armonía de las facciones.

Tenia Matilde esa estatura regular y flexible, que es un medio entre una talla alta y otra muy pequeña: es decir, que tenia los límites precisos para estar dotada de todos los encantos de la gracia, y de todo el atractivo de la majestad.

Añádase á esto unas manos de niño, unos piés enanos, un talle de ninfa, el aire más elegante, las maneras más escogidas, y el cuidado más exquisito en el tocador, y se tendrá una idea aproximada de lo que era la amiga que la Providencia deparó á Aurora en su soledad y de lo difícil que seria para aquella jóven inexperta el resistir las seducciones de semejante trato.

La habitacion de Matilde estaba en el mismo piso y frente de la que ocupaba Aurora con su hermano, y tres criados; la cocinera apenas salía de su departamento. Joaquina habia sido reem-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

plazada por otra doncella; y el criado estaba encargado casi exclusivamente del servicio de German.

Pocos dias despues de su casamiento, Aurora supo que su vecina era una viuda encantadora; y la pobre jóven que, á pesar de vivir entonces al lado de su esposo y de su hermano, se hallaba muy aislada, se alegró mucho de aquella vecindad, que le podia proporcionar alguna compañía: le envió tarjetas ofreciendo la casa como á los demás vecinos, y esperó con impaciencia su visita.

Esta se hizo esperar bastante.

Matilde era mujer que sabia darse tono.

Informóse primero de quién era aquella familia, y supo toda su historia.

—Me conviene, dijo para sí: una jóven casi aldeana, pues solo ha vivido en el campo ó en provincia; un marido salvaje; un hermano poco ménos, pero rico y libre: es indudable que me conviene esta amistad; es de las pocas amistades femeniles que yo cultivaré.

Matilde huia verdaderamente de las *amigas*, al paso que halagaba á los *amigos*.

Para el dia que pensaba ir á ver á sus vecinos, preparó un traje delicioso.

Encargó á una de las mejores modistas un vestido azul, adornado de encajes negros con sumo gusto, y un sombrerito encantador.

Aurora quedó deslumbrada: jamás habia visto tanta gracia y tanta belleza.

Su vecina estuvo admirable: desplegó en la conversacion tal conocimiento del mundo, tal costumbre de tratar á la alta sociedad, en la que tan ardientemente deseaba penetrar Aurora, que ésta quedó completamente fascinada.

Sucedía esto al dia siguiente de haber ido el Marqués en busca de German. Aurora solo pensaba en él, y despues que salió Matilde, se decía:

—¡Qué feliz sería yo llegando á ser amiga de esta adorable mujer! feliz, porque le confiaría este secreto que llena mi corazon: y más feliz, porque tal vez en su casa pudiera ver al Marqués.

—Seré su amiga, pensaba Matilde entre tanto: me conviene esta gente: se puede explotar á maravilla: ella es una pobre palurda; su hermano me parece muy fácil de conquistar, y quizá hallaría en él el marido que algunas veces echo de ménos en medio de mi turbulenta vida: no he empezado mal, pues creo que la he deslumbrado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Matilde tenía razon.

La pobre Aurora solo pensaba en ella.

Matilde y la memoria del Marqués se repartian el dominio de aquella alma inocente.

Tanto como dilató Matilde su visita, tanto se apresuró Aurora á devolvérsela.

La pobre jóven se hallaba tan aislada, tan aburrida, tan sin relaciones, que solo ansiaba alguna sociedad.

Para ir á devolver la visita á su vecina, se proveyó, como ésta, de un elegante sombrero: pero qué diferencia entre el que habia llevado puesto Matilde y el que llevaba Aurora!

Este, aunque de luto, pues lo vestia por la muerte de su madre, estaba cargado de plumas, frutas y flores: el de Matilde, azul, de gasa, era perfectamente sencillo.

La visita de Aurora tuvo lugar á las tres de la tarde: Matilde hacia una hora que se habia levantado, y se hallaba en su tocador, al cual dió órden de que pasasen á Aurora.

Aquello, que era solo un alarde de vanidad, conmovió á la sencilla jóven como una prueba de confianza.

A la vista de aquel templo del lujo, quedó petrificada.

Era el tocador más elegante y más suntuoso que pudiera soñar una novia.

Un fuerte perfume se respiraba en él: sentada ante un soberbio espejo de cuerpo entero, se hallaba Matilde, bella como una ninfa al salir de su baño.

Envolvíala un peinador de batista, fina como la espuma del agua, forrado de raso color de rosa, y guarnecido de magníficos encajes.

Aquel peinador se hallaba sujeto al talle por un ancho cinturon de raso del mismo color, que descendia en cabos flotantes.

Otros lazos iguales adornaban los encajes de los hombros y del pecho.

Cuando Aurora entró, ya estaba la inteligente doncella dando la última mano al peinado de su señora; si hubiera empezado entonces, y hubiera hecho entrar á Aurora, ésta hubiera visto no pocos rizos y trenzas postizas.

Pero esto hubiera sido imposible, pues la encantadora Matilde jamás se ponia delante de nadie sino en un estado en que se la pudiera admirar.

Tan imposible era analizar el traje y el peinado de aquella mujer, como penetrar los misterios de su alma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Oh, amiga mia! exclamó levantándose para salir al encuentro de Aurora, y estrechándole las manos: ¡qué amable es Vd.! ¡y yo, qué mal hago en levantarme á estas horas! por mi culpa, tiene Vd. que entrar en esta desagradable habitacion en vez de pasar á un cómodo gabinete: más nos iremos ahora, y suplico á Vd. que me perdone si por algunos minutos la detengo aquí.

Matilde hizo sentar á su vecina, y despues sumergió sus lindas manos en una jofaina de plata cincelada y marcada con sus cifras, como todo el servicio de su tocador.

La doncella le presentó una cajita de porcelana que contenia una aromática pasta de almendras, y Matilde tomó una pequeña cantidad, frotándose suavemente, y secándose despues con una delicada tohalla de batista, que quedó teñida con el color rosado de la pasta, y por lo mismo inservible.

—Vamos ahora á mi gabinete, querida mia, dijo Matilde á su vecina: allí estaremos mucho mejor.

—¿No se viste la señora? preguntó la camarera.

—No, Cornelia: no quiero hacer esperar á

esta señora: por hoy no me visto hasta la hora de la comida, y por consiguiente tampoco recibiré á nadie.

—¡Cómo, señora! exclamó Aurora; ¿hace Vd. eso por mí? Entonces me voy al instante: yo quiero que me trate Vd. con toda franqueza.

—Sea así, repuso amablemente Matilde. Cornelia, dame un vestido.

—¿Cuál desea la señora?

—El que tú quieras.

Cornelia, que tenia el aire vivo, á la par que elegante, de una camarera *de confianza*, entró en un gabinete inmediato, y un instante despues salió trayendo suspendido de su mano derecha un lindísimo traje de raso, color gris, adornado de ligeros encajes negros.

Cornelia despojó á su señora del peinador de batista, y descubrió un corsé pequeñito de raso blanco, una camisa de batista ricamente bordada y una enagua orlada de un magnífico encaje.

Pero aun más que estos accesorios, parecieron encantadores á Aurora los brazos, los hombros y la garganta de Matilde.

La jóven estaba deslumbrada.

Cornelia puso á su señora el vestido, que estaba hecho con la esplendidez elegante de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las modistas artistas, y que tan cara cuesta.

Apareció su talle divino sin amaneramiento, pues el traje, magistralmente confeccionado, estaba á la vez holgado y sentaba á la perfeccion: la cola de la falda no la hubiera desdeñado por corta una jóven y elegante soberana.

—Vamos á mi gabinete, dijo Matilde, tomando de manos de su doncella un rico pañuelo perfumado con *jockey-club*, el más delicioso de los perfumes modernos: ahora Cornelia, prosiguió dirigiéndose á su camarera, si viene alguno, ya puede pasar.

—¡Dios mio! pensó Aurora que, viviendo primero en un convento, y luego al lado de una madre en extremo vulgar, era muy ignorante de los usos del mundo: y antes ¿por qué no podria recibir? ¡tan encantadora como ahora estaba con su bata! ¡esta mujer es capaz de volver loco á cualquiera! ¡que partido tendrá con los hombres! ¡tan bella, tan elegante, de tan distinguido trato! ¡ah! ¿por qué no me parezco á ella?

Embebida en estos pensamientos, llegó Aurora, con su nueva amiga, al gabinete más delicioso que pudiera imaginar.

Era una estancia octógona, y que recibia la

luz por cuatro pequeñas ventanas, que caian á un terrado cargado de flores y de plantas aromáticas, y en cuyo centro murmuraba una fuentecilla.

Las ventanas estaban asimismo adornadas de macetas, que formaban espesas cortinas de yedra y enredaderas esmaltadas de flores.

Las maderas, entreabiertas, dejaban penetrar un ambiente embalsamado.

Un piano de Erard, de palo santo, con embutidos de nácar y bronce, ocupaba el testero principal, y sobre él se veía abierta una partitura con la música más de moda.

Sin embargo, Matilde apenas sabia tocar nada, y cantaba solo de oido algunas piezas ligeras, si bien con la expresion deliciosa que su peligroso talento sabía dar á todo cuanto hacía.

En medio del gabinete habia un velador, sobre el que se veía una escribanía, de plata, antigua, artísticamente cincelada, y algunos libros en francés é inglés, pero ninguno en castellano.

Algunos silloncitos, pequeños y cómodos, ocupaban los ángulos: sobre la chimenea, cerrada con una elegante pantalla, habia un jarro lleno de flores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por último, algunos cuadros que representaban escenas de los amores de Enrique IV de Francia con Gabriela de Estrées, y de Cárlos VII con Inés Sorel, adornaban las paredes, cubiertas de seda color de lila muy claro con ramilletes de margaritas.

—¡Ah! ¡qué bello gabinete! exclamó Aurora, que tenia su pecho oprimido de admiracion: qué cosa tan graciosa, tan bella, tan encantadora!

—¿Le agrada á Vd., querida mia? preguntó Matilde con bondad: yo me alegro mucho de eso: y en su mano está el pasar en él muchas horas del dia: esté Vd. segura de que cuanto más tiempo esté á mi lado, estaré yo más satisfecha: ya me figuro que, casada desde hace poco tiempo, tendrá Vd. más gusto de estar al lado de su marido: aun dura para Vd. la luna de miel: pero, querida mia, tambien es bueno dejar al hombre un poco de libertad, y yo le aconsejo que no le quite al suyo la que de razon le corresponde: que se vaya con sus amigos, y usted quédese á mi lado y no lo pasará muy mal: tengo abono en el teatro Real y en el Español, y una noche á la semana recibo á mis amigos.

—¡El señor Conde de la Estrella! anunció en

aquel momento un criado, alzando la cortina para que pasase un caballero de elegante figura.

Matilde le tendió la mano graciosamente.

—¿Qué nuevas corren, querido Conde? le preguntó: ¿qué se dice?

—No he oido otra cosa que lamentar la ausencia de Vd., respondió con galantería el recien llegado.

—¡Lisonjero! ¿y quién me echa de menos?

—¡Todos!

—¿Pero quién son todos?

—La corte habitual de Vd.; el Duque del Lago, el Baron de la Redondilla, el Marqués del Prado.

—¡El Marqués del Prado! repitió el corazon de Aurora: ¡qué feliz soy en haber conocido á esta mujer!

—No se oye otra cosa, prosiguió el elegante, que ya estaba muy cerca de los cuarenta años, que esta pregunta:—¿dónde se ha metido Matilde Villaflores? ¿qué es de Matilde? ¿qué se ha hecho nuestra Matilde?

—¡Ah! ¿de veras? exclamó ésta sonriéndose: ¡en verdad que ignoraba hasta ahora que fuese tan querida!

—Finge Vd. que lo ignora, pero no es así.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Lo digo como lo siento.

—Pues ya sabe Vd. lo contrario.

—Y soy feliz al saberlo: ya estoy mejor, y esta noche, que es de moda, haré *mi aparicion* en el teatro Español: ¿quiere Vd. acompañarme, amiga mia?

—Con mucho gusto, dijo Aurora presurosa, y con el corazon palpitante de alegría: pero ya que nos hemos de ver esta noche, me voy ahora.

La jóven se despidió, y pasó á su habitacion, ébria y aturdida de felicidad.

VI

Isabel y su grotesco compañero llegaron á la puerta del hospital general, descendieron del coche y entraron en la sala de descanso situada en el piso bajo del establecimiento.

Don Ciriaco se sentó y permaneció silencioso, pues aunque era muy cierto que su aficion al bello sexo rayaba muy alta, no lo era ménos que Isabel le imponia mucho respeto con su aire digno y modesto.

Encargó á uno de los dependientes de la casa que llamase á la superiora, y se entretuvo en dar vueltas á sus pulgares encima de su vientre.

La religiosa tardó poco en llegar.

—Señora, dijo el tendero: aquí tiene Vd. á esta jóven que Vd. entregó á mi mujer, y que ésta queria conservar á su lado: ella no quiere estar allí, y dice que ya le tiene Vd. buscado otro acomodo: de consiguiente, mi comision está concluida: se la dejo á Vd., y me marcho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Lo digo como lo siento.

—Pues ya sabe Vd. lo contrario.

—Y soy feliz al saberlo: ya estoy mejor, y esta noche, que es de moda, haré *mi aparicion* en el teatro Español: ¿quiere Vd. acompañarme, amiga mia?

—Con mucho gusto, dijo Aurora presurosa, y con el corazon palpitante de alegría: pero ya que nos hemos de ver esta noche, me voy ahora.

La jóven se despidió, y pasó á su habitacion, ébria y aturdida de felicidad.

VI

Isabel y su grotesco compañero llegaron á la puerta del hospital general, descendieron del coche y entraron en la sala de descanso situada en el piso bajo del establecimiento.

Don Ciriaco se sentó y permaneció silencioso, pues aunque era muy cierto que su aficion al bello sexo rayaba muy alta, no lo era ménos que Isabel le imponia mucho respeto con su aire digno y modesto.

Encargó á uno de los dependientes de la casa que llamase á la superiora, y se entretuvo en dar vueltas á sus pulgares encima de su vientre.

La religiosa tardó poco en llegar.

—Señora, dijo el tendero: aquí tiene Vd. á esta jóven que Vd. entregó á mi mujer, y que ésta queria conservar á su lado: ella no quiere estar allí, y dice que ya le tiene Vd. buscado otro acomodo: de consiguiente, mi comision está concluida: se la dejo á Vd., y me marcho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Está muy bien, caballero, dijo la hermana de la Caridad: ahora mismo voy á llevar á Isabel á donde la esperan.

—Pues adios, señora: señorita si alguna vez me considera útil para algo, ya sabe donde estoy: abur.

Don Ciríaco salió, y un instante despues salieron tambien Isabel y su protectora.

—Ya descanso, hija mia, dijo la religiosa: cuánto he sufrido al pensar que estaba Vd. allí sola y expuesta á los malos tratamientos, á las arbitrariedades de esa mujer! donde la voy á llevar, quizá sufrirá tambien: pero será más llevadero, por cuanto la buena educacion da hasta al despotismo formas tolerables, lo que nunca alcanzan las personas vulgares.

Hablando así, llegaron á una hermosa casa situada en la calle del Prado.

El portero tocó la campana de un modo particular, y les dijo que podian subir la escalera, que era ancha, hermosa y de mármol blanco.

Cuando llegaron al fin de ella, ya habia abierto un criado la gran puerta de la habitacion.

—La señora Duquesa se halla en el salon

verde, dijo el criado á la religiosa: pase usted, pues ya sabe que no quiere que espere.

—Y la señorita Amelia ¿no está? preguntó la religiosa.

—No, señora, respondió el criado: ha salido para ir á casa de su amiga la señorita Camila, que está muy mala.

—¿Desde cuándo? preguntó sobresaltada la buena señora.

—Desde ayer: dicen que es cosa sin remedio.

—¡Ya lo creo! ¡pobre niña! murmuró la religiosa con dolor.

—Ahora, prosiguió el criado, está con la señora un caballero, que es tambien amigo de la casa, y ha dicho, al entrar, que ya no reciben á nadie.

La religiosa no respondió nada, y pasó con Isabel á la habitacion de la Duquesa.

Hallábase, en efecto, aquella dama en un pequeño salon verde oscuro, cuyos muebles eran de caoba tallada.

Todos los accesorios eran ricos y suntuosos.

La anciana Duquesa estaba sentada en un gran sillon, y hablaba con un caballero, que ya se hallaba en pié y despidiéndose.

Al ruido que hizo la puerta al abrirse para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dar paso á las dos mujeres, el que se despedía se apresuró y salió de la habitacion.

Al pasar al lado de Isabel, miró con curiosidad aquella figura juvenil; pero casi al instante retrocedió y se puso pálido, saliendo despues precipitadamente.

Isabel, al verle, al reconocerle, no pudo contener una exclamacion.

Habia reconocido á su primo German.

Este, por su parte, la habia conocido tambien, pero habia huido de su presencia: era evidente que sabia que aquella jóven venía á servir de camarera, y que queria ocultar su parentesco.

—¿Esta es la jóven de que me habló Vd., amiga mia? preguntó la Duquesa á la religiosa.

—Sí, señora, contestó ésta: es una jóven bien educada, quien, segun creo, procurará complacer á Vd.

—Así lo espero, dijo la Duquesa, que, á pesar de sus setenta años, era bastante superficial: es bonita y agraciada: vistiéndola bien, estará muy linda: solo siento que no la vea Amelia, porque como Vd. sabe, hermana, deseo á esta jóven, más bien que como una doncella, como una señorita de compañía: la pobre se aburre

sola con su padre y conmigo, y por eso hemos pensado en buscarle esa distraccion: si ella estuviera, daría su parecer, y me alegraría yo de saberlo; pues á ella todo le entra por los ojos, es caprichosa, y puede no gustarle esta jóven.

—La señorita Amelia gusta de todo aquello que á Vd. le agrada, señora Duquesa.

—Está Vd. en un error, amiga mia, no hay en el mundo niña más voluntariosa que ella: solo hace lo que quiere.

—Estoy segura de que solo quiere lo que es bueno.

—Y lo que es malo: el criado que no le gusta, aunque sea excelente, se tiene que ir á la calle: porque dice á su padre que su vista le irrita los nervios; y como su padre no hace más que lo que ella quiere, me obliga á despedirle al instante: á buen seguro que yo desearia que le gustase esta jóven, y que estuviese en su compañía hasta que se casara.

—¿Sigue el proyecto de enlace con el Marqués del Prado?

—Sigue, y por él se llevará á cabo: pero temo tambien que quede por ella.

—¿No le ama?

—Creo que no: basta que él sea bueno, grave,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pundonoroso, para que á mi nieta le desagrade: ya dice que se aburre á su lado.

—¿Amará á otro?

—Yo temo que sí: creo que ese jóven que acaba de salir de aquí, le agrada más: en cuanto á él, está ciegamente prendado de Amelia.

—¿Y no le parece á la señora Duquesa un enlace admisible este para la señorita Amelia?

—Bajo el punto de vista que en nuestra clase se miran los casamientos, no; ese jóven es rico, segun dicen, pero no tiene título: se dice que su abuelo fué uno de esos contratistas que se enriquecieron en la guerra, y que él mismo tiene mala cabeza: pero tanto mi hijo como yo decimos que el gusto de la niña es ante todo, y se casará con quien quiera: toda su vida ha hecho lo que se le ha antojado, y nada más: ahora está en casa de la Marquesa del Prado, porque su hija ha tenido un ataque muy fuerte; ¡pobre Camila!

—¡Sí, pobre Camila! repitió la religiosa: ¡tan jóven, tan bella y tan buena!

—¡Poco á poco! en eso de bella, no hay que alabarla mucho; pues lo es más sin comparacion mi Amelia: esa es á lo ménos la opinion general, y lo que se dice en nuestro círculo: por lo demás, no digo yo que sea fea... nada de eso...

y en cuanto á buena, no puede serlo más, si bien peca algo de tonta.

—¿Tonta esa jóven? yo puedo asegurar, señora Duquesa, que desde niña la he creido dotada de un talento muy aventajado.

—Lo tendrá... pero la educacion que le da su madre, no es la más á propósito para que su talento brille: ya sabe Vd. que la educa asi... á lo monja.

Sonrióse la religiosa: aquellas palabras, en boca de la Duquesa, cuando hablaba con ella, decian bastante poco en favor de su propio talento.

—Pero, prosiguió, voy á enterar á esta jóven de sus obligaciones aquí: ante todo, ¿cómo se llama Vd.

—Isabel, señora.

—¿Qué edad tiene Vd.?

—Diez y siete años.

—¡Qué casualidad! La misma de Amelia: me agrada: ¿sabe Vd. bordar, peinar bien y encañonar ropa?

—Creo que en todo eso podré dar gusto á V. E. y á la señorita.

—Pues no necesita Vd. saber más: el método de vida de Vd., será el que más le agrade: aquí,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no saliendo de los límites regulares, cada uno vive en plena libertad: dormirá Vd. en un gabinete contiguo á la alcoba de Amelia: cuidará Vd. de asear su tocador, de arreglar sus trajes, de acompañarla siempre, de divertirla cuando esté triste, en una palabra, de complacerla en todo: ya vé Vd. que este es poco quehacer, pero no piense que es fácil: mi nieta tiene el carácter imperioso, y además se aburre con bastante frecuencia: y esto es lo que ha de evitar á toda costa, porque estar aburrida dos horas y ponerse enferma, es la misma cosa.

—Procuraré complacerla en todo, señora Duquesa.

—Y yo creo que lo conseguirá: es Vd. persona de buenos modales, amable, dulce y casi bonita: ahora dígame si necesita algun dinero adelantado para vestirse con más decencia: porque, querida mia, está Vd. arreglada de una manera detestable.

—Señora, contestó Isabel con dignidad: no quisiera entrar en casa de V. E. tomando ya dinero adelantado: pero me veo precisada á admitir su generosa oferta: yo cobro una pequeña pension del Gobierno, pero tardaré aun un mes en percibir mi haber.

—Cómo, ¿Vd. cobra?...

—La orfandad de capitan, que al morir me dejó mi pobre padre.

—Ya decía yo que Vd. era persona algo decente: vamos, no hay que llorar, aquí tiene usted una onza para que se compre un vestido, que le hará la modista de nuestras camareras.

—Yo misma me lo haré, señora, si V. E. me lo permite.

—Qué, ¿sabe Vd. hacer vestidos?

—Sí, señora, aunque no sea sino muy medianamente.

—Para Vd. siempre estarán bastante bien: para nosotras no será suficiente su habilidad, y aunque lo fuese, tampoco podríamos llevar los que Vd. nos hiciese.

—¿Y por qué, señora? yo no los hago mal; y me esmeraría todo lo posible.

—No es eso, querida: ¿cómo quiere Vd. que la Duquesa de San Mauro y su nieta prescindan de tener una modista francesa? ¿qué se diria? No hay más remedio que pagar sus enormes cuentas de treinta y cuarenta mil reales, y casi arruinar la casa para sostener el carruaje en que madame Veuillot viene á probarnos los trajes:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esto es cruel, pero es preciso: es absurdo, pero es indispensable.

La Duquesa, dichas estas palabras, tiró del cordon de la campanilla, y un instante despues asomó á la puerta la fresca cara de la más linda camarera que es posible imaginar.

—Anita, dijo la Duquesa: lleva á esta jóven á su cuarto, ya sabes cuál es.

—Está bien, señora.

—Vaya Vd. Isabelita: y si quiere, así que almuerce ó tome lo que apetezca, salga á comprar su vestido para hacerlo en seguida: si no sabe las calles, que la acompañe Anita.

Isabel se acercó á la religiosa, que la abrazó con efusion, y le repitió en voz baja que siempre podia contar con ella.

—Vamos á nuestro comedor, le dijo Anita así que se hallaron lejos de las dos señoras: tomará Vd. un poco de jamon y una taza de café, y luego iremos á comprar su traje: ¡Oh, ir á tiendas! ¡yo deliro por ir á tiendas! Siéntese usted: Juan, dé Vd. al instante á esta señorita una lonja de jamon.

—Se acabó esta mañana, respondió el repostero, de mal humor.

—Empiece Vd. otro.

—¡Eso es, solo tres dias ha durado el último!

—¿Y qué, lo paga Vd?

—No, señora, pero es una vergüenza cómo se pone Vd. el cuerpo de jamon.

—Me gusta, y lo quiero comer.

—Si aquí hubiera quien gobernase, no pasaría eso: pero como no hay cabeza ni piés, á rio revuelto...

—¡Justo! ganancia de pescadores: vaya, vaya, empiece Vd. otro jamon.

—Por mí, repuso Juan, adelante: pero así va la casa: ¡qué dolor es ver malversar por el desórden una fortuna casi de rey!

—¡El diablo predicador! ¡bien tira Vd. para su bolsillo!

—¡No, que dejaré que tiren Vds. todos, y yo no miraré por mí! al cabo tengo mujer y seis hijos.

—¡Que todos comen de aquí!

—¿Y por qué no? aquí nadie pide cuentas, porque la señora no entiende nada de gobernar la casa, y el ama de llaves roba más que Caco... aquí está el jamon, jóven... ¡ah! ¿es Vd. la señorita de compañía de la señorita Amelia?

—La misma, repuso Anita, mientras Isabel se sentaba ante una elegante mesa, que era la de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los criados: vamos, querida Isabel: coma Vd. cuanto quiera: bajo el supuesto, de que lo que Vd. no coma, se lo comerá otro: saque Vd., como hacemos todos, el partido posible de esta casa, que es más bien una jaula de locos: mire Vd., que el cargo de Vd. es de los más penosos que hay aquí: la señorita Amelia tiene un carácter muy raro y muy impertinente.

—No importa, repuso Isabel: yo me esmeraré en agradarla, y tal vez lo consiga.

—Y tal vez no, lo que será más seguro: pero en fin, como Vd. le entre por el ojo derecho, ya está Vd. bien: es extremosa en todo, y la adorará á Vd., colmándola de pesetas y regalos: pero eso es difícil: más bien suele tener ocurrencias diabólicas para mortificar á cuantos hay á su lado: vamos á las tiendas, pues veo que no come más: Benito, que nos pongan la berlina pequeña.

—¿La berlina?

—¡Claro está! hace calor para salir á pié.

—Y para darse tono de princesa, no hay nadie como Vd., señorita Anita.

—¡Ya que puedo, hago bien!

—Por mí, observó Isabel, iremos á pié.

—¿Qué á pié? ¡no faltaba más! los carruajes

ahí apolillándose, y nosotras... vaya... vaya, vamos, que ya estará.

La bulliciosa Anita asió el brazo de Isabel, con la que habia simpatizado mucho, y salió con ella.

Ya estaba el carruaje enganchado: era una linda berlina oscura, pequeña, pues se hallaba destinada para las salidas de mañana de la Duquesa y de su nieta; salidas que jamás tenian lugar, porque ambas se levantaban á la una.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII

Poco despues de haber salido las dos jóvenes, un carruaje se detuvo á la puerta del palacio de San Mauro: de él bajó Amelia, que subió lánguidamente la escalera.

Así que entró, abrazó á su abuela, y luego se dejó caer en un sillon:

—¡Ay mamá! exclamó: ¡cuánto me aburro! allí me cansaba y me ponia de mal humor!

—¿Y por eso te has venido, amor mio?

—Justamente: la Marquesa no hace más que llorar; Fernando pasearse por el cuarto de su hermana sin decir una palabra; ¡ay, mamá! ¡cada dia me canso más de mis relaciones con Fernando! tan callado, tan grave, y pudiera decir tan soso! ¡ay! ¡qué desgraciada voy á ser con él!

—¡Despídele pues, angel mio! á bien que maridos te han de sobrar.

—¡Oh! ¡pero papá se enojaría tanto! si él renunciase á mí...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eso no lo esperes: ¡renunciar á tí! ¡quién es capaz de renunciar á tí, tan rica, tan hermosa! pero ya hablaremos de eso; ¿sabes que ya ha llegado esa jóven que he buscado para que te sirva y te acompañe?

—¡Ah, de veras! ¿y dónde está?

—Ha salido con Anita para comprarse un vestido.

—¡Pues qué! ¿viene mal ataviada?

—Del modo más miserable: y á pesar de eso, ya verás qué preciosa es.

—¡Ay Dios! exclamó Amelia pateando como un niño mal criado: ¿por qué has dejado que se vaya? ¡yo le hubiera dado vestidos!

—¿Qué vestidos? ¿si con tu manía de dar, todos han pasado á ser propiedad de Anita? ¡diez y ocho te están haciendo ahora!

—Todavía tengo algunos que no me gustan, y se los daré: sí, mamá déspota y cruel, se los daré!

—Pero, hija mia, ¿por qué me llamas déspota?

—¿No sabías lo que yo deseaba ver á esa muchacha? ¿pues por qué la has hecho salir de casa?

Amelia, al hablar así, casi lloraba de enojo.

Su abuela no halló una sola palabra que responderle, y dobló la cabeza como una niña regañada por su madre.

—¿Cómo sigue Camila? preguntó á su nieta tras algunos instantes de silencio.

—Mal, contestó ésta de mal humor; y yo no quiero volver allí, porque me aburro; hasta Fernando me fastidia: solo se ocupa de su hermana, y de mí no hace ningun caso: además, he oido hablar allí de un pleito que les han puesto, y que dicen que es muy injusto y que les lleva la mitad de su fortuna: ya ves tú si estaré yo bien con Fernando, pobre, soso, y con un génio tan retraido como el que tiene, que no me llevaría á bailes ni á ninguna parte!

—Lo que es eso es verdad: más parece un viejo, que un muchacho á la moda; pero no es extraño: su padre era un viejo enteramente montado á la antigua: su madre es inglesa, y no hay más que decir: pero á lo ménos tiene en su abono el título y su bella figura.

Amelia miró á su abuela con sus grandes ojos maliciosos y llenos de gracia: luego le dijo con dulce acento:

—Dime, mamá, ¿no me dejarías tú casar á no ser con un título?

—Yo, hija mia, desearía que te casaras con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

un igual tuyo: pero te dejaré casar con quien tú quieras.

—Y mi papá, ¿qué dirá?

—Dirá lo que yo: que hagas tu gusto, porque tu dicha es lo primero.

—¿De veras?

—Seguramente: mil veces hemos hablado de eso, y me lo ha asegurado así: de manera que, si te gusta otro, le dices al Marqués que perdone por Dios.

—¿Y si ese otro existe ya?

—Se lo diremos: no me vuelvo atrás de lo dicho.

—Pues ya que eres tan buena, te confesaré que existe.

—¿De veras?

—Y que tú le conoces.

—¿Y quién es?

—German.

—¿German Megía? á lo ménos es rico, y buen mozo: pero por ahí se dice...

—¿Qué?

—Que su abuelo fué contratista del ejército.

—¿Y qué?

—Ya ves que su cuna no es de las más nobles.

—Pero no es tan poco tan humilde que nos pueda avergonzar... y en fin, mamá... yo le amo.

—Por ahí debias haber empezado, chiquilla.

—¡Es tan alegre! ¡tan agradable! tan complaciente! y luego tiene más bella figura que el Marqués, ¿no es verdad?

—¿A tí te lo parece así?

—Sí, por cierto.

—Pues ya basta.

—¿Hablarás á papá?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

—¡Ah, mamá! ¡qué buena eres y cuánto te amo! exclamó Amelia arrojándose al cuello de su abuela.

Luego que la hubo colmado de besos, se separó, volvió á sentarse pensativa, y cruzó sus manos como si meditase.

—¿En qué piensas? preguntó la Duquesa.

—Pienso, mamá, en que era forzoso dar una esposa á Fernando, ya que me voy á casar con otro, dijo la niña.

—¡Una esposa! exclamó riendo la anciana: crees tú que él no se la buscará?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡No importa! el que roba, restituye, y si no, queda con el pecado: yo me le robo á él: de consiguiente, debo darle otra esposa... si yo conociera entre mis amigas alguna que sirviera!... ¡pero imposible! tengo pocas, y además ninguna es á propósito para el carácter de Fernando, tan grave y tan formal.

—Vamos, niña, repuso la Duquesa: no seas loca: si no quieres á tu prometido, déjale: pero no te metas en esas cavilaciones: oigo la campanilla que anuncia la llegada de tu padre: vé á recibirle y á acariciarle, para que yo le halle propicio.

Amelia salió corriendo como una cervatílla, en tanto que su abuela la seguía con una mirada de inmensa ternura.

VIII

Era el Duque un hombre que ya pasaba de los cincuenta años: alto, delgado, de aspecto severo, y de carácter poco tolerante.

Tenía dos pasiones: la de los viajes y la de la caza, porque se asemejaba á éstos.

Habia tenido, y seguia teniendo, muchos galanteos, pero jamás habia amado á ninguna mujer, excepto á la madre de Amelia, que se habia llamado Amelia tambien, y que reunia para él todas las cualidades que apreciaba.

Era hermosa, y estaba dotada de una sumision perfecta: su nacimiento era de los más ilustres: y aunque su fortuna era muy mediana, por tener sus padres nueve hijos, el Duque, que era desinteresado, no paró en esto su atencion.

Cuando murió la Duquesa, su marido estuvo tenazmente perseguido durante un año por la idea y el deseo del suicidio: pero al fin, la vista de su hija logró calmar los arrebatos de su dolor, si bien su carácter se volvió más duro y altanero de lo que jamás lo habia sido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Amelia habia heredado de su madre, no solo la belleza, sino tambien la bondad del corazon, la generosidad y todas las bellas cualidades que habian distinguido á la Duquesa: pero mimada con exceso por su abuela, que la habia criado, y que era señora de cortos alcances, tenía el carácter voluntarioso y los frívolos gustos que era forzoso se desarrollasen en ella.

Corrió á la antesala á recibir á su padre, y le abrazó apoyándose despues en su brazo.

—Veamos, ¿qué quieres? preguntó el Duque á su hija entrando con ella en su cuarto.

—¿Que qué quiero? repitió Amelia.

—Sí: ¿qué deseas? porque ya sé que cuando me haces tantas caricias deseas algo.

—Pues lo que es ahora, papá, te has llevado chasco.

—¡Vamos! no te pongas colorada: ¿es algun nuevo vestido de baile? vé á la modista, que te lo haga como tu quieras, y que me presente la cuenta: ¿es alguna joya? tómala, y que vengan á cobrar.

—Repito que no es nada, insistió Amelia.

—Ya entiendo: se habrá encargado tu abuela de ser la embajadora.

—Eso puede ser, dijo Amelia sonriendo.

—Entonces, pobre de mí: debe ser gran cosa cuando no te atreves á pedirla por tí misma.

—No es pequeña, pero ya lo verás en la ocasion: ¿sabes que ha venido ya la señorita de compañía?

—¿Y te gusta?

—Aún no la he visto: ¡la envió abuelita á comprarse un vestido! vaya una ocurrencia: ¡y dice que es tan bonita! pero calla... ¡el portero toca! ¡ya estará aquí!

Amelia corrió á la puerta de la escalera, que abrió ella misma.

No se había equivocado: por la escalera se veian las cabezas de Anita y de Isabel, que iban subiendo. Amelia miró á la segunda con ávida atencion, y luego exclamó dando palmadas:

—¡Caramba si es bonita, y muy bonita!

Isabel, que llegaba entonces, hizo una cortesía á Amelia, poniéndose muy colorada.

—Venga Vd., querida mia, dijo la petulante niña: quiero presentarla á mi padre.

Y volviendo á entrar en la habitacion del Duque, gritó:

—¡Mira, papá, mira qué bonita es!

El Duque, que ya se habia sentado en un sillon y habia tomado un periódico, levantó la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cabeza y miró á Isabel, más bien que por curiosidad, por complacer á su hija.

La jóven estaba hermosa en efecto.

El ligero alimento que habia tomado antes de salir de casa, la distraccion que le habia ofrecido la charla de Anita, y la vista de las tiendas, habian disipado las nubes que durante su estancia en casa de Doña Escolástica habian envuelto aquella plácida fisonomía de diez y siete años, y la mortal tristeza de su mirada.

—Es en verdad muy bella esta señorita: dijo el Duque, conociendo en el mismo instante que no se las habia con una persona vulgar: y solo deseo que se halle bien á tu lado.

—Señor Duque, repuso Isabel, yo pido al cielo que me dé acierto para complacer á la señorita: y crea V. E. que, para conseguirlo, emplearé todo mi poco entendimiento.

—¡Ay! ¡ahora que me acuerdo, ya está aquí la novia! exclamó Amelia dando palmadas: ¡hé aquí una bella novia!

—¡Niña, te has vuelto loca! exclamó el Duque: ¿de qué novia hablas?

—¡De la que debo buscar para Fernando! respondió la aturdida niña toda confusa.

—¿Para Fernando?

—¡Justo! ¡yo no quiero casarme con él, y le debo buscar otra! he pensado en mis amigas, y ninguna le gustará: pero como Isabel—me ha dicho mamá que esta señorita se llama así—es tan bonita y modesta, como á él y á su madre le gustan... ninguna mejor...

—Señorita, dijo el Duque, que no sabia si reirse ó enfadarse: suplico á Vd. que perdone á mi hija: es una niña acostumbrada á hacer y á decir todo lo que quiere: es imprudente; pero en el fondo, buena... vamos, Amelia, óyeme un instante formal, si esto te es posible: esta señorita no es tu doncella ¿oyes? deseo que sea tu amiga: pero una amiga á quien ames y estimes: una especie de aya jóven, cuyos consejos sigas por cariño, y á la que no temas por la severidad: el temor no consigue nada bueno: pero la persuasion alcanza milagros, y el mayor será el que esta señorita pueda volverte razonable: vé ahora á instalarla en su habitacion.

Las dos jóvenes salieron.

El Duque miró á Isabel hasta que desapareció el último pliegue de su vestido, y murmuró:

—Tiene razon mi hija, es muy bella.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

IX

Una mañana acababa de levantarse Aurora, cuando le avisaron que dos jóvenes deseaban hablarle.

—¿Qué aire tienen? preguntó la jóven á su doncella.

—Señora, así... como menestrales ó criados de buena casa: ¡ella es viva y despejada! él bastante fino: parecen matrimonio.

—Diles que entren al saloncito verde.

Poco despues entró Aurora en aquella estancia.

—¡Gregorio! exclamó al ver al antiguo ayuda de cámara de su hermano.

—¡Señorita! dijo la mujer volviéndose: ¡soy yo Joaquina, aquella Joaquina á la que Vd. echó de su casa, pero que siempre la quiere, que no la puede olvidar! me he casado con Gregorio, al que hallé aquí, y ahora vengo á que olvide mis locuras anteriores, si no por mí, á

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo ménos, por mi marido, que siempre ha sido un buen criado de su familia.

—Te perdono, dijo Aurora; quien, aunque dotada de cierto miramiento, no creia deber guardarlo con su antigua criada: aquel dia me libré de mi marido.

—¡Cómo! ¿se fué?

—Sí por cierto: pero dejemos eso: ¿qué haceis ahora vosotros? ¿estais en vuestra casa?

—Buscamos acomodo, señorita, dijo Gregorio, que tenia muy bien colocados los tres mil duros que habia robado del cuarto de la difunta Doña Bibiana.

—¿Está Vd. ahora bien servida? preguntó Joaquina.

—No, dijo Aurora: el servicio está malo.

—¿Quiere Vd. que nos vengamos nosotros?

—No hallo en ello inconveniente: al fin, ya os conozco, y vosotros conoceis mis gustos y los de German.

Aquella misma tarde fueron despedidos la camarera y el criado, y á la mañana siguiente se instalaron en la casa Gregorio y Joaquina.

Aurora se entregó entonces con mayor confianza á la intimidad que ya la unia con su vecina la jóven y bella *viuda*.

Cuando contó á Matilde que habia despedido á su marido en un arrebato de ira, y que éste la habia dejado sin violencia y sin sentimiento, su amiga le dijo:

—No esté Vd. triste por eso: los matrimonios separados están de moda, y así queda Vd. más libre: la verdadera posicion de la mujer, es la de Vd. ahora.

—¿Pero no me criticarán?

—¡Qué disparate! ¡si de cada diez matrimonios hay ocho así! No hay cosa de mejor tono: á los seis meses de casada, me separé yo de mi marido, y aunque vivió seis años, murió lejos de mí y sin verle: yo, por supuesto, me alegré mucho, pues así me evité todas las molestias y todos los gastos de la enfermedad, que no fueron pocos.

Todo esto era una descarada mentira.

Matilde no se habia casado en su vida; pero tenía una fé de viuda bien hecha y bien legalizada por un diestro calígrafo.

—¡Ay Dios! exclamó Aurora: ¡eso es terrible! yo tengo muchas quejas de mi marido: pero si se hallase enfermo y me llamase, iría al instante á su lado ó le recibiria en mi casa si volviera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pues sería una gran tontería, mi querida amiga: y las tonterías es lo que ménos agradecen los hombres en general, y los maridos en particular: así será Vd. más pronto mujer á la moda, que viviendo al lado de su marido; ¡oh! nada conozco más ridículo en nuestro sexo que *la perfecta casada*.

Fácil es conocer de qué modo cambiaría la naturaleza aún sana y generosa de Aurora bajo la influencia del soplo mefítico de aquella mujer: pudiérasela haber comparado al génio del mal de aquel drama francés, que recibia de un bello ángel algunas hermosas flores, las acercaba á sus lábios, y al solo contacto de su aliento, las flores se volvian negras y caian secas de sus manos.

Todas las bellas flores que aun vivian en el alma de Aurora cayeron mústias y secas al contacto del aliento abrasador de aquella mujer.

Queriendo además imitarla en todos los refinamientos de su lujo, no reparaba Aurora en gasto alguno, y los que hacía eran mucho más crecidos de lo que razonablemente permitía su fortuna.

German hallaba tambien un singular encanto al lado de Matilde, quien, al parecer, se habia propuesto educarlo, si bien evitando el que apareciese á las claras este propósito.

German, que á pesar de su gallardía natural, era algunas veces muy desgarbado en los salones, acogió con avidez la intimidad que le brindaba Matilde, y aprendió á su lado los modales de la buena sociedad, en la que empezaba entonces á penetrar, y en la que no creia, y con razon, hacer muy buen papel.

Matilde le entusiasmaba: habia arriesgado dos ó tres declaraciones amorosas, que ella habia oido lo mismo exactamente que quien oye llover, porque tenía demasiado mundo para dejar conocer la alegría que aquel éxito le causaba.

Ansiaba casarse, y cuando miraba á German, decía para sí:

—No es título; pero es de buena familia, rico y buen mozo: fuerza será contentarme con esto, si no se presenta luego otra cosa mejor.

Al mismo tiempo se decía German:

—Para casarme, la hija de un título; ¡pero esta mujer es encantadora para amiga!...

Tales eran las disposiciones de estas dos personas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

German se iba enamorando de Matilde: y sin embargo, perdida la esperanza de casarse con Camila, cuyo estado deplorable conocía, andaba buscando á quién podria llamar esposa suya.

Corto podia ser su exámen, porque conocia á muy pocas personas de la grandeza: solo dos jóvenes habia tratado, si bien por poco tiempo: Camila y Amelia.

No pudiendo ya pensar en la primera, pensó en la segunda, y se dijo que era más rica y mucho más bonita que aquélla.

Una noche, como unos diez meses despues de haberse separado Agustin de su esposa, recibió ésta una carta de París con lacre negro.

Era muy corta, y decía así:

«Señora: al salir de una casa de juego, su esposo de Vd. ha sido herido alevosamente por una persona, á quien, segun se decía, le habia arrebatado, con una baraja marcada, toda su modesta fortuna.

»El dinero ha caido en poder de la justicia: su esposo de Vd. ha muerto á las treinta horas, pues el golpe era mortal de necesidad.

»Yo vivía en el mismo hotel que su esposo de Vd.: soy español: y no habiendo nadie que

se quisiera tomar el triste cuidado de participar á Vd. esta desgracia, lo hago yo por conducto de la embajada de España, por no saber las señas de su domicilio, pues nunca se las oí á su esposo.

»Aunque es muy triste el motivo, lo aprovecho para ofrecerme de Vd. S. S. Q. SS. PP. B.

ANTONIO RODRIGUEZ.»

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

X

Aurora no derramó una sola lágrima á la memoria del hombre que habia sido su marido.

Jamás le habia amado: porque la obcecacion que la obligó á huir de la casa materna, no era amor, sino solo deseo de la libertad.

—La felicito á Vd., amiga mia, le dijo Matilde, con aquel profundo cinismo que estaba encubierto con el manto de flores de la cultura y del talento: está Vd. libre de un esposo, que deshonraba el buen nombre que heredó de sus padres: no use Vd. su apellido, y vuélvase á llamar Aurora Megía, que son, por cierto, un nombre y un apellido encantadores.

Aurora siguió el consejo de su amiga.

Matilde tenia ya sobro ella un ascendiente irresistible: la imitaba en todo: vestía como ella, andaba como ella, hablaba como ella, y copiaba sus maneras con gran cuidado.

Juntas asistian á los teatros, en los que Ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tilde tenia abono: y la noche que aquella dedicaba á recibir en su lindo saloncito, Aurora era el adorno más precioso, despues de Matilde, de la reunion; todos los hombres más elegantes de Madrid asistian allí: habia tambien algunas mujeres encantadoras: se conversaba, se jugaba, se tomaba té, y se pasaba hasta la una de la madrugada de la manera más agradable.

Matilde se presentaba adornada de magníficos brillantes. Aurora quiso tenerlos tambien, y compró en diez y seis mil duros un aderezo al mejor joyero de Madrid.

Aquel gasto abrió en su fortuna una brecha enorme, pues la fortuna de Aurora no era muy crecida, á causa de los contínuos descuidos de su madre, y de los contínuos robos de los criados.

El saqueo doméstico constante y ruinoso seguía en casa de la jóven viuda: para poderse entregar mejor al gran mundo, había confiado completamente la direccion de la casa á Joaquina y á su marido, que hacian su negocio á las mil maravillas.

—¡Mujer, tanto robar es demasiado! decía un dia Gregorio á su esposa: ¡mira que la señorita lo va á conocer!

—¡Conocer! estás fresco: si le tiene la cabeza vuelta al revés la vecina! ¡anda, que bien jóven es y bien bonita, y hallará quien le dé lo que nosotros le quitamos!

Sin embargo, no era así.

Aurora, si bien amante del lujo y de la ostentacion, era honrada, y debía serlo siempre, por dos razones: la primera, porque las semillas de honor y de religion que le habian trasmitido en su infancia vivian aún en su alma. La segunda, porque criada en la abundancia y la riqueza, era imposible que pudiera venderse.

Aunque marchitas todas las ilusiones de su edad con el contacto de su fatal amiga, conservaba aún aquellas que nacen de la honradez de los instintos: creia á Matilde una viuda jóven y rica, que no quería volver á casarse: y es seguro, que si hubiera sospechado algo de lo que encerraba la vida privada de aquella mujer, se hubiera separado de ella.

Amaba, es cierto, el lujo de Matilde, su natural y exquisita elegancia, su trato encantador: y aquella mujer, con su talento y sus maneras insinuantes, se había hecho dueña por completo del corazon de Aurora.

La desgraciada jóven corría, sin saberlo, á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su perdicion: viéndola siempre al lado de Matilde y en su propio carruaje, todos la creian igual á ella, y algunas veces, los hombres se miraban y se decian señalándola:

—¡Qué lástima!

La pobre Aurora, sin mundo—pues no conocia más que la casa de su vecina—no sabía el mal que la hacía aquella amistad funesta, y tenía perdida su reputacion sin apercibirse de ello.

Es muy verdadero aquel refran que dice que *ningun malo quiere ser solo*: Matilde, que sabía lo que de ella se pensaba y se decía, quería envolver á su amiga en su ruina, por ese espíritu de dolorosa envidia y de venganza que el vicio emplea siempre contra la virtud.

La imágen del Marqués vivía en el corazon de Aurora: era aquel su primero y verdadero amor, y el único, que su alma, algo endurecida, pero en el fondo honrada, debía sentir.

En vano al ver tantos hombres distinguidos por su cuna y por su talento en casa de Matilde, esperó ver al Marqués: éste nunca llegaba.

Preguntó á su amiga si le conocía, y respondió:

—De vista: pero no le trato: no obstante, si

Vd. tiene interés en ello, es muy fácil que me lo presenten aquí ó en el teatro: algunos amigos suyos lo son míos tambien.

—¡Ah! ¡qué dicha! exclamó Aurora.

Estas palabras y la expresion de alegría que vistió las facciones de la jóven, fueron para su astuta amiga una revelacion.

Desde aquel dia puso todos los medios posibles para que el Marqués fuese á su casa, y lo consiguió.

El Conde D..., uno de los mejores amigos de Matilde, tomó sobre sí esta difícil empresa: y digo difícil, porque el Marqués era poco aficionado á esta clase de relaciones, y porque la enfermedad de Camila le retenía en casa.

No obstante, el ataque de la jóven cedió algun tanto, porque sin duda Dios no habia señalado aún el término de su vida, y Fernando, deseando librarse de las importunidades del Conde, consintió una noche en acompañarle.

Halló en el salon de Matilde á German y á su hermana: y si bien la presencia del primero no le extrañó, no sucedió lo mismo respecto á la de Aurora, á la que compadeció profundamente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aurora pudo al fin acercarse al lado del Marqués, y hablar con él: pero solo de cosas generales.

No obstante, el alma entera de la jóven brillaba en sus miradas: amaba con delirio, con entusiasmo; pero Fernando, que lo conoció, se volvió aún más frío y más reservado de lo que antes lo habia sido.

Por costumbre, y por inclinacion, respetaba profundamente á la mujer, en tanto que ésta lo merecia: y cuando no, la compadecia, y no contribuia á su caida.

No amaba á nadie, y sin embargo, la belleza de Aurora nada decia tampoco á su corazon, lleno solo con el afecto de su familia.

—¿Vendrá Vd. algunas veces? le preguntó Aurora con más candidez que decoro.

—Serán muy pocas, señora, repuso el Marqués: paso las noches acompañando á mi madre y á mi hermana, que está enferma.

—Yo creí que habiendo venido hoy...

—Hoy he venido por complacer á un amigo.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—Comprendo, repuso Aurora, procurando dar á su acento una seguridad que se hallaba

muy lejos de su alma; tendrá Vd. además de la de acompañar á su familia, alguna otra dulce ocupacion: algun amor que llene con su encanto esas veladas.

—Se equivoca Vd., repuso gravemente Fernando: no amo á nadie, más que á mi madre, y á mi hermana.

—¿De veras?

—Sí señora; comprendo al amor demasiado grande, demasiado sublime, para no mirar mucho á quién le doy.

—¿No ha pensado Vd. nunca en casarse?

—Nunca, por mí: sin embargo, me casaré, porque así lo dispuso mi padre, dentro de poco tiempo.

—¿Y ama Vd. á su prometida?

—No estoy enamorado de ella: pero, á Dios gracias, la estimo.

—¿Es bonita?

—Muy linda.

—¿Rica?

—Eso lo ignoro, señora, y me importa poco saberlo: la fortuna es lo último para mí.

—Sin embargo, dicen que es la mayor parte de la felicidad.

—Yo no lo creo así: y esto es tan positivo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que me casaría mejor que con una jóven muy rica, con una muy pobre.

—¡Es singular! dijo Aurora; ¡no todos piensan de ese modo!

—Pues yo creo que es lo más natural. Sin embargo, señora, no quiero negar que soy algo extraño en mis aficiones: por ejemplo, no amaré más que á la mujer con quien me case: y no amaré tampoco á una mujer que haya amado á otro antes que á mí.

—¿Y tiene Vd. esas garantías con la jóven á la cual va á dar su nombre y su libertad?

—Ya he dicho á Vd. que la estimo, y esto basta para que se imagine que sí.

—¿No ha amado á nadie?

—A nadie: es una niña.

En aquel instante se aproximó German á su hermana como para decirle alguna cosa: el Marqués se puso á hablar con un caballero que se hallaba cerca de él.

—¿Sabes, dijo German, que he visto á nuestra prima?

—¿A Isabel?

—Sí, á Isabel, de la que no habíamos vuelto á acordarnos. ¡Y si supieras dónde!

—¿Dónde?

—En casa de la Duquesa de San Mauro.

—¿Y á qué ha ido allí?

—Debe haber ido como de doncella ó señorita de compañía de la nieta de la Duquesa, á cuyo lado permanecerá sin duda hasta que ésta se case con Fernando, lo cual aún tardará.

—¡Ah! ¿la nieta de la Duquesa es la novia de Fernando?

—Justamente: con harto pesar mio.

—¿Por qué?

—Porque seria para mí un partido excelente.

—Escucha, exclamó Aurora con ánsia, y sin reparar en la fatuidad que encerraban las palabras de su hermano: ¿sabes si ella le ama?

—Ella no ama á nadie: es una niña muy mimada, y nada más.

—¿Y es bonita?

—¡Preciosa! y que tiene además dos millones de dote, y uno de los primeros nombres de España.

—¿Y te diste á conocer á Isabel?

—¡Qué disparate! pasé junto á ella como si fuera la persona más extraña para mí.

—¡Dios mio! exclamó Aurora: eso está mal hecho: al fin ella se ha criado á nuestro lado, como si fuera una hermana!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y eso qué?

—¡Nuestra madre la queria!

—Nuestra madre la despidió de casa, el mismo dia que nos marchamos, segun me contó la cocinera.

—¡Y tú la amabas!

—¡Sí! en aquel tiempo: pero tambien amaba á Joaquina, tu doncella: ¡no era poco tonto entonces! ahora ya sé lo que es mundo: ¿te parece que hubiera sido prudente echarla allí de pariente y de amigo de Isabel, y abrazarla sollozando? Viéndola jóven y bonita, podian creer que aquello ocultaba otra cosa: y además, darme á conocer por primo hermano de la doncella de Amelia! ¡buenos auspicios eran!

—Sin embargo, murmuró Aurora: yo quisiera ver á Isabel; ¡no sé qué tinieblas hay en mi alma, que se aclaran ante la luz que destella su dulce recuerdo! yo iré á verla!

—¡Cómo! ¿serás tan necia que quieras ir á casa de la orgullosa Duquesa de San Mauro, como compañera de infancia de Isabel?

—¿Por qué no?

—Ese paso podria ser perjudicial para mí.

—¿Por qué? ¿porque tú no quieras verla, he de privarme yo tambien de ese placer?

—Aurora, dijo German: te suplico que no vayas por ahora á ver á Isabel.

—No te comprendo.

—Ya me comprenderás.

—¡Ah! exclamó Aurora: ¿tendrías pretensiones acerca de la nieta de la Duquesa?

—Quizá...

—¿Pero no es la prometida del Marqués?

—Sí: pero no importa: ese compromiso es obra del padre de Fernando: pero ni éste ni Amelia desean semejante union.

—¿De veras?

—Estoy seguro de ello: la pobre niña creo que tiene por mí una pasion decidida.

German dijo estas palabras con una fatuidad inimitable y retorciéndose su hermoso bigote negro.

Aurora sintió su corazon inundado de alegría.

Deshacer aquel enlace era, no solo asegurar la dicha de su hermano, sino la suya tambien.

Tal vez Fernando podia amarla algun dia estando libre: casado, no habia ninguna esperanza, porque Aurora no hubiera dado oidos á un hombre unido á otra por los lazos del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

matrimonio: fué tal la alegría que sintió, que su hermano mismo, á pesar de la cortedad de sus alcances, hubo de notarla, y le dijo en voz baja:

—¡Disimula!

Despues de esta advertencia, se separó de ella, y Aurora esperó en vano que se acercase de nuevo el Marqués: éste, que no sentía ningun interés hácia aquella jóven, se retiró en breve, cansado de la reunion.

Camila, como he dicho, se hallaba algo mejorjada del ataque que acababa de sufrir.

Algunos dias despues de haberse quedado en cama, se levantó: pero la fiebre no la abandonaba y su buena y cristiana madre, incapaz de dejarse engañar por esta ficticia mejoría, solo esperaba el instante de perderla, y en el fondo de su alma ofrecia á Dios la mitad de su vida, si prolongaba algunos meses más la de su hija.

XI

Amelia, aquella niña mimada y voluntariosa, pero generosa y noble, llegó á apasionarse profundamente de su señorita de compañía.

Isabel, con su gracia, con su carácter dulce y complaciente, se ganó la voluntad de la jóven, que solo veía por sus ojos, y que seguía todos sus consejos.

Además Isabel, con su nuevo traje, aparecia encantadora; tan encantadora, que la anciana Duquesa y su hija la miraron llenas de sorpresa.

Una tarde que Isabel bordaba una gorrita de levantarse para Amelia, le dijo ésta:

—Isabel, ¿la enojaría á Vd. que la llamase de tú?

—¡A mí! todo lo contrario, señorita, repuso la jóven: así creeré que me quiere Vd. más.

—Te quiero con toda el alma, y ya ves qué pronto empiezo á tomar la franqueza que me das; pero seguiré usándola con una condicion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

matrimonio: fué tal la alegría que sintió, que su hermano mismo, á pesar de la cortedad de sus alcances, hubo de notarla, y le dijo en voz baja:

—¡Disimula!

Despues de esta advertencia, se separó de ella, y Aurora esperó en vano que se acercase de nuevo el Marqués: éste, que no sentía ningun interés hácia aquella jóven, se retiró en breve, cansado de la reunion.

Camila, como he dicho, se hallaba algo mejorjada del ataque que acababa de sufrir.

Algunos dias despues de haberse quedado en cama, se levantó: pero la fiebre no la abandonaba y su buena y cristiana madre, incapaz de dejarse engañar por esta ficticia mejoría, solo esperaba el instante de perderla, y en el fondo de su alma ofrecia á Dios la mitad de su vida, si prolongaba algunos meses más la de su hija.

XI

Amelia, aquella niña mimada y voluntariosa, pero generosa y noble, llegó á apasionarse profundamente de su señorita de compañía.

Isabel, con su gracia, con su carácter dulce y complaciente, se ganó la voluntad de la jóven, que solo veía por sus ojos, y que seguía todos sus consejos.

Además Isabel, con su nuevo traje, aparecia encantadora; tan encantadora, que la anciana Duquesa y su hija la miraron llenas de sorpresa.

Una tarde que Isabel bordaba una gorrita de levantarse para Amelia, le dijo ésta:

—Isabel, ¿la enojaría á Vd. que la llamase de tú?

—¡A mí! todo lo contrario, señorita, repuso la jóven: así creeré que me quiere Vd. más.

—Te quiero con toda el alma, y ya ves qué pronto empiezo á tomar la franqueza que me das; pero seguiré usándola con una condicion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y cuál?

—La de que tú, cuando me hayas de nombrar, me digas Amelia, y no señorita.

—¡Imposible! exclamó Isabel realmente asustada ante aquel capricho de la niña: imposible, señorita.

—¿Y por qué?

—Porque yo soy una persona que está al servicio de Vd., y no su igual: bastante buena se ha mostrado Vd. conmigo, apeándome el tratamiento.

—Pero, dijo Amelia, ¡tú eres de buena familia!

—Sí, señorita: mi familia no era rica, pero sí de limpia sangre y muy honrada.

—¿Cómo es tu apellido?

—Megía.

Isabel respondió así casi maquinalmente, y sin pensar en que descubría á su primo.

—¡Megía! repitió Amelia: ese es el apellido de German.

Isabel se puso muy colorada y bajó los ojos.

—¿Sois acaso parientes? preguntó la jóven.

—Sí, señorita, respondió la jóven con mal segura voz.

—¿Por qué te turbas? ¿qué tienes?

—Tengo pesar de haber descubierto lo que él queria que quedase secreto.

—¡Es verdad! cuando entraba aquí apenas te miraba! ¿por qué hacía eso?

—¡Cómo yo soy tan pobre!

—¡Oh! ¡pero eso es infame! exclamó Amelia, cuya alma generosa se indignaba ante todas las bajezas.

—¡Señorita, repuso Isabel con tristeza, dicen que eso es lo natural, y lo que sucede cada dia: el rico y feliz desprecia al pobre y desgraciado!

—¡No lo creas! exclamó Amelia: el que te haya dicho eso, ha mentido de un modo infame!

Luego, como obedeciendo á un pensamiento que la dominaba, preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que no ves á tu primo?

—Desde que llegó á Madrid: su madre me recogió, y me tuve en su casa desde que quedé huérfana.

—¿Luego te has criado al lado de German?

—Sí, señorita.

—¿Y entonces se portaba mal contigo?

—¡Oh! no, señorita, repuso Isabel con su na-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tural sinceridad: entonces queria casarse conmigo.

—¿Y tú le querias?

—Yo le queria como á un hermano; pero le rehusé para esposo, porque no reunía las condiciones que yo considero indispensables para serlo bueno.

—Tienes razon, Isabel, dijo Amelia con tono penetrante: ese hombre debe ser muy mal esposo.

Las dos jóvenes departian así, sentadas en una gran galería de cristales: al fin de ella se abria una puerta que comunicaba con las habitaciones de la anciana Duquesa.

En aquella galería se habian colocado multitud de macetas, por consejo de Isabel, y ella misma cuidaba las plantas y las flores, con una solicitud llena de ternura y de interés.

Era un sitio delicioso, en el que Amelia gustaba de trabajar y de estudiar.

La puerta que daba á las habitaciones de la Duquesa se abrió, y en el dintel apareció ésta, acompañada de un caballero jóven y gallardo.

Era German.

La Duquesa se adelantó apoyada en su brazo.

Amelia se preparó como para dar una batalla.

—Aquí te traigo á este amigo, que desea verte, dijo la Duquesa á su nieta: pero, añadió, volviéndose á él: querido Megía, no tiene Vd. de qué quejarse, pues yo misma no conozco á mi nieta: el gasto de la modista se ha disminuido en una mitad: ahora lee, estudia el piano y hasta borda! yo no sé á qué atribuir esta feliz metamórfosis, como no sea á los consejos y al ejemplo de esta señorita.

Y la Duquesa señaló á Isabel, que se hallaba encarnada como una cereza y con los ojos fijos en su labor.

—El Sr. Megía conoce á esta señorita mejor que nosotras, mamá, dijo Amelia, clavando una mirada severa en German, que á su vez se puso sumamente pálido.

—¡Cómo! ¿Qué dices, niña? preguntó la Duquesa.

Amelia, en vez de responder, volvió á mirar á German, y le dijo:

—Caballero, no sé si habrá Vd. pensado rebajarse á mis ojos porque yo supiera que era pariente de esta señorita: pero creo que sí, y por lo mismo no puede entenderme quien tiene tan mala opinion de mí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Pariente de Isabel! ¿Será posible! exclamó la Duquesa: ¡á la verdad, que no lo comprendo, hija mia!

—Pues nada hay más sencillo, mamá: este caballero es primo hermano de Isabel.

—¿Y quién te lo ha dicho?

—La misma Isabel, pero sin querer: por tanto, caballero, no la mire Vd. con torvos ojos: desde hoy está bajo mi amparo y proteccion, y será mi mejor amiga: á Vd. le suplico que no vuelva á molestarnos con su presencia: vamos, Isabel.

Esta, aturdida, confusa, dejó su labor. Amelia la tomó del brazo y salió con ella.

En aquel momento la campana del portero avisaba la llegada de una visita, y un instante despues anunció el criado de la antecámara:

—La señora Doña Aurora Megía.

—¡Dios mio, qué es esto? los Megías se multiplican hoy en mi casa: murmuró la Duquesa, saliendo á recibir á una bella jóven que entraba, en tanto que German se retiraba á un lado avergonzado y confuso.

—Señora, dijo Aurora, saludando á la anciana dama con una cortesía: ante todo suplico á Vd. que me perdone si me tomo la libertad

de incomodarla: el motivo de mi visita es el de preguntar á Vd. si es cierto que está en su compañia y á su servicio una jóven que se llama Isabel Megía.

—Sí, señora, repuso la Duquesa: ¿desea usted verla?

—¡Oh, señora, muy feliz seria si pudiera lograrlo! ¡lo deseo tanto!

—¿Es acaso?...

—Es prima hermana mia: huérfana ella de padre y madre, en mi casa se educó y la amaba como á una hermana... ¡pero German, tú aquí! ¿y nada me dices?

—¿Conoce Vd. tambien á este caballero? preguntó la Duquesa echando sobre el vanidoso jóven una mirada, que lo anonadó.

—Señora, es mi hermano.

—¿Y, cómo Vd., primo de Isabel?

—¡Sí, señora!

—El no ha querido confesar el parentesco, observó la Duquesa, y eso que debia envanecerse mucho de tener en su famila una jóven del mérito de Isabel: Vd., señora, ha obrado más noblemente: caballero, prosiguió volviéndose á German: suplico á Vd. que se retire: voy á hacer llamar á Isabel, y la vista del parien-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

te ingrato, que reniega de ella, no podria ménos de afectarla.

German, confuso, saludó torpemente y se retiró con paso inseguro.

La Duquesa hizo sonar un timbre.

—Que venga la señorita Isabel, dijo al criado que se presentó.

Un instante despues, entró la jóven.

Amelia la seguía.

—¡Aurora! exclamó Isabel corriendo á los brazos de su prima: ¿qué, al fin te veo? ¡me parece mentira! ¿te has casado? ¿eres feliz?

—Ya estoy viuda, repuso Aurora con un tono que todos sus esfuerzos no pudieron hacer triste: viuda y sola: así, prima mia, si estas damas no se oponen á ello, vente á vivir á mi lado, pues para eso he venido á buscarte.

—¡Separarme de Isabel, eso jamás! gritó Amelia acercándose con su gesto más imperioso: señora, si para llevársela ha venido Vd., ojalá que se hubiera hecho la desconocida como su hermano!

—Señora, dijo la Duquesa haciendo sentar á Aurora: mi nieta está acostumbrada á la compañía de esta señorita: si ella no lo lleva á mal, yo quisiera que continuara habitando con nosotros: ¡es tan bella, tan buena! en los pocos dias que hace que está á nuestro lado, la casa entera ha sufrido una trasformacion extraordinaria: se gasta ménos: mi niña es más juiciosa, todo va mejor, porque ha tomado á su cargo hasta el gobierno interior de la casa, que maneja de un modo admirable: antes cada uno hacia lo que le parecia: hoy nadie hace más que lo que debe: esta es la verdad.

—Señora, repuso Aurora, sé lo que vale mi prima, por más que la bondad de Vd. exagere este mérito: ¡pero yo vivo tan sola!

—¡Y yo tambien vivo sola! repuso Amelia sollozando.

—Pero Vd., señorita, segun he oido, va á casarse, repuso Amelia fijando en la jóven una mirada escrudiñadora.

—¿Yo? ¿á casarme yo?

—Ciertamente: con el Marqués del Prado.

—Eso está aún por ver: lo que yo quiero ahora, es vivir con Isabel... escuche Vd.: antes era muy desgraciada, aunque esto parecerá imposible ¿verdad? pues sin embargo, lo era, y mucho: ¡tengo yo demasiado orgullo para hablar con mis doncellas, y estas eran las únicas jóvenes que habia en casa! mi abuelita me quie-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

re mucho, y yo tambien á ella: ¡pero como es tan viejecita, no nos podiamos estender! ¡claro está! mi papá me adora... pero sucede lo mismo... me trata como á una niña, y en Isabel tengo una amiga que no dejaré por mi gusto: si ella se empeña en dejarme, es otra cosa: yo no tengo ningun derecho para conservarla á mi lado.

—No, señorita, repuso Isabel: despues de las muchas penas que he sufrido, he hallado al lado de Vd. la calma y la felicidad, y no seré yo quien me separe voluntariamente de su lado: aquí soy dichosa, porque soy amada, y aunque mi prima me ama tambien, no debo abandonar á Vd. por ella.

—Veo que es inútil el pensar en tenerte en mi compañía, dijo Aurora: me retiro; pero aquí tienes las señas de mi casa, añadió dándole una tarjeta: no dejes de verme alguna vez, y de acudir á mí si algo te falta.

La jóven, dicho esto, saludó con alguna frialdad á Amelia y á su abuela, y salió de la habitacion con paso lento y triste.

—¡Sola, Dios mio! exclamó: ¡yo no sé qué vacío hay en mi vida y siento dentro de mí! ¡oh, madre mia!

¡Dios mio! ¡madre mia! hé aquí el grito de

todos los corazones angustiados: pero Aurora, al dejarlo escapar, sentía un dolor agudo: el dolor de los remordimientos, que no permite ni aun la esperanza en el ruego.

Bajó la escalera y subió al elegante carruaje que habia tomado por meses, y que le costaba más de tres mil reales cada treinta dias.

—Yo necesito ver al Marqués, se decia: lo necesito: ¿pero cómo lograrlo? ¿por qué siendo libre, jóven, bella y con alguna fortuna, soy tan desgraciada? ¡la compañía de Isabel me hubiera sido tan provechosa! ¡me hubiera hecho tanto bien! ¡pero ella recuerda que abandoné á mi madre y me desprecia! ¡lo conozco! ¡lo veo! ¡lo siento en mi corazon!...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII

Doña Ursula llegó á casa de sus hermanos al dia siguiente de salir de ella Isabel en busca de la religiosa que la condujo á casa de la Duquesa para hacer compañía á Amelia.

Fué recibida con bastante mal humor por parte de su cuñada la gruesa Doña Escolástica, la que, al preguntarle por la pobre huérfana, le respondió:

—Tu hermano te dará cuenta de ella.

—La entregué á la superiora de las hermanas del hospital general, repuso Don Ciriaco.

—¡No tienes tu malas hermanas! refunfuñó airada su esposa.

—¡Calla, mal pensada!

—Mal me quieren mis comadres porque digo las verdades.

—Mentiras es lo qne dices tú.

Doña Ursula dejó á los dos esposos en su reyerta, se puso su mantilla, y se dispuso á ir en busca de la superiora.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII

Doña Ursula llegó á casa de sus hermanos al dia siguiente de salir de ella Isabel en busca de la religiosa que la condujo á casa de la Duquesa para hacer compañía á Amelia.

Fué recibida con bastante mal humor por parte de su cuñada la gruesa Doña Escolástica, la que, al preguntarle por la pobre huérfana, le respondió:

—Tu hermano te dará cuenta de ella.

—La entregué á la superiora de las hermanas del hospital general, repuso Don Ciriaco.

—¡No tienes tu malas hermanas! refunfuñó airada su esposa.

—¡Calla, mal pensada!

—Mal me quieren mis comadres porque digo las verdades.

—Mentiras es lo qne dices tú.

Doña Ursula dejó á los dos esposos en su reyerta, se puso su mantilla, y se dispuso á ir en busca de la superiora.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Válgame Dios! exclamó Doña Escolástica, que no podia vivir cinco minutos sin regañar por algo. Yo no sé lo que tiene esa jóven, que parece que os ha dado á comer sesos de mosquito á los dos hermanos.

—¡Ay, Escolástica, es un ángel! repuso Doña Ursula, acabando de arreglarse para salir: pero con muy mala suerte: á la pobrecita la dejó su tía una fortunita regular; pero un pícaro de criado que habia en casa, se llevó el cofrecito que la encerraba, en tanto que yo estaba distraida con la difunta.

—¡Vaya unas distracciones! solo á tí te pasan esas cosas!

—¡Qué quieres, estaría de Dios!

—¡O del diablo! ¿y cuánto habia encerrado en el cofrecito?

—Dos mil duros para ella y mil para mí.

—¿Qué? ¿te dejó tu señora mil duros?

—Sí.

—Tú has nacido de pié como los gatos.

—¡Para lo que me ha servido!

—Porque te caes de tonta.

—No lo creas, ¡si viera al malvado!...

—¿Qué harias?

—Dar parte á la justicia.

—¿Y qué adelantarías?

—Algo adelantaría, porque el jardinero le vió salir con el cofrecito bajo el brazo: pero creyó que le enviaba yo á algun recado, y le dejó pasar.

—¿Y declararía como testigo?

—Yo lo creo; pero en fin, me voy á ver si consigo descubrir el paradero de esa pobre señorita Isabel.

—Mira, y de paso da encargo de alguna casa para tí, porque, hija, ésta se viene abajo por el mal gobierno de tu hermano.

—¡Grandísima pícara! exclamó D. Ciriaco: ¿con que se viene abajo por mi mal gobierno? ¡pues me gusta; por darte tú una vida de princesa sí que es!

—Porque gastas sin conciencia.

—Porque pagas planchadora para tus enaguas, peinadora para cuatro pelos que tienes, criada que te guise tus continuos apetitos, y á la Felipa para que te haga los recados: ¡eso sí que es, eso sí!

—Hermano, dijo Doña Ursula, vuestra casa va á mal porque cada uno de vosotros tira para sí, ó mejor dicho, tira por su lado: así es que anda revuelta, y á rio revuelto... ya sabeis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el refran, ganancia de pescadores: ¿sabeis quién se come vuestra hacienda y vuestra casa? todos esos que entran y salen: todos esos que ponen buena cara al pobre de Ciriaco con el solo fin de sacarle los cuartos: yo creo que el matrimonio es una hacienda en la que cuantos ménos trabajadores, mucho mejor: la cosa es unirse bien, y trabajar de comun acuerdo para la vejez.

—¿Y qué haré yo con trabajar, si mi mujer es una manirota golosa? exclamó D. Ciriaco.

—¿Y qué haré yo con sujetarme á comer malo y poco si mi señor marido lo gasta todo en vicios? añadió Doña Escolástica.

—Nada: si los dos no vais á una, seguro que no hareis nada: pero uno ha de empezar: y esa, Escolástica, debe ser la mujer.

—Eso es: tú abogando por tu hermano.

—Abogo por los dos, y, al hablar así, pienso más en tí que en él.

—¿De veras?

—Sin duda: tú eres la que sacarás más ventajas del arreglo de tu casa.

Esto diciendo, salió Doña Ursula, en busca de la superiora, que le dió las señas de la casa en que se hallaba Isabel.

Esta tuvo al verla una verdadera alegría.

Escuchó llorando todos los pormenores de la muerte de su tía, muerte tan sola, tan desgraciada, pues podía decirse que la habian asesinado sus propios hijos.

Ménos sensible fué la jóven á la noticia de la pérdida de la modesta fortuna que debia al cuidado y cariño de Doña Bibiana.

—¡Oh! ¡como yo encuentre al infame Gregorio! exclamó Doña Ursula al concluir, ¡yo le daré su merecido!

—Y si Vd. no le encuentra, Dios se lo dará, dijo Isabel: ¿pero cómo pudo hacer semejante infamia el mismo hombre que tuvo la generosidad de darme lo que faltaba para tomar mi billete en la diligencia?

—La ocasion hace al ladron, y entonces fué mucha verdad este refran, como lo son casi todos los refranes: la ocasion le cegó: se halló solo conmigo, yo estaba distraida, y escapó con el dinero: ¡ah! bien me vendrian ahora esos mil duros para levantar la casa de mi hermano, que está tan mal!

—Doña Ursula, Vd. es buena y generosa, y Dios no la abandonará: yo tambien me hubiera alegrado de recoger la manda de mi buena y querida tía, para haber ayudado al bienestar de sus hermanos: ¡pero cómo ha de ser! ¡solo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tengo mi buen deseo! si algun dia puedo, no dude Vd. que lo haré.

—¡Lo creo, señorita, lo creo! Vd. es un angel.

—Quiere Vd. ver á Aurora y á German? preguntó la jóven deseando esquivar las alabanzas de la anciana: aquí tengo las señas.

—¡Con vida y alma! repuso Doña Ursula.

—Tome Vd., pues, dijo Isabel dándole la tarjeta que le habia entregado Aurora.

La anciana se despidió de Isabel y se fué directamente á ver á los hijos de su antigua señora, que vivian cerca.

La persona que abrió fué Gregorio.

Al reconocer al ladron, la pobre señora dió un agudo grito, que le hizo palidecer.

Sin embargo, uno y otro se recobraron al instante: Doña Ursula queria disimular para que Gregorio no se le escapase; y éste creyó que el grito seria ocasionado solo por la sorpresa, y que Doña Ursula no podia saber que fuese él el autor del despojo.

La buena mujer estuvo un rato con Aurora, á la que contó lo que habia sucedido.

—¿Quiere Vd. que sea German el que tome sobre sí el negocio de castigar á ese malvado? preguntó al ama de gobierno.

—No, señorita, dijo Doña Ursula: conozco lo que son los señores jóvenes, y además el carácter del señorito, y no quiero darle esta molestia; mi hermano lo hará: solo quiero que me guarde Vd. el secreto, y yo me haré tambien la desentendida para que no se nos escape con la presa.

Doña Ursula, al salir, se halló á Joaquina, quien al parecer, se alegró sinceramente de verla, y le participó su casamiento con Gregorio.

—¡Buen par os habeis juntado! se dijo Doña Ursula: ¡pobre casa esta! ¡todo lo que haya será despojo vuestro!

Doña Ursula volvió á casa de su hermano, muy contenta por haber hallado á Gregorio.

Aquella noche, á eso de las doce, estaban cenando Gregorio, Joaquina y la cocinera.

German estaba en el Casino.

Aurora en la habitacion de Matilde.

Habia sobre la mesa del comedor, bien cubierta y preparada, un plato de perdices, otro de jamon y algunas otras viandas más ligeras.

—¿A qué ha venido cenar esta noche? preguntó la cocinera, que era una mujer sin malicia.

—Es porque hoy es el cumpleaños de Gregorio, dijo Joaquina.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y por eso se celebra á costa de los amos?

—¡Claro, los amos pagan! ¿qué cosa más natural que eso? bastante nos fastidian.

—A mí se me hace cargo de conciencia.

—¡Anda, anda, bebe, tonta! dijo Gregorio.

Y llenó el vaso de la cocinera dirigiendo á su mujer una mirada de inteligencia.

La muchacha, que no dejaba de tener bastante aficion al vino, y más si era exquisito Jerez como aquel, bebió.

—Con este es el tercer vaso, dijo, y ya me da vueltas todo al rededor de mí: ¡si llamaran ahora los señoritos!

—Les abririamos nosotros.

—¿Y si entraran aquí?

—¿Aquí? ¡ya ya! ¿no sabes que yo soy, y no la señorita, la que gobierna la casa?

—Por eso lo haces á tu gusto! dijo Gregorio con una carcajada.

—¡Claro está! esa es la pena que llevan las personas que no se cuidan de lo suyo: el que gobierna, lo hace del modo que le conviene mejor: ¡otro vasito! pero este debe ser de Champagne.

—¡Cómo! ¿hay tambien de ese vino que hace espuma?

—¡Tambien, no faltaba más que no lo hubiese siendo mi cumpleaños! dijo Gregorio.

—¡Pues dicen que va muy caro!

—Tres duros la botella.

—¿Y lo habeis pagado?

—¡Los amos! ¡á su salud!

Cada uno apuró su copa de Champagne.

Diez minutos despues, la cocinera dormia profundamente, rendida por la embriaguez, con los brazos apoyados en la mesa, y la cabeza en los brazos: el infame matrimonio se miró con aire de triunfo, y por los labios de entrambos rodó una sonrisa diabólica.

—¡Vamos! dijo Joaquina, con voz tan queda, que su marido más bien la adivinó que pudo oirla.

Encendió una bugía, é hizo á Gregorio señal de que la siguiera.

Este salió tras ella, y los dos se encaminaron al gabinete de Aurora.

Al lado del lecho habia un hermoso mueble de forma antigua, esculpido y tallado.

Joaquina hizo á su marido otra señal imperiosa, y este sacó una llave maestra de su faltriquera, abriendo con ella la parte superior del mueble.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Apareció un cofrecito de plata bastante grande, que abrió Gregorio, y en cuyo fondo habia una gran cantidad de dinero en oro y billetes.

—Carga con él, dijo Gregorio á su mujer, en tanto que yo busco las joyas.

—¡Están en el primer cajon... en el de arriba... dijo Joaquina: despacha!

Gregorio abrió precipitadamente, y aparecieron algunos estuches llenos de joyas; los fué sacando uno á uno, cerró despues, y salió con su compañera, entrando ambos en el cuarto que ocupaban.

—¡Huyamos! exclamó Joaquina, que estaba lívida de terror y de angustia.

—Espera, repuso su marido: no corre tanta prisa: la señorita tardará en volver: ¡y lo que es la que duerme, para rato tiene!

—¡Oh! ¡es que cada instante que paso aquí, me parece un siglo! exclamó la jóven: ¡pobre señorita, la hemos dejado en la miseria! ¡todo lo que tenia nos lo llevamos, todo!

—¿No robó ella antes á su madre? ¡pues el que roba á un ladron tiene cien años de perdon!

—Lo que es eso, es verdad: ella fué una mala hija, y le está bien empleado que hoy tomemos la revancha.

En tanto que así hablaba Joaquina, hacia paquetes de sus ropas y de las de su marido, que éste iba sacando al pasillo, en el que estaban ya el cofrecito del dinero y otra caja grande, en la cual Gregorio habia sepultado los estuches de las alhajas.

¡Yo tiemblo! exclamó Joaquina de nuevo, al cabo de pocos minutos: has echado bastante cantidad de polvos en el vino de la cocinera?

—Sí, mujer... no temas: pero date prisa, y larguémonos cuanto antes.

Joaquina acabó apresuradamente sus paquetes, y dijo á su marido:

—Baja tú ahora por si acaso está el portero despierto; le dices que vas á casa de la modista á llevarle algunos trajes para que los reforme: luego acabas de llevártelo todo en otro viaje, y ya no vuelves... yo bajaré despues diciendo que voy en tu busca porque me tiene con cuidado el ver que tardas tanto.

Así se hizo: Gregorio bajó, y al pasar por el departamento del portero, dijo en voz alta:

—¡Vaya una hora de enviarme á casa de la modista! ¡y dos viajes nada ménos!

El portero, que era viejo, y dormitaba en aquel momento, no respondió una palabra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Volvió á pasar, y pasó tambien Joaquina sin que el hombre entendiese nada de lo que sucedia.

De esta suerte, Aurora, despojada ya de la estimacion pública por su amistad con su vecina, se vió tambien despojada de todo lo que poseia en el mundo, como justo castigo de la hija que despojó y abandonó á su madre.

German no sufrió igual suerte: porque, más previsor que su hermana, tenia todo el dinero fuera de su casa y empleado en diversas especulaciones.

Cerca de las tres de la mañana eran cuando los dos hermanos regresaron á su casa; llamaron repetidas veces sin que nadie les abriese, y al fin, uno de los criados de Matilde bajó á un patio interior, subió por las rejas del piso bajo y ganó una ventana que daba á una galería, penetrando en la habitacion, y yendo á abrir la puerta para que pudiesen entrar Aurora y German.

La jóven, al ver las puertas y los cajones abiertos, al ver que ni la camarera ni su marido respondian, ni se hallaban en la casa, comprendió toda la extension de su desgracia, y echó á llorar amargamente.

Su hermano trató de consolarla, y luego se fué á acostar.

Creia hacer demasiado con no reconvenirla, porque mil veces le habia dicho que le diese su dinero, y que él se lo colocaría de una manera ventajosa.

Pero existia entre aquellos dos hermanos una desconfianza amarga que les impedia estimarse, aunque en el fondo de sus corazones se profesasen cariño.

Aurora creia á su hermano capaz de las más grandes dilapidaciones, y habia temido confiarle su dinero.

German, sordamente irritado por esta desconfianza, y creyendo igualmente á su hermana dotada de poco amor al órden y de muy mala cabeza, se habia como emancipado, dándole á entender que nada tendría que ver con cualquiera desastre que le sobreviniese.

Cuando la buena Doña Ursula y su hermano el tendero quisieron hacer valer los derechos de la primera, ya los culpables se hallaban en Inglaterra, bajo cuyo cielo triste y nebuloso fueron á buscar asilo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIII

El carácter de Amelia habia sufrido una extraordinaria y hermosa transformacion desde que Isabel se hallaba á su lado.

Nada hay que aproveche tanto á las jóvenes como el ejemplo, sobre todo, cuando éste es constante, y no parece sino la consecuencia de un bello y apacible carácter.

Lo que no alcanzan con los caractéres indómitos las reflexiones, y aun las reprensiones más duras y más acerbas, lo logran la suavidad y el buen ejemplo.

Amelia, adorada por su padre, y adorada por su abuela, respetaba á éstos mucho ménos que á su señorita de compañía.

Isabel no era alegre; pero, á pesar de esto, Amelia advertia al instante en su rostro el más leve aumento de tristeza.

Un dia en que la anciana Duquesa se quejaba amargamente delante de Isabel de los ex-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIII

El carácter de Amelia habia sufrido una extraordinaria y hermosa transformacion desde que Isabel se hallaba á su lado.

Nada hay que aproveche tanto á las jóvenes como el ejemplo, sobre todo, cuando éste es constante, y no parece sino la consecuencia de un bello y apacible carácter.

Lo que no alcanzan con los caractéres indómitos las reflexiones, y aun las reprensiones más duras y más acerbas, lo logran la suavidad y el buen ejemplo.

Amelia, adorada por su padre, y adorada por su abuela, respetaba á éstos mucho ménos que á su señorita de compañía.

Isabel no era alegre; pero, á pesar de esto, Amelia advertia al instante en su rostro el más leve aumento de tristeza.

Un dia en que la anciana Duquesa se quejaba amargamente delante de Isabel de los ex-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cesivos gastos de la casa, ésta le dijo con timidez.

—Señora, y ¿por qué V. E. no los reduce algun tanto?

—¿Y de qué modo? preguntó la dama: yo nada entiendo de esos cuidados mecánicos: en toda mi vida he sabido hacer otra cosa que dar el dinero que me han pedido: pero ¿no es verdad que estos criados de ahora me roban y me arruinan la casa?

—Señora, repuso Isabel: los criados, hasta los mejores, descuidan la casa si ven que no son vigilados.

—¿Pero no tengo para eso un ama de gobierno?

—Que es otra criada.

—Y de la que nadie se cuida, añadió Amelia: ella hace todo lo que quiere, y lo que quiere está reducido á llevarse la vida todo lo descansada posible.

—Tienes mucha razon, hija mia: pero ¿cómo remediarlo? ¿Te he de obligar á tí á cuidar de esa gente?

—¿Yo? ¡jamás! exclamó Amelia espantada.

—Lo mismo digo yo: de modo que es un mal sin remedio.

—Puede tenerlo si V. E. quiere, dijo Isabel.

—¿Qué dice Vd.? ¿que puede tenerlo?

—Sin duda: solo con que la señora Duquesa lo desee.

—¡Pues si no hay nada que yo desee tan vivamente!

—Pues bien: concédame V. E. su permiso para ponerme al frente de la casa.

—¿Usted, señorita?

—Sí, señora.

—¿Va Vd. á tomar sobre sí ese difícil cargo?

—Lo haré con la mejor voluntad, si así complazco á V. E.

—No solo me complacerá Vd., sino que me hará el mayor beneficio: hija mia, cada dia exige la vida mayores gastos: todos los artículos de la casa han subido un doscientos por ciento: las modistas son tambien mucho más caras: y es el caso que yo no sé cómo remediar este mal.

—No solo está la vida cara, señora, dijo Isabel, sino que los criados la hacen ser más cara aún, por su falta de cuidado y de interés: yo estaré á la vista de ellos.

—¡Ay, hija mia! exclamó la Duquesa: no se puede Vd. figurar el monstruoso gasto que te-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nemos; así es, que se consumen las rentas de mi hijo, las mias, y casi todos los años se vende una finca!

—¡Vender! exclamó asombrada Isabel.

—¡Vender, sí! ¿qué hacer, si no basta?

—Debe bastar, señora: y yo haré lo posible para que esta rica y noble casa no venga á ménos.

Isabel podia cumplir lo que ofrecia, por lo que toca al buen gobierno de una casa: pero ¡de cuántos sinsabores se vió rodeada! los criados, á pesar de su prudencia y dulzura, se convirtieron en sus más mortales enemigos, y algunos de ellos, tales como Anita, se despidieron al ver que no podian hacer su negocio.

Isabel tranquilizaba á la Duquesa, que era señora de muy cortos alcances, y se afligia como si no hubiera de hallar otros servidores.

—¡Ay Dios mio! exclamaba: ¿con que no hay otro remedio que dejarse robar, ó vivir sin criados? yo no sé qué es peor.

—Lo peor de todo, señora, respondió Isabel, es tener dentro de casa gente infiel y mala: no importa que se marchen los que no quieran estar porque se les exige honradez.

La jóven, para suplir la falta de los ausentes, tomó sobre ella los cargos que desempeñaban hasta el dia en que se recibieron otros nuevos, prévios los necesarios informes de su fidelidad y buena conducta.

Isabel los aleccionó con su acostumbrada paciencia y dulzura, imponiéndoles de sus obligaciones y exhortándoles á cumplirlas con la seguridad de que serían recompensados.

—Usted se quedará con el arreglo de la casa, hija mia, dijo la Duquesa á Isabel; no sabe usted la diferencia del presupuesto de este último mes á los anteriores: creo que si siguiéramos así, podría comprar una finca cada año, en vez de venderla.

—Mamá, dijo Amelia: segun asegura Isabel, *á rio revuelto, ganancia de pescadores.*

—¿Qué quiere decir eso? preguntó la Duquesa.

—Eso quiere decir, mamá, que donde no hay gobierno, nada basta: yo voy tambien á economizar en mis gastos de tocador, para ver si ahorro algo para limosnas: todo se lo lleva la modista, y no me quedan cada mes ni dos duros para un pobre, y eso que el socorro á los mendigos es uno de mis mayores placeres.

—Señorita, dijo Isabel: no es la miseria que se ostenta por las calles la más digna de lás-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tima: hay otra más dolorosa, que Vd. no conoce.

—¿Y dónde está?

—¿Dónde? ¡en todas partes! ¡yo la he probado! ¡yo la he sufrido!...

—¡Usted! exclamó la Duquesa.

—Yo, señora.

—¿Pero dónde? ¿cómo?

Isabel contó entonces cómo habia venido á Madrid sin otra recomendacion que la de Doña Ursula, y lo que habia sufrido al lado de la cuñada de ésta, la gruesa y egoista Doña Escolástica.

—Pero no quiero molestar á Vds. ya con la relacion de mis desgracias, prosiguió Isabel: hay muchas personas más infelices de lo que yo lo he sido, y eso que lo he sido mucho: junto á la casa de Doña Escolástica, habia una pobre mujer, madre de cinco niños pequeños, y de la cual me acuerdo no pocas veces con profundo dolor.

—Mamá, ¿quieres qne vaya á verla con Isabel? preguntó Amelia: y luego iremos á ver á Camila: si no quieres que vayamos solas, acompáñanos tú, y te quedarás en el coche.

—Vamos allá, dijo la Duquesa: ve á vestirte; y Vd. tambien Isabel, que aquí las espero.

La niña salió radiante de alegría, y poco despues volvió, siguiéndola Isabel, que la habia ayudado en su *toilette*.

Amelia estaba encantadora.

Nunca habia estado ataviada con tanta sencillez, y nunca, sin embargo, habia parecido tan bonita á los ojos de su abuela.

Isabel llevaba un traje de seda oscuro, un pequeño paletot negro, y un sombrerito muy sencillo.

—¡Dios mio! ¿qué es lo qué tienes hoy, Amelia? exclamó la Duquesa: ¿qué vestido es ese?

—¡Mamá, el de color de lila que tengo hace un año! respondió la jóven.

—¡Si parece otro nuevo!

—Es que Isabel lo ha arreglado un poco.

—¿Arreglado, y lo habia hecho Mme. Boliné?

—Sin embargo, lo ha arreglado.

—¡Y no hay duda! ¡ahora está mucho mejor!

—¡Cómo que ahora sienta bien á mi talle y antes no!

—¡Esta niña tiene unas manos divinas! ¿y ella? ¡oh! ¡su traje es una maravilla de elegancia!

—¡Pues es obra suya, mamá!

—¡Quién lo habia de decir! ¡yo creí que solo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las modistas, y las modistas francesas, eran las que sabian hacer así los vestidos!

—Desde hoy, si la señora Duquesa quiere, los haré yo, dijo Isabel, ya que tengo la dicha de que le agraden.

—¡Y cómo si me agradan! ¡pero hija mia, el que Vd. los haga no es posible!

—¿Por qué, señora?

¡Porque es una tarea inmensa! ¿Vd. sabe los trajes que para Amelia y para mí hace cada año la modista? pues pasan de cincuenta.

—Y la señora Duquesa y la señorita los rompen ó los deshacen todos?

—¡Sí quedan todos nuevos!

—¿Y no cree la señora Duquesa que ese dinero en vestidos es un capital muerto?

—¿Un capital?

—¿Cuánto costarán próximamente la tela y las hechuras de esos cincuenta trajes y sus accesorios de chales, paletots, manteletas y sombreros?

—¡Ay, Dios mio! ¡un dineral!

—¿No sabe, poco más ó ménos, cuánto la señora Duquesa?

—¡Jamás me he detenido á pensarlo, porque me da miedo!

—De esta suerte, señora, no sabe V. E. lo que gasta.

—No, hija mia.

—Pues, señora Duquesa, hay espantos saludables, y de esa clase sería el que V. E. sintiera al saber lo que le cuesta ese equipaje casi régio.

—¿Pero cómo remediar tal descalabro? nuestra clase...

—Yo sé, señora, que en las grandes capitales, como Lóndres y París, las damas tienen por lo general pocos trajes.

—¿Qué dice Vd.? yo creí que los tenian á cientos.

—Dicen que se hacen un par de ellos y que los llevan siempre: así que se deslucen, se hacen otros, y dejan aquellos para sus doncellas: de esta suerte, los trajes se aprovechan, aun despues que sus elegantes poseedoras los desechan, y éstas visten siempre de moda.

—No es mal método, y no lo echaré en olvido: ¡pero yo creí que la elegancia era tener muchos trajes!

—Mamá, vamos por Dios: estoy deseando que Camila conozca á Isabel, dijo Amelia, y antes tenemos que ir á socorrer á esa pobre mujer.

—Y ahora que me acuerdo, dijo la Duquesa:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en casa hace falta un ama de gobierno: si esa Doña Ursula se hallase vacante, podria venir aquí.

—¡Oh, señora! exclamó Isabel: ¡no puedo expresar á Vd. cuánto me alegraría esa adquisicion para V. E., y cuánto ganaria con ella su casa!

XIV

Al llegar á casa de los esposos tenderos, cuyas señas conservaba por escrito Isabel, se apearon ésta y Amelia, que ardía en deseos de hacer su primera *limosna á domicilio*.

La Duquesa se quedó en el coche.

Isabel entró primero en la casa inmediata á la tienda de Doña Escolástica, que, con gran admiracion suya, estaba cerrada.

En la portería se hallaba Felipa rodeada de sus hijos: desde la puerta se oian los quejidos de su marido enfermo.

—¡Ah, señorita! exclamó la pobre mujer al ver á Isabel, y saliendo á su encuentro con el niño menor en los brazos: ¡cuántas novedades tristes en el tiempo que Vd. falta de aquí! mi pobre marido está peor, mi hijo mayor está tambien muy malo, y Doña Escolástica y su marido...

—¿Qué les sucede?

—Han tenido que cerrar su tienda y ha venido la justicia á embargarles todo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en casa hace falta un ama de gobierno: si esa Doña Ursula se hallase vacante, podria venir aquí.

—¡Oh, señora! exclamó Isabel: ¡no puedo expresar á Vd. cuánto me alegraría esa adquisicion para V. E., y cuánto ganaria con ella su casa!

XIV

Al llegar á casa de los esposos tenderos, cuyas señas conservaba por escrito Isabel, se apearon ésta y Amelia, que ardía en deseos de hacer su primera *limosna á domicilio*.

La Duquesa se quedó en el coche.

Isabel entró primero en la casa inmediata á la tienda de Doña Escolástica, que, con gran admiracion suya, estaba cerrada.

En la portería se hallaba Felipa rodeada de sus hijos: desde la puerta se oian los quejidos de su marido enfermo.

—¡Ah, señorita! exclamó la pobre mujer al ver á Isabel, y saliendo á su encuentro con el niño menor en los brazos: ¡cuántas novedades tristes en el tiempo que Vd. falta de aquí! mi pobre marido está peor, mi hijo mayor está tambien muy malo, y Doña Escolástica y su marido...

—¿Qué les sucede?

—Han tenido que cerrar su tienda y ha venido la justicia á embargarles todo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Será posible? ¿y dónde están?

—Viven ahí; ni uno ni otro quieren separarse de este barrio y de esta casa, en la que han vivido durante tantos años: ¡y si tuvieran paz... pero D. Ciriaco echa la culpa de su ruina á su mujer, y Doña Escolástica la echa á su marido.

—¿Y la hermana de D. Ciriaco?

—¿Quién, Doña Ursula? ahí está: parece un alma de Dios.

—Esta señorita, dijo Isabel, quiere socorrer á Vd. privándose para ello de algunos caprichos de comodidad y lujo, á los que se halla acostumbrada: eso es muy de agradecer, Felipa, y yo espero que Vd. la bendecirá y rogará al cielo que la haga dichosa.

—¡Ah, señorita, venir hasta aquí, llegarse á nosotros y socorrernos, eso es digno de un ángel de Dios! exclamó el pobre enfermo desde su miserable lecho.

—¡Que el Señor bendiga á Vd.! añadió la mujer, recibiendo de rodillas la moneda de oro de ocho duros que le presentó Amelia: pero, añadió volviéndose á Isabel: Vd. querida señorita, era pobre tambien... ¿no necesita Vd. ya nada? ¿se halla Vd. bien?

—Estoy en casa de esta señorita, y basta con

eso para que sepa Vd. que mis desgracias han tenido fin, respondió Isabel.

—¡Gracias á Dios! y Vd., señorita, ojalá que sea siempre tan dichosa como merece y yo deseo, exclamó besando la mano de Amelia, de cuyos ojos brotaban las lágrimas más dulces que en su vida habia derramado.

—Venid, hijos mios, prosiguió Felipa llamando á sus dos hijos mayores: venid á besar la mano de vuestra bienhechora: decidle que ya no tendreis hambre, al ménos por algunos dias, y que cada pedazo de pan que comais, avivará en vuestro pecho la gratitud que le debeis.

Las dos jóvenes salieron de la miserable portería entre las bendiciones de aquellos desgraciados.

—¡Ay, Dios mio! exclamó Amelia: ¡cuánto placer y cuántas dulces emociones se compran con media onza! ¡cuánto mejor es haberla empleado así que gastarla en satisfacer un vano capricho!

—Señorita, dijo Isabel, puede Vd. dispensarse de ver á esta otra familia si gusta: yo encargaré á Doña Ursula que vaya á ver á la señora Duquesa para quedarse como ama de gobierno.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No, no, repuso Amelia: quiero ver y oir á esta gente: ya estoy tan cansada del lujo y de la riqueza, que este contraste me complace y me distrae.

Subieron las dos hasta el piso segundo, cuya puerta abrió Doña Escolástica.

Al verla, hizo Isabel un movimiento de sorpresa.

La pobre mujer estaba ménos que la mitad de gruesa que pocos dias antes: habia perdido por completo su aire erguido y altanero, la petulancia de sus maneras y su encendido color.

—¡Ah! exclamó al ver á Isabel, á la que tardó algun tiempo en reconocer: ¡ah, señorita, qué trasformaciones, así para Vd. como para mí; pero la de Vd. al fin ha sido para bien! sea usted tan bondadosa que, al entrar aquí, olvide lo que la he hecho padecer.

—Todo está olvidado, querida Doña Escolástica, dijo Isabel siguiendo á la ex-tendera; y si me acuerdo de algo, es solo de la generosa hospitalidad que á Vd. debí.

En la salita se hallaba Doña Ursula tegiendo una calceta muy fina.

—Señorita, exclamó así que vió á Isabel: pensaba hacer á Vd. una visita esta tarde; ¿ha visto Vd. á su prima?

—A Aurora, no.

—¡Ah! ¿con que no sabe Vd. la desgracia?

—¿La desgracia? ¿Qué ocurre pues?

—Le han robado cuanto tenia.

—¿Quién? ¡Dios mío, pobre Aurora!

—El bribon que me robó á mí el legado de su tía de Vd.; legado en el que estaba su fortuna.

—¿Gregorio?

—Claro: Gregorio y Joaquina, que se habían casado.

—Mañana, dijo Isabel, deseando poner término á una visita que podia fatigar á Amelia, vaya Vd. á casa de la señora Duquesa.

Poco despues se hallaban en casa de la Marquesa del Prado.

Hallábase ésta con su hijo en el cuarto de Camila, que había dejado el lecho, pero que estaba acostada en un ancho sillon.

El aspecto de la jóven decía que pocos dias le quedaban ya de vida sobre la tierra.

Una nevada palidez cubría sus facciones: solo en los pómulos de sus mejillas se veian dos rosas de pequeña extension, pero de subido color.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sus lábios se hallaban igualmente encendidos por la fiebre, y sus hermosos y rasgados ojos negros brillaban con una luz sombría.

—¡Ah, ingrata! exclamó al ver á Amelia: ¡te has pasado muchos dias sin verme!

—He aquí mi disculpa, que es por cierto muy bella, repuso Amelia señalando á Isabel.

Fernando levantó la vista del libro en que leía y miró á Isabel, que se puso colorada como una rosa de Mayo.

—Querida Camila, dijo la Duquesa: si Vd. está triste, ó de mal humor, le enviaremos á Isabel para que la acompañe y distraiga: es la señorita de compañía de Amelia: un ángel de bondad y de dulzura, al mismo tiempo que de talento y de gracia.

—Hoy nos quedaremos aquí un rato las dos, dijo alegremente la mimada Amelia: mamá, tú vete á casa: estando Isabel, ya estoy bien.

—¡Es, en verdad, admirable lo que ha pasado con esta jóven en casa! dijo la anciana Duquesa á la madre de Camila: desde que ella ha entrado, parece que ha entrado tambien la felicidad, el buen óren y la alegría.

—Me parece, sin embargo, que el semblante de esa jóven está muy triste, observó la Marquesa.

—Pues eso es lo más extraño: que ella está siempre melancólica, y hace dichosos á todos.

—¿Será desgraciada?

—Creo que sí, y aun creo que me ha dicho algo de eso la madre Jesús: desde luego es huérfana, y no tiene amparo alguno.

—¡Pobre niña! ¡tan jóven y tan bella! ¡ah, Duquesa! desde que estoy segura de perder á mi hija, me parece que amo más á todas las jóvenes! ¡que todas me interesan más!

—Pero no está mejor Camila?

—¡No, amiga mía, no! la madre Jesús ha empezado ya á prepararme para el golpe fatal, como si yo no estuviese ya bastante preparada.

—Mamá, dijo Camila, ¡yo quisiera una cosa!

—¿Qué deseas? habla hija mia, repuso la Marquesa, tomando tiernamente entre las suyas las manos de su hija.

—Quisiera, dijo Camila, que se quedasen hoy conmigo todo el dia Amelia y esa señorita que ha venido con ella.

La Marquesa y Fernando miraron suplicantes á Amelia.

—Sí que nos quedamos, ¿verdad, Isabel? Camila está enferma, y es necesario complacerla.

Y, acercándose á Fernando, añadió:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Me alegro mucho, porque tenemos que hablar.

El Marqués se sonrió con tristeza.

Creía que se trataba de reconvenciones por parte de la jóven porque no iba á verla hacía ya muchos dias.

—Está dicho; nos quedamos, añadió la petulante Amelia; cuando quieras, puedes irte, mamá.

En seguida se quitó aquella el sombrero, y lo dejó sobre un sillon.

—¿No imita Vd. á mi amiga? dijo Camila á Isabel, que se habia sentado á su lado: quítese Vd. el sombrero para que yo pueda ver libre del todo su hermosa cabeza.

—Y muy hermosa que es, dijo Amelia desenlazando ella misma las cintas del sombrero de Isabel; mira qué cabellos rubios tan abundantes y tan sedosos.

Isabel inclinó la cabeza, ruborizada y confusa con las alabanzas de la niña.

—Me retiro, dijo la Duquesa, quien, á pesar de su edad avanzada no podia soportar el espectáculo de la tristeza: querida amiga, por hoy Camila estará divertida y sufrirá ménos: Isabel es un ángel y tiene mucho talento. Adios; adios,

hija mía, añadió, besando á Camila en la frente.

Salió, y la Marquesa la acompañó, quedando las tres jóvenes solas con Fernando.

—¡Dios mío! ¡hoy sufro mucho! murmuró Camila, llevando la mano á su frente: luego añadió:

—Y el almohadon que estaba bordando para Amelia y que salía tan bonito, qué ¡lástima de no poderlo concluir para el dia de su santo!

—Tus afanes de trabajar te han puesto enferma, dijo la jóven; ¿á qué atarearse así? Si querías regalarme algo, ¿no venden muchas cosas bonitas hechas ya?

—Pero no lo estaban de mi mano.

—Es verdad, y, para mí, el ser obra tuya le da un mérito que con nada se paga; pero más te quisiera á tí buena, mi pobre amiga, que tener el almohadon.

—Señorita, dijo Isabel á Camila: ¿quiere Vd. que aquí á su vista trabaje yo en el almohadon? Vd. dirigirá, y puede decirse que lo haremos entre las dos.

—Ya que no hay otro remedio, sea, dijo Camila con una dulce sonrisa. Fernando, hazme el favor de encargar á Lucía que traiga mi bastidor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Yo iré por él, dijo Fernando.

—¡Qué buena es Vd., señorita! exclamó Camila mirando á Isabel: ¡tan buena como promete su cara de ángel! yo he soñado esta noche que me llevaban dos ángeles al cielo, y el uno tenia las facciones y la mirada de Vd.

—¿Y el otro? preguntó aturdidamente Amelia.

—Se parecía á mi madre.

—Es que tambien tu madre es muy bella, dijo la jóven ingénuamente.

—Y ahora, qué abatida y desmejorada está! ¡ya se ve, con mi enfermedad, no tiene un instante de reposo, y, antes de estar yo buena, es seguro que ella enfermará! aunque viene la madre Jesus de dia, mi madre no quiere descansar mientras está, y de noche tampoco se acuesta: yo, por no afligirla, procuro no quejarme, aunque tengo á veces un dolor que me desgarra el pecho.

—Señorita, dijo Isabel con la viva y graciosa expresion que le era natural; si la señora Marquesa quisiera fiarse de mí, yo la cuidaria á Vd., si no tambien como su señora madre, al ménos con todo el esmero posible.

—Aquí está la labor, dijo Amelia al ver al Marqués que entraba: y ahora, mientras vosotras os ocupais de ella, yo quiero hablar con Fernando acerca de un asunto: venga Vd. á aquel extremo de la habitacion, señor Marqués: junto á aquella ventana, que tenemos que hablar muy en secreto.

Fernando obedeció á la jóven, no sin alguna repugnancia: la alegría de aquella niña ligera, mimada y superficial, le hacia daño, pues su alma estaba cubierta de una mortal tristeza.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XV

Amelia se sentó al lado de la ventana, y señaló á Fernando un sillon colocado en frente de ella.

—Vamos á hablar de boda, caballero, le dijo revistiendo su semblante de toda la gravedad posible.

—¡Ah, señorita! exclamó Fernando; ¡en esta ocasion!

—¿Qué más da?

—¿Pero no vé Vd. el estado de mi hermana?

—Por lo que yo le diga á Vd., no se pondrá peor.

—Hable Vd., dijo el Marqués con un gesto de resignacion muy expresivo.

—Pues empiezo: y tenga Vd. un poco de calma, que no le pesará.

—Ya escucho á Vd.

—Ha de saber Vd. que no quiero ser Marquesa del Prado, dijo Amelia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XV

Amelia se sentó al lado de la ventana, y señaló á Fernando un sillon colocado en frente de ella.

—Vamos á hablar de boda, caballero, le dijo revistiendo su semblante de toda la gravedad posible.

—¡Ah, señorita! exclamó Fernando; ¡en esta ocasion!

—¿Qué más da?

—¿Pero no vé Vd. el estado de mi hermana?

—Por lo que yo le diga á Vd., no se pondrá peor.

—Hable Vd., dijo el Marqués con un gesto de resignacion muy expresivo.

—Pues empiezo: y tenga Vd. un poco de calma, que no le pesará.

—Ya escucho á Vd.

—Ha de saber Vd. que no quiero ser Marquesa del Prado, dijo Amelia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Fernando la miró sorprendido.

—No abra Vd. tanto los ojos, que ya sé que los tiene hermosos y grandes: pero, á pesar de eso, repito lo dicho: no quiero casarme con Vd.

—¿Y podré saber el motivo de esa resolucion, señorita? preguntó el Marqués, quien, á pesar del estado de su espíritu, no pudo oir sin mucha alegría aquellas palabras.

—¿El motivo? son varios.

—¿Y no me dirá Vd. algunos?

—Todos, si Vd. quiere.

—Veamos:

—Primero, que no nos amamos; porque Vd. no me ama, ¿verdad?

—A lo ménos estoy seguro de que hubiera sabido hacer á Vd. feliz, repuso Fernando gravemente.

—¡Si acaso á costa de la dicha de Vd.; pero eso no era posible. Vd. es grave, yo soy alegre: Vd. es formal, yo soy ligera: á Vd. le agradan las mujeres laboriosas y metiditas en casa, á mí me agrada no hacer nada, y salir á todas partes: quiero ir á bailes, á paseo, á visitas, al teatro.

—Iria Vd.

—¿De qué modo? ¿con quién? Mi abuela es ya muy anciana: mi padre se ocupa solo de su caza y de sus viajes: su madre de Vd. se violenta cada vez que sale: ¿y le habia yo de imponer el tormento del movimiento contínuo?

—Acompañaria yo á Vd.

—¡Pues iba Vd. á vivir divertido! ¡Vd. que gusta de la soledad del campo, de trabajar en su despacho, de leer! ¡qué disparate! ¡seríamos víctimas Vd. ó yo! mejor dicho, lo sería yo, porque Vd. se cansaría al cabo de ser galante, y como la fuerza estaba en su mano, dejaría de serlo.

—¡Amelia, qué mal me juzga Vd.!

—Y bien; concedo que Vd. no se cansase de complacerme: ¿sería yo dichosa, viéndole á Vd. víctima de mis caprichos constantemente? ¡y luego... en fin... no me gusta Vd.: siempre tan sério, tan taciturno... tan grave! ¿cuánto más gentil y elegante es el Vizconde de la Flor?

—¿Quién? ¿ese dige? ¿ese muñeco? preguntó Fernando, que no pudo ménos de sonreirse.

—¡El mismo! ¿qué es pequeñito? lo sé: ¡pero qué cara tiene tan mona! ¡parece la de una muñeca de porcelana! ¡qué ojos azules tan lindos! ¡qué cabellos rubios tan rizados! ¡qué boquita de rosa!

—¿Es decir, que está Vd. enamorada del Vizconde?

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Claro está: ¡y luego siempre á caballo, siempre en su elegante carretela! ¡siempre comiendo y repartiendo dulces! ¡oh! ¡el Vizconde es encantador!

—¿De modo que Vd. se casaría con él?

—¿Quién lo duda? ¡y trataré de ser á toda costa la Vizcondesa de la Flor! pero no se enfade Vd., que yo sé lo que debo hacer con Vd., amigo mio.

—¿Y qué ha de hacer Vd.?

—Buscarle otra novia.

—¡A mí!

—Y ya lo he hecho.

—¿Me ha buscado Vd. novia?

—¡Claro está! yo rehuso casarme con Vd., lo cual equivale á robarle su esposa futura: el que roba, debe restituir: yo le restituyo á Vd. otra que vale mucho más que yo.

—¿Es decir que ya ha encontrado Vd. novia para mí?

—Ciertamente: la he encontrado, y es encantadora.

—Señorita, repuso el Marqués sonriendo á pesar de su dolorosa preocupacion: doy á Vd. mil gracias, pero le confieso que ha sido inútil su trabajo.

—¿Inútil?

—Completamente.

—¿Y por qué?

—Porque rehusándome Vd. el honor de su mano, no pienso casarme por ahora.

—Pero pensará Vd. hacerlo más tarde.

—No sé cuando será: y entonces...

—¿Qué?

—Daré á Vd. el encargo de que busque mi futura, ó la buscaré yo mismo si la señora Vizcondesa de la Flor se halla muy ocupada.

—¡Es decir, exclamó Amelia, tan furiosa como si despreciaran su mano, que me desaira Vd.!

—Antes bien, es Vd. quien me desaira á mí.

—¡No señor! ¡Vd. rehusa la novia que le propongo, y eso es... bastante grosero!

—¿Se enoja Vd., querida Amelia? dijo el Marqués con el acento de tierna lástima que emplea siempre un hombre grave con una jovencita linda y mimada.

—¡Me enojo, sí señor! ¡y mucho! me enojo tanto, que jamás volveré á saludar á Vd.

—¡Mucho ama Vd. á mi novia!

—¡Mucho! ¡porque es digna de ello! ¡por buena y por bonita no la merecía Vd., y todavía se atreve á rehusarla! ¡nunca lo hubiera esperado!

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Pero si no la conozco!

—¡Sí la conoce Vd.!

—¡Yo! ¿desde cuándo?

—Desde hace un rato.

—¿Pues quién es?

—Es Isabel.

—¿Cómo, esa jóven?

—¡Esa jóven, sí señor! ¡esa jóven que no es de la aristocracia, pero que es de muy buena familia! ¡que es retirada, melancólica, dulce, persuasiva, complaciente, modesta, que es además bonita como un serafin.

—Nada de eso le niego.

—¡Y yo que tanto he cavilado á fin de hallar una novia para Vd.! ¡bien empleado ha sido!

—Gracias, querida Amelia por tantos cuidados.

—¿Y ahora me dice que no la quiere y que se buscará la novia por sí mismo?

—Mi querida niña, dijo Fernando con dulce gravedad y tomando con fraternal cariño la linda y pequeña mano de Amelia, óigame usted con atencion, y procure ser formal durante diez minutos para comprenderme: ahora no puedo pensar en casarme de ningun modo, y nuestra boda misma, tan pronta ya á verificarse,

hubiera debido aplazarse al ménos por algun tiempo. Mi hermana está gravemente enferma... todos nuestros bienes están comprometidos con un pleito injusto, sí, pero que perderemos... estoy seguro de ello... ya ve Vd. que ahora es imposible pensar en nada que no tenga relacion con las dos catástrofes que nos amenazan, y de las cuales, esté Vd. segura de que es la menor la pérdida de nuestra fortuna.

—Ya comprendo lo que Vd. me dice; pero sin embargo, ¿me promete Vd. pensar en mi proposicion?

—Sí por cierto.

—¿Y me avisará cuando piense en casarse?

—Se lo ofrezco solemnemente.

—Nada más le pido por ahora.

—¡Querida Amelia, es Vd. un ángel!

—¡Sí, dejándole á Vd. hacer lo que quiere!...

—¿Pero no es justo? ¡digalo Vd. con la mano en el corazon!

—No, no quiero preguntar á mi corazon, dijo Amelia levantándose, para dar á Vd. la razon, mas bien tengo que interrogar á mi cabeza.

Acercáronse los dos jóvenes al grupo encantador que formaban la enferma é Isabel, que bordaba sentada á su lado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las facciones de Camila, mentían una apariencia de salud y de vida: sus ojos estaban animados: sus mejillas sonrosadas: hablaba alegremente, con su compañera, de labores, de botánica, de dibujo y de música, pues aquella jóven, como casi todas las atacadas de una enfermedad de pecho, poseía un talento y una inteligencia nada comunes.

—Tu amiga es encantadora, querida Amelia, dijo Camila: te la envidio, y más quisiera no haberla conocido.

—¿Por qué? preguntó la jóven.

—¡Por que me quedaré muy triste cuando se vaya!

—Que no se vaya, pues.

—¿Qué dices?

—Te la cedo hasta que estés mejor.

—¡Hasta que me muera! murmuró Camila en voz tan baja, que nadie la oyó.

XVI

German, despedido de casa de la Duquesa de una manera y por una causa que no le dejaba ninguna esperanza de volver á ella, se dedicó asíduamente á obsequiar á Matilde.

—Es encantadora, se dijo, y además, debe ser rica: esto es lo que me conviene y lo que busco: no pertenece á la aristocracia por la cuna, es cierto, aunque tal vez sea hija de buena familia; pero en el teatro, en la Fuente Castellana, en todas partes, su belleza y la opulencia de sus trenes y de sus joyas llenan de envidia á las damas de la más alta nobleza: yo lo he visto: ¿y qué más puede apetecer mi vanidad?

En tanto que German obsequiaba asíduamente á Matilde, animado por las anteriores reflexiones, esta pensaba de un modo bastante análogo al de su adorador.

—La señora de Megía, es un apellido que suena muy bien, se decía: y luego, él es rico,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jóven, elegante y está dotado de la más bella y arrogante figura; solo le falta un barniz que yo le daré... ese barniz del gran mundo y de los modales escogidos, que tanto necesita, y que adquirirá á poca costa... es preciso decidirle, y pronto: para el mundo, tengo veinte y seis años, gracias á Fortis... pero yo sé perfectamente que he cumplido los cuarenta, y ya es hora de que me case: los cosméticos me seguirán prestando su auxilio, y aun puedo ser jóven durante algun tiempo, porque conservo el talle bastante derecho: en cuanto á los dientes y los cabellos, como dormiremos cada uno en su habitacion, y únicamente me verá vestida, no tiene necesidad de saber si están de asiento en mi boca y en mi cabeza, ó si solo son huéspedes de ellas.

Animados con estas disposiciones, se entendieron muy pronto los dos amantes, y su casamiento tardó poco en decidirse.

Una mañana entró German en el cuarto de su hermana, que acababa de levantarse.

Aurora estaba pálida y demudada.

La impresion que el robo de que habia sido víctima le habia causado, fué muy fuerte, pero duró poco: el tormento verdadero de su alma

era el amor que sentia por el Marqués, cada dia más terrible y más voraz.

Como por la enfermedad de su hermana, Fernando hacia una vida muy retirada, Aurora tomó el partido de expiar su casa por las noches, para ver las paredes que le guardaban, ó verle á él, si por casualidad salia.

Dos veces consiguió su objeto: Fernando salió de su casa sombrío y preocupado; el pleito, á cuyas vistas no asistia, seguia sus trámites cada vez más amenazantes para la fortuna de Fernando y de su familia; el Marqués dejaba su casa para buscar un poco de distraccion y de olvido.

De súbito, y destacándose de la pared de enfrente como una triste sombra, vió una enlutada figura que se acercaba á él.

Era Aurora; quiso esta hablarle, y la voz se le anudó en la garganta.

El Marqués, creyéndola una mendiga, sacó del bolsillo de su chaleco una moneda de plata, y la puso en la trémula mano de Aurora.

—Tome Vd., le dijo; y ruegue á Dios por mi hermana.

Dicho esto, se alejó.

Aurora besó la moneda, y la guardó en su bolsillo como una preciosa reliquia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Luego volvió á su sitio, para ver de nuevo á Fernando cuando éste regresase á su casa.

Poco tardó en volver, más triste y abatido que cuando habia salido.

Aurora tornó á acercarse á él, agrupando sobre su pálido rostro los pliegues de su velo negro.

—Señora, dijo Fernando; no puedo socorrer á Vd. con mayor cantidad: no soy rico, y estoy muy cerca de la pobreza.

Aurora levantó el velo que caia sobre su rostro, y un rayo de luz, procedente de un reverbero vecino, iluminó sus hermosas facciones.

—¡Señora! exclamó Fernando: ¿Vd. aquí? ¿qué le sucede? ¿y es Vd. á quien yo dí una moneda? ¡ah, perdon!

Aurora quiso hablar, y no pudo.

La emocion, el rubor, la angustia de su alma, embargaban su lengua.

—Vamos, añadió el Marqués, que comprendia á medias, y no queria acabar de comprender: vamos, y acompañaré á Vd. á su casa.

Aurora se apoyó en el brazo que le presentaban, y llegó á su casa, que estaba cerca, con paso lento y fatigoso.

Al entrar en ella, se dejó caer en una silla,

é hizo una señal al Marqués para que se sentara igualmente.

Luego levantó su velo con una especie de resolucion dolorosa.

—Caballero, dijo: es inútil que yo trate de disimular lo que Vd. ha adivinado ya: he ido á verle á Vd., á hablarle... mi corazon lo necesitaba...

Fernando la miró sorprendido.

—¡Pobre jóven! dijo, tomando la mano á Aurora con una conmiseracion profunda: ¿por qué ha fijado Vd. sus ojos en mí?

—No lo sé, repuso Aurora enjugando sus ojos: Dios sin duda lo ha querido así para castigarme de mi rebeldía y de mi poca sumision hácia mi madre... con la cual obré muy mal... grande es el castigo; pero lo merezco: ¡hágase su santa voluntad!

—Aurora, repuso Fernando, yo no amo á usted ni la amaré nunca... es indigno de mí el engañarla con palabras vanas y con esperanzas que jamás han de ser realizadas: hoy, crueles disgustos de familia me impiden pensar en el amor: el dia que haya tranquilidad en mi espíritu, me casaré con una jóven á quien ame, y que ame á mi madre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Adios, señor Marqués, dijo Aurora levantándose, no quiero ni puedo ya pensar más que en Dios: voy á buscar los medios de pertenecerle á él solo.

Fernando se marchó.

Algunos dias despues de esta escena, Aurora volvió á ver al Marqués, por la noche, pero éste no la vió.

Cuando German entró en el cuarto de su hermana, la halló pálida y abatida.

Sin embargo, aunque hacía dos dias que no la veía, porque comia con sus amigos, ó en el Casino, no notó la profunda alteracion de las facciones de Aurora.

Sentóse cerca de ella, y le dijo:

—Vengo á participarte que me caso.

—¿Te casas? ¿y con quién?

—Con Matilde.

—Yo creí que tenías más elevadas miras, repuso la jóven con amargura.

—La amo, y creo que con ella seré feliz.

—Yo creo que no, replicó Aurora.

—¿En qué te fundas?

—En que esa mujer no tiene corazon: ¿querrás creer que desde la noche que me robaron, no la he vuelto á ver por aquí?

—No lo extrañes, pues ya sabes lo ocupada que se halla siempre: recibe mucha gente, y sale mucho: ella se queja de que tampoco te vé: pero hablando de otra cosa: ahora cuando yo me case, ¿qué piensas hacer, querida Aurora?

La jóven miró sorprendida á su hermano: jamás habia esperado oir de sus lábios aquella pregunta cruel: pensaba, sí, tomar otro método de vida: pero no que fuera él quien se lo propusiera ó la separase de su lado.

Antes de que la sorpresa le permitiese hablar, German prosiguió:

—Tú careces ya de recursos: gracias á tu empeño de conservarla en tu poder, te ha sido robada toda tu fortuna... la mía no es grande... ya lo sabes... la de Matilde no sé á lo que asciende... pero no creo que sea tampoco muy pingüe.

—Nada os pido, hermano, repuso Aurora con una amarga sonrisa: he quedado pobre, y nada me importa: pero sé que para vosotros solo debo ser una carga de que quiero libertaros: ¿cuánto tiempo piensas que tarde en verificarse tu casamiento?

—Un mes, repuso German.

—Yo no necesito tanto para disponer de mi

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

suerte y arreglar mi porvenir: solo te pido ocho dias de término.

—Concedidos, dijo German.

—Gracias, hermano, por esa merced: y ahora el cielo quiera hacerte tan feliz como yo deseo.

—¿Y tú, por qué no te casas? preguntó German á su hermana: eres jóven, bonita, y, así que me case, me ocuparé de vender las fincas que nos quedan, y te daré tu parte.

Aurora no respondió á aquellas palabras: pero viendo que su hermano no se movía, se levantó ella y dijo:

—Voy á salir.

—Adios pues, dijo German: y créeme: no renuncies aún al mundo, y saca partido de él.

—Tienes razon, dijo Aurora: y seguiré tu consejo: pienso casarme.

—¡Hola! ¿habia algun amador en campaña?

—¡Sí!

—¡Y qué callado lo tenias!

—¿Qué quieres? yo soy reservada, dijo Aurora con una sonrisa que ocultaba más dolor que las lágrimas.

—¿Y es rico el novio? preguntó su hermano.

—¡Riquísimo!

—¿Tiene buena figura?

—¡Es el hombre más hermoso de cuantos he visto!

—¿Jóven?

—Tiene treinta y tres años.

—¿Es de buena familia?

—¡Noble como un príncipe!

—¡Mujer! ¿dónde has conocido semejante novio? exclamó German.

—Ya te lo diré despues: ahora tengo prisa.

—¿Y cuándo te casarás?

—Lo antes posible.

—¡Adios, y que sea enhorabuena! dijo German, preparándose á salir.

—La admito, y de mejor gana me la darás así que conozcas á mi futuro esposo.

—¿Y cómo le llaman? Si es persona de suposicion, irá al Casino: yo debo conocerle.

—Permíteme callarte ahora su nombre: será, por otra parte, inútil que te lo diga: no va al Casino.

—¡Vaya una cosa rara, siendo rico y noble!...

—Lo es, y, sin embargo, no va: voy creyendo, amigo mio, prosiguió la jóven con una sonrisa bastante extraña, que no es preciso, para que tengan á un hombre por persona de calidad, el que vaya al Casino para arruinarse; para que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otros, más listos ó con ménos delicadeza que él, exploten su fortuna en provecho propio.

—¡Pues antes no pensabas así! dijo German: tú misma me instaste para que fuese al Casino, para que procurase introducirme en el gran mundo.

—¡Ay! es que ahora veo las cosas de otro modo, repuso Aurora con un profundo suspiro, y reteniendo con mucha pena dos lágrimas prontas á escaparse de sus ojos.

—¿Te ha vuelto misántropa la pérdida de tu fortuna?

—¡Tal vez sí! no sé si el haber quedado pobre, ó el nuevo amor que siento, es lo que ha obrado en mí una extraña mudanza.

German no respondió: dió una vuelta por la estancia silbando una cancion de moda, y luego, acercándose de nuevo á su hermana, le dijo:

—Así que nos casemos, nos vamos á pasar Matilde y yo una temporada á París.

—Procuraré que por mí no retardeis, ni vuestra boda ni vuestro viaje, respondió Aurora, que comprendió la indirecta.

—Adios, dijo German saliendo de la estancia.

Aurora dejó caer su cabeza entre las manos.

—¡Sola! exclamó: ¡héme aquí abandonada de todos, y de todos olvidada! ¡sin madre, á la que

yo causé la muerte; sin esposo, al que he precipitado en los abismos del vicio, que le han dado una muerte desastrosa; sin hijos, porque Dios me los ha negado; sin amigos!... ¿qué es la vida para mí? ¡solo un inmenso y árido desierto..! ¡y sin embargo, yo no soy mala! si mi corazon estuviera pervertido, yo no tendría tanto horror al vicio donde quiera que lo veo! ¡yo podia lanzarme á esa vida cubierta de flores, llena de placeres, que llevan otras mujeres, que lleva Matilde, porque yo soy jóven y bella! ¡pero no, mi corazon se separa horrorizado de todo lo que no es bueno! mi pobre madre, á la que tan mal pagué, me ha dejado por herencia un santo horror al mal, y un apego invencible á lo que es honrado y bueno: ¿será que Dios me quiera para Él? !solo así me explico esta completa soledad moral en que voy quedando! ¡este modo de huir de mí la fortuna, el amor, los santos goces de la familia, y todo aquello que hace estimable la vida!

Un solo afecto me queda: el de Isabel: voy á pasar algunos instantes á su lado, y á participarle mi intencion de refugiarme en el seno de la religion.

Aurora salió, y se dirigió á casa de Amelia, que era donde sabía que se hallaba su prima.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

XVII

La jóven preguntó por Isabel al lacayo que abrió la puerta de la magnífica habitacion de la Duquesa.

—Voy á llamar al ama de llaves, que informará á la señorita, porque las señoras han salido, dijo el criado: sírvase Vd. pasar entre tanto donde pueda descansar.

Aurora entró en un elegante saloncito, en el que se respiraba el lujo y el buen gusto más delicado.

Los muebles de encina con ligeros filetes de oro, las colgaduras de damasco violeta, los preciosos cuadros de antigua fecha, la rica alfombra, todo esto, animado por los rayos de un hermoso y alegre sol y por ese ligero y penetrante perfume de las habitaciones suntuosas, trasportaba el alma á recuerdos risueños de placer y de goces.

Sin embargo, el corazon de Aurora perma-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

neció frío ante aquella pompa: únicamente le llenaba la imágen de Fernando: para Aurora, no habia en la vida más que dos cosas: Dios y el Marqués.

¡Pobre criatura! nacida solo para sufrir los sinsabores de la tierra, todo lo hallaba ya desierto sin haber probado nada: la existencia no habia tenido para ella velos rosados, sino negros crespones; y salía de la tierra casi sin haber llegado á sus umbrales.

La presencia del ama de gobierno la sacó de sus melancólicas reflexiones.

—¡Señorita! exclamó esta.

—¡Doña Ursula! repuso la jóven reconociéndola: ¿cómo está Vd. aquí?

—He entrado con el mismo destino que tenia en casa de su señora madre.

—¿No está Isabel? preguntó Aurora.

—No señora: desde el dia en que yo entré, se halla en casa del señor Marqués del Prado: ¿quiere Vd. verla?

—Sí, Doña Ursula: necesito hablarla.

—Pues tómese Vd. el trabajo de ir allí: podia enviar á buscarla en otras circunstancias; pero hoy no me parece posible.

—¿Por qué?

—La señorita hermana del señor Marqués, se muere segun he oido decir á la señora: la señorita Isabel fué con la señorita Amelia á verla: la enferma las hizo quedar allí todo el dia: y gustó tanto de la compañía y de la conversacion de su prima de Vd., que ya no la dejó salir.

—Voy pues allí, dijo Aurora sintiendo un melancólico placer al pensar que iba á entrar por la primera y última vez en casa del Marqués: adios, Doña Ursula.

—Adios, señorita: ya sabe Vd. donde estoy, por si me necesita para algo.

Aurora salió tristemente preocupada: iba á ver al Marqués en el dia del luto y de las lágrimas: era Dios el que la llevaba á su presencia, porque ella habia creido verle por la última vez en la noche anterior: ¡pero qué triste iba á ser aquella despedida!

Llegó por fin á casa de la Marquesa: la puerta se hallaba abierta, á fin de que el ruido de la campanilla no llegase hasta la enferma: el criado, que se hallaba en la antesala, no dijo nada á Aurora, que entró en la antecámara.

Una camarera salía por una puerta al entrar Aurora por la otra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—La señorita Isabel? preguntó la jóven.

—Allí está, respondió maquinalmente la camarera, enjugándose los ojos.

Aurora, creyendo que estaría sola su prima, siguió la direccion indicada, y se halló en un gabinete, donde la muerte se habia instalado, pero en el que algunas personas pugnaban por ocultar su presencia á la víctima que designaba su descarnado dedo.

Sentada en el centro del aposento, ó más bien, recostada en un gran sillon, se hallaba una jóven pálida, con el color alabastrino del nácar, pero cuyas mejillas mostraban todavía los tintes de la rosa.

Sus ojos negros y rasgados tenian aún reflejos llenos de vida, y casi de alegría: era una luz que agonizaba, lanzando sus últimos reflejos.

Serían como las dos de la tarde: un sol radiante, el sol de Setiembre, penetraba por la ventana abierta: y al mismo tiempo, una brisa templada oreaba la tierra, agitando las flores, que mostraban en las macetas del balcon sus postreras galas.

Un pajarito cantaba encerrado en su jaula, y saltaba de palito en palito con esa alegría propia solo de las aves y de los niños.

Sentada á alguna distancia y haciendo como que leía, se hallaba la Marquesa; pero su llanto no dejaba de correr silencioso y desgarrador.

Isabel, sentada al lado del sillon de Camila, terminaba el almohadon que ésta habia destinado á Amelia.

Fernando, sentado al otro lado del sillon de su hermana, estaba callado y abatido.

Cerca del balcon estaba Amelia, que de vez en cuando cambiaba algunas palabras con el médico de la casa, allí presente tambien.

—Acérquese Vd., señora, dijo Camila, que fué la primera que vió aparecer á Aurora, con esa lucidez que hasta el último instante de su vida conservan los que mueren de esa fatal enfermedad que se llama tísis.

—Señora... señorita... dijo Aurora confusa: siento venir á incomodar... yo buscaba á mi prima, y creí hallarla sola... ¡perdon por mi indiscrecion!...

—Aquí está Isabel, dijo Camila: vino con Amelia hace seis dias y me agradó tanto su compañía, que supliqué á mi amiga que me la dejase... ¡acérquese Vd., señora, y verá qué bien ha concluido el almohadon que yo habia empezado!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La Marquesa se levantó, tomó la mano de la trémula y confusa Aurora, y la condujo junto á su hija.

Fernando aproximó un asiento.

—Este almohadon, prosiguió Camila, era uno de los regalos de boda que yo queria hacer á Amelia cuando se casara con mi hermano: pero como ahora Fernando va á casarse con Isabel, el almohadon será para ella.

Aurora, al escuchar estas palabras, abrió sus grandes y tristes ojos negros y los fijó en su prima.

—Sí, prosiguió Camila: yo me voy de este mundo: lo sé, por más que me lo quieran ocultar... este sol, que ahora luce, será el último que vean mis ojos... y como sé lo que vale Isabel, y mi madre se queda tan sola, quiero que sea su hija!

—¡Hija mia! ¡piensa solo en ponerte mejor! dijo la Marquesa, y luego ya veremos lo que se hace.

—Mamá, repuso Camila: ¡esto que digo no es una monomanía de moribunda, no! ya sabes que tambien Amelia quiere que Isabel se case con mi hermano: éste me ha confesado que le agrada... ¿por qué no se han de casar? deja

que me vaya de este mundo tranquila, madre mia: yo te conozco: conozco á Isabel, y sé que ella te consolará de mi pérdida.

Nadie respondió: todos derramaban lágrimas silenciosas.

—¿Ha venido la madre Jesús? preguntó Camila tras una pausa: me parece que la veo allá fuera.

—Ahora viene, dijo Isabel.

En efecto: la religiosa entró un instante despues: se acercó á la enferma, y la besó en la frente.

—Ya me voy, mi buena madre Jesús, dijo Camila: así que cierro los ojos, veo al Señor, que me llama y me dice:

—Ven, hija mia, ven: te espero aquí arriba.

—Así pues, señora, prosiguió Camila, pronto me iré ya: cuando yo no esté aquí, consuele usted á mi madre y á mi hermano.

Camila dijo estas palabras como haciendo un grande esfuerzo: era evidente que su aliento era cada vez más fatigoso, y que apenas podía ya hablar.

Cerró los ojos, y de sus labios, que empezaban á ponerse descoloridos, se escapaba á largos intervalos un quejido: parecia como que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

algo se iba rompiendo dentro de aquel cuerpo frágil y delicado.

—Llévese Vd. de aquí á mi madre, señora, dijo Fernando en voz baja á la hermana de la Caridad.

Esta se acercó á la Marquesa, y le suplicó con pena que consintiese en seguirla á otra habitacion.

—¡No, no! repuso la Marquesa: soy una verdadera cristiana, y no me entregaré á la desesperacion: ¡pero tampoco quiero perder ni un instante de la vida de mi hija!

La religiosa salió para enviar en busca de un Sacerdote, que administrase á la agonizante la Extrema-Uncion.

La Marquesa se arrodilló al lado del sillon de Camila, que apenas respiraba.

Hubo un instante en que abrió los ojos: unió las manos de Fernando y de Isabel, y miró á su madre de un modo tan elocuente, que la Marquesa dijo con voz solemne:

—¡Sí!

El semblante de Camila pintó la alegría y el consuelo, y aun duraba aquella expresion, cuando recibió el último de los sacramentos de la Iglesia, el que se administra al

cuerpo, cuando ya está el alma próxima á abandonarle.

El silencio más profundo reinaba en la estancia: solo se oian los sollozos de la Marquesa y de Isabel, que, poco acostumbrada á ver la muerte tan de cerca, sentía, al comtemplarla, una angustia indecible.

La religiosa y el Sacerdote, arrodillados á los lados del sillon de la agonizante, recitaban las oraciones que tiene la Iglesia para encaminar el alma al cielo.

Aurora sintió, al oir aquellas preces, al ver aquella santa muerte, al contemplar arrodillado y rezando á Fernando, que todo lo que su amor hácia él tenia de mundano, se fundía en un sentimiento casto, puro, casi fraternal.

Camila rezaba tambien, y, durante algunos instantes, su voz fué clara y distinta, y su rostro conservó la serenidad de que su muerte estaba rodeada: luego su acento se debilitó poco á poco, y se hizo del todo ininteligible.

Las rosas de sus mejillas se apagaron como el soplo de un niño apaga la luz que brilla tras un globo de porcelana.

Cerráronse sus grandes ojos, y sus manos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que tenia unidas, se desunieron, cayendo sus brazos á lo largo de su cuerpo.

—¡Señor, voy á tí! dijo con voz tranquila, aunque muy débil; ¡recíbeme en tu seno!

No habló más: su respiracion se hizo tan débil como el hálito de un niño dormido.

Salieron de su boca dos ó tres leves suspiros, y con el último, voló su alma á las regiones celestes.

La Marquesa fué la primera que se apercibió de que ya no tenia hija.

Se levantó, y cerró sus ojos que habian quedado entreabiertos, besándolos despues con una ternura infinita.

—¡Hija mia! ¡pobre pajarillo á quien calenté en mi seno, vé á cantar tus inocentes himnos delante del Señor!

—Dichosa ella, señora, que va al reino de eterna gloria, dijo el Sacerdote; los tristes somos los que la perdemos: pero Vd., que es tan buena madre, debe preferir la infinita ventura de esta niña al placer de poseerla, que estaria mezclado con el dolor de verla padecer.

XVIII

—Madre mia, dijo Aurora al ver á la madre Jesús que se retiraba, quisiera hablar á Vd.

—Estoy á sus órdenes, señora, respondió la superiora de las hermanas de la Caridad.

—¿Va Vd. á volver pronto?

—Dentro de dos horas, volveré para cumplir los últimos deberes con los restos de mi pobre y querida Camila: yo quiero ser, señora, la que le vista sus últimas y blancas galas.

—Pues bien, yo desearia ayudar á Vd. en esos cuidados, y delante de esos restos sagrados para mí, le hablaré de una resolucion que he tomado.

La madre Jesús miró á Aurora bastante sorprendida: aquel hermoso semblante de diez y nueve años tenia impresa ya la huella de hondos y crueles sufrimientos, y la religiosa estaba demasiado familiarizada con las penas, para no comprender aquellos signos que se es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

criben en la palidez de la frente, en la amargura de la sonrisa y en la invencible languidez de la mirada.

—¿Es Vd. desgraciada, hija mia? le preguntó tomándole afectuosamente la mano.

—¡Mucho! repuso Aurora.

—Quizá algun consejo mio la pueda aliviar.

—Así lo espero, señora, dijo la jóven; hasta despues.

La religiosa salió, y Aurora quedó con Isabel y Fernando al lado del cadáver.

La Marquesa habia sido conducida á otra habitacion, pues aunque era muy grande su valor cristiano, su cuerpo débil sintió al fin quebrantadas sus fuerzas al peso del dolor, y la sobrecogió un desmayo.

¿Qué le diria á Dios la pobre Aurora, allí en presencia de la muerte, y en presencia tambien del hombre á quien tanto amaba?

Pensó en que su madre habia muerto sola y abandonada, y en que todas las desgracias, que habian caido sobre su cabeza, eran el castigo de su criminal conducta con la que le habia dado el ser.

Pensó en que, para expiar lo pasado, debia consagrarse al alivio de los desvalidos, y cubrir su frente con el velo de las hermanas de la Caridad.

Isabel, que habia sido buena, dulce, modesta, ejemplar y cariñosa para su madre, única protectora que habia conocido, estaba allí, y debia tener fundadas esperanzas de ser dichosa: ¡pero ella! ¿qué podia esperar de la vida, si veia holladas bajo su planta, y muchas por su propia voluntad, las flores del porvenir?

Apesar de que la muerte habia purificado su amor hácia Fernando, la idea de una eterna despedida le hacia más vehemente, y de cuándo en cuándo, Aurora dejaba caer una mirada sobre aquella noble y bella cabeza.

La religiosa volvió á la hora que habia ofrecido: pidió á Isabel y á Fernando que la dejasen sola con Aurora, y éstos se reunieron con la Marquesa.

La madre Jesús y Aurora vistieron á Camila un sencillo traje blanco, una corona de rosas blancas tambien, y un velo de muselina.

Así estaba vestida la jóven, radiante de belleza y de esperanzas, el dia de su primera comunion, y así se la vistió para celebrar sus bodas con Cristo.

Despues de terminado el último tocador de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Camila, Aurora se sentó al pié del lecho fúnebre, y la religiosa se preparó á oir la relacion de todas las penas que habian amargado su vida.

—Madre, concluyó la jóven despues de enumerar sus culpas y pesares: yo quiero ceñir el velo de las esposas del Señor: pero no tengo confianza en la fortaleza de mi alma, ni en lo perfecto de mi vocacion: por lo tanto, temo la eterna sujecion del cláustro, y creo que, para que mi vida sea más perfecta, no debo cerrarme todas las puertas del mundo, sino dejarme alguna abierta, por si acaso más tarde me acosa el deseo de volver á él.

—Y bien, hija mia, preguntó la religiosa: ¿quiere Vd. consagrarse al servicio de la humanidad? ¿quiere Vd. cubrir su cabeza con el velo de las hijas de San Vicente?

—Eso es lo que deseo por ahora, repuso Aurora: sí, madre mía, quiero ser, al mismo tiempo que esposa de Jesucristo, hermana de la Caridad.

—Lo será Vd.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible: y si despues se siente aún disgustada de la vida, ó si cuando esté pagada la deuda que contrajo con su conciencia, al abandonar á su madre, se ve aún acosada por amargas memorias, entonces podrá encerrarse en un convento.

La religiosa imprimió su último beso sobre la ya helada frente de Camila, y salió de la estancia, siguiéndola Aurora.

—Adios, dijo al dejar aquella morada: adios para siempre, Fernando: ¡hágate el cielo tan dichoso como yo deseo!

Dejó caer sobre su rostro el velo de su mantilla para ocultar sus lágrimas, y desapareció.

La religiosa se dirigió al hospital, donde tenía su celda.

Aurora, á su casa, para hacer los preparativos de su despedida al mundo, en el que habia hallado tantas espinas y tan pocas flores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XIX

El Vizconde de la Flor, al saber por la misma Amelia el rompimiento del proyectado enlace de ésta con el Marqués del Prado, vió el cielo abierto, y, flotando en su manto azul los rayos de oro del sol de su ventura.

Era un jovencito de unos veinte y dos años, delicado y lindo como una dama, esbelto, elegante, rizado y perfumado, que adoraba á Amelia desde la primera vez que la vió.

Su cuna era muy noble, y aunque no grande su riqueza, el Duque no halló inconveniente en darle á su hija, y el matrimonio se celebró con gran pompa y magnificencia dos meses despues de la muerte de Camila, y muy á satisfaccion de la Duquesa, á la que disgustaba la gravedad melancólica de su futuro nieto el Marqués del Prado.

Amelia y Enrique—este era el nombre del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIX

El Vizconde de la Flor, al saber por la misma Amelia el rompimiento del proyectado enlace de ésta con el Marqués del Prado, vió el cielo abierto, y, flotando en su manto azul los rayos de oro del sol de su ventura.

Era un jovencito de unos veinte y dos años, delicado y lindo como una dama, esbelto, elegante, rizado y perfumado, que adoraba á Amelia desde la primera vez que la vió.

Su cuna era muy noble, y aunque no grande su riqueza, el Duque no halló inconveniente en darle á su hija, y el matrimonio se celebró con gran pompa y magnificencia dos meses despues de la muerte de Camila, y muy á satisfaccion de la Duquesa, á la que disgustaba la gravedad melancólica de su futuro nieto el Marqués del Prado.

Amelia y Enrique—este era el nombre del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Vizconde—eran dos niños, que pasaban su vida comiendo dulces, acariciándose y jugando.

Cuando iban á la Fuente Castellana en su soberbia carretela, arrastrada por un tronco sin rival, todos se detenian á mirarlos, y exclamaban:

—¡Qué lindos son!

Los dias que recibian, nadie se presentaba mejor y más ricamente ataviada que aquella Vizcondesa casi niña.

Sus diamantes eran los más espléndidos. Sus trajes los más ricos.

Amelia era feliz.

Vivia en el seno del lujo y de la opulencia: su esposo la amaba, y no temía su mudanza, porque Enrique no conocía más amor que el que profesaba á su mujer, el que se profesaba á sí mismo y el que dedicaba al lujo, del que no podia prescindir, pues le consideraba tan preciso para él y para Amelia, como el aire para respirar.

Sin embargo, el estado de la casa iba siendo deplorable: las economías iniciadas por Isabel se habian quedado en tal estado, pues la anciana Duquesa, más embriagada con la felicidad de Amelia que la misma jóven, no pensaba absolutamente en que aquellos gastos enormes podrian dar al traste con todo el caudal de su hijo.

Este, viendo á Amelia casada, que era todo su afan y su mayor cuidado, se habia entregado á su pasion por los viajes, y dos dias despues de la boda salió para Suiza.

Eran vanos los esfuerzos de Doña Ursula para contener las demasías de los criados y la ruina que llegaba á pasos de gigante.

Aquellos esposos, más niños aún que por la edad por su carácter confiado é indolente, iban, amándose como dos jóvenes pichones, á caer en el abismo de la pobreza, tan hondo y tan oscuro para el que tiene todas las ruinosas costumbres de la opulencia.

No bastando las rentas, se gastó el capital, y se vendieron fincas.

Amelia queria dar un baile el dia del aniversario de su casamiento, y el aderezo de brillantes y rubíes, que se compró para lucirle en la fiesta, absorbió todo el producto de la venta de una casa.

Sin embargo, Amelia estaba tan hermosa, que su abuela se rejuveneció seis ú ocho años al verla con su vestido de crespon blanco, ador-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nado de encajes, que recogian broches de brillantes y rubíes.

La misma Duquesa no gastó poco en su traje de terciopelo negro, adornado de espléndidos encajes, y en dos magníficas sartas de perlas de un tamaño extraordinario, único adorno que, con un exquisito tacto, habia querido para sus cabellos blancos, dispuestos en bucles.

Enrique estaba más lindo, más lleno de atractivos, más perfumado que nunca.

Su frac, del paño más esquisito, hacia lucir toda la perfeccion aristocrática de su talle fino y redondo.

Su bigote rubio se rizaba en sus mejillas con una gracia indescribible.

La azulada batista de su corbata hacia parecer más distinguida la palidez de sus mejillas.

Su reloj, su cadena, los sellos que de esta pendian y los botones de su camisa valian un tesoro.

El baile duró hasta las cuatro de la mañana.

Al entrar en su cuarto Amelia, su esposo entró tambien con ella.

La Duquesa se habia retirado á las dos.

—Amelia, dijo Enrique á su mujer: desde esta mañana sé una cosa que no habia querido decirte, y que te voy á decir ahora.

—¿Y qué es? preguntó la Vizcondesa.

—Que somos pobres.

—¿Cómo?

—Que estamos arruinados.

—¿Y qué?

—Que yo pienso que lo mejor es que bebamos el contenido de este lindo frasquito, que he comprado, y salgamos de este mundo, donde nada seremos desde que se conozca nuestra ruina.

—¿Pero no hay más porvenir en el mundo que la riqueza? preguntó Amelia.

—Nosotros, los nobles, no tenemos otro: el pintor tiene sus pinceles, el escritor su pluma, el comerciante sus negocios: nosotros, los grandes, los ociosos, no tenemos más que el fausto y la riqueza: si caemos, los que son nuestros iguales, y nos han envidiado, se nos burlan.

—¡Tal vez nos tenderían una mano salvadora!

—¿Ellos? ¡ah, pobre Amelia! el Marqués D... perdió al juego toda su fortuna, y se mató: el Duque de N. se gastó todo cuanto tenía en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lujo y en placeres, y se pegó un pistoletazo: no esperes, si quedas pobre, más que risas irónicas, crítica amarga y compasion insultante: créeme, bebamos, y muramos juntos y amándonos como hemos vivido.

—¡Pero morir tan pronto! exclamó Amelia: ¿y mi padre?

—Tu padre tiene bastante con sus viajes y sus cacerías, que le ocupan todo el tiempo.

—¿Y mi abuela?

—Tu abuela se satisface con que admiren su palacio, sus brillantes, sus trenes, y con esperar, para despues de muerta, un soberbio sepulcro: sin embargo, ya que tú tienes padre, abuela y esperanzas, vive: yo no tengo más que á tí, pero no quiero vivir para verte desgraciada.

El Vizconde tomó el frasquito de oro enriquecido de esmeraldas, último resto de su opulencia pasada, le destapó y bebió un sorbo de su contenido.

Amelia se lo arrebató de la mano, y bebió á su vez.

—Gracias, amada mia, dijo el esposo: Dios no nos castigará por dejar esta vida, que se habia hecho ó iba á hacerse horriblemente desgraciada: muramos rogándole que nos perdone

si volamos á Él antes de lo que habia dispuesto: en cuanto al mundo, nos hemos despedido de él de una manera magnífica con nuestro último baile.

Aquellos dos locos y obcecados jóvenes se arrodillaron ante un Crucifijo, y oraron con las manos enlazadas durante media hora.

Amelia fué la primera que se desplomó en el suelo, sin color y sin voz.

Enrique la sobrevivió algunos instantes, y luego lanzó tambien su postrer suspiro.

¡Pobres niños, á los que no sostuvo la mano fuerte y bienhechora de la religion! caminaron por la fácil y florida senda de los placeres y de la riqueza, y al fin cayeron en el abismo del suicidio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XX

Un año despues, y en el saloncito del piso bajo de una casa de campo situada en las inmediaciones de Madrid, se hallaban en una bella velada de Setiembre tres personas.

La primera era una dama que llegaba á ese límite que separa la edad madura de la vejez, y que es un bello medio entre el otoño y el invierno de la vida.

Vestía un hábito de los Dolores, y en su hermoso semblante se veia impresa la huella de profundos pesares, si bien templada con la expresion de la más perfecta resignacion cristiana.

Las otras dos eran jóvenes y bellas.

Era la segunda una jóven que llegaria á los diez y ocho años, de perfecta y angelical belleza, y cuyas lindas facciones destellaban los reflejos de una felicidad radiosa, pero suave y tranquila.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Vestía un traje blanco de muselina, ceñido á su delicado talle con un ancho cinturon, de seda negra, que descendia en largos cabos flotantes.

Era Isabel: sus rasgados ojos, de un azul oscuro, parecian sonreir gozosos al fijarse en el semblante de su marido, que, sentado en frente de ella, leia en alta voz, apoyando el libro en el velador que sostenia la lámpara.

Isabel se hallaba formando un ramillete de lindas flores artificiales.

La Marquesa,—pues conocidos los dos jóvenes, mis lectores la habrán conocido á ella tambien,—parecia triste y preocupada.

Isabel lo advirtió, y en una pausa que hizo el lector, dijo:

—¿Qué tienes, querida mamá?

—Nada, hija mia, repuso la Marquesa.

—Eso no es verdad: algo te aflige.

—Pues bien: me aflige el pensar que ya llega el otoño, y que vosotros desearéis volver á Madrid.

—Por mi parte, no lo deseo de ningun modo, respondió Isabel: ¿y tú, Fernando?

—Yo tampoco.

—¿Qué nos falta aquí? prosiguió Isabel: tenemos una casa cómoda: un bonito oratorio, con nuestro capellan que nos dice la misa, y alguna sociedad del vecino pueblo de Carabanchel.

—Pero, hija mía, eso es demasiado poco; ¡á tú edad! ¡á la edad de tu marido! ¡ah! no esperaba el ofrecerte esta existencia modesta, ó más bien pobre, al darte su nombre.

—¿Para qué necesita diversiones la mujer casada? Estas no la deben satisfacer, y lo que debe apetecer más es la felicidad: ¿y puedo ser más dichosa que pasando la vida entre mi madre y mi esposo? yo, que he sido tan desgraciada, apenas puedo creer en la dicha que me rodea.

Así diría mi pobre Camila: ¡ah! ¡cómo te pareces á ella!

La Marquesa, al decir estas palabras, besó tiernamente la frente de Isabel.

Aquí, prosiguió ésta, podemos ahorrar, y hacer prosperar la modesta fortuna que ha quedado á la casa: el afan de vivir en las grandes poblaciones es propio solo de las pobres mujeres de cabeza vacía, que hallan en las diversiones la felicidad: pero á Fernando y á mí, nos gusta leer, estudiar la música y la botánica, dibujar y dar largos paseos: tú, madre mía, bordas, meditas, lees, rezas y tienes

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en tí propia bastantes recursos contra el tédio: aquí, la más dichosa soy yo; ¡ah! ¡cuando veo á Fernando trabajar en su profesion de abogado, con tal fervor y con tal perseverancia, me reconvengo porque nada sé hacer para mejorar nuestra posicion!

—¡Querida Isabel, madre mia! exclamó Fernando: contra las almas de nuestro temple, nada pueden los vaivenes de la fortuna, más que acrisolar nuestra paciencia y nuestra abnegacion! ¿para qué necesitamos nosotros las riquezas? ¡Délas la Providencia á aquellos para quienes son su único recurso; nosotros somos demasiado ricos con nuestra inteligencia, con nuestro corazon, con el santo amor de la familia que nos une!

—¡Gracias, hijos mios! dijo la Marquesa. ¡Dios sabe que si sufría por estar aquí, era solo por vosotros; pero ya que los negocios te vienen á buscar á nuestra grata soledad, ya que Isabel es en ella dichosa, no nos quejemos: ya estoy segura de que sois dichosos!

Isabel dejó sus pinzas y sus tijeras, y tomó un periódico que se hallaba sobre la mesa, deseando hallar algo que distrajese á la Marquesa.

—¡Qué veo! exclamó despues de algunos instantes: mamá, Fernando, oid una noticia: y leyó lo que sigue:

«El Sr. D. German Megía, jóven abogado y muy conocido en la alta sociedad madrileña, acaba de contraer matrimonio con la bella, simpática y opulenta señora Doña Matilde D... jóven viuda, notable en los altos círculos por su belleza y elegancia.

»Los recien casados han salido para París y Lóndres.»

—¡Será posible que se haya casado German con esa mujer! exclamó el Marqués: ¡ah! ¡cuánto más noble es el trabajo honroso que la opulencia comprada á tan vil precio!

Fernando se engañaba: tampoco habia opulencia en aquel vergonzoso enlace.

German se halló unido á una mujer de cuarenta años, sin reputacion, y cuya belleza consistia en los afeites y postizos: inútil es decir que estos cayeron á la vista del esposo, único conocedor de la ruina vergonzosa de los atractivos de Matilde, quien, para colmo de desesperacion, parecia encantadora á los demás.

Matilde sufrió el trato más cruel de parte de German, al lado del cual expió todos los triunfos efímeros de su vanidad, y murió con-

sumida de pesares á los dos años de su union: ¡triste fin de su vida, tan llena de afanes, de zozobras y de alternativas!

Cuando ya se vió cerca de morir, quiso volver á su patria, para ser sepultada bajo el cielo de España.

Habló á su esposo de este deseo, pero German se rió de él, y la llamó loca.

—¿Quieres dar el espectáculo de la ruina de tus atractivos á los adoradores que allí dejaste? le preguntó con una crueldad que tenia mucho de brutal. Ahora estás fea... desagradable... pobre, porque ya sabes que desde que conocí lo indignamente que me engañaste, no te doy un cuarto de lo poco que poseo: ¿á qué quieres ir?

—¡Quiero ir á morir donde he nacido! repuso la desgraciada mujer, que parecia la sombra de sí misma: concédeme con tu permiso, el último favor.

—Véte sola en hora buena, si quieres, dijo German: yo por mí, no tengo gana ninguna de ir á Madrid.

En consecuencia de esta respuesta, Matilde partió sola al siguiente dia.

Su despedida de su marido, fué, por su parte, muy amarga: por parte de él, perfectamente serena.

Uno y otro sabian que no habian de volverse á ver.

Matilde llegó á Madrid, donde tanto habia brillado, donde habia provocado tantas envidias, sola, moribunda, y casi sin dinero; se hizo llevar á una casa de huéspedes muy modesta, y el dia de su llegada se atribuyó su postracion al cansancio de su viaje y á que estaba algo delicada.

Pero al dia siguiente, era tal su estado de debilidad y abatimiento, que no pudo moverse de la cama.

Una decadencia profunda, una inmovilidad mortal embargaban sus sentidos, y la patrona, asustada, la hizo conducir al hospital, temerosa de que se le muriese en su casa aquella mujer desconocida.

Cuando Matilde abrió los ojos, se halló sentada á la cabecera de su lecho, á la Caridad, bajo la forma que tiene más bella y elocuente.

Una hija de San Vicente de Paul, jóven y de hermoso é interesante rostro, la prodigaba sus cuidados.

—¡Pobre Matilde! murmuró la religiosa: ¿es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en tan triste estado como yo debia volverte á hallar?

—¡Aurora! exclamó la señora de Megía: ¿eres tu... bajo ese traje?

—¡Yo soy, y me creo mil veces más dichosa que tú!

—¡Ah, sí! gimió Matilde: Eres mil veces más dichosa que yo: has tenido errores, pero los has expiado: has perdido tu fortuna, pero aun hay otros séres más pobres y más desgraciados, á los que puedes consolar: tú sirves de algo en el mundo; yo no sirvo ya de nada, y pronto saldré de él, sin haber sido en la tierra más que una planta estéril, que no ha dado ni flores ni frutos!

Dos dias despues, la desventurada Matilde murió en los brazos de la hermana de su esposo.

XXI

El arreglo, la economía, la armonía perfecta, la paz y el trabajo incesante y lucrativo de Fernando devolvieron á su casa el esplendor que antes tenia, haciéndole adquirir una fortuna libre ó independiente y que ningun pleito podia arrebatarle.

Así que su trabajo de abogado bastó para ello, compró una casa en Madrid, á la que se trasladó con su familia, y allí abrió de nuevo su bufete para el público.

Cuatro años despues, el Marqués, su esposa y la Marquesa viuda, madre de aquél, con más un hermoso niño, hijo de Fernando y de Isabel, paseaban en una elegante carretela.

Cuando dejaron el carruaje, una anciana les pidió limosna: al dársela, Isabel exclamó:

—¡Doña Escolástica!

—Yo soy, señorita, dijo ésta con voz ronca y vinosa: mi marido murió, y yo vivo ahora mantenida por las buenas almas.

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS